



$$\cancel{55} - \cancel{1} = \cancel{12}$$

$$57 - 2 = 29$$

20

JT

t. 1147454
c.



ROMANCIERO

DE ROMANCES

CABALLERESCOS É HISTÓRICOS

ANTERIORES AL SIGLO XVIII,

*que contiene los de Amor, los de la Tabla Redonda, los de Carlo
Magno y los Doce Pares, los de Bernardo del Carpio, del Cid
Campeador, de los Infantes de Lara, &c.*

ORDENADO Y RECOPIADO

por D. Agustín Durán.

PARTE I.



MAI
IMPRESA DE DO

ROMANERO

DE

CABALLEROS E HISTÓRICOS

ANTIGÜEDAD DE LOS

que continen las de... por de...
de... y de... por de... del...
Inspector de los...

por D. Agustín Durán

PARTI I.



MAY

IMPRESA DE DE

R. 145320

ADVERTENCIA.

Para la formación de este Romancero, que consta de dos volúmenes, me he valido de los siguientes libros.

1.º *Cancionero General, recopilado por Fernando del Castillo.* Edición gótica en folio. Valencia del Cid 1511.

2.º *Cancionero de Romances en que estan recopilados la mayor parte de los Romances castellanos que hasta agora se han compuesto.* 16.º Amberes 1555. (1)

3.º *Floresta de varios romances sacados de las historias antiguas de los hechos famosos de los doce Pares de Francia, agora nuevamente corregidos por Damian Lopez de Tortajada.* 16.º Valencia, sin año;

(1) Los romances contenidos en este Romancero raro y apreciable, nunca estuvieron ni impresos ni manuscritos, hasta que el editor los recogió de boca de las gentes que los conservaban por tradicion. Es tambien la primera coleccion de romances populares, pues los pocos que hay en los Cancioneros Generales son de poetas del siglo XV, cuando los de aquel conservan vestigios de ser mucho mas antiguos.

pero parece edicion de fines del siglo XVII, ó principios del XVIII. (1)

4.º *Silva de varios Romances: agora de nuevo recopilados los mejores Romances de los tres libros de Silva y añadidos los de la Liga. En esta última impresion van añadidos el de la muerte del Rey Felipe II. etc.* 16.º Barcelona 1696.

5.º *Romances nuevamente sacados de historias antiguas de la Crónica de España, por Lorenzo de Sepúlveda, vecino de Sevilla. Van añadidos de muchos nunca vistos, compuestos por un Caballero Cesareo, cuyo nombre se guarda para mayores cosas.* 16.º Amberes 1566. (2)

6.º *Flor de varios y nuevos romances, primera y segunda parte, ahora nuevamente recopilados y puestos en orden por Andrés de Villalta, natural de*

(1) Este libro contiene muchos romances de los que hay en el Cancionero de Romances, pero con leccion mas moderna y reformados en el language y terminacion de las palabras, de tal manera que desapareceria casi todo vestigio de antigüedad, si no conservasen siempre el giro de la frase y de la narracion antigua.

(2) De este libro solo se han tomado los romances mas precisos para llenar algunos huecos en las respectivas historias, pues ademas de ser muy malos considerados poéticamente, carecen de interés para la historia del arte.

Valencia. Añadióse ahora nuevamente la tercera parte por Felipe Mey, mercader de libros. 16.º Valencia 1593. (1)

7.º Romancero General en que se contienen todos los romances que andan impresos, etc. 4.º Madrid 1604.

8.º Id. id. ahora nuevamente añadido y enmendado por Pedro Flores. 4.º Madrid 1614. (2)

9.º Segunda parte del Romancero General y Flor de diversa Poesiã recopilado por Miguel de Madrigal. 4.º Valladolid 1605.

10.º Romancero é Historia del muy valeroso Caballero el Cid Ruy Diaz de Vivar, en language antiguo, recopilado por Juan de Escobar. 16.º Cadiz 1702. (3)

(1) La primera parte de este libro, con la segunda que recopiló Pedro Moncayo (*vid. núm. 6.º*), se hallan reimpresas casi á la letra en la primera y segunda parte del Romancero General. Algunos de la tercera parte recopilada por Mey se hallan incluidos en la correspondiente del mismo.

(2) Es una reimpresion del anterior de 1604.

(3) La primera edicion de este Romancero se hizo en 12.º Lisboa 1615, despues se han hecho varias reimpressions tanto en España, como en Francia, Inglaterra y Alemania. En esta última se publicó una muy añadida por D. Juan Muller. 12.º Frankfort 1829.

11.º *Una Coleccion de romances españoles recopilados y arreglados por Ch. B. Depping*, 12.º Altemburg 1817.

12.º *Floresta de Rimas antiguas Castellanas, ordenada por Don Juan Nicolás Böhl de Faber, de la Real Academia Española. Tomo primero*, 8.º marca mayor. Hamburgo 1821. (1)

(1) Consta esta preciosa coleccion de tres volúmenes bien impresos y con mucho esmero. Contiene lo mas raro y selecto de nuestra poesia, y lo mas á propósito para la historia del arte. Los eruditos y sabios españoles no podrán menos de admirar y apreciar el distinguido mérito de un extranjero que ha reunido tanta multitud de obras raras y hecho de ellas un uso tan noble como es haber dado á conocer nuestra literatura antigua á los estraños y aun á los propios que acaso ignoraban la existencia de tanta riqueza como ha descubierto.

DISCURSO PRELIMINAR.

El amor á las cosas de mi patria me ha sostenido hasta el fin en la empresa, tan útil para el público, como árdua, difícil y poco brillante para mí, de coleccionar los Romances que llevo publicados. Teniendo que transigir con una generación educada y reglamentada por la crítica y la filosofía del siglo XVIII, no quise hacer una obra meramente erudita, y así empecé mis tareas por las galas de los Romances moriscos, antes que por las sencillas y rústicas narraciones de los caballerescos é históricos que ahora publico. Redactando nuestros antiguos romances, he procurado presentarlos como propios para el estudio filosófico de la historia del arte, de los progresos de la lengua, del caracter de nuestra poesía original, y del de la nación á que pertenece. Si acabo pues mi tarea por donde debió empezarse, ha sido con el fin de darla un punto de vista que halague la imaginación de los lectores, que excite la pública curiosidad, y que ofreciendo rosas antes que espinas, no rechaze los ánimos ni los retraiga de la lectura. Es muy fácil salvar el corto inconveniente que resulta de mi sistema, colocando los Romances en un orden inverso á su publicación. (*)

(*) Al fin de cada uno constan las fuentes de donde lo he coleccionado, y segun las indicaciones que hago en este discurso con facilidad se alcanzará el orden posible cronológico que deberia darse á mi obra.

En las advertencias y prólogos puestos al frente de cada uno de los que preceden, he manifestado mis ideas sobre el género de poesía que contienen, y ahora me parece oportuno exponer mis conjeturas sobre el origen y antigüedad de nuestros romances, y acerca de los libros de Caballería donde algunos han tomado su peculiar carácter.

Escéptico y tolerante en materias opinables; nada ambicioso de gloria literaria, y tan poco seguro del acierto mio como del de los demas, diré no obstante lo que me parece, sin aspirar á erigirme déspota en el imperio de la razon adoptando el intolerable dogmatismo con que los sabios preciados de serlo llenan de espinas, por su severa acrimonia, la senda de la literatura y del saber. Así en estas materias como en las que versan sobre la razon del gusto, se halla la verdad en un continuo problema, que no es posible resolver por falta de datos suficientes para ello; datos que á veces quien mas presume poseerlos mas se equivoca. El convencimiento íntimo de tenerlos todos, sostenido por el amor propio, impide conocer y buscar los que faltan, y dando márgen á una intolerancia insoportable, produce amargas disputas que convierten el templo de Minerva en crudo campo de batalla.

Despues de tan franca é ingenua confesion sobre mi continua incertidumbre en materias opinables, sin temor ni voluntad de ofender á nadie, espondré lo que me parece acerca de cuán probable es que el Romance antiguo castellano haya sido la primitiva combinacion métrica adoptada por nuestros antepasados para conservar la memoria de sus sentimientos, sus fastos, sus fábulas, y de su modo social de existir.

Difícil, si no imposible, es determinar cuándo las lenguas modernas, emancipándose de la Latina, se vulgarizaron y constituyeron con formas esencialmente distintas de las de aquella. Observando empero la marcha de la naturaleza y de la necesidad en ocasiones semejantes, puede presumirse algo sobre el modo y tiempo de su formacion. Esta empezaria con la conquista del imperio del Occidente por las na-

ciones bárbaras del Norte. Desde entonces la lengua Latina vulgar comenzó sin duda á decaer, degenerar y adulterarse, cediendo en su construccion difícil y complicada á la ruda inteligencia de los conquistadores (*vid. nota 2*). Corrompida desde luego en las palabras, adoptó tambien la sencilla sintaxis de las lenguas bárbaras del Norte, y perdió la prosodia rica y sonora propia de los idiomas de origen oriental.

Creáronse las lenguas Rústicas (1) corrompiendo la pronunciacion latina, alterando el sonido de las letras, y formando sus nombres substanciales, cualificativos, y aun sus verbos ya solo de las raices (2) ó ya de las desinencias de algun caso ó tiempo correspondiente á la lengua madre (3). La diferencia constante y mas esencial entre las lenguas modernas de origen latino y este idioma, consiste: 1.^o en haber aquellas suprimido la declinacion del nombre: 2.^o en haber usado la anteposicion de partículas para distinguir los casos: 3.^o en que adoptaron artículos determinativos del género y las relaciones; y 4.^o en haber suplido la conjugacion directa de la voz pasiva con la union del auxiliar al participio pasado de los verbos.

Reparable es que en todas estas lenguas (4) se encuentra una pronunciacion mas abierta, mas semejante á la originaria y menos contraída, cuanto mas al Mediodia se acercan los pueblos que las hablan, probándose así cuánto influye el clima sobre los órganos bocales, guturales y auditivos. Exceptúase empero la lengua Provenzal, que para su construccion adoptó solo las raices latinas; por lo cual, y por haber sido formada la primera, sirvió de paso intermedio á las demas. Tanto unas como otras fueron antes que verdaderas lenguas unas jergas informes creadas al modo de las que hoy llamamos *Algarabías* ó *Franças*, y que sirven para comunicarse los pueblos que hablan diferentes idiomas.

Formáronse en España, como en otras partes, varias de estas jergas ó lenguas Rústicas, y entre ellas sin duda la que cultivada y perfeccionada constituyó la hoy dominante, á saber, la Castellana. Hija como aquellas de la necesidad, ruda

é incompleta al principio como todas, solo pudo emplearse para entablar las mas indispensables comunicaciones entre conquistadores y conquistados. Corrompidos estos, no tuvieron mas fuerza para conservar su idioma que para defender sus hogares, y bárbaros aquellos, ni quisieron ni pudieron estudiar un idioma, que fuera de ser complicado y difícil, tenia contra sí la prevencion de pertenecer á un pueblo vencido y degradado. No acomodándose pues los unos á luchar con las dificultades del idioma Latino, ni los otros á la rudeza y pobreza de las lenguas del Norte, resultó en cada pais el triunfo final de la lengua Rústica que mas cultivada y estendida se hallaba, y con él la ruina no solo de sus iguales, sino la de las que les sirvieron de elementos.

Ningun monumento nos queda anterior á la invasion de los moros escrito en la lengua Rústica (5), que luego perfecta se llamó Castellana; pero los antiguos Romances narrativos que nos restan, aunque muy posteriores á dicha época, y modernizados ó alterados por la tradicion oral, conservan todavía un language tan rudo y una construccion tan bárbara, que deja inferir cuán informe y desaliñada sería la lengua empleada en composiciones anteriores á ellos.

Inutil é imposible de averiguar sería si los pueblos primitivos, despues de descubiertos los alfabetos, los emplearon en escribir poemas antes que crónicas, ó versos antes que prosa; mas lo cierto es, que todas ó casi todas las tradiciones civiles y religiosas sobre el origen de las sociedades se nos han conservado en un language métrico, porque siendo este un instrumento muy á propósito para imprimir facilmente en la memoria lo que se queria encomendarla, debió suplir al arte de la escritura mientras fue ignorado ó poco comun (6). Cadencia y armonía, y por consiguiente versificación y canto, he aquí los primeros recursos de los pueblos para transmitir á la posteridad los signos orales, que esplicaban los monumentos groseros levantados en las primeras épocas de la sociedad, y para conservar sus tradiciones interin no se hallaron los signos alfabéticos. La invencion de estos es claro se aplicaria antes de todo á escribir las obras en verso

encomendadas á la memoria, cuya importancia era tanto mayor, cuanto en ellas habian depositado y coordinado los hombres lo que sabian sobre su historia, su religion, sus leyes civiles y morales, y aun sobre sus artes y ciencias imperfectas y nacientes.

Los languages primitivos son siempre respectivamente mas sonoros y armónicos que los secundarios creados en cada pais; pero como la influencia de los climas es tan poderosa en la delicadeza de los órganos, y en particular en los de la pronunciacion y el oido, los idiomas orientales sobrepujan mucho á los del Norte en dichas cualidades. Fundados los primitivos en la imitacion directá de los sonidos naturales, por necesidad han de abundar en armonía imitativa. El estampido del trueno, el ruido de los torrentes, el blando susurro de los arroyuelos, el dulce canto de las aves, el rugido de los leones, tales serían los primeros sonidos imitados por el hombre para comunicar con otro las impresiones que recibia y las necesidades que experimentaba. Las lenguas salvages estan llenas de sonidos prolongados mas bien que articulados, y parecen mas propias para conmover la imaginacion pintando, que para hablar al entendimiento definiendo. No sería pues estraño que los pueblos primitivos, segun la mayor ó menor benignidad del clima que habitaban, hallasen desde luego el language métrico con que en varios poemas nos han transmitido sus tradiciones. ¿Quién sabe si existió alguna época social en ciertos paises, donde bajo el influjo casi esclusivo de la imaginacion y de un language armónico y sonoro fue mas facil ser poeta que orador? Si esta época existió alguna vez, debió cesar á medida que progresaba la sociedad, y cuando aumentándose las ideas con las necesidades se desenvolvía mayor masa de inteligencia, y los hombres se vieron en la precision de crear voces para expresar ideas abstractas, cuyo perfecto analisis exigia sacrificar la armonía imitativa á la exactitud y al método.

Hijas y descendientes de la Latina son la mayor parte de las lenguas modernas, pero como imitaron sonidos de palabras y no directamente los naturales, y perdieron así la

prosodia rica y sonora de la original, carecen del ritmo y cadencia que aquella empleaba en la versificación. A falta pues de prosodia, los idiomas modernos han tenido que adaptar á la poesía y al canto un sistema métrico que funda sus recursos armónicos, no en la medida, y tiempos de la pronunciación, sino en el número determinado de sílabas, en las combinaciones de cierto ritmo periódico, y en el arte de colocar los acentos y apoyaturas (7). Tales son en general las bases del sistema métrico moderno, tan esencialmente distinto del antiguo (8).

Así en España como en toda la Europa, después de la conquista Goda se establecieron varias jergas ó dialectos rústicos que, con las lenguas nativas anteriores y posteriores á la dominación Romana, acrecentaron el número de las que habia en cada país (*vid. nota 4*). Tanta multitud de lenguas debió producir grave confusión, y esta contribuiría no poco á prolongar la existencia del Latin como necesario para entenderse y comunicarse las poblaciones y provincias que adoptaron distintos idiomas ó dialectos. Después de invadida nuestra península por los Árabes, la lengua de los nuevos conquistadores se hizo vulgar, y en los países que dominaron largo tiempo acabó con todas las que se hablaban antes, inclusa la Latina. No sucedió lo mismo en las comarcas donde no alcanzó el dominio Árabe, ó fue poco duradero, pues allí se conservaron y perfeccionaron los respectivos dialectos que existían (9). Entre ellos distinguiremos, por su conexión con el asunto del presente discurso, el lenguaje Rústico de los Astures, que estendiéndose y cultivándose después con la reconquista de la patria, llegó á ser la lengua dominante en España.

Ante la civilización de los Árabes cayeron los restos de la Romana, y dejando el Latin de ser lengua viva, solo se empleó ya en escribir las leyes, los actos públicos y las obras sabias. Por esta causa no nos queda documento alguno perteneciente á época muy remota escrito en el dialecto Asturiano, pues aunque se extendía rápidamente con los continuos triunfos de las armas cristianas, no debia ser aún bas-

tante perfecto ni exacto para poderse emplear en las escrituras, contratos y códigos legislativos.

El Poema del Cid, la traduccion del Fuero Juzgo (10), las Partidas, y las coplãs de Don Alfonso el Sabio, son los monumentos escritos mas remotos que nos pueden mostrar el estado de la lengua Castellana á fines del siglo XII y á principios y mediados del XIII. La gala y soltura con que se ostenta en los dos últimos documentos, es una prueba clara de lo mucho que se habria egercitado antes de llegar al punto de flexibilidad y perfeccion en que allí la vemos, porque es imposible se hallase tan bien formada y completa sin haberla cultivado de antemano el vulgo y los sabios en componer, si no en escribir, obras muy anteriores á las mencionadas. No puede decirse con seguridad si estas obras anteriores, exceptuando el Poema del Cid, se compusieron en prosa ó en metro; mas yo me persuado lo último, pues debiéndose fiar á la memoria sin escribirse, mal se conseguiria el objeto de conservarlas, á no adoptarse los medios oportunos. Mis conjeturas se apoyan ademas en que el language de las Partidas esmerado, noble y correcto posee ya la flexibilidad, armonía y aptitud para la buena prosa, que solo adquieren las lenguas despues de haber sido manejadas con los giros y transposiciones á que obliga la versificacion.

El desaliño y rudeza en la frase, la falta de consecuencia gramatical y de enlace entre las ideas, y la versificacion embarazada que se observa en el Poema del Cid, me inducen á considerarle como un escalon intermedio entre el dialecto Rústico de los Asturianos, y la lengua Castellana del siglo XIII. No dudaré pues en tenerle por obra compuesta en el XII por un erudito del tiempo, que intentó, aunque infelizmente segun se deja ver, imitar los versos latinos. En una palabra, yo veo en este Poema (11) un paso progresivo de la lengua muy anterior al Fuero Juzgo y á las Partidas; mas atendiendo á su artificio y tendencia á imitar modelos desconocidos entre la gente rústica, no puedo suponerle ni la primera produccion poética en el idioma vulgar, ni considerarle como la poesia del pueblo. En igual caso, pero con ma-

Y or motivo, se hallan respecto á este último punto otros poemas posteriores, tales como el del Alejandro, los de Berceo, del Arcipreste de Hita, y varios que pertenecen también á una escuela imitadora de las formas latinas ó de las reminiscencias que dejaron.

Si observamos además la marcha lenta de la naturaleza hácia la perfección, hallaremos que, á pesar del estilo y lenguaje imperfecto del Poema del Cid, no lo es tanto que pueda suponerse haber llegado al punto de cultura en que allí lo vemos, sin haber sido precedido de ensayos continuos y anteriores, menos estudiados y artificiosos, y mas á propósito para imprimirse en la memoria.

Como el Poema del Cid y demas de su escuela carecen de dotes propias á la poesía popular, en otro género mas facil, natural, sencillo y remoto debemos buscar el tipo originario de ella. Digo mas remoto, pues sería absurdo creer que desde el punto en que dejó el latin de ser lengua viva hasta el siglo XII, careció el pueblo de cantos amorosos y guerreros, y de himnos religiosos compuestos en lengua comun, donde conservase oralmente á lo menos sus sentimientos, fábulas é historias. Pudiérase pues inferir que la lengua Castellana y la poesía del pueblo empezaron á progresar sería y constantemente desde mediados del siglo VIII, cuando los Españoles independientes refugiados en las Asturias iban formando un poder compacto, y una verdadera monarquía. En el tiempo que media desde la invasión Árabe al siglo IX se alzaron varios imperios cristianos en la península, y entre ellos crecía y se consolidaba el Reino de Leon regido por Alfonso II, llamado el Casto. Entre sus vasallos fue donde llegó á cultivarse, generalizarse y establecerse el dialecto Rústico (*), que despues con nombre de Castellano dominó en España triunfando de los primitivos, como el Vasconce, y de los secundarios como el Lemosino y el Gallego, que ya solo se hablan por el vulgo en ciertas y determinadas comarcas (*vid. nota 5*).

(*) Véase el Apéndice puesto al fin de las notas.

El trato y comunicacion que los Catalanes y Aragoneses sostenian con Francia é Italia, y el haber aquellos adoptado la lengua Provenzal, que como anterior y precursora de las otras Rústicas se perfeccionó antes que ellas, fue causa de que dichos pueblos anticipasen su civilizacion á la de los Asturianos, que circuidos por inaccesibles montañas podian apenas salvar los límites estrechos de su imperio, sin establecerlos en las puntas de sus espadas, y á costa de mucha sangre derramada en crueles batallas contra los Moros usurpadores del suelo Español (12). Sin embargo en el reinado de Alfonso el Casto empiezan á brillar algunos destellos de cultura social. Ya los valientes Astures respiraban entre fronteras mas dilatadas; era su monarquía mas regular y fuerte, é iban dejando con los temores el odio concentrado que al principio fue causa de repeler todo trato amistoso con los Arabes, y de rechazar las luces, las artes y la civilizacion que trageron á España. Entonces fue cuando el entusiasmo de la gloria se substituyó con ventajas al valor ciego, hijo de la necesidad de ofender y defenderse. Los caudillos que conducian las huestes Cristianas al campo del honor volvieron á sus hogares cargados de botin y de objetos de lujo conquistados al enemigo. En accion de gracias al Dios de las batallas empleaban sus riquezas en edificar templos y en dotar iglesias, ocupando las artes, aun imperfectas, en levantar monumentos de gratitud al Ser Supremo y protector que les atribuía la victoria. Por este tiempo era ya el Latin casi desconocido, y la lengua vulgar no podia permanecer mas ociosa que las artes, siendo muy probable que mientras éstas se ocupaban en el ornato de los templos, aquella la empleasen los soldados y el pueblo para cantar sus sentimientos, celebrar sus caudillos, aplaudir sus triunfos, y conservar la memoria de sus hazañas en un language métrico. Cuales fuésen éstas canciones no puede decirse: ninguna ha llegado hasta nosotros; pero puede afirmarse su existencia deduciéndola del orden natural y de la necesidad de las cosas. Atendiendo empero al carácter, indole, construccion y estado en que se halla el mas antiguo language

cuyos vestigios nos quedan, y comparándole con el dialecto Bable que aún conservan los Asturianos, presumo que los cantos primitivos se construirían en versos cortos, donde la intonacion supliese al número exacto de sílabas, y la libertad de apoyarlas ó abreviarlas al pronunciarlas, á la falta de ritmo y verdaderos consonantes. Si la necesidad de estos medios supletorios á un sistema completo y fijo de versificación se conoce leyendo los poemas del Alejandro, los de Berceo y los del Arcipreste de Hita, compuestos por hombres del arte, ¿con cuánto mas motivo se hallará en los Romances populares caballerescos é históricos que tenemos y son hechuras de gente rústica y lega, los cuales si no me atrevo á colocarlos en época tan remota como la del nacimiento de nuestra poesía, creo al menos que conservan vestigios de la primitiva forma con que se concibió entre nosotros la versificación? En ellos, si no las palabras (13), se ha conservado la construccion y cadencia que debió tener la lengua rústica Asturiana, y tiene aún en mucha parte el dialecto que se habla por los habitantes de aquel pais. Aunque sin medios positivos para probarlo, remitiéndome á la impresion que me causan y á la rudeza que existe en algunos trozos de romances caballerescos é históricos, estoy bien persuadido á que pertenecen á otros mas antiguos, intercalados en los mas modernos.

Entre las combinaciones métricas anteriores al siglo XVI que se encuentran en la poesía Castellana, ninguna es mas facil, natural y acomodada al caracter de la lengua, y al género narrativo, que la del romance comun octosílabo. Su constante é inalterable medida, su corte de periodos, y su sintaxis primordial, se encuentran mas que cualquier otro género de metro en la conversacion y en la prosa, sin necesidad de descomponer ni interrumpir la frase. Estas cualidades le hacen muy á propósito para imprimirse en la memoria, pues como su consonancia ó asonancia es siempre la misma en cada uno, é igual la distancia en que se colocan, la primera llama á la segunda, y ésta á las sucesivas, casi sin esfuerzo alguno. Además, el ritmo monótono del ro-

mance parece indica y provoca el canto que se le ha aplicado, tan propio á las danzas pausadas del pais donde nació, que aún se conserva, el solo, inalterable entre las variaciones infinitas que experimentan cada dia las demas canciones del pueblo fundadas en combinaciones métricas mas artificiosas (14). En una palabra, nuestro Romance, tal como es y ha sido, es tan esclusivamente propio de la poesía Castellana, que no se encuentra en ninguna otra lengua ni dialecto que se hable en Europa (15).

Segun se infiere de lo dicho, la forma del Romance es tan facil, sencilla, natural y acomodada á nuestro idioma, que hasta el hombre mas rústico é iletrado, sin un grande esfuerzo de imaginacion, podria componer las informes é inconexas narraciones con que se han conservado las fábulas, historias y tradicion popular que en ellos se contienen. Aun en el dia, despues de haber adquirido el Romance una perfeccion que le hace apto á todo género de tonos, está sometido al dominio del pueblo, tanto como al de los sabios. Todos los componen, los ciegos los cantan por las plazas, el vulgo entusiasmado y absorto los escucha, los críticos y los sabios á su pesar y como por instinto les rinden tributo cuando se dejan a rebatar por la pasion bien sentida, que pierde de su fuego y calor ante las trabas de un artificio complicado: en fin el Romance ha atravesado las edades y las generaciones con tanto aplauso, que quizá no hay un solo español, aun entre los mismos que por fácil le desdeñan, que no haya cantado amores, hazañas, guerras, valentías ó fábulas en esta clase de combinacion métrica (16). Considerando pues todas las cualidades del Romance, no será muy temerario conjeturar que fue la primitiva forma métrica que despues de la conquista Árabe y el olvido de la lengua Latina tomó nuestra poesía Castellana, aunque las primeras noticias que hallamos de esta clase de composicion no sean mas antiguas que la Crónica general de España y los tiempos de Fernando III, el cual segun Zúñiga llevó á la conquista de Sevilla un poeta conocido con el nombre de Nicolás de los Romances (17).

¿Pues cómo han llegado á nosotros códices anteriores al siglo XV con una multitud de versos cortos variamente combinados (18) y no se ve entre ellos romance alguno? ¿Por qué hay tan pocos de amor (19) y menos históricos ni caballerescos en la multitud de Cancioneros generales y particulares que se imprimieron antes de acabarse el primer tercio del siglo XVI, y estos de autores tan conocidos como la corte de Juan II donde florecian? Por lo mismo que los Romances eran la poesía del vulgo y se conservaban de memoria sin ser Epopeyas capitales, no se escribieron hasta que el vulgo supo escribir, es decir, hasta mucho despues que hubo imprenta. Así entre los Griegos que carecieron de este medio, no se han conservado originalmente los cuentos y cantos populares que sirvieron de base á los Poemas de Orfeo, Hesiodo y Homero, cuyos sublimes ingenios con sus grandes epopeyas hicieron olvidar las inartificiosas y sencillas narraciones que les suministraron materiales é ideas para sus poemas. Nosotros en verdad no tuvimos la fortuna de poseer Homeros ni Hesiodos, porque nuestros poetas de profesion, descendientes de una sociedad vieja y degradada, y productos de una civilizacion corrompida que se renovaba por medio de otra aún semisalvage, carecian del vigor y lozanía propios de los pueblos nuevos y robustos. Por esto gustaban mas de un artificio afectado que de la sublime sencillez que inspira la naturaleza á los hombres cuando no tienen otro modelo de imitacion sino los objetos que ella directamente les presenta. Siendo nuestros poetas de la edad media incapaces por esta causa de producir las grandes y bellas creaciones que caracterizan el ingenio robusto y alzado de los pueblos nuevos, se dedicaron á componer obras complicadas, en las cuales pretendian distinguirse del vulgo, proponiéndose vencer dificultades hijas de la ingeniosidad y sutileza, pero no creadas ni procedentes de la grandeza natural de los objetos que cantaron. Así el Romance, que como poesía del pueblo, era rudo é inartificioso, quedó bajo el dominio de los Juglares, y desdeñado de la gente cortesana; pero á pesar de todo, y de no haber salido de tan

limitada esfera, sirvió largo tiempo de libro de memoria donde el pueblo aprendía cuanto le era permitido saber, mientras no pudo adquirir, como los ricos, códices lujosos de hazañas caballerescas, de poesías provenzales y de poetas italianos. Los literatos ricos que adquirían estos códices, en vez de dedicarse á cultivar y perfeccionar la poesía nacional produciendo obras originales, pensaban adelantar mucho con imitar la literatura estraña en ellos contenida. He aquí la causa por que las poesías del siglo XV, imitaciones del Dante y Petrarca, interesan como documentos de los progresos del arte; pero no pintan, como los romances populares anteriores y contemporáneos, los cuadros que caracterizan la civilización Española durante los primeros siglos en que luchaba para recomponer su sistema social. Muchos de los caballescios é históricos entresacados del Cancionero de romances é incluidos en mi coleccion (20) servirán para dar probabilidad á mis conjeturas sobre que su combinacion métrica debió ser la primera forma de la poesía castellana.

Acostumbrándose un poco á su estilo áspero é inconexo, no es posible leer algunos trozos allí contenidos sin admirar cierta naturalidad y sencillez, cierta interesante ternura, y á veces hasta cierta especie de candor Homérico que se descubre en ellos. ¿Quién verá con indiferencia el Romance de la Infantina, el de Don Duardos, el de Rosa Florida, algunos de los Infantes de Lara, y otros muchos que no cito? Verdad es que carecen casi todos del lujo y brillo d' una imaginacion rica y abundante; pero allí se ven retratadas, aun mejor que en la historia, las costumbres, las creencias, las supersticiones de nuestros mayores, y la idealidad con que el pueblo concebía el heroismo, la lealtad y el valor: allí se ve tambien el modo esencial y original de existir propio de aquella sociedad, con los progresos y retrocesos que experimentaba la civilización segun las vicisitudes y circunstancias de cada época (21). Cuantos pretendan estudiar profunda y filosóficamente el caracter de nuestra historia y los progresos de nuestra lengua, es preciso que á vueltas del placer se sometan al fastidio consi-

guiente á la lectura de unas composiciones donde solo como relámpagos fugaces se vislumbra á veces un rayo de inspiracion, casi siempre ahogado por las dificultades que le opone una lengua todavía indocil á espresar consecuentemente y con enlace las ideas. Las buenas cualidades y defectos de tales composiciones me han persuadido, como ya he dicho, á que el Romance octosilabo es la primera forma que adoptó entre nosotros la poesía popular (22); y aunque ninguno de los que nos restan sea en su totalidad anterior al siglo XIV, así en ellos como en varios del XV creo hallar vestigios y trozos proverbiales de otros mas antiguos (23).

Habiendo espuesto ya mis conjeturas sobre el caracter y antigüedad del Romance primitivo, falta todavía decir algo respecto á las fuentes de donde los caballerescos tomaron la parte fantástica, que unida en los históricos con los colores característicos y locales del pais, han producido en los siglos XVI y XVII un sistema poético peculiar á nuestra nacion.

Los libros y Poemas caballerescos representan la idealidad poética, las costumbres aventureras y feudales, y la mitología ó sistema de lo maravilloso que aparece en los siglos medios, así como los poemas de Orfeo, Hesiodo y Homero las de los primitivos Griegos. Tanto en unos como en otros se descubren ya pruebas de unas sociedades organizadas, que segun su respectivo sistema, tienden á perfeccionarse de un modo progresivo y ascendente sobre las bases religiosas, políticas y civiles que las constituyeron. Si los ingleses Thelesino y Melchino, segun supone Huet, escribieron, el uno la crónica casi contemporánea de Artús, y el otro la de la Tabla redonda, pudiera afirmarse que los primeros vestigios del espíritu caballeresco, que hubo escritos, ascienden al siglo VI. Fue generalizándose este espíritu hasta producir los tiempos Feudales, donde se completó un sistema político fundado en bases que constituian á la caballería casi como una orden religiosa. En esta época llegó á su mayor altura, descendiendo despues á medida que el poder Monárquico sofocaba con la fuerza de las leyes

la insubordinacion Aristocrática, y emancipaba al pueblo de la arbitrariedad de los Grandes. A fines del siglo XVI, el espíritu caballeresco y el género fantástico de literatura que produjo habia decaído tanto, como preponderancia adquirian los intereses materiales sobre el entusiasmo y la imaginacion. La pluma del inmortal Cervantes acabó y puso fin á la obra del siglo, y desaparecieron ante su Quijote los amores místicos, las increíbles hazañas, los encantamientos, los Amadis y Esplandianes; y acaso tambien acabára con los Carlomagnos, Roldanes, Reynaldos y los doce Pares, á no haberlos elevado un monumento eterno el Homero de Ferrara, cuyo talento sublime no pudo ser obscurecido por el espíritu de parodia y prosaismo del mayor ingenio conocido en Europa.

Aunque Thelesino y Melchino pusiesen mucho de suyo en las referidas Crónicas, es de imaginar hallasen ya creado el fundamento de sus fábulas en los hechos y tradiciones vulgares, donde siempre se encuentran los primeros vestigios de las creencias del pueblo (24), las cuales cuando no son productos de una religion revelada como el Cristianismo, reducidas á sistema por los Legisladores y Cuerpos sacerdotales, sirven de base á toda sociedad donde aquel no es el primer elemento (*). Estos sistemas cayendo despues bajo el dominio de la poesia y de los grandes ingenios que los revisieron de colores propios á exaltar la imaginacion, produjeron, amalgamándose con los cuentos populares, los sublimes poemas que han vencido al tiempo y las edades. Empezó la sociedad de los siglos medios á formarse sobre distintas bases que las antiguas, desde que los bárbaros del Norte se comunicaron con el mundo Romano y pudieron minar lentamente la que allí se hallaba establecida, pero que flaca y

(*) Los primeros patriarcas, los hebreos y los cristianos, únicamente han conservado puras las divinas revelaciones; los demas hombres las corrompieron hasta el punto de que todos sus sistemas religiosos son fábulas y errores, que disfrazan los principios sencillos de la moral natural. Los cristianos dejan la ficcion para la poesia; las ficciones son la religion de los pueblos infieles.

débil por su misma corrupcion, necesitaba ya reemplazarse por otra mas fuerte, joven y robusta. La creencia, fábulas y costumbres de los Celtas y Escandinavos se habian modificado por las tradiciones civiles y religiosas, que Odin ó Wodin introdujo en el Norte de Europa (25) antes que sus habitantes se desplomasen sobre el imperio de Occidente. La invasion del Norte por Odin y los Asiáticos se apoya en hechos históricos, y sin ella ú otra semejante no pudiera concebirse cómo se halló en Europa de repente un sistema de supersticion popular, y una mitología compuesta de tradiciones orientales unidas á las Germánicas y á las reminiscencias del Paganismo. No hay sistema alguno mitológico que haya sido producto de un solo hombre ó de un solo siglo. El Caballeresco, como todos, es un conjunto de ideas creadas en diversos tiempos, que se han transmitido modificándose á cada paso con el roce de intereses diversos, y de distintas idiosincrasias nacionales (26).

Cayó el imperio Romano y con él la Religion y literatura pagana; pero algunas reminiscencias de sus fábulas quedaron todavía, aunque despojadas del colorido y brillo sensual, que depuso en ellas la imaginacion risueña de los Griegos, y el caracter de la antigua civilizacion. La memoria de estas fábulas descompuestas y vestidas de mas severidad y menos riqueza, pudo servir de elementos á algunas ficciones caballerescas. ¿Por qué los recuerdos de un Hércules y un Teseo no habrán producido á Roldan y Reynaldos, y les de Medea y Calipso una Urganda y una Viviana (27)? La Serpiente Piton y la Hidra de Lerna ¿no serán ascendientes de las sierpes y dragones encantados? El de las Hespérides ¿no se parece al Jardin de Falerina? Si los Griegos y Romanos tenían Titanes y Polifemos, Gigantes descomunales y feroces hay entre los modernos: si aquellos poblaban de Magas la Tesalia, nosotros de Brujas llenamos los cementerios. Aquiles, todo invulnerable sino en la planta del pie, tiene su imitacion en Roldan y Ferragús, y las armas de Vulcano en el encantado yelmo de Mambrino y en la armadura de Argalia. ¿Cómo pues se desemeja tanto la idealidad poética de

la antigua y moderna civilizacion, á pesar de la analogía marcada que existe en la base de sus fábulas? Así como la Mitología Índica perdió en gran manera su misticismo exagerado y sus monstruosas representaciones de la Deidad al pasar entre los Egipcios, así la de estos dejó su severa y gigantesca rigidez, acomodándose á la brillante, risueña y apacible imaginacion que el clima y las anteriores costumbres inspiraron á los Griegos, y así tambien las fábulas de Hesiodo, Homero y Virgilio, glosadas por los pueblos del Norte y modificadas por sus tradiciones, se revisitaron del caracter propio y peculiar que distingue los siglos medios. Diferentes hábitos, costumbres y existencias alteraron necesariamente el modo de considerar las cosas, y cambiando el espíritu, formas, idealidad y modo de concebir en poesía lo maravilloso, han producido un sistema acomodado á las nuevas bases sociales. Los Griegos y Romanos consideraban la especie humana bajo el imperio del fatalismo, y al hombre en general como un ser máquina sometido al inflexible destino. Su ídolo era la patria, á ella se sacrificaba toda individualidad: los mas fieros republicanos se tenian por mas esclavos de ella, y abdicaban todo interes personal ante el objeto de su culto. Este modo de sociedad formaba un centro de existencia comun y exterior que excluía la importancia del hombre como individuo, para atribuirle á un ente abstracto. Así es que la idealidad poética de la Cosmogomía griega se adapta muy poco á la espresion de los sentimientos íntimos é individuales que tanto preponderan en las sociedades modernas. En estas el espíritu aventurero y las costumbres de los pueblos del Norte, amalgamados con las tradiciones orientales y con la moral del Cristianismo, crearon una idealidad poética que se apoya en la importancia del hombre individual, en los sentimientos íntimos del alma, en la lucha de la voluntad con las pasiones, y en la propension á espiritualizarlo todo. La patria del Cristiano no es terrenal, y para conquistarla cuenta solo con la proteccion divina y con los esfuerzos personales é independientes que haga sobre sí mismo.

Los Griegos y los pueblos gentiles, que como los Romanos adoptaron el sistema político y religioso de aquéllos, fundaron su Cosmogomía en la personificación alegórica de la naturaleza exterior, revistiendo sus fenómenos con bellas pero materiales formas, y así constituyeron sus goces y penas en el placer ó el dolor físico. Los modernos hallaron el fondo de su poesía, no en el colorido brillante de una imaginación risueña, sino en el sentimiento íntimo del libre albedrío, en el combate de las pasiones, en la importancia y superioridad con que Dios levantó al hombre y al género humano sobre los seres de la creación, y en fin en el deseo de la Patria mística que debe conquistar. Los hombres de la antigua sociedad derramaban sus pasiones, y como no luchaban contra ellas ni las comprimian, jamas formaron grandes contrastes morales: los de la moderna, combatiéndolas de continuo, las concentran en su interior, y cuando ya el corazón no basta á contenerlas, se abren paso desgarrándole, como el fuego de un volcan rompe las entrañas de la tierra, y lanza furioso enormes rocas sobre las columnas de humo que él mismo vomita. Tales son los extremos de donde parten la antigua y la moderna poesía, y entre ellos existe un número infinito de graduaciones que se suceden hasta llegar del uno al otro.

Las reminiscencias de los tiempos heróicos griegos, las tradiciones orientales, el sombrío y melancólico caracter de las ficciones Escandinavas, el espíritu aventurero de los Normandos, las costumbres feudales, el lujo de la imaginación Árabe y los sentimientos espirituales de la doctrina Cristiana, han sido los elementos de la poesía que inventó los Artuses y Tristanes, los Roldanes y Oliveros, y los Palmerines y Amadises, preponderando en cada cual de estas fábulas caballerescas alguna de las cualidades que constituyen el compuesto de tantos medios poéticos de distinto origen.

Pero lo que mas caracteriza estas ficciones, es el espíritu vago y fantástico que domina en ellas. Productos de una imaginación sin freno, colocadas en un mundo ideal y sin límites creado esclusivamente por ella y para ella, y tan

lejanas de la realidad como de la verdad prosáica, aparecen como una fantasma impalpable en medio de los aires, cuyas formas vagas no pueden fijarse ni comprenderse. Aunque en esta clase de ficciones se ve el espíritu general de los tiempos, pocas se distinguen bien por el color local y gránco de cierto y determinado país. Al considerarlas parece que el universo entero era gobernado y dominado por una sola idea, y que todos los países del mundo estaban contiguos. Sin duda la falta de conocimientos geográficos é históricos daba libertad á los autores de libros caballerescos para colocar impunemente y sin escándalo la China á seis leguas de París, para hacer caminar un héroe en media hora millares de leguas, para crear islas é imperios que nunca existieron, y en fin para considerar un Soldan de Babilonia con los mismos hábitos y costumbres que un galante y aventuroso caballero Normando. Siendo en este género de poesía todo vago y sin límites, se ven frecuentemente repetidas las mismas aventuras, y aplicadas á distintos héroes, sin que el entendimiento eche de ver inconsecuencia alguna, porque como en todos los caballeros prepondera casi un mismo sentimiento y una misma idea, nada se opone á que en sus acciones sean muy semejantes. Un espíritu poco mas ó menos igual dirige á los Tristanes y Lanzarotes, y respectivamente á los Roldanes y Oliveros, á saber, el entusiasmo religioso, el ferviente proselitismo, el aprecio de la fuerza regida mas bien por el sentimiento que contenida por las leyes, el culto hácia el bello sexo, la voluptuosidad disfrazada con colores místicos y platónicos, y en fin la confianza sin límites que cada caballero tenia en sus fuerzas y valor personal, que le hacia acometer impertérrito un egército numeroso y cien descomunales gigantes, sin dudar un punto de la victoria. ¿Quién se atreverá á comparar un Hércules por sus hazañas y su delicadeza en amor, con el valiente y amartelado Amadis? Aquél vence uno á uno los monstruos y tiranos de su patria, éste se presenta impávido ante un centenar de endriagos que destruye en un momento; Hércules conquista una corona de laurel, Amadis una sonrisa de su dama; el

uno depone su clava ciñéndose una rueca al lado de Onfale, al otro le conduce Amor sobre la Peña Pobre para espíar los desdenes de su amiga.

La Mitología griega conservando eterna juventud y lozanía, se sonríe á la imaginacion, y no tiene rival cuando trata de materializarlo todo. La de los siglos medios, melancólica y fantástica, que todo lo espiritualiza, templá algun tanto su lloroso semblante ó la intensidad de su pasion, con las ficciones orientales y árabes que ha adoptado. A par de los follones y mal intencionados gigantes, pone los nobles y generosos caballeros, defensores de la oprimida inocencia; junto á las obscuras cavernas de los magos, estan los jardines y palacios encantados de Alcina, y en ellos los deliciosos placeres. Tal caballero lo sacrifica hoy todo al amor, que mañana se ciñe el hábito de ermitaño y espía sus pecados al pie de un rústico altar, donde otro desdeñado de su dama ó atormentado de remordimientos acude á buscar los consuelos de la Religion. Yo no pondré en competencia los medios de una y otra poesia, pues si la caballescica interesa mi corazon y mi alma por la mezcla que en ella se observa de sensualidad y ternura, de debilidad y de razon, de flaquezas y arrepentimientos, y de heroismo y supersticion, la de los Griegos con sus bellas y voluptuosas imágenes, y su ameno, rico y brillante colorido halaga mis sentidos y se sonríe dulcemente á mi enagenada fantasía. Si alguna vez llega tiempo en que no choque ó se tolere ver el mundo maravilloso de los Griegos antiguos mezclado con el de los siglos medios, como lo está con las ficciones orientales sin que se repare el anacronismo, lograremos tener un sistema poético que reuna todos los medios posibles de perfeccion, y entonces no nos repugnarán muchas de las ficciones del Dante y del Camoens, que ahora criticamos por inconvenientes.

Graves dudas hay sobre el orden sucesivo de las Crónicas y Poemas caballescicos; mas atendiendo al espíritu de cada seccion (*vid. nota 26*) yo pondria en primer lugar los de la conquista del Santo Grial, Artús y Tabla redonda, en seguida los de Turpin, Carlomagno y los doce Pares,

y por último los de los Amadises (28). En los primeros advierto menos lujo de imaginacion oriental, y que participan mas de la sensibilidad de los pueblos del Norte; prepondera en los segundos el espíritu religioso con la disciplina monacal, y el deseo de conquistar almas para el cielo, llevando los caballeros la ofensa y defensa en la punta de la espada, y en el yelmo las santas aguas del Bautismo, para dar eterna vida al vencido y moribundo enemigo, cuando quisiera convertirse; y advierto en fin en los últimos la tendencia metafísica de una civilizacion mas suave, de pasiones mas refinadas y espirituales; y el imperioso influjo del bello sexo sobre una sociedad no menos guerrera y generosa, pero mas culta y perfecta. Vanse marcando estas diferencias de una en otra gradualmente, por manera que parecen eslabones de una misma cadena, que enlazan otras tantas épocas de la sociedad desde la conquista de los bárbaros, á las peregrinaciones y cruzadas á la Tierra Santa, y desde estas al complemento de las ideas caballerescas alambicadas por la metafísica sutil, que el trato y roce con los Griegos modernos introdujo en el Occidente. Poco costará percibir esta graduacion de cualidades empezada en los Artuses, y concluida en los Amadises, y la reunion de todas ellas en el Orlando Furioso de Ariosto, producto grande y magnífico de la Poesía caballerisca, donde comienza á notarse la tendencia filosófica de los siglos posteriores, preparada por el genio burlesco y satírico que inspiró á Pulci su Morgante.

Así como las Crónicas de historia (29) tomaron y prestaron alternativamente asuntos á los romances que les pertenecen; tambien los Poemas y libros de caballería debieron suministrar materiales á los Caballerescos, que difundieron y vulgarizaron el espíritu suyo hasta entre las clases ínfimas del pueblo. Éste, enlazando las nuevas fábulas á las tradiciones de los héroes indígenas, adornó á Bernardo del Carpio y otros caudillos semi-históricos, semi-fabulosos, con cuantas virtudes y hazañas constituian el heroismo de aquellos tiempos. En esta clase de composiciones transpira el caracter grave, fiero y guerrero de los Españoles, á la par

que la propension aventurera de los Normandos, la exágeracion fantástica y melancólica de los Árabes y la rudeza de la poesía luchando con una lengua poco flexible.

La coleccion de Romances caballerescos é históricos que ahora publico está dividida en las siguientes clases:

- 1.^a En Caballerescos varios y de amor.
- 2.^a En Romances de la Tabla redonda y de Amadis.
- 3.^a En los de los doce Pares y Bernardo del Carpio.
- 4.^a En los propiamente Históricos.

Los de la primera division participan mas ó menos del caracter de todas las otras: en la segunda se perciben har-to bien las cualidades de los originales de donde se han formado; y en la tercera, que viene y procede de la crónica latina del Monge Turpin (30), se descubre el espíritu religioso y grave que de ella tomaron estas ficciones, con la exageracion gigantesca de un Roldan, solo comparable á la de Bernardo del Carpio. Pero donde descuella y se ostenta mas nuestro caracter nacional, es en los de la cuarta division tomados del Cancionero de Romances (31), donde el Rey Rodrigo, el Cid, Gonzalo Gustios de Lara, sus siete hijos, Ruy Velazquez &c., son propiamente caballeros españoles, que luchan á brazo partido contra el dominio Musulman en un pais determinado, y tienen las ideas, los trages y las costumbres de su misma nacion, tales como entonces eran.

Como dichos romances fueron conservados oralmente hasta mediados del siglo XVI, y provienen de épocas muy anteriores, domina en ellos cierta difusion y rigidez de estilo, y cierto amaneramiento é inconexion de frases, con la costumbre de repetirse en unos versos y aun trozos enteros de otros, que les quita todo mérito como buena y perfecta poesía; pero les presta un indecible interes como monumentos históricos de nuestras tradiciones, de nuestra lengua y cultura, y al mismo tiempo nos conservan vestigios de los usos, costumbres y formas ideales que prestaba el vulgo á sus héroes.

Una observacion notable ocurre acerca de esta última

clase de romances, y es que aunque predominan en ellos las ideas caballerescas, carecen del color maravilloso que caracteriza los poemas franceses é italianos de igual género. Ni Fadas, ni Genios, ni Encantadores, ni ficcion alguna árabe se encuentra en aquellos, y sin embargo del trato íntimo que teníamos con los Moros, la parte que constituye lo maravilloso es allí puramente cristiana. Tal era el odio con que los españoles mirábamos la fé de nuestros enemigos, que ni aun en poesía podíamos soportar sus ficciones, que detestábamos como obras del diablo. Nuestros héroes son por esta causa en los romances antiguos hombres extraordinarios y fuertes, sus armas de fino y acerado temple, y sus caballos de noble raza; pero no como en los libros y poemas caballerescos, encantados ni fadados. Apenas se encuentra en aquellos alguna otra reminiscencia de semejantes fábulas, y por esto son más bien narraciones sencillas y áridas de hechos, que carecen del brillo de una imaginacion verdaderamente poética.

Hasta fines del siglo XVI no adquirió la poesía Castellana aquella rica inventiva, aquella gala y soltura, aquellas formas libres y fáciles, aquel lujo de colorido y de estilo; y aquellas dotes que tanto la ensalzaron en Europa, y que ahora empiezan de nuevo á apreciarse y á admirarse.

Los extranjeros que estudiando nuestra literatura confunden épocas y circunstancias, han anticipado el tiempo de nuestro verdadero Romanticismo, atribuyendo á siglos anteriores lo que solo se verificó desde fines del XVI á mediados del XVII. En este intermedio, y no antes, se completó el amalgama y fusion de las partes heterogéneas que constituyen todo el brillo, riqueza, armonía y originalidad de nuestra bella literatura. Entonces se compuso la mayor y mejor parte de los romances del Cid y los Moriscos (32), donde nuestros buenos poetas vertieron raudales de imaginacion y fantasía, probando al mismo tiempo no ignorar el arte de describir fuerte y vigorosamente, ya los caracteres, ya las costumbres. En las poesías anteriores á esta época se halla tal vez algun vestigio de la poesía Árabe, mas bien por su

tendencia melancólica y morosa, que por el lujo de imágenes y del colorido (33).

Yo considero á Lope, Góngora y sus contemporáneos como los primeros que comprendieron el destino de la poesía Castellana, y que abandonando la imitación de modelos latinos é italianos, establecieron el verdadero Romanticismo español, tanto en la lírica como en la dramática. Así reunieron los elementos de la poesía popular, y crearon un sistema nuevo compuesto con la brillante imaginación Árabe, con la sentimental y vehemente pasión de los Escandinavos, con la aventurosa y galante caballeridad de los Normandos, con los profundos pensamientos del dogma y moral cristiana, y en fin con el espíritu noble, guerrero, generoso y grave de su nación. Bajo el poderoso influjo de tan grandes ingenios, los versos cortos adquirieron toda la flexibilidad y dulzura que los distingue, y el Romance octosílabo la perfección que le hace apto para expresar digna y convenientemente toda clase de pensamientos, y para adaptarse á todo género de tonos, desde el más trivial al más sublime. Hasta Lope y Góngora los poetas doctos y eruditos, más que originales, apenas descendían con desden á la poesía del pueblo, y la abandonaron á los que por dicitario llamaban ingenios legos. Los poetas de la escuela docta anteriores al siglo XVI, se propusieron por modelos exclusivos á los Provenzales, al Dante, y al Petrarca, y como todos los imitadores, estrecharon y anonadaron sus talentos ante los grandes originales que tenían á la vista. Por esto nuestra poesía del siglo XV no tiene la grandiosidad de la del Dante ni la delicadeza de la del Petrarca; pero en desquite abunda en sutilezas metafísicas, y en una afectada galantería que se opone á la enérgica, natural y sencilla expresión de las pasiones. Posteriormente desde el siglo XVI al XVII Boscan, Garcilaso, Herrera, Rioja, Leon, Villegas y los Argensolas dieron un grande impulso á la escuela docta, y la perfeccionaron aclimatando en España, además de los italianos, otros modelos más sublimes. Horacio y Virgilio vinieron á habitar nuestro Parnaso con Anacreonte, y casi le limpia-

ron de las sutilezas con que le mancillaran los poetas de la corte de Juan II. Así modificada y ensalzada la escuela imitadora supera á la original en artificio, buen gusto, estilo, cultura y filosofía; pero la cede en estro, nacionalidad, riqueza de imágenes, abundancia de fantasía, y sobre todo en las galas de una invencion inagotable.

Cuantos hechos y racionios contiene este escrito me obligan á presumir:

1.º Que los primitivos ensayos de la poesía castellana vulgar debieron ser los Romances.

2.º Que á ellos debemos principalmente la conservacion de las tradiciones populares revestidas con el tipo y caracter nacional.

3.º Que nos marcan los diversos grados de cultura y modificaciones que según los tiempos experimentaba la sociedad.

Y 4.º que hasta fines del siglo XVI la poesía del pueblo, y por consiguiente el Romance, no formaron un sistema completo y uniforme capaz de llamar la atención de los sabios para adoptarle ó combatirle.

Facil es que yo me equivoque en cuanto llevo espresado; pero á lo menos me lisonjeo de haber tratado la materia con alguna novedad, y de haber promovido cuestiones importantes, que otros mas sabios resolverán mejor, si quieren ó pueden. Si esto consigo, me doy por satisfecho del trabajo empleado en coleccionar los Romanceros que he publicado, y que presento en parte como modelos de buena poesía, y en parte como un medio filosófico de adquirir con su estudio muchos conocimientos acerca del caracter físico y moral que constituyó en nosotros la civilizacion de la edad media.

En este discurso, que versa en particular sobre la primitiva forma de la poesía castellana y los Romances á ella pertenecientes, pudiera estenderme á proponer mi juicio acerca de los demas ya publicados en los volúmenes anteriores; pero ademas de haber dicho algo en cada uno sobre las poesías que contiene, nada puede añadirse á lo que con tanto saber, buena doctrina, y gusto delicado ha escrito mi amado

amigo Don Manuel José Quintana en los bellos y perfectos resúmenes históricos de nuestra poesía, y en las escelentes notas críticas que ha insertado al frente y en el cuerpo de las dos secciones en que ha dividido su *Coleccion de poesías selectas castellanas, desde Juan de Menta á nuestros tiempos*, cuya segunda edicion acaba de publicar.



NOTAS.

(1) Así llamaremos las diferentes jergas que se formaron corrompiendo la prosodia, pronunciación y sintaxis latina.

(2) La *Provenzal*. Así esta lengua como la *Francica* ó *Theotisca* existían ya á los principios de la monarquía Francesa. La primera debió nacer entre los Godos que ocuparon el Norte de España y el Mediodía de Francia: se encuentran ya vestigios y formación de algunas palabras suyas en documentos latinos muy antiguos. Además de hallarse prevenido en varios Concilios que las predicaciones é instrucciones religiosas se hiciesen en las lenguas rústicas, ya en el siglo VII, según Meyer, se sabe que el Obispo de Tournay y de Montmolín, electo por muerte de San Eloy, era hombre sabio así en el idioma Romano como en el Theotisco. El pueblo en el siglo VIII cuando cantaba las letanias respondía *ora pro nos*, suprimiendo la desinencia de *nobis*; y *tu lo juva*, anteponiendo la partícula provenzal *lo* al verbo, en vez del pronombre latino. En el documento del Rey Moro de Coímbra que cito en la quinta nota, se encuentran voces enteramente provenzales, *é* por *et*; *esparte* por *esparce*; *pecten* ó *peiten* por *pectent* ó *pendant*, &c. Según Luit Prand, ya en el año de 728 se contaban el Catalán y el Valenciano por lenguas establecidas en España, y por consiguiente creadas antes de la conquista de los Árabes. Esto hace probable la conjetura de haber nacido la lengua Provenzal entre los Godos que ocuparon el Mediodía de la Francia. Quien pretenda enterarse más á fondo de esta materia, puede consultar á Raynouard en el tomo I de las poesías selectas originales de los Trovadores.

(3) La Castellana, Italiana y Francesa.

(4) Se las distinguió por la partícula afirmativa de cada una, llamando á la Provenzal lengua de *Oc*; de *Oui* á la Walona, después Francesa; de *Si* á la Castellana, Italiana y Portuguesa; y de *Ya* á la Teutónica.

(5) Antes de la invasión Goda se hablaban en España las lenguas Cantábrica, Fenicia, Griega, Hebrea, Caldea, Latina y Celtibérica. Vulgarizada después la Árabe sustituyó á las demás, acabando con ellas en los países dominados largo tiempo por los moros, y en los que no, preponderaron las que existían antes. Todas las espresadas lenguas prestaron algunas voces y etimologías al Castellano, pero casi la totalidad de estas pertenece al Latín. Los Árabes también rindieron tributo al idioma de Virgilio y Cicerón, pues en las crónicas de Idacio Obispo se halla un documento hecho por el Rey Moro de Coímbra en los años de 734 que empieza así: *Alboucen Iben-Mahumet Iben-Tarif, bellator fortis, vincitor Hispaniarum, dominator Cantabrie Gothorum, et magna litis Roderici*, &c.

(6) Las tradiciones remotas del origen y tiempos heroicos de las sociedades se nos han transmitido en Poemas, cuyo lenguaje parece ser

rítmico, y sentencioso su estilo. Aunque el erudito Don Tomas Sanchez para desmentir esta idea trata de probar que el libro de Job y el Génesis fueron originalmente escritos en prosa, no consigue su intencion, pues ignorándose la prosodia Hebrea y Siriaca, mal se puede juzgar sobre el ritmo de estas lenguas. Al contrario, atendiendo á los hechos probados y á las consecuencias análogas que se deducen de ellos, debemos pensar que el libro de Job y el Génesis se compusieron en language métrico, pues constan de versículos sentenciosos que encierran el pensamiento en límites determinados, arte acaso mas difícil que el de versificar, cuando no es la versificacion la que conduce á él. Pero aun cuando Sanchez probase su opinion respecto á estos libros, con ello no demostraria que antes no se escribieron otros en verso, pues la civilizacion de los Hebreos y los Egipcios estaba ya muy adelantada para suponer que antes no existiesen otros escritos, aunque no hayan llegado hasta nosotros. Ademas el Veda enigmático de los Bramas, las Tradiciones pérsicas de los Guebros, el Zend-Avesta del segundo Zoroastro, los libros del Egipto Osiris y del Griego Orfeo, el Alcoran y los poemas Arabes que le precedieron, parecen hechos en un language métrico y sentencioso. El Edda, el Voluspa y las estrofas Havanna del segundo Odin, el Nibelungen Germánico, los poemas Druidicos y Célticos, y los cantos Escoceses que pertenecen á la civilizacion de los pueblos del Norte y conservan sus tradiciones, tambien parecen obras métricas. Si descendemos á los monumentos escritos en *lenguas rústicas* de la edad media, composiciones poéticas nos presentan antes que prosa. En el siglo XI aparece ya un poema Portugués sobre la *pérdida de España por el Rey Rodrigo*; siguese despues en el XII el del *Cid* Castellano, y en el XIII descuellan las poesias de Alfonso el Sabio. Las cántigas ó lays y las tensiones Provenzales presidieron á la formacion de casi todas las lenguas rústicas, y sostuvieron su brillo hasta mucho despues que las Cruzadas contra los Albigenses acabaron con la raza de los poetas y con la lengua en que las componian. Las primeras muestras de que hay noticia escritas en el idioma Breton, en el del pais de Gales, y en el de los Walones, posteriores con mucho al libro de *Bruty-Brenhined* (Bruto de Bretaña), ascienden á los fines del siglo XII y principios del XIII, y se emplearon en componer Poemas caballerescos y genealógicos como el de *Rou*, el de *Florimon*, y otros varios donde se reproducen ya alteradas muchas de las tradiciones Célticas y Germánicas. Sin duda los historiadores, legisladores y los hombres comunes de los pueblos primitivos, encontraron en la metrificacion y la armonia un recurso supletorio á la falta de caracteres alfabéticos, y se valieron de él para conservar las leyes, doctrinas y hechos mas importantes, que descubierta la escritura trasladarian á ella con anterioridad y preferencia á cualquiera otra cosa.

(7) El arte de colocar convenientemente los acentos no se fijó bien hasta el siglo XVI.

(8) Viciada, corrompida y aun olvidada la pronunciacion latina se empezaron á componer himnos en esta lengua, donde vemos usado el número silábico y los consonantes para suplir la prosodia de largas y breves. Quizá asi se empezó á formar el nuevo sistema métrico adoptado en las lenguas modernas.

(9) Las Provincias Vascongadas, con parte de la Navarra, guardaron un dialecto Céltico; los Gallegos y Portugueses formaron el suyo, mezclando el Suevo con el Latin mas contraído que entre los Castellanos, y los Catalanes y Valencianos adoptaron el Provenzal con algunas modificaciones.

(10) La traduccion del Fuero Juzgo en el de Córdoba precedió y preparó la obra de las Partidas ideada bajo Fernando III el Santo.

(11) En este Poema histórico-romancesco hay la pretension de imitar los versos latinos; pero tan malamente ejecutada, que es una lástima. Sin embargo, entre sus intolerables defectos tiene tal cual vez cierto candor, dignidad é interes, que demuestran á su autor como hombre erudito, y á veces inspirado.

(12) Por esto deben considerarse las Asturias como cuna del lenguaje y poesia nacional sin mezcla de imitacion estraña. Harto hacian los habitantes del pais con repeler á los Moros, que no les dejaban tiempo para estudiar á Virgilio ni á Horacio, ni para apreciar la literatura de los Arabes sus enemigos.

(13) Conforme se transmitian de edad en edad, las tradiciones orales iban modernizando y rejuveneciendo su lenguaje como el pueblo que las cantaba: así es que los primitivos romances habrán llegado á nosotros como á los Griegos la Nave de Colcos, es decir, con formas iguales á la original, pero con piezas renovadas en diversos tiempos.

(14) La música primitiva de los Cantos populares se ha perdido del todo, quando la de los romances se conserva inalterable. Esta parece un gemido prolongado y monótono, pero que no deja de producir su efecto quando acompaña las danzas pausadas del pais.

(15) Para atribuirle un origen arábigo no tenemos otro motivo que haberlo así insinuado el erudito Conde en su *Historia de los Arabes en España*; mas de cualquiera modo, no es menos cierto que solo se adoptó entre los Castellanos. Los Romances Arabes, como Conde los presenta, no son idénticos á los nuestros, y parecen un monorimo en versos de diez y seis sílabas, con emistiquio de ocho sin blancos intermedios.

(16) Pocos y contados son ya los buenos literatos que se atreven á despreciar abiertamente el romance por ser romance; desprecian, sí, al que es malo, como despreciarian un Poema en octavas que lo fuese tambien; pero casi todos convienen en negarle la aptitud para elevarse al género sublime y grave de la poesia. Otra idea he formado yo de esta composicion despues de haber estudiado los buenos romances de Lope, Góngora, Calderon y Melendez; y quando leo el de *Angelica y Medoro* del segundo de estos Poetas, le tengo, á pesar de sus defectos, por uno de los mejores trozos de nuestra Poesia épico-lírica, sin esceptuar las mas sublimes composiciones del Parnaso español. ¡Qué cuadros tan bellos le adornan! ¡Qué amenos paisages presenta á la fantasia! ¡Con qué abundancia y conveniencia de epitetos la ensalza! ¡Cómo la arrebatada por la facilidad, decoro, fuerza y affluencia de lenguaje! ¡Cuál la exaltada por la espresion rica, noble y sublime de sentimientos! y en fin ¡cuánto la halaga y lisonjea por el brillo, armonia é idealidad de los pensamientos! Apenas el lírico Horacio y el tierno Tibulo podrán presentar una composicion que desluzca la del grande y alzado poeta Cor-

dobés. Conozco que mi modo de ver y juzgar en la materia no servirá de norma á los demas: siento disentir de lo que en ella opinan los sabios, pero al concederles esto, jamas convendré en que mi modo particular de considerar las cosas les dé derecho para tratarme de ignorante ó inepto. La diferencia de opiniones literarias no debe ser motivo de desprecios ni de ultrages, y á ninguna cosa del mundo puede aplicarse con menos inconvenientes la virtud llamada tolerancia.

(17) Es de creer que el Poema y la Crónica del Cid se formasen sobre tradiciones conservadas en cuentos y romances populares, pues aunque la mayor parte de los que existen de esta historia son del siglo XVI remedando el lenguaje antiguo, hay algunos anteriores, donde sin embargo de estar modernizados, se conservan vestigios de muy remota antigüedad. Véanse el de *Helo, helo por do viene*, el de *Dia era de los Reyes*, &c.

(18) En los Cancioneros generales y Poemas impresos ó manuscritos se hallan muchas composiciones en versos cortos diversamente combinados anteriores al siglo XV, pero entre ellos muy pocos romances.

(19) Hay algunos muy antiguos, cuyos trozos mas populares trobaban los poetas del siglo XIV y XV, reduciéndolos de históricos ó heroicos que eran, á galantes y amorosos. Así hizo Diego Sant Pedro en el suyo que dice *Reniego de ti, amor*, trovando el de *Domingo era de Ramos*, desde el verso *Reniego de ti, Mahoma*; y así hicieron otros que sería largo citar.

(20) Es la coleccion esclusivamente de romances que primero se ha formado, recogiéndolos de la tradicion oral.

(21) Parece increíble el retroceso de la literatura desde Alfonso el Sabio á Juan II. Ademas de las causas generalmente conocidas, sería muy util indagar otras no menos poderosas que contribuyeron á esta decadencia; mas siendo ageno de este trabajo, reservo esponer mis ideas en el asunto para ocasion mas oportuna.

(22) Pueden servir de ejemplo casi todos los romances de la primera y algunos de la cuarta seccion de los caballerescos é históricos. Véanse el de *Vergilios*, el de *Moriana*, el de *Julianesa*, el de *las bodas de Doña Lambra*, &c. La sencillez y el tono libre que los distingue, caracterizan bastante bien el estado social del tiempo en que se compusieron.

(23) Si á tales reflexiones se añaden las que resultan comparando algunos romances antiguos (aunque alterados y modernizados) con las composiciones de Alfonso el Sabio y el Poema del Cid, se verá que aquellos, al menos en su primitiva creacion, deben ser anteriores, porque despues de haberse compuesto las últimas, no pudieron retrogradar tanto la literatura y la lengua, como resulta de los primeros. Confirrase mi opinion examinando las composiciones del siglo XIV, infinitamente mas cultas y adelantadas que no los romances de que hablamos. Debemos pues inferir que estos habrian de preceder á la mas artificiosa y complicada poesia del Poema del Cid, lo cual es mas obvio de pensar, que el que se hallase la nacion sin Cantos en lenguaje vulgar desde que el latino dejó de serlo, es decir, mas de seiscientos años.

(24) ¡Cuánto pudiera decirse sobre tan importante materia! Quien estudia la historia y la literatura esclusivamente en los libros, y entre los estrechos é intolerantes métodos del siglo XVIII, jamas cono-

erá mas hombres que los Franceses, ni mas tiempos que dicho siglo, y siempre ignorará los resortes por donde el género humano tornó á encontrarse en el camino ascendente de la perfectibilidad. Los Filósofos de aquel siglo, ocupados en esgrimir las armas de la ironía contra la supersticion y las preocupaciones, apenas echaron una mirada filosófica sobre los sistemas que destruyeron, ni sobre los grandes medios que estos prestaron á la civilizacion. Vieron únicamente en Hesiodo y Homero dos poetas, dos modelos de literatura, y en sus obras unos escelentes poemas, ó cuando mas, unas bellas y magnificas alegorías de la naturaleza; pero no como debieran las grandes Epopeyas, los sublimes sistemas que tanto influyeron en la civilizacion europea, y cuya marca indeleble se halla estampada todavía en las modernas sociedades. Hesiodo y Homero, creadores de la Epopeya Griega, formaron sus poemas, redactando con sus fábulas todo el sistema politico, filosófico y religioso que constituyó el espíritu de los pueblos progresivos, bajo cuyos auspicios marcha aún la sociedad europea, mientras la asiática permanece estacionaria hace ya siglos de siglos. Pues bien: Hesiodo y Homero ¿hicieron mas que revestir de bellas y convenientes formas, y dar unidad á las tradiciones de la Cosmogomía y Filosofía sacerdotal de los Egipcios, modificadas por las localidades y el caracter de los Griegos? ¿Estas tradiciones eran otra cosa que los medios inventados para ligar el pueblo por la imaginacion y el sentimiento á las bases y modo de una sociedad progresiva? ¿Era por ventura salirse de las vias de la naturaleza el aprovecharse de la propension innata en el hombre hácia lo maravilloso, para conducirlo donde no alcanzaba la razon natural? ¿Por qué pues no hemos de considerar en las Epopeyas de todas las naciones y edades, sino el arte del poeta, prescindiendo de los medios filosóficos que contienen é influyen tan fuertemente en el modo y sistema de sociedad? Un gran Poeta épico es á mis ojos el complemento de una crisis social y el principio de otra; por eso en los intermedios aparecen solo pobres y mezquinas Epopeyas; por eso son imitadoras y no originales. Desde el siglo XIII al XVI se acababa el trabajo social de la edad media, y comenzaba el de la civilizacion por los intereses materiales; entonces aparecen el Dante, el Ariosto y el Taso. ¿Quiénes les siguen en el siglo XVII y XVIII, donde se perfecciona y completa el trabajo de la nueva sociedad? Ninguno que pueda compararse á ellos. Ahora en el siglo XIX ya se ostenta la sociedad terminando la obra de los dos anteriores, para empezar la del amalgama y fusion de los intereses materiales y morales, y ya aparece como precursor de una magnífica Epopeya el grande hombre que impele su siglo hácia ella, y se la diera á nacer cincuenta años mas tarde. En vano el hombre quiere poner diques á los siglos; la fuerza de las cosas y la Providencia rige sus pasos y le conducen al fin de sus altos decretos. Todos los sistemas humanos estan llenos de errores y de verdades: pero para discernir los unos de las otras, es necesario no mirarlos por un solo aspecto, y preciso además escuchar y discutir imparcialmente aun las cosas que mas chocan con nuestras ideas, pues de lo contrario, jamas podremos juzgar con acierto sobre ellos.

He dicho en el cuerpo de este discurso, que los primeros monumentos escritos donde aparece el espíritu caballeresco de la edad media as-

cienden al siglo VI; mas no pretendo fijar su base en esta época, pues estoy muy seguro que viene de siglos muy anteriores. Ya en los primeros de la república Romana aparecen los Galos, los Cimbros, los Germanos y los Francos formando grandes y numerosos pueblos invasores, que se civilizaban y existían bajo el imperio de sistemas religiosos y políticos, harto complicados para no suponerlos producto de infinitas generaciones. Cesar nos pinta los Druidas y Bardos como sacerdotes y magistrados de sus respectivas naciones, y para designar los poemas que la juventud del Norte aprendía de memoria los veinte primeros años de su vida, la lengua latina inventó la enérgica y significativa frase que decia, *libri exaltationis*. La mano poderosa del tiempo no acabará quizá con ellos, si los pueblos del Norte adoptando la sublime Religión cristiana no los hubiesen destruido, como tambien lo intentarían y lograrían con los monumentos de la civilización Griega, si un ser protector no lo impidiera para conservar á la posteridad pruebas de los esfuerzos de la humana inteligencia. Los poemas Irlandeses, los de la Armórica, del país de Gales y de la Cornualla, que mecieron la cuna de las sociedades Célticas, dejaron algunos restos de lo que fueron en las traducciones latinas que existían aún en el siglo XI, pero que á su vez se hundieron como los originales en el rio del Olvido: no tanto empero que no resten aún numerosos vestigios de su contenido en los poemas caballerescos del siglo XII. El célebre Mr. Quinet trata de publicar algunos de los setenta códices manuscritos inéditos de dicha clase que ha descubierto en la Biblioteca Real de París (*), entre los cuales existen algunos que contienen desde 300 á 500 versos. Muchos, segun se dice, son libros genealógicos de dinastías, cuyas noticias histórico-romancescas ascienden á una época treinta generaciones anterior á la invasión de las Galias por los Romanos. Otros son Poemas caballerescos, tales como Perceval, Lanzarote, Tristan y Giron Cortés, que presentan mucha importancia para la historia de la civilización, de la filosofía y de la literatura.

(5) Las naciones del Cáucaso al mando de Sigeo se introdujeron en el Norte de Europa para poner su libertad al abrigo de los egércitos Romanos. Aquel caudillo tomando el nombre de Odin, deidad de los Partos, se constituyó legislador y profeta de los Escitas, entre quienes halló seguridad contra las armas de Pompeyo. Llevó consigo la civilización asiática, y en su pecho un odio reconcentrado á los opresores del mundo. Con estos elementos, y los que le presentaba el país salvaje de los hijos de los hielos y las rocas, fundó una religión feroz y guerrera que participaba del carácter de los pueblos indígenas, del de los refugiados, y de la pasión rencorosa del legislador. Las fábulas orientales unidas á las de los Celtas y Escandinavos, y á las costumbres de todos estos pueblos, constituyeron la nueva mitología de Odin. En

(*) Acaso se hallarian monumentos igualmente preciosos en las bibliotecas particular y pública del Rey nuestro Señor. ¡Ojalá que este trabajo mio llame la atención pública, los gefes de ambos establecimientos, y la proteccion de nuestro ilustrado Soberano hácia esta clase de estudios é indagaciones, pues de ello resultarian sin duda medios para estudiar y penetrar el carácter que imprimió la edad media en la civilización española.

ella se encuentra refundida la idealidad y estravíos fantásticos, las Hadas, los Genios del aire y de la tierra, los encantamientos y el lujo de una imaginación oriental, con el carácter tético y adusto, con las pasiones feroces, con el culto de las rocas y los torrentes, con la creencia de los trasgos y brujas, con la semidivinidad de las mugeres, y con el pundonor de unos pueblos militares, entre quienes el valor personal era la primera y mas excelente virtud. Así formó Odin el amalgama y transacción entre las doctrinas, costumbres y creencias de los pueblos del Cáucaso, los Celtas y Germánicos, que resulta de sus poemas. Aun se descubren en las sociedades modernas vestigios y profundas raíces de aquel modo de sociedad, las cuales ni el espíritu del cristianismo, ni la filosofía, ni la razón han logrado arrancar ni destruir. Tanta es la fuerza de la preocupación y de la costumbre, que aun en el día el feroz duelista puede arrastrar al crimen al hombre honrado, pero pundonoroso.

(26) Los Libros y Poemas caballerescos pueden dividirse en cuatro secciones, á saber:

1.^a Los de origen céltico, cuya mayor parte fueron compuestos en versos cortos de ocho sílabas. En ellos transpira ya el espíritu y carácter ligero é irónico de los Franceses. Los Poemas de Artús y de la Tabla redonda pertenecen á esta seccion.

2.^a Se colocan después los de origen germánico compuestos en versos largos, y en pesado estilo, grave y sesudo: estos han tomado por héroes á Carlomagno y sus doce Pares.

3.^a Vienen en seguida los que produjo el espíritu de la civilización de los Griegos modernos en tiempo de las Cruzadas, escritos en prosa, y caracterizados por su tendencia á revestir las pasiones de un velo místico y de una metafísica sutil é incomprensible. Tales son los Amadises.

4.^a Preséntase últimamente la seccion de los poemas italianos que tratan de las guerras entre Carlomagno y los Sarracenos, cuya base principal es la Crónica de Turpin. Los que precedieron al *Orlando Furioso* prepararon el camino para que el Ariosto levantase la Epopeya romancesca á la misma altura que Homero ensalzó la griega clásica. Entre muchos de estos poemas solo citaré los siguientes:

La Spagna: *anónimo*.

La Regina Anroja: *id.*

Altobello, Ré Trojano: *id.*

Persiano, figliuolo de Altobello: *id.*

Innamoramento di Ré Carlo: *id.*

Morgante Maggiori: *di Luigi Pulci.*

Mambriano: *del Cieco de Ferrara* (Francesco Bello).

Orlando innamorato: *di Matheo Bojardo.*

(27) Alcina y Urganda se parecen mas á Calipso que á Circe y á Medea. Algunos con mucho fundamento, y yo con ellos, atribuyen el origen de las Fadas, los Genios celestes y terrestres, los encantamientos &c. á las fábulas orientales; pero le queda sin embargo todavía mucho á la poesía caballerescas, donde se ven patentemente reminiscencias de la mitología griega.

(28) He dicho ya que las Crónicas caballerescas en prosa, escritas des-

de el siglo XIV al XVII, son imitaciones ó traducciones de poemas originalmente compuestos en verso y en los idiomas Breton, Walon y del país de Gales. Entre ellos se distinguen los Poemas de Tristan, Perceval, el Galo y otros que, segun dije en la nota 24, ha descubierto Mr. Quinet y se propone publicar. Los libros caballerescos descendientes del de Amadis de Gaula, son sin duda productos del ingenio español; mas no puedo creer lo sea igualmente el padre de todos ellos. Aun cuando como se supone exista un códice portugués atribuido á Vasco Lobeira, donde se halla este libro caballeresco, solo probaria que es el primero que imitando otro anterior lo dió á conocer. Así á lo menos parece atendiendo á que el espíritu que domina en el Amadis de Gaula nada tiene de comun con la idealidad que preside en nuestra historia, con las costumbres del siglo XIV ni con los anteriores. Mucha mas semejanza tiene con los libros de Artús y de la Tabla redonda. El Amadis de Gaula se resiente mucho de unas ideas feudales que casi nos eran desconocidas, pues los Godos y los Sarracenos, nuestros conquistadores, se amalgamaron tanto con el país y sus habitantes, que se confundieron vencidos y vencedores, y no existió nunca en general la categoria de siervos territoriales. Hasta despues de muy adelantada la restauracion del imperio Castellano no se organizaron en España instituciones algun tanto feudales, y esto fue cuando por la condescendencia y la penuria de los Reyes, y por los efectos de la reconquista, se concedieron á los Grandes algunos derechos de jurisdiccion en los países que muchas veces recobraban á sus espensas.

(29) En el supuesto de haberse conservado las tradiciones populares en verso antes que en prosa, es muy natural que los romances suministrasen materiales para la historia.

(30) Poco ventajoso es el cambio que hago del Amadis por la Crónica de Turpin.

(31) Todo el contenido del párrafo á que esta nota pertenece se refiere á las composiciones entresacadas del Cancionero, de la Floresta, y de la Silva de romances. Las que he tomado del Cancionero general pertenecen al siglo XIV y XV, y las que del Romancero al XVI y al XVII. Algunas he insertado del Romancero de Sepúlveda, serviles imitaciones del mal estilo de los romances antiguos; pero son pocas y únicamente para llenar algun vacío que otras dejaban.

(32) Hay con todo algunos que ascienden al siglo XV, y otros al XIV. Tales son los Fronterizos, así llamados por ser las canciones donde los Castellanos celebraban las correrias que hacian en las fronteras de los Moros.

(33) Mas resalta esta opinion comparando estos romances con los de Lope, Góngora, ú otros poetas de los siglos XVI y XVII. Véanse los de *Fontefrida*, *Fontefrida = Yo m'era Mora Moraina = Que por mayo era por mayo*, y otros que he insertado en el Romancero de doctrinales, amatorios, &c. Estas cancioncillas en romances, particularmente las dos primeras, se hallan llenas de una tendencia dulce, melancólica y grave, que descubre bien á las claras su analogia de sentimientos con los pocos moriscos que en la *Historia de los Arabes en España* ha traducido el sabio, modesto y amable Don José Antonio Conde.

APÉNDICE.

Después de escrito el discurso y notas que anteceden un discípulo, como yo, del hombre mas amable, sabio y celoso, que ha dedicado su vida á instruir la juventud, y á quien mucha parte de la de esta corte debe su afición y amor á los buenos estudios, me ha franqueado la siguiente advertencia, que inserto por la coincidencia de su contenido con mis ideas, por las miras útiles que contiene, por lo bien pensada que está, y por las noticias curiosas en que abunda. Así doy una prueba de mi aprecio y gratitud á quien ha tenido la bondad de franquearme este apunte.

POESÍA BABLE.

Pocas provincias de España conservarán mas reliquias y recuerdos de venerable antigüedad que conservan las Asturias. Su dialecto, conocido con el nombre de *Bable*, es sonoro, suave, y si no estremadamente rico, no tan pobre como creen algunos. Háblase en el interior de Asturias la misma lengua que se habló en España en los siglos medios, y muchas frases y giros que se conservan en el Poema del Cid son familiares á los labriegos Asturianos. Las voces adquiridas de los Arabes no traspasaron los aledaños de Asturias: será lástima que se deje perder un dialecto, que bien estudiado, podria dar á conocer la etimología de muchas voces castellanas, y del que podriamos tomar las que nos faltasen, sin tener que mendigarlas del extranjero. El Señor Don José Llanos estimuló á varios literatos á que formasen un diccionario *Bable* bajo las reglas que trabajó; mas no llegó á concluirse tan difícil empresa. Don José Caveda tiene escrita una Memoria acerca de la antigüedad y mérito del dialecto de Asturias, digna de la luz pública.

Una de las diversiones favoritas del pais, es la danza circular conocida con el nombre de *Danza prima*. La mesura y sencillez de este baile son los mejores garantes de su antigüedad: Homero nos describe ya danzas circulares (*). Canta el pueblo en estas danzas roman-

(*) Acaso las danzas circulares son resto y representacion de la táctica guerrera usada en las sociedades incipientes y en paisés montañosos. En estos círculos se cantarían los himnos guerreros para animar los soldados: allí cada gefe los arengaría y comunicaría sus órdenes, y de allí saldrían ordenados los grupos ó pelotones para dar la batalla después de haberse ejercitado en el manejo de las armas. Los Asturianos bailan aún su *Danza prima* armados de gruesas estacas, que saben usar perfectamente para la ofensa y la defensa; apenas se acaba uno de estos bailes sin batalla de garrotazos sobre la preferencia que pretende tener alguno de los Concejos de la provincia. Comunmente el grito de guerra que precede á estas rijas, es el de *viva Pravia y muera Piloña*, ó al contrario. Los Asturianos aman tanto estas danzas y costumbres que donde quiera que esten y haya reunidos algunos aldeanos de esta provincia, arman su *Danza prima* al son de los romances y una gaita, y se dan después de palos sin misericordia.

ces sagrados ó heróicos, amorosos ó festivos, intercalados de algun es-
trivillo por lo comun de asunto sagrado.

Asturias tuvo poetas: el primero de que hay noticia clara, y del que
se conservan algunos escritos, es Don Antonio Gonzalez Reguera, cono-
cido por el nombre de *Anton de la Marirreguera*, que floreció desde
principios á mediados del siglo XVII. En 1639 escribió un romance
sobre el pleito entre Mérida y Oviedo por la posesion de las cenizas de
Santa Eulalia. Escribió en octavas los Poemitas jocosos titulados *Dido
y Eneas, Ero y Leandro, Piramo y Tisbe*. Se descubre en ellos ge-
nio festivo, amena y fecunda imaginacion, escelentes imitaciones de
los antiguos, y versificacion facil al mismo tiempo que numerosa. Hay
noticia y existen obras de otros poetas coetáneos y posteriores, siendo
los mas célebres, *Juan Fernandez Porley*, llamado *Juan de la Candon-
ga: Don Bernardino Robledo*, Cura de Piedelora: *D. N. Benavides:
Don Bruno Fernandez*, y *Don Antonio Balvidares*.

Los poetas de España en el siglo XVII y XVIII
se dividieron en dos clases: los que se llamaron
los poetas de la escuela de la imitación, y los
que se llamaron los poetas de la escuela de la
originalidad. Los poetas de la escuela de la
imitación se caracterizaron por su gusto por
los modelos de los antiguos, y por su gusto
por la imitación de los poetas de la escuela
de la imitación. Los poetas de la escuela de
la originalidad se caracterizaron por su gusto
por la originalidad, y por su gusto por la
imitación de los poetas de la escuela de la
imitación. Los poetas de la escuela de la
imitación se caracterizaron por su gusto por
los modelos de los antiguos, y por su gusto
por la imitación de los poetas de la escuela
de la imitación. Los poetas de la escuela de
la originalidad se caracterizaron por su gusto
por la originalidad, y por su gusto por la
imitación de los poetas de la escuela de la
imitación.

Los poetas de la escuela de la imitación
se caracterizaron por su gusto por los
modelos de los antiguos, y por su gusto
por la imitación de los poetas de la escuela
de la imitación. Los poetas de la escuela de
la originalidad se caracterizaron por su gusto
por la originalidad, y por su gusto por la
imitación de los poetas de la escuela de la
imitación.

ROMANCES CABALLERESCOS

Y DE AMOR.

ROMANCE DE VERGILIOS.

(Anónimo).

MANDÓ el Rey prender Vergilios
Y á recaudo le poner
Por una traicion que hizo
En los palacios del Rey.
Porque forzó una doncella
Llamada Doña Isabel,
Siete años lo tuvo preso,
Sin que se acordase dél;
Y un domingo estando en misa
Vínole memoria dél.
— Mis caballeros, Vergilios
¿Qué se habia hecho dél?—
Allí habló un caballero
Que á Vergilios quiere bien:
— Preso lo tiene tu Alteza,
Y en tus cárceles lo tien.
— Via comer, mis caballeros,
Caballeros, via comer,
Despues que háyamos comido
A Vergilios vamos ver.—
Allí habló la reina:
— Yo no comeré sin él.—
A las cárceles se van
Adonde Vergilios es.
— ¿Qué haceis vos aquí, Vergilios?

Vergilios, ¿qué aquí haceis?
— Señor, peino mis cabellos,
Y las mis barbas tambien:
Aquí me fueron nacidas,
Aquí me han de encanecer,
Que hoy se cumplen siete años
Que me mandaste prender.
— Calles, calles tú, Vergilios,
Que tres faltan para diez
— Señor, si manda tu Alteza,
Toda mi vida estaré.
— Vergilios, por tu paciencia
Conmigo irás á comer.
— Rotos tengo mis vestidos,
No estoy para parecer.
— Yo te los daré, Vergilios,
Yo dártelos mandaré.—
Plúgole á los caballeros
Y á las doncellas tambien;
Mucho mas plugo á una dueña
Llamada Doña Isabel.
Llaman luego un Arzobispo,
Y la desposan con él.
Tomárala por la mano,
Y llévasela á un vergel.

Id. de la Infanta de Francia. (Anónimo).

De Francia partió la niña,
De Francia la bien guarnida:
Íbase para París,
Do padre y madre tenía:
Errado lleva el camino,
Errada lleva la vía:
Arrimárase á un roble
Por esperar compañía.
Vió venir un caballero,
Que á París lleva la guía.
La niña desde que lo vido
Desta suerte le decía:
— Si te place, caballero,
Llévesme en tu compañía.
— Pláceme, dijo, señora,
Pláceme, dijo, mi vida.—
Apeóse del caballo
Por hacelle cortesía;
Puso la niña en las ancas
Y subiérase en la silla:
En el medio del camino
De amores la requeria.
La niña desde que lo oyera
Dijole con osadía:
— Tate, tate, caballero,
No hagais tal villanía:

Hija soy yo de un malato
Y de una malatía,
El hombre que á mí llegase
Malato se tornaría.—
Con temor el caballero
Palabra no respondía,
Y á la entrada de París
La niña se sonreía.
— ¿ De qué os reís, mi señora,
De qué os reís, vida mía?
— Ríome del caballero,
Y de su gran cobardía,
¿ Tener la niña en el campo,
Y catarle cortesía! —
Con vergüenza el caballero
Estas palabras decía:
— Vuelta, vuelta, mi señora,
Que una cosa se me olvida.—
La niña como discreta
Dijo: — Yo no volvería,
Ni persona, aunque volviese,
En mi cuerpo tocaría:
Hija soy del Rey de Francia
Y la Reina Constantina,
El hombre que á mí llegase
Muy caro le costaría.

Id. de las fortunas del Conde Arnaldos. (Anónimo).

¿ Quién hubiese tal ventura
Sobre las aguas del mar
Como tuvo el Conde Arnaldos
La mañana de San Juan!
Con un falcon en la mano
La caza iba á cazar,
Y venir vió una galera
Que á tierra quiere llegar.

Las velas traía de seda,
La ejarcía de un cendal,
Marinero que la manda
Diciendo viene un cantar
Que la mar ponía en calma,
Los vientos hace amainar,
Los peces que andan al hondo
Arriba los hace andar,

Las aves que andan volando
 Las hace á el mástil posar:
 — Galera, la mi galera,
 Dios te me guarde de mal,
 De los peligros del mundo
 Sobre aguas de la mar,
 De los llanos de Almería,
 Del estrecho de Gibraltar,
 Y del golfo de Venecia,
 Y de los bancos de Flandes (1),

Id. de la Infanta y Alfonso Ramos. (Anónimo).

Estaba la linda Infanta
 A la sombra de una oliva,
 Peine d'oro en las sus manos,
 Los sus cabellos bien cria.
 Alzó sus ojos al cielo
 En contra do el sol salia,
 Vió venir un fuste armado
 Por Guadalquivir arriba:
 Dentro venia Alfonso Ramos,
 Almirante de Castilla.
 — Bien vengáis, Alfonso Ramos,
 Buena sea tu venida,

Id. de Julianesa, hija del Emperador. (Anónimo).

Arriba, canes, arriba,
 Que rabia mala vos mate,
 En jueves matais el puerco,
 Y en viernes comeis la carne.
 Ya hace hoy los siete años
 Que ando por aqueste valle,
 Pues traigo los pies descalzos,

Y del golfo de Leon,
 Donde suelen peligrar. —
 Allí habló el Conde Arnaldos,
 Bien oireis lo que dirá:
 — Por Dios te ruego, marinero,
 Digáisme ora ese cantar. —
 Respondióle el marinero,
 Tal respuesta le fue á dar:
 — Yo no digo esta cancion
 Sino á quien conmigo va.

Y ¿qué nuevas me traedes
 De mi flota bien guarnida?
 — Nuevas te traigo, señora,
 Si me aseguras la vida.
 — Decildas, Alfonso Ramos,
 Que segura te sería.
 — Allá á Castilla la llevan
 Los moros de Berbería.
 — Si no me fuese por que
 La cabeza te cortaria.
 — Si la mia me cortases,
 La tuya te costaria.

Las uñas corriendo sangre,
 Y cómo las carnes crudas,
 Y bebo la roja sangre,
 Busco triste á Julianesa,
 La hija del Emperante,
 Pues me l' han tomado moros
 Mañanica de Sant Juane,

(1) Aquí en el canto debía pronunciarse Flan en vez de Flandes, como sucede aún cuando la gente del campo entona esta clase de romances.

Cogiendo rosas y flores
 En un vergel de su padre.—
 Oídolo ha Julianesa,

Id. de D. Duardos y Flérída. (Anónimo).

En el mes era de abril,
 De mayo antes un día,
 Cuando los lirios y rosas
 Muestran mas su alegría,
 En la noche mas serena,
 Quel cielo hacer podria,
 Cuando la hermosa Infanta
 Flérída ya se partia,
 En la huerta de su padre
 A los árboles decia:
 —Jamás en cuanto viviere
 Os veré tan solo un día,
 Ni cantar los ruiñeñores
 En los ramos melodía.
 Quédate á Dios, agua clara,
 Quédate á Dios, agua fria,
 Y quedad con Dios, mis flores,
 Mi gloria, que ser solia.
 Vóime á las tierras estrañas,
 Pues ventura allá me guia.
 Si mi padre me buscáre,
 Que grande bien me queria,
 Digan que el amor me lleva,
 Que no fue la culpa mia.
 Tal tema tomó conmigo,
 Que me forzó su porfia.
 Triste no sé dónde voy,
 Ni nadie me lo decia.—
 Allí habló Don Duardos:
 —No lloreis mas, mi alegría,
 Que en los reinos de Inglaterra
 Mas claras aguas habia,

Que en brazos del moro estae:
 Las lágrimas de sus ojos
 Al moro dan en la face.

Y mas hermosos jardines,
 Y vuestros, señora mia:
 Terneis trescientas doncellas
 De alta genealogía;
 De plata son los palacios
 Para vuestra señoría;
 D'esmeraldas y jacintos
 Toda la tapecería;
 Las cámaras ladrilladas
 D'oro fino de Turquía,
 Con letreros esmaltados
 Que cuentan la vida mia,
 Contando vivos dolores
 Que me dístedes un día.
 Cuando con Primaleon
 Fuertemente combatia,
 Señora, vos me matastes,
 Que yo á él no lo temia.—
 Sus lágrimas consolaba
 Flérída, que esto oia,
 Y fuéronse á las galeras,
 Que Don Duardos habia:
 Cincuenta eran por todas,
 Todas van en compañía.
 Al son de sus dulces remos
 La Infanta se adormecia
 En brazos de Don Duardos,
 Que bien le pertenecia.
 Sepan cuantos son nacidos
 Aquesta sentencia mia:
*Que contra muerte y amor
 Nadie no tiene valia.*

Id. del Conde de Narbona y el Soldan de Babilonia. (Anónimo).

Del Soldan de Babilonia,
De ese os quiero decir,
Que le dé Dios mala vida
Y á la postre peor fin.
Armó naves y galeras
Pasan de sesenta mil,
Para ir á dar combate
Á Narbona la gentil.
Allá van á echar ancóras,
Allá al puerto de Sant Gil,
Donde han capturado al Conde,
Al Conde Benalmeniqui.
Deciéndenlo de una torre,
Cabálganlo en un rocin,
La cola le dan por riendas
Por mas deshonrado ir.
Cient azotes dan al Conde
Y otros tantos al rocin;
Al rocin porque anduviese,
Y al Conde por lo rendir.
La Condesa que lo supo
Sáleselo á recibir:
—Pésame de vos, señor

Conde, de veros así.
Daré yo por vos, el Conde,
Las doblas sesenta mil,
Y si no bastaren, Conde,
A Narbona la gentil.
Si esto no bastáre, el Conde,
Tres hijas que yo parí:
Yo las pariera, buen Conde,
Vos las hubísteis en mí;
Y si no bastáre, Conde,
Señor, védesme aquí á mí.
—Muchas mercedes, Condesa,
Por vuestro tan buen decir:
No dedes por mí, señora,
Tan solo un maravedí,
Que heridas tengo de muerte,
Dellas no puedo guarir.
A Dios, á Dios, la Condesa,
Que me mandan ir de aquí.
—Váyades con Dios, el Conde,
Y con gracia de Sant Gil:
Dios os eche en vuestra suerte
A ese Soldan Paladin.

Id. del Conde D. Martin y de Doña Beatriz. (Anónimo).

Bodas hacian en Francia
Allá dentro de París;
¡Cuán bien que guia la danza
Esta Doña Beatriz!
¡Cuán bien que se la miraba
El buen Conde Don Martin!
—¿Qué mirais aquí, buen Conde?
Conde, ¿qué mirais aquí?
¿Decid si mirais la danza,

O si me mirais á mí?
—Que no miro yo la danza,
Porque muchas danzas ví,
Miro yo vuestra lindeza
Que me hace penar á mí.
—Si bien os parezco, Conde,
Conde, saqueisme de aquí,
Que un marido me dan viejo
Y no puede ir tras mí.

Id. del Palmero. (Anónimo).

De Mérida sale el Palmero (1),
 De Mérida, esa ciudade:
 Los pies llevaba descalzos,
 Las uñas corriendo sangre.
 Una esclavina trae rota,
 Que no valia un reale,
 Y debajo traía otra
 (Bien valia una ciudade)
 Que ni Rey ni Emperador
 No alcanzaba otra que tale.
 Camino lleva derecho
 De París esa ciudade;
 Ni pregunta por meson —
 Ni menos por hospitale:
 Pregunta por los palacios
 Del Rey Carlos á dó estaen.
 Un portero está á la puerta,
 Empezóle de hablare:
 —Dígame tú, el portero,
 El Rey Carlos ¿dónde estae?—
 El portero, que lo vido,
 Mucho maravillado se hae,
 Cómo un romero tan pobre
 Por el Rey va á preguntare.
 —Dígame melo, señor,
 Deso no tengais pesare.
 —En misa está, buen Palmero,
 Allá en Sant Juan de Letrane:
 Dice misa un Arzobispo,
 Y la oficia un Cardenale. —
 El Palmero que lo oyera
 Íbase para Sant Juane:
 En entrando por la puerta

Bien vereis lo que harae.
 Humillóse á Dios del cielo
 Y á santa María su madre,
 Humillóse al Arzobispo,
 Humillóse al Cardenale
 Porque decia la misa,
 No porque merecia mase:
 Humillóse al Emperador
 Y á su corona reale,
 Humillóse á los doce
 Que á una mesa comen pane.
 No se humilla á Oliveros,
 Ni menos á Don Roldane,
 Porque un sobrino que tienen
 En poder de moros estae,
 Y pudiéndolo hacer
 No lo van á rescatare.
 De que aquesto vió Oliveros,
 De que aquesto vió Roldane,
 Sacan ambos las espadas,
 Para el Palmero se vane.
 Con su bordon el Palmero
 Su cuerpo va á mamparare.
 Allí hablára el buen Rey,
 Bien oireis lo que dirae:
 —Tate, tate, Oliveros,
 Tate, tate, Don Roldane,
 O este Palmero es loco,
 O viene de sangre reale. —
 Tomárale por la mano,
 Y empíezale de hablare:
 —Dígame tú, el Palmero,
 No me niegues la verdade,

(1) *Elamábase Palmero al peregrino que iba ó tornaba de los santos lugares de la Palestina.*

¿En qué año y en qué mes
 Pasaste aguas de la mare?
 —De mayo en el mes, señor,
 Yo las fuera á pasare.
 Porque yo me estaba un día
 A orillas de la mare
 En el huerto de mi padre
 Por haberme de holgare:
 Captiváronme los moros,
 Pasáronme allende el mare.
 A la Infanta de Sansueña
 Me fueron á presentare;
 La Infanta cuando me vido
 De mí se fue á enamorar.
 La vida que yo tenia,
 Rey, quiéroosla yo contare.
 En la su mesa comia,
 Y en su cama me iba á echare.—
 Allí hablára el buen Rey,
 Bien oireis lo que dirae:
 —Tal captividad como esa
 Quien quiera la tomarae:
 Dígame tú, el Palmerico,
 ¿Si la iria yo á ganare?
 —No vades allá, el buen Rey,
 Buen Rey, no vades allae,
 Porque Mérida es muy fuerte,
 Bien se vos defenderae.
 Trescientos castillos tiene
 Que es cosa de los mirare,
 Que el menor de todos ellos
 Bien se os defenderae.—
 Allí hablára Oliveros,
 Allí habló Don Roldane:
 —Miente, señor, el Palmero,
 Miente, y no dice verdade,
 Que en Mérida no hay cien cas-
 tillos,
 Ni noventa á mi pensare,

Y estos que Mérida tiene
 No tien quien los defensare,
 Que ni tenian Señor,
 Ni menos quien los guardare.—
 Desque aquesto oyó el Palmero,
 Movido con gran pesare,
 Alzó su mano derecha,
 Dió un bofeton á Roldane.
 Allí hablára el Rey
 Con furia y con gran pesare:
 —Tomalde, la mi justicia,
 Y llevedeslo á ahorcare.—
 Tomádolo ha la justicia
 Para habello de justiciare;
 Y aun allá al pie de la horca
 El Palmero fuera hablare:
 —;O mal hubieses, Rey Carlos!
 Dios te quiera hacer male,
 Que un hijo solo que tienes
 Tú le mandas ahorcare.—
 Oídolo habia la Reina
 Que se lo paró á mirare:
 —Déjedeslo, la justicia,
 No le querais hacer male,
 Que si él era mi hijo
 Encubrir no se podrae,
 Que en un lado ha de tener
 Un estremado lunare.—
 Ya le llevan á la Reina,
 Ya se lo van á llevare:
 Desnúdanle una esclavina
 Que no valia un reale;
 Ya le desnudaban otra
 Que valia una ciudade:
 Halládole han al Infante,
 Halládole han la seña.
 Alegrías que se hicieron
 No hay quien las pueda contare.

Id. (Anónimo).

En los tiempos que me vi
 Mas alegre y placentero,
 Yo me partiera de Burgos
 Para ir á Valladolid:
 Encontré con un palmero
 Quien me habló, y dijo así:
 —¿Dónde vas tú, el desdichado?
 ¿Dónde vas ; triste de ti!
 ¡O persona desgraciada!
 En mai punto te conocí.
 Muerta es tu enamorada,
 Muerta es, que yo la ví.
 Las andas en que la llevan
 De negro las ví cubrir,
 Los responsos que le dicen
 Yo los ayudé á decir.
 Siete Condes la lloraban,
 Caballeros mas de mil,
 Llorábanla sus doncellas,
 Llorando dicen así:

*Triste de aquel caballero
 Que tal pérdida pierde aquí.
 Desque aquesto oí, mezquino,
 En tierra muerto caí,
 Y por mas de doce horas
 No tornára, triste, en mí.
 Desque hube retornado
 A la sepultura fui,
 Con lágrimas de mis ojos
 Llorando decia así:
 Acógeme, mi señora,
 Acógeme á par de ti.
 Al cabo de la sepultura
 Esta triste voz oí:
 Vive, vive, enamorado,
 Vive, pues que yo morí:
 Dios te dé ventura en armas,
 Y en amor otro que sí,
 Que el cuerpo come la tierra,
 Y el alma pena por ti.*

Id. de la muerte del enamorado D. Bernaldino. (Anónimo).

Ya piensa Don Bernaldino
 Ir su amiga visitar,
 Da voces á los sus pages
 Que vestir le quieran dar.
 Dábanle calzas de grana,
 Borceguís de cordoban,
 Un jubon rico broslado,
 Que en la corte no hay su par.
 Dábanle una rica gorra,
 Que no se podría apreciar,
 Con una letra que dice:
Mí gloria por bien amar.
 La riqueza de su manto
 No os la sabria yo contar,

Sayo de oro de martillo
 Que nunca se vió su igual.
 Una blanca hacanea
 Mandó luego ataviar,
 Con quince mozos de espuelas
 Que le van acompañar.
 Ocho pages van con él;
 Los otros mandó tornar;
 De morado y amarillo
 Es su vestir y calzar.
 Allegado han á las puertas
 Do su amiga solia estar;
 Hallan las puertas cerradas,
 Empiezan de preguntar:

— ¿Dónde está Doña Leonor
 La que aquí solia morar?—
 Respondió un maldito viejo,
 Que él luego mandó matar:
 — Su padre se la llevó
 Lejas tierras á habitar. —
 Él rasga sus vestiduras
 Con enojo y gran pesar,
 Y volvióse á los palacios
 Donde solia reposar:
 Puso una espada á sus pechos
 Por sus dias acabar.
 Un su amigo que lo supo

Venialo á consolar,
 Y en entrando por la puerta
 Vidolo tendido estar.
 Empieza á dar tales voces,
 Que al cielo quieren llegar;
 Vienen todos sus vasallos,
 Procuran de lo enterrar
 En un rico monumento
 Todo hecho de cristal,
 En torno del cual se puso
 Un letrero singular:
Aquí está Don Bernoldino
Que murió por bien amar.

Id. del Infante vengador. (Anónimo).

Helo, helo por dō viene
 El Infante vengador,
 Caballero á la ginetá
 En caballo corredor,
 Su manto revuelto al brazo,
 Demudada la color,
 Y en lá su mano derecha
 Un venablo cortador.
 Con la punta del venablo
 Sacaría un arador.
 Siete veces fue templado
 En la sangre de un dragon,
 Y otras tantas fue afilado
 Porque cortase mejor:
 El hierro fue hecho en Francia,
 Y el asta en Aragon:
 Perfilándose lo iba
 En las alas de su halcon.
 Iba á buscar á Don Quadros,
 A Don Quadros el traidor,
 Y allá le fuera á hallar
 Junto del Emperador:
 La vara tiene en la mano,
 Que era Justicia mayor.

Siete veces lo pensaba
 Si le tiraría ó no,
 Y al cabo de las ocho
 El venablo le arrojó.
 Por dar al dicho Don Quadros
 Dado ha al Emperador,
 Pasado le ha manto y sayo
 Que era de un tornasol:
 Por el suelo ladrillado
 Más de un palmo le metió.
 Allí le habló el Rey,
 Bien oireis lo que habló:
 — ¿Por qué me tiraste, Infante?
 ¿Por qué me tiras, traidor?
 — Perdóneme tu Alteza,
 Que no tiraba á ti, no:
 Tiraba al traidor de Quadros,
 Ese falso engañador,
 Que siete hermanos tenia,
 No ha dejado, si á mí no:
 Por eso delante ti,
 Buen Rey, lo desafio yo.—
 Todos fian á Don Quadros,
 Y al Infante no fian, no,

Si no fuera una doncella,
 Hija es del Emperador,
 Que los tomó por la mano,
 Y en el campo los metió.
 A los primeros encuentros
 Quadros en tierra cayó:

Id. de Moriana y el moro Galvan. (Anónimo).

Moriana en un castillo
 Juega con el moro Galvane;
 Juegan los dos á las tablas
 Por mayor placer tomare.
 Cada vez qu' el moro pierde
 Bien perdía una ciudade,
 Cuando Moriana pierde
 La mano le ha de besare:
 Del placer que el moro toma
 Adormecido se cae.
 Por aquellos altos montes
 Caballero vió asomare,
 Llorando viene y gimiendo,
 Las uñas corriendo sangre
 De amores de Moriana
 Hija del Rey Moriane.
 Captiváronla los moros
 La mañana de San Juane,
 Cogiendo rosas y flores
 En la huerta de su padre.
 Alzó los ojos Moriana,
 Conociérale en mirarle;
 Lágrimas de los sus ojos
 En la faz del moro dane.
 Con pavor recuerda el moro
 Y empezára de hablare:
 —¿Qué es esto, la mi señora?
 ¿Quién os ha hecho pesare?
 Si os enojaron mis moros
 Luego los haré matare,
 O si las vuestras doncellas,
 Harélas bien castigare;

Apeárase el Infante,
 La cabeza le cortó,
 Y tomárala en su lanza,
 Y al buen Rey la presentó.
 De que aquesto vido el Rey
 Con su hija lo casó.

Y si pesar los cristianos,
 Yo los iré conquistare.
 Mis arreos son las armas,
 Mi descanso el pelear,
 Mi cama las duras peñas,
 Mi dormir siempre velare.
 —No me enojaron los moros
 Ni los mandeis vos matare;
 Ni menos las mis doncellas
 Por mí reciben pesare;
 Ni tampoco los cristianos
 Cumple de los conquistare;
 Pero deste sentimiento
 Quiero decir la verdade:
 Que por los montes aquellos
 Caballero ví asomare,
 El cual pienso que es mi esposo,
 Mi querido, mi amor grande.—
 Alzó la mano el moro,
 Un bofetón le fue á dare:
 Los dientes teniendo blancos
 De sangre vuelto los ha,
 Y mandó que sus porteros
 La lleven á degollare,
 Allí do viera á su esposo
 En aquel mismo lugare.
 Al tiempo de la su muerte
 Estas palabras fue hablare:
 —Yo muero como cristiana,
 Y tambien sin confesare
 Mis amores verdaderos
 De mi esposo naturale.

Id. de la Infantina. (Anónimo).

A cazar va el caballero,
 A cazar como solía;
 Los perros lleva cansados,
 El falcon perdido había,
 Arrimárase á un roble,
 Alto es á maravilla.
 En una rama mas alta,
 Viera estar una Infantina;
 Cabellos de su cabeza
 Todo aquel roble cubrían.
 —No te espantes, caballero,
 Ni tengas tamaña grima,
 Hija soy yo del buen Rey
 Y la Reina de Castilla:
 Siete fadas me fadaron
 En brazos de un ama mia,
 Que andase los siete años
 Sola en esta montina.
 Hoy se cumplan los siete años
 O mañana en aquel día:
 Por Dios te ruego, caballero,
 Lléveme en tu compañía,
 Si quisieres por muger,
 Si no, sea por amiga,
 —Esperaisme vos, señora,

Id. de Rico Franco. (Anónimo).

A caza iban, á caza
 Los cazadores del Rey,
 No hallaban en ellos caza
 Ni hallaban que traer.
 Perdido habían los falcones,
 Mal los amenaza el Rey;
 Arrimáranse á un castillo
 Que se llamaba Maynés.
 Dentro estaba una doncella

Hasta mañana aquel día,
 Iré yo á tomar consejo
 De una madre que tenía.—
 La niña le respondiera
 Y estas palabras decía:
 —¡O mal haya el caballero
 Que sola deja la niña!
 Él se va á tomar consejo
 Y ella queda en la montiña.—
 Aconsejóle su madre
 Que la tome por amiga.
 Cuando volvió el caballero
 No hallára la Infantina,
 Vídola que la llevaban
 Con muy gran caballería.
 El caballero que la vido
 En el suelo se caía:
 Desque en sí hubo tornado
 Estas palabras decía:
 —Caballero que tal pierde,
 Muy gran pena merescia:
 Yo mesmo seré el Alcalde,
 Yo me seré la Justicia:
 Que me corten pies y manos
 Y me arrastren por la villa.

Muy hermosa y muy cortés.
 Siete Condes la demandan,
 Y así hacen Reyes tres.
 Robárala Rico Franco,
 Rico Franco Aragonés:
 Llorando iba la doncella
 De sus ojos tan cortés.
 Halágala Rico Franco,
 Rico Franco Aragonés:

— Si lloras tu padre ó madre,
Nunca mas vos los vereis,
Si lloras los tus hermanos,
Yo los maté todos tres.

— Ni lloro padre ni madre,
Ni hermanos todos tres;
Mas lloro la mi ventura
Que no sé cuál ha de ser.
Prestédesme, Rico Franco,

Id. (Anónimo).

Gritando va el caballero
Publicando su gran mal,
Vestidas ropas de luto,
Aforradas en sayal,
Por los montes sin camino
Con dolor y sospirar,
Y llorando á pie descalzo,
Jurando de no tornar
Adonde viese mugeres,
Por nunca se consolar
Con otro nuevo cuidado
Que le hiciese olvidar
La memoria de su amiga,
Que murió sin la gozar.
Va buscar las tierras solas
Para en ellas habitar.
En una montaña espesa,
No cercana de lugar,
Hizo casa de tristura
(Que es dolor de la nombrar)
De una madera amarilla
Que llaman desesperar,
Paredes de canto negro
Y tambien negra la cal:
Las tejas puso leonadas
Sobre tablas de pesar,
El suelo hizo de plomo,
Porque es pardillo metal,

Vuestro cuchillo lugués,
Cortaré fitas al manto,
Que no son para traer. —
Rico Franco de cortese
Por las tachas lo fue tender.
La doncella que era artera
Por los pechos se lo fue á meter:
Así vengó padre y madre,
Y aun hermanos todos tres.

Las puertas chapadas dello
Por su trabajo mostrar,
Y sembró por cima el suelo
Secas hojas de parral;
Que á do no se esperan bienes,
Esperanza no ha de estar.
En aquesta casa oscura,
Que hizo para penar,
Hace mas estrecha vida
Que los frailes del Paular.
Que duerme sobre sarmientos,
Y aquellos son su manjar:
Lo que llora es lo que bebe,
Y aquello torna á llorar,
No mas de una vez al dia
Por mas se debilitar.
Del color de la madera
Mandó una pared pintar,
Un dosel de blanca seda
En ella mandó parar,
Y de muy blanco alabastro
Hizo labrar un altar
Con canfura betunado,
De raso blanco el frontal.
Puso el bulto de su amiga
En él por le contemplar,
El cuerpo de plata fina,
El rostro era de cristal,

Un brial vestido blanco —
 De damasco singular.
 Mongil de blanco brocado,
 Ferrado en blanco cendal,
 Sembrado de lunas llenas,
 Señal de casta final.
 En la cabeza le puso
 Una corona real
 Guarnecida de castañas
 Cogidas del castañal.
 Lo que dice la castaña
 Es cosa muy de notar;
 Las cinco letras primeras

El nombre de la sin par.
 Murió de veinte y dos años
 Por mas lástima dejar.
 La su gentil hermosura
 ¿Quién es que la sepa loar?
 Que es mayor que la tristura
 Del que la mandó pintar.
 En lo que él pasa su vida
 Es en él siempre mirar:
 Cerró la puerta al placer,
 Abrió la puerta al pesar,
 Abrióla para quedarse,
 Pero no para tornar.

Id. (Anónimo). (1)

Blanca sois, señora mia,
 Mas que no el rayo del sol:
 ¿Si la dormiré esta noche
 Desarmado y sin pavor,
 Que siete años habia, siete
 Que no me desarmo, no?
 Mas negras tengo mis carnes
 Que no un tiznado carbon.
 —Dormidla, señor, dormidla,
 Desarmado sin temor,
 Que el Conde es ido á la caza
 A los montes de Leon.
 —Rabia le mate los perros
 Y águilas el su halcon,

Y del monte hasta casa
 A él arrastre el moron.—
 Ellos en aquesto estando
 Su marido que llegó:
 —¿Qué haceis, la blanca niña,
 Hija de padre traidor?
 —Señor, peino mis cabellos,
 Peínolos con gran dolor,
 Que me dejais á mí sola
 Y á los montes os vais vos.
 —Esas palabras, la niña,
 No eran sino traicion;
 ¿Cuyo es aquel caballo
 Que allá bajo relinchó?

(1) *Aun en fines del siglo XVIII se conservaba la tradicion de este romance en un canto popular que dice:*

*Mañanita de San Juan,
 Antes de salir el sol,
 Me echaron una enramada
 De cogollos de limon.
 Que don, que don, que don don don.*

— Señor, era de mi padre,
Y enviólo para vos.

— ¿Cuyas son aquellas armas
Que estan en el corredor?

— Señor, eran de mi hermano,
Y hoy vos las envió.

Id. (Anónimo).

Mis arreos son las armas (1),
Mi descanso es pelear,
Mi cama las duras peñas,
Mi dormir siempre velar.
Las manidas son oscuras,
Los caminos por usar,
El cielo con sus mudanzas

Id. (Anónimo).

Compañero, compañero,
Casóse mi linda amiga,
Casóse con un villano
Que es lo que mas me dolia.
Irme quiero á tornar moro
Allende la Morería:
Cristiano que allá pasare
Yo le quitaré la vida.
— No lo hagais, compañero,

Id. (Anónimo).

Malas mañas habeis, tio,
No las podeis olvidare,
Mas preciáis matar un puerco
Que ganar una ciudade.
Vuestros hijos y muger

— ¿Cuya es aquella lanza
Que desde aqui la veo yo?
— Tomadla, Conde, tomadla,
Matadme con ella vos,
Que aquesta muerte, buen Conde,
Bien os la merezco yo.

Ha por bien de me dañar.
Andando de sierra en sierra
Por orillas de la mar,
Por probar si en mi ventura
Hay lugar donde avadar;
Pero por vos, mi señora,
Todo se la de comportar.

No lo hagais por tu vida,
De tres hermanas que tengo
Darte he yo la mas garrida,
Si la quieres por muger,
Si la quieres por amiga.
— Ni la quiero por muger,
Ni la quiero por amiga,
Pues que no pude gozar
De aquella que mas queria.

En poder de moros vane,
Los hijos en una zebra,
Y la madre en un cordale.
La muger dice ¡ay marido!
Los hijos dicen ¡ay padre!

(1) Los cuatro primeros versos de este romance estan tambien metidos en el de Moriana en un castillo.

De lástima que les hube
Yo me los fuera á quitar:
Heridas traigo de muerte,
Dellas no puedo escapare.
Apretádmelas, mi tío,
Con tocas de caminar.—
Ya te aprieta las heridas,

Comienzan de caminar.
A vuelta de su cabeza
Caido lo vido estare,
Allá se le fue á caer
Dentro del rio Jordane,
Como fue dentro caido,
Sano le vió levantare.

Id. (Anónimo).

Triste estaba el caballero,
Triste está sin alegría,
Con lágrimas y suspiros
A grandes voces decia:
—¿Qué fuerza pudo apartarme
De veros, señora mia?
¿Cómo vivo siendo ausente
De la gloria que tenia?
Con los ojos de mi alma
Os contemplo noche y dia,

Y con estos que os miraba
Lloro el mal que padecia.
Maldigo la triste ausencia,
Alabo mi fantasía,
Porque en ella resplandece
Lo que tanto ver queria.
Aquí se aviva mi pena,
Y esfuérzala mi porfía
Del fuego de mi deseo,
Que en mis entrañas ardia.

Id. (Anónimo).

Triste estaba el caballero,
Triste está sin alegría,
Pensando en su corazon
Las cosas que mas queria:
Llorando de los sus ojos,
De la su boca decia:
—¿Qué es de ti, todo mi bien?
¿Qué es de ti, señora mia?
Un alma te va buscando,
Pues solo sin compañía

Quedo triste deseando
Dos mil muertes cada dia.
Tuyo soy, á ti me di:
Pues dime, ¿quién me desvía
De ventura tan loada
Como la que yo tenia?
Contigo de ti quejaba,
Y agora que no te vía
Hállome menos conmigo (1),
Pues libertad no queria.

(1) *Hasta este verso es igual al del Cancionero de Romances, el cual continúa así:*

*La libertad que tenia.
Tú me tienes, tú me dejas,
¿Con quién me consolaría?
Que si tú no me consuelas
La vida me desafía
A quedar captivo y ciego,
Mas sin mi, que no solía.*

Si tú, señora, me dejas
 ¿Con quién me consolaría?
 Sin los tus dulces mandados
 La vida ya me enfastia;
 Quiero quedar tu cautivo

Del modo que antes solia:
 Por esto triste te ruego
 Que mires la pena mía,
 Y que me alces el destierro
 Porque vuelva la alegría.

Id. (Anónimo).

Atan alta va la luna
 Como el sol á medio día,
 Cuando el buen Conde Aleman
 Con esa dama yacía.
 No lo sabe hombre nacido
 De cuantos en corte habia,
 Sino solo la Condesa,
 Esa Condesa su hija.
 Así la dueña la hablára,
 De esta manera decia:
 —Cuanto viéredes, Condesa,
 Cuanto viéredes, encobrildo,
 Daros ha el Conde Aleman
 Un manto de oro fino.
 —Mal fuego le queme, madre,
 El manto de oro fino,
 Cuando en vida de mi padre
 Tuviese padrastro vivo.—

De allí se fuera llorando,
 Al Conde su padre ha visto.
 —¿Por qué llorais, la Condesa?
 Decid ¿quién llorar os hizo?
 —Yo me estaba aquí comiendo,
 Comiendo sopas en vino,
 Entró el Conde Aleman
 Y echólas por el vestido.
 —Calleis, mi hija, calleis,
 No tomeis deso pesar,
 Que el Conde es niño y mochacho,
 Hacerlo ha por burlar.
 —Cuando me tomó en sus brazos
 Non me quiso respetar.
 —Si él os tomó en sus brazos
 Y con vos quiso holgar,
 En antes que el sol saliese
 Yo lo mandaré matar.

Id. (Anónimo).

Tiempo es, el caballero,
 Tiempo es de andar de aquí,
 Que me crece la barriga,
 Y se me acorta el vestir.
 Vergüenza he de mis doncellas,
 Las que me dan el vestir,
 Míranse unas á otras,
 Y no hacen sino reir.

Si teneis algun castillo
 Donde nos podamos ir,
 Si sabeis de alguna dueña
 Que me lo ayude á parir.
 —Paridlo vos, mi señora,
 Que así hizo mi madre á mí,
 Hijo soy de un labrador
 Que el cavar es su vivir.

Id. de la Infantina y el hijo del Rey de Francia. (Anónimo).

Tiempo es, el caballero,
 Tiempo es de andar de aquí,
 Que ni puedo andar en pie,
 Ni al Emperador servir,
 Pues me crece la barriga
 Y se me acorta el vestir:
 Vergüenza he de mis doncellas,
 Las que me dan el vestir;
 Míranse unas á otras,
 No hacen sino reir:
 Vergüenza he de mis caballeros,
 Los que sirven ante mí.
 — Lloraldo, dijo, señora,
 Que así hizo mi madre á mí;

Hijo soy de un labrador,
 Mi madre y yo pan vendí.—
 La Infanta desde que esto oyera
 Comenzóse á maldecir:
 — Maldita sea la doncella
 Que se deja seducir.
 — No os maldigais vos, señora,
 No os querais vos maldecir,
 Que hijo soy del Rey de Francia,
 Mi madre es Doña Beatriz:
 Cien castillos tengo en Francia,
 Señora, para os guarir,
 Cien doncellas me los guardan,
 Señora, para os servir.

Id. por Juan de Rivera.

Paseábase el buen Conde
 Todo lleno de pesar,
 Cuentas negras en sus manos
 Do suele siempre rezar;
 Palabras tristes diciendo,
 Palabras para llorar.
 — Véoos, hija, crecida,
 Y en edad para casar;
 El mayor dolor que siento
 Es no tener que os dar.

— Callede, padre, callede,
 No deis tener pesar,
 Que quien buena hija tiene
 Rico se debe llamar;
 Y el que mala la tenía,
 Viva la puede enterrar,
 Pues amengua su linage
 Que no debiera amenguar,
 Y yo, si no me casáre,
 En religión puedo entrar.

Id. por el mismo.

Caballero de lejas tierras,
 Llegaos acá, y pareis,
 Hínquedes la lanza en tierra,
 Vuestro caballo arrendéis,
 Preguntaros he por nuevas
 Si mi esposo conocéis.
 — Vuestro marido, señora,

Decid ¿de qué señas es?
 — Mi marido es mozo y blanco,
 Gentil hombre y bien cortés,
 Muy gran jugador de tablas,
 Y también del ajedrez.
 En el pomo de su espada
 Armas trae de un Marqués,

Y un ropon de brocado
 Y de carmesí el envés:
 Cabe el fierro de la lanza
 Trae un pendon portugués,
 Que ganó en unas justas
 A un valiente francés.
 — Por esas señas, señora,
 Tu marido muerto es:
 En Valencia le mataron
 En casa de un ginovés:
 Sobre el juego de las tablas
 Lo matára un milanés.
 Muchas damas lo lloraban,
 Caballeros con arnés,

Sobre todo lo lloraba
 La hija del ginovés;
 Todos dicen á una voz
 Que su enamorada es:
 Si habeis de tomar amores,
 Por otro á mí no dejeis.
 — No me lo mandeis, señor,
 Señor, no me lo mandeis,
 Que antes que eso hiciese,
 Señor, monja me vereis.
 — No os metais monja, señora,
 Pues que hacello no podeis,
 Que vuestro marido amado
 Delante de vos lo teneis. (1)

(1) *Aún se conserva entre nosotros tradicionalmente una trova de este romance, aplicada á las circunstancias de la guerra de sucesion en tiempo de Felipe V., el cual dice así:*

Oiga, oiga, buen soldado,
 Si sois lo que pareceis,
 ¿A mi marido habeis visto
 Por la guerra alguna vez?
 — No lo sé, señora mia,
 Dadme algunas señas del.
 — Mi marido es gentil hombre,
 Gentil hombre y muy cortés;
 Monta un potro pelicano
 Mas ligero que uno inglés,
 Y en el arzon de la silla
 Lleva las armas del Rey,
 Con la su espada ceñida
 Con cinturón de morlés.
 — Ese hombre que decís
 Habrá ya que murió un mes,
 Y mandó en el testamento
 Que conmigo vos caseis.
 — No permita Dios del cielo,
 Ni mi madre santa Ines,
 Que sembra de mi linage
 Se case mas de una vez:
 De tres hijas que me deja
 La primera casaré,

La mediana será monja,
 La tercera guardaré,
 Que me cuide y me acompañe,
 Que me guise de comer,
 Y me lleve de la mano
 En casa del Coronel.
 — No vos acuiteis, señora,
 Señora, no os acuiteis,
 Miradme, miradme el rostro
 Por ver si me conocéis.
 — Vos sois Mamburú, dulce esposo,
 Vos sois mi dueño y querer,
 Vos sois.... — Cayó desmayada
 En los brazos de su bien
 La dama desfallecida
 Con tanto gusto y placer.
 Despues que hubo vuelto en sí
 Fueronse juntos al Rey,
 Que los recibió en sus brazos
 Al ir á echarse á sus pies.
 Este es el Mamburú, señores,
 Que se canta del revés,
 Y una gitana lo canta
 En la plaza de Aranjuez.

Id. (Anónimo).

Ese Conde Cabreruelo,
 Con el Rey, come á la mesa,
 ¡O cuán mal que se abaldona
 A toda muger agena!
 Apuesta que no hay ninguna
 (¡Ved cuán mal pensada apuesta!)
 Si le escucha dos razones
 Que de amores no la venza.
 Como el amor atrevidas,
 Como la fortuna ciegas,
 Como el honor peligrosas,
 Como la mentira inciertas,
 Así jura que son todas:
 ¡Falsa jura! ¡injusta tema!
 La Reina que tal escucha
 Dió sañuda tal respuesta:
 — Todas malas no es posible,
 Ni es posible todas buenas:
 Yerbas hay que dan la vida,
 Y quitan la vida yerbas.
 Traidores hombres del mundo
 Han hecho traidoras hembras,
 Dellos aprendieron culpas,
 Si culpas cometen ellas.
 Ellos hablan, ellas oyen,

Y de mentiras discretas
 Dichas hoy, dichas mañana,
 ¿Quién habrá que se defienda?
 Favorecidos se alaban,
 Disfaman si los desprecian;
 La que los escucha es facil,
 La que no les habla es necia.
 Cuantas nacen, cuantas viven,
 Por agüero de su estrella,
 Al que menos las merece
 Se inclinan con mayor fuerza.
 Muchas quejas, muchos dones,
 ¡Qué mucho que á muchas pre-
 dan!
 Ejemplo es la piedra dura,
 Que agua continua la mella.
 Enmendaos, amigo Conde,
 Y de hoy mas las damas sean
 Vuestro honor, no vuestro ul-
 traje,
 Vuestra paz, no vuestra guerra;
 Levantad la parte humilde
 Que es bazaña de alta empresa:
 Todos de muger nacimos,
 Volvamos todos por ellas.

(Anónimo) (Anónimo)

ROMANCES CABALLERESCOS

DE LA TABLA REDONDA.

Romance 1.º de Amadis de Gaula. (Anónimo).

En la selva está Amadis
El leal enamorado,
Tal vida estaba haciendo
Cual nunca hizo cristiano.
Cilicio trae vestido
A sus carnes apretado,
Con disciplinas destruye
Su cuerpo muy delicado.
Llagado de las heridas,
Y en su señora pensando,
No se conoce en su gesto
Segun lo trae delgado.
De ayunos y de abstinencias
Andaba debilitado,
La barba trae crecida,

Deste mundo se ha apartado;
Las rodillas tiene en tierra,
Y en su corazon echado,
Con gran humildad os pide
Perdon si habia errado.
Al alto Dios poderoso
Por testigo ha publicado,
Y acordádosele habia
Del amor suyo pasado,
Que así le derribó
De su sentido y estado.
Con estas grandes pasiones
Amortecido ha quedado
El mas leal amador
Que en el mundo fue hallado.

Id. 2.º del mismo. (Anónimo).

Despues que el muy esforzado
Amadis, que fue de Gaula,
Por mandado de su señora,
La hermosa Oriana,
Partió de la peña pobre,
Do la doncella lo hallára,
Vinose á Miraflores,
Adonde Oriana estaba
Puesta en muy grande cuita
Por aquel que tanto amaba,

Tan lastimada y tan triste,
Que la vida le faltára
Si no fuera por Mabilia
Que mucho la consolaba.
Cuando se vieron los dos,
Los dos que tanto se amaban,
No hay quien contar pudiese
La gloria de que gozaban.
Abrazados por gran rato,
Que ninguno se hablaba,

Transportados del dulzor
 Que su vista les causaba,
 Como aquellos que el amor
 Por igual los sojuzgaba,
 En cabo de un gran rato
 Cada uno en sí tornaba,
 Y con muy grande alegría
 El uno al otro hablaba,
 Contando las graves penas
 Que el ausencia les causaba;
 Mas si congojas pasaron
 En placer se les tornára.

Id. 1.º de Lanzarote del Lago. (Anónimo).

Tres hijuelos habia el Rey,
 Tres hijuelos, que no mas;
 Por enojo que hubo de ellos
 Todos malditos los ha.
 El uno se tornó ciervo,
 El otro se tornó can,
 El otro, que se hizo moro,
 Pasó las aguas del mar.
 Andábase Lanzarote
 Entre las damas holgando,
 Grandes voces dió la una:
 —Caballero, estad parado:
 Si fuese la mi ventura,
 Cumplido fuese mi hado
 Que yo casase con vos,
 Y vos conmigo de grado,
 Y me diésedes en arras
 Aquel ciervo del pie blanco.
 —Dároslo he yo, mi señora,
 De corazon y de grado,
 Si supiese yo las tierras
 Donde el ciervo era criado.—
 Ya cabalga Lanzarote,
 Ya cabalga y va su via,
 Delante de sí llevaba
 Los sabuesos por la trailla.
 Llegado habia á una ermita,
 Donde un ermitaño habia:
 —Dios te salve, el hombre bueno.
 —Buena sea tu venida:
 Cazador me pareceis
 En los sabuesos que traia.
 —Dígame tú, el ermitaño (1),
 Tú que haces santa vida,
 Ese ciervo del pie blanco
 ¿Dónde hace su manida?
 —Quedáos aqui, mi hijo,
 Hasta que sea de dia,
 Contaros he lo que ví
 Y todo lo que sabia.
 Por aquí pasó esta noche
 Dos horas antes del dia,
 Siete leones con él
 Y una leona parida:
 Siete Condes deja muertos,
 Y mucha caballería.
 Siempre Dios te guarde, hijo,
 Por do quier que fuer tu ida,
 Que quien acá te envió
 No te queria dar la vida.
 ¡Ay dueña de Quintañones!
 De mal fuego seas ardida,
 Que tanto buen caballero
 Por ti ha perdido la vida.

(1) *Antiguísimo romance que desde este verso contrahizo Cumillas en el de Amor, que dice:*

Id. 2.º del mismo. (Anónimo).

Nunca fuera caballero (1)
 De damas tan bien servido,
 Como fuera Lanzarote
 Cuando de Bretaña vino,
 Que dueñas curaban dél,
 Doncellas del su rocino.
 Esa dueña Quintañona,
 Esa le escanciaba el vino,
 La linda Reina Ginebra
 Se lo acostaba consigo;
 Y estando al mejor sabor,
 Que sueño no había dormido,
 La Reina toda turbada
 Un pleito ha conmovido.
 —Lanzarote, Lanzarote,
 Si antes hubieras venido
 No hablára el orgulloso

Las palabras que había dicho,
 Que á pesar de vos, señor,
 Se acostaria conmigo.—
 Ya se arma Lanzarote
 De gran pesar conmovido,
 Despídese de su amiga,
 Pregunta por el camino,
 Topó con el orgulloso
 Debajo de un verde pino,
 Combátense, de las lanzas
 A las hachas han venido.
 Ya desmaya el orgulloso,
 Ya cae en tierra tendido,
 Cortárale la cabeza,
 Sin hacer ningun partido:
 Volvióse para su amiga
 Donde fue bien recibido.

Id. de Tristan de Leonis. (Anónimo).

Ferido está don Tristan
 De una muy mala lanzada,
 Dírasela el Rey su tío
 Que zeloso dél estaba.
 El fierro tiene en el cuerpo,
 De fuera le tembla el asta:
 Válo á ver la Reina Iseo
 Por la su desdicha mala.
 Júntanse boca con boca

Como palomillas mansas,
 Llora el uno, llora el otro,
 La cama bañan en agua;
 Allí nace un arboledo
 Que azucena se llamaba,
 Cualquier muger que la come
 Luego se siente preñada (2);
 Comióla la Reina Iseo
 Por la su desdicha mala.

(1) *Este romance se cita en el Quijote, part. I. cap. 13.*

(2) *Supersticion de los siglos medios, acaso imitada de la de los antiguos que aseguraban existir una raza de yeguas que concebían con solo el viento.*

ROMANCES TRADICIONALES

DE CARLO MAGNO Y LOS DOCE PARES, CON LOS DE
BERNARDO DEL CARPIO.

Romance del Conde Dirlos. (Anónimo).

Estábase el Conde Dirlos,
Sobrino de Don Beltrane,
Asentado en las sus tierras,
Deleitándose en cazare,
Cuando le vinieron cartas
De Carlos el Emperante.
De las cartas placer hubo,
De las palabras pesare,
Que lo que las cartas dicen
A él le parece male.
"Rogar os quiero, sobrino,
El buen francés naturale,
Llegueis vuestros caballeros,
Los que comen vuestro pane:
Darles heis doblado sueldo
Del que les soledes dare,
Dobles armas y caballos,
Que bien menester lo hane:
Darles heis el campo franco
De todo lo que ganaren,
Partiros heis á los reinos
Del Rey moro Aliarde.
Deseximiento me ha dado
A mí y á los doce Pares:
Grande mengua me sería

Si todos habian de andare.
No veo caballero en Francia
Que mejor pueda enviare,
Sino á vos, el Conde Dirlos,
Esforzado en pelear." *22*
El Conde que esto leyó
Tomó tristeza y pesare,
No por miedo de los moros
Ni miedo de pelear,
Mas tiene muger hermosa,
Mochacha de poca edade.
Tres años anduvo en armas
Para con ella casare,
Y el año no era cumplido
Della mándanlo apartare.
De que esto él pensaba
Tomó dello gran pesare,
Triste estaba y pensativo,
No cesa de sospirare:
Despide los falconeros,
Monteros manda pagare,
Despide todos aquellos
Con quien solia deleitarse;
No burla con la Condessa
Como solia burlare;

Mas muy triste y pensativo
 Siempre le veian andare.
 La Condesa questo vido,
 Llorando empezó á hablare:
 — Triste estades vos, el Conde,
 Triste, lleno de pesare
 De esta tan triste partida
 Para mí de tanto male.
 Partirvos quereis, el Conde,
 A los reinos de Aliarde,
 Dejáisme en tierras ajenas
 Sola y sin quien me acompañe.
 ¿Cuántos años, el buen Conde,
 Haceis cuenta de tardare?
 Yo volverme he á las tierras,
 A las tierras de mi padre,
 Vestirme he de un paño negro,
 Ese será mi llevare;
 Maldiré mi hermosura,
 Maldiré mi mocedad,
 Maldiré aquel triste día
 Que con vos quise casare.
 Mas si vos queredes, Conde,
 Yo con vos querria andare,
 Mas quiero perder la vida,
 Que sin vos della gozare. —
 El Conde desque esto oyera
 Empezóla de mirare,
 Con una voz amorosa
 Presto tal respuesta hace:
 — No lloredes vos, Condesa,
 De mi partir no hayais pesare;
 No quedais en tierra ajena,
 Sino en la vuestra á mandare,
 Que antes que de aquí me parta
 Todo yo os lo quiero dare.
 Podeis vender cualquier villa,
 Y empeñar cualquier ciudad,
 Como principal heredera
 Que nada os pueden quitare.

Quedareis encomendada
 A mi tío Don Beltrane
 Y á mi primo Gayferos,
 Señor de París la grande:
 Quedareis encomendada
 A Oliveros y á Roldane,
 Al Emperador, y á los doce
 Que á una mesa comen pane;
 Porque los reinos son lejos
 Del Rey moro Aliarde,
 Cerca son de Casa Santa,
 Acullá del nuestro mare.
 Siete años, la Condesa,
 Todos siete me esperade,
 Si á los ocho no viniere
 A los nueve vos casade;
 Sereis de veinte y siete años
 Que es la mejor edad:
 El que casare con vos
 Mis tierras tome en ajuare,
 Gozará muger hermosa,
 Rica y de gran linage.
 Bien es verdad, la Condesa,
 Que conmigo os querria llevare;
 Mas yo voy para batallas,
 Y no cierto para holgare;
 Caballero que va en armas
 De muger no ha curare,
 Porque con el bien que os quiere
 La honra habria de olvidare;
 Mas aparejad, Condesa,
 Mandad vos aparejare,
 Ireis conmigo á las cortes,
 A París esa ciudad.
 Toquen, toquen mis trompetas,
 Manden luego cabalgare. —
 Ya se partia el buen Conde,
 La Condesa otro que tale,
 La vuelta van de París
 Apriesa no de vagare.

Cuando son á una jornada
 De París esa ciudade,
 El Emperador que lo supo
 A recibir se los sale.
 Con él sale Oliveros,
 Con él sale Don Roldane,
 Con él Arderin de Ardeña,
 Y Urgel de la fuerza grande;
 Con él salia Guarinos,
 Almirante de la mare,
 Con él sale el esforzado
 Renaldos de Montalvane.
 Con él van todos los doce
 Que á una mesa comen pane,
 Sino el Infante Gayferos
 Y el buen Conde Don Beltrane,
 Que salieron tres jornadas
 Más que todos adelante.
 No quiso el Emperador
 Que hubiesen de aposentare
 Sino en sus reales palacios,
 Posada les mandó dare.
 Luego empiezan su partida
 Apriesa y no de vagare.
 Dale diez mil caballeros
 De Francia mas principales,
 Y con otra mucha gente
 Gran ejército reale.
 El sueldo les paga junto
 Por siete años y mase.
 Ya, tomadas buenas armas,
 Caballos otro que tale,
 Enderezan su partida,
 Empiezan de cabalgare;
 Cuando el bueno Conde Dirlos
 Ruega mucho al Emperante
 Que él y todos los doce
 Se quisiesen ayuntare.
 Cuando todos fueron juntos
 En la gran sala reale,

Entra el Conde y la Condesa,
 Mano por mano se vane:
 Cuando son en medio dellos
 El Conde empezó de hablare:
 — A vos lo digo, mi tio,
 El buen viejo Don Beltrane,
 Y á vos, Infante Gayferos,
 Y á mi buen primo carnale,
 Y esto delante de todos
 Lo quiero mucho rogare,
 Y al muy alto Emperador,
 Que sepa es mi voluntade,
 Como villas y castillos,
 Y ciudades y lugares
 Los dejo á la Condesa,
 Que nadie las pueda quitare.
 Como principal heredera
 En ellas pueda mandare,
 Y vender cualquiera villa,
 Y empeñar cualquier ciudade:
 De aquello que ella hiciere
 Todos se hayan de agradare.
 Si por tiempo no viniere
 Vosotros la querais casare.
 El marido quella tome
 Mis tierras haya en ajuare;
 Y á vos la encomiendo, tio,
 En lugar de marido y padre.
 Y á vos, mi primo Gayferos,
 Por mí la querais honrare,
 Y encomiéndola á Oliveros,
 Y encomiéndola á Roldane,
 Y encomiéndola á los doce,
 Y á Don Carlos el Emperante.—
 A todos les place mucho
 De aquello quel Conde hace.
 Ya se parte el buen Conde
 De París esa ciudade:
 La Condesa que ir lo vido
 Jamas lo quiso dejare

Hasta orillas de la mar
 Do se habia de embarcare.
 Con ella va Don Gayferos,
 Con ella va Don Beltrane,
 Con ella va el esforzado
 Renaldos de Montalvane,
 Sin otros muchos caballeros
 De Francia mas principales.
 Atan triste despedida
 El uno del otro hacen,
 Que si el Conde iba triste,
 La Condesa mucho mase.
 Palabras se estan diciendo
 Que era dolor d'escuchare:
 El conorte que se daban
 Era contino llorare.
 Con gran dolor manda el Conde
 Hacer vela y navegare.
 Como sin muger se vido
 Navegando por la mare,
 Movido de muy gran saña,
 Movido de gran pesare,
 Diciendo que por ningun tiempo
 De ella lo harán apartare.
 Sacramento tiene hecho
 Sobre un libro misale
 De jamas volver en Francia,
 Ni en ella comer pane,
 Ni que nunca enviará carta
 Porque dél no sepan parte.
 Siempre triste y pensativo,
 Puesto en pensamiento grande,
 Navegando en sus jornadas
 Por la tempestuosa mare,
 Llegado es á los reinos
 Del Rey moro Aliarde.
 Ese gran Soldan de Persia,
 Con poderío muy grande
 Ya les estaba aguardando
 A las orillas del mare.

Cuando vino cerca tierra
 Las naves mandó llegare,
 Con un esfuerzo esforzado
 Los empieza de esforzare.
 —O esforzados caballeros,
 O mi compañía leale,
 Acuérdeseos que dejamos
 Nuestra tierra naturale:
 Dellos dejamos mugeres,
 Dellos hijos, dellos padres,
 Solo para ganar honra,
 Y no para ser cobardes.
 Esforzados caballeros,
 Esforzad en pelearre,
 Yo llevaré la delantera,
 Y no me querais dejare.—
 La morisma era tanta,
 Tierra no dejan tomare.
 El Conde que era esforzado
 Y discreto en pelearre,
 Manda toda artillería
 En las sus barcas posare.
 Con el ingenio que traía
 Empiézales de tirare,
 Los tiros eran tan fuertes,
 Que por fuerza hacen lugare.
 Vereis sacar los caballos,
 Muy apriesa cabalgare,
 Tan fuerte dan en los moros,
 Que tierra les hacen dejare.
 En tres años que el buen Conde
 Entendió en pelearre,
 Ganados tiene los reinos
 Del Rey moro Aliarde.
 Con todos sus caballeros
 Parte por iguales partes;
 Tan grande parte da al chico,
 Tanto le da como al grande,
 Solo él se retraía
 Sin querer algo tomare.

Armado de armas blancas,
 Y cuentas para rezare (1),
 Tan triste vida hacia,
 Que no se puede contare.
 El Söldan le hace tributo,
 Y Reyes de allende el mare.
 De tributos que le daban
 A todos hacia parte.
 Hace á todos mandamiento,
 Y á los mejores jurare,
 Que ninguno sea osado
 Hombre á Francia enviare,
 Y que al que envie con cartas
 Luego le hará matare.
 Quince años el Conde estuvo
 Siempre d'allende del mare,
 Y no escribió á la Condesa,
 Ni á su tio Don Beltrane,
 Ni escribió á los doce,
 Ni menos al Emperante.
 Unos creian que era muerto,
 Otros anegado en mare.
 Las barbas y los cabellos
 Nunca los quiso afeitare;
 Tiénelos fasta la cinta,
 Fasta la cinta, y aun mase;
 La cara mucho quemada
 Del mucho sol y del aire,
 Con el gesto demudado.
 Muy fiero y espantable.
 Los quince años cumplidos,
 Deziseis querian entrare,
 Acostárase en su cama

Con deseo de holgare.
 Pensando estaba, pensando
 La triste vida que hace,
 Pensando en aquel tiempo
 Que solia festejare,
 Cuando justas y torneos
 Por la Condesa solia armare.
 Dormióse con pensamiento,
 Y empezára de holgare,
 Cuando hace un triste sueño
 Para él de gran pesare.
 Vía estar la Condesa
 En los brazos de un Infante:
 Salto diera de la cama
 Con un pensamiento grande,
 Gritando con altas voces,
 No cesando de hablare:
 —Toquen, toquen mis trompetas,
 Mi gente manden llegare.—
 Pensando que habia moros
 Todos llegados se hane.
 Desque todos son llegados,
 Llorando empezó á hablare:
 — O esforzados caballeros,
 O mi compañía leale,
 Yo conozco aquel ejemplo
 Que dicen (y es gran verdade)
 Que todo hombre nacido
 Que es de hueso y de carne
 El mayor deseo que tenia
 Era en sus tierras holgare.
 Ya cumplidos son quince años,
 Y en deziseis quiere entrare,

(1) Sin duda tuvo Cervantes presente este verso cuando hace en la part. I. cap. 26 del Quijote que su héroe forme un rosario con las agallas de un alcornoque para pasar rezando en Sierra Morena el tiempo de su penitencia, dando así una muestra de las costumbres caballerescas de la edad media, donde se formaba un amalgama inesplicable de las pasiones mundanas, y la mas constante devocion.

Que somos en estos reinos
 Y estamos en soledade;
 Quien tenia muger hermosa
 Vieja la debe de hallare,
 El que dejó hijos pequeños
 Hallarlos ha hombres grandes:
 Ni el padre conocerá al hijo,
 Ni el hijo menos al padre:
 Hora es ya, mis caballeros,
 De ir á Francia á holgare,
 Pues llevamos harta honra
 Y dineros mucho mase.
 Lleguen, lleguen naves luego,
 Mándolas aparejare,
 Capitanes ordenemos
 Para las tierras guardare. —
 Ya todo es aparejado,
 Ya empiezan á navegare:
 Cuando todos son llegados
 A las orillas del mare,
 Llorando el Conde de sus ojos
 Les empieza de hablare:
 — O esforzados caballeros,
 O mi compañía leale,
 Una cosa rogar vos quiero,
 No me la queráis negare
 (Quien secreto me tuviere
 Yo le he de galardonare),
 Que todos juntos jureis
 Sobre un libro misale,
 Que en parte ninguna que sea
 No me hayais de nombrare,
 Porque con el gesto que traigo
 Ningunos me conocerane;
 Mas viéndome tanta gente
 Y un ejército reale,
 Si vos demandan quién soy
 No les digais la verdade:
 Decid que soy mensagero
 Que vengo de allende el mare,

Que voy con una embajada
 A Don Carlos el Emperante,
 Porque es hecho un mal suyo,
 Y quiero ver si es verdade. —
 Con l'alegría que llevan
 De á su Francia se tornare
 Todos hacen sacramento
 De tenerle puridade.
 Embárcanse muy alegres,
 Empiezan de navegare,
 El viento tienen muy fresco
 Que placer es de mirare.
 Allegados son en Francia
 En sus tierras naturales.
 Cuando el Conde se vió en tierra
 Empieza de caminar:
 No va vuelta de las cortes
 De Carlos el Emperante,
 Mas va vuelta de sus tierras
 Las que solia mandare.
 Ya llegado pues á ellas,
 Por ellas empieza á andare.
 Andando por su camino
 Una villa fue á hallare;
 Llegado se habia cerca
 Por con alguno hablare.
 Alzó los ojos en alto
 A la puerta del lugare,
 Llorando de los sus ojos
 Comenzára de hablare:
 — O esforzados caballeros,
 De mi pena habed pesare,
 Armas que mi padre puso
 Mudadas las veo estare;
 O es casada la Condesa,
 O mis tierras van á male. —
 Allegóse á las puertas
 Con gran enojo y pesare,
 Y mirando por entre ellas
 Gentes d'armas vido estare.

Llamandó está uno dellos
Mas viejo en antigüedad;
De la mano él lo toma
Y empiézale de hablare:

— Por Dios te ruego, el portero,
Me digas una verdade,

¿De quién son aquestas tierras?

¿Quién las solia mandare?

— Pláceme, dijo el portero,

De deciros la verdade;

Ellas eran del Conde Dirlos,

Señor de aqueste lugare,

Agora son de Celinos,

De Celinos el Infante. —

El Conde desque esto oyera

Vuelto se le ha la sangre;

Con una voz demudada

Otra vez le fue á hablare:

— Por Dios te ruego, hermano,

No te quieras enojare,

Questo que agora me dices

Tiempo habrá que te lo pague.

Dime, ¿heredólas Celinos,

O si las fue á mercare,

O si en el juégo de dados

Él las fuera á ganare,

O si las tiene por fuerza

Que no las quiere tornare? —

El portero questo oyera

Presto le fue á hablare:

— No las heredó, señor,

Que no le vienen de linage,

Que hermanos tiene el Conde,

Aunque se querian male,

Y sobrinos tiene muchos

Que las podian heredare,

Ni menos las ha mercado,

Que no las basta á pagare,

Que Irlós es grande ciudade,

Y ha muchas villas y lugares.

Cartas hizo contrahechas

Que al Conde muerto le hane,

Por casar con la Condesa,

Que era rica y de linage;

Y aun ella no se casára

(Cierto á su voluntad)

Si no por fuerza de Oliveros,

Y á porfía de Roldane,

Y á ruego de Carlo Magno,

De Francia Rey Emperante,

Por casar bien á Celinos,

Y ponerle en buen lugare;

Mas el casamiento han hecho

Con una condicion tale,

Que no goce á la Condesa,

Ni á ella haya de llegare.

Desposárase por él

Ese paladin Roldane.

Ricas fiestas se hicieron

En Irlós esa ciudade;

Gastos, galas y torneos

Muchos, de los doce Pares. —

El Conde desque esto oyera

Vuelto se le ha la sangre:

Por mucho que disimula

No cesa de sospirare,

Diciéndole: — Sigue, hermano,

No te enojas de contare,

¿Quién fue en aquestas bodas,

Y quién no quiso estare?

— Señor, en ellas fue Oliveros

Y el Emperador y Roldane,

Fue Belardos y Montesinos,

Y el gran Conde Don Grimalde,

Y otros muchos caballeros

De los de los doce Pares.

Pesóle mucho á Gayferos,

Pesó mucho á Don Beltrane,

Y mas pesó á Don Galban

Y al fuerte Meriane.

Ya que fueron desposados
 Misa les querian dare,
 Cuando llegó un falconero
 A Carlos el Emperante,
 Que venia daquellas tierras
 De allá de allende el mare,
 Y dijo el Conde era vivo
 Y que traía señale.
 Plugo mucho á la Condesa,
 Pesóle mucho al Infante,
 Porque en las grandes fiestas
 Hubo grande desbarate.
 Allá traen grandes pleitos
 En cortes del Emperante,
 Por lo cual es vuelta Francia
 Y todos los doce Pares.
 Ella dice, como un año
 Pidió antes de desposare
 Por enviar mensageros
 Muchos allende la mare,
 Y que si el Conde era muerto
 El casamiento fuese adelante,
 Si era vivo bien sabia
 Que ella no podia casare.
 Por ella responde Gayferos,
 Gayferos y Don Beltrane,
 Por Celinos era Oliveros,
 Oliveros y Roldane.
 Creemos que es dada sentencia
 O se queria ahora dare,
 Porque ayer hubimos cartas —
 De Carlos el Emperante,
 Que quitemos estas armas
 Pongamos las naturales,
 Y que guardemos las tierras
 Por el Conde Don Beltrane;
 Que ninguno de Celinos
 En ellas no pueda entrare. —
 El Conde desde esto oyera,
 Movido de gran pesare,

Vuelve riendas al caballo,
 En el lugar no quiso entrare:
 Mas allá en un verde prado
 Su gente mandó llegare,
 Con una voz muy humilde
 Les empieza de hablare:
 — O esforzados caballeros,
 O mi compañía leale,
 El consejo que os pidiere
 Bueno me lo querais dare.
 Si me aconsejais que vaya
 A las cortes del Emperante,
 O que mate á Celinos,
 A Celinos el Infante,
 Volveremos en allende
 Do podremos bien estare. —
 Caballeros que esto oyeron
 Presto tal respuesta hacen:
 — Calledes, Conde, calledes,
 Conde, no digais vos tale:
 No mirad á vuestra gana,
 Mas mirad á Don Beltrane,
 Y esos buenos caballeros
 Que tanta honra vos hacen.
 Si vos matais á Celinos
 Dirán que fuisteis cobarde.
 Idos, idos á las cortes
 De Carlos el Emperante,
 Conocereis quien bien quiere
 Y quien os queria male.
 Por bueno que es Celinos
 Vos sois de tan buen linage,
 Y teneis dos tantas tierras
 Y dineros que gastare.
 Nosotros vos prometemos
 Con sacramento leale
 (Somos diez mil caballeros
 Y franceses naturales)
 De por vos perder la vida
 Y quanto tenemos gastare,

Quitando al Emperador,
Contra cualquier otro grande.—

El Conde desde que esto oyera

Respuesta ninguna hace:

Da de espuelas al caballo,

Va por el camino adelante:

La vuelta va de París

Como aquel que bien la sabe.

Cuando fue á una jornada

De las cortes del Emperante,

Otra vez llega á los suyos

Y les empieza de hablare:

— Esforzados caballeros,

Una cosa os quiero rogare:

Siempre tomé vuestro consejo,

El mio querais tomare,

Porque siento en París

Con ejército reale

Saldrá por mí el Emperador

Con todos los principales.

Si no me conoce de vista,

Conocerme ha en el hablare,

Y así no sabré de cierto

Todo mi bien y mi male.

Al que no tiene dineros

Yo le daré que gastare:

Los unos vuelvan á caza,

Los otros pasen delante,

Los otros en derredor

Por las villas y lugares:

Yo iré con cient caballeros,

Entraréme en la ciudade

De noche y escurecido

Sin que me conozca nadie.

Vosotros en ocho dias

Podeis poco á poco entrare;

Hallaréisme en los palacios

De mi tio Don Beltrane,

Aparejándoos posada

Y dineros que gastare.—

Todos fueron muy contentos

Pues al Conde así le place.

La noche era escurecida

Cerca diez horas ó mase,

Cuando entró el Conde Dirlos

En París esa ciudade.

Derecho va á los palacios

De su tio Don Beltrane;

Pero cuando atravesaban

Por medio de la ciudade

Vido asomar muchas hachas,

Gente d'armas mucho mase:

Por dó él pasar habia,

Por allí van á pasare.

El Conde cuando los vido

Los suyos manda apartare;

Desde todos son pasados

El postrero fue á llamare.

— Por Dios te ruego, escudero,

Me digas una verdade:

¿Quién son esa gente d'armas

Que agora van por ciudade? —

El escudero questo oyera

Tal respuesta le fue á dare:

— Señor, la Condesa Dirlos

Viene del palacio reale,

Sobre un pleito que traía

Con Oliveros y Roldane;

Los que la llevan én medio

Son Roldan y Don Beltrane:

Aquellos que van postreros,

Donde tantas lumbres vane,

Son el Infante Gayferos

Y el fuerte Meriane.—

El Conde de questo oyera

De la ciudad él se sale,

Debajo de una espesura

Para cabe los adarves,

Diciendo está á los suyos:

— No es hora de entrare,

Que de que sean apeados
 Tornarán á cabalgare.
 Yo quiero entrar en hora
 Que de mí no sepan parte. —
 Allí estan razonando
 D'armas y de hechos grandes
 Hasta que era media noche,
 Los gallos querian cantare.
 Vuelven rienda á los caballos
 Y entran en la ciudade.
 Vuelta van de los palacios
 Del buen Conde Don Beltrane:
 Antes de llegar á ellos
 De dos calles y aun mase
 Tantas cadenas hay puestas
 Quellos no pueden pasare.
 Lanzas les ponen al pecho
 No cesando de hablare:
 — Vuelta, vuelta, caballeros,
 Que por aquí no hay pasare,
 Que aquí estan los palacios
 Del buen Conde Don Beltrane,
 Enemigo de Oliveros,
 Y enemigo de Roldane,
 Enemigo de Belardos,
 Y de Celinos el Infante. —
 El Conde desde que esto oyera
 Presto tal respuesta hace:
 — Ruégote yo, caballero,
 Que me quieras escuchare:
 Anda, vé, y dile luego
 A tu señor Don Beltrane,
 Que aquí está un mensagero
 Que viene de allende el mare,
 Cartas traigo del Conde Dirlos,
 Su buen sobrino carnale. —
 El caballero con placer
 Empieza de aguijare:
 Presto las nuevas le daba
 Al buen Conde Don Beltrane,

El cual ya se acostaba
 En su cámara reale.
 Desde tal nueva oyera
 Tornóse á vestir y calzare:
 Caballeros al derredor
 Trescientos trae por guardarle;
 Hachas muchas encendidas
 Al patin hizo bajare;
 Mandó que al mensagero
 Solo le dejen entrare.
 Cuando fue en el patin
 Con la mucha claridade
 Mirando le está, mirando,
 Viéndole como salvage.
 Como el que está espaniado
 A él no se osa llegare:
 Bajito el Conde le habla
 Dándole muchas señales.
 Conocióle Don Beltran
 Entonces en el hablare,
 Y con los brazos abiertos
 Corre para le abrazare;
 Diciéndole está *sobrino*,
 Sin cesar de sospirare;
 El Conde le está rogando
 Que nadie de él sepa parte.
 Envian presto á las plazas,
 Carnecerías otro que tale,
 Para mercarles de cena
 La cual manda aparejare.
 Manda que á sus caballeros
 Todos los dejen entrare,
 Que les tomen los caballos
 Y los hagan bien pensare.
 Abren muy grandes estudios,
 Mándanlos aposentare:
 Allí entra el Conde y los suyos,
 Ningun otro dejan entrare,
 Porque no conozcan el Conde
 Ni de él supiesen parte.

Ver heis todos los del palacio
 Unos con otros hablare,
 Si es este el Conde Dirlos,
 O quién otro puede estare,
 Segun el recibimiento
 Que le ha hecho Don Beltrane.
 Oídolo ha la Condesa
 A las voces que dan grandes:
 Mandó llamar sus doncellas
 Y encomienza de hablare:
 —¿Q'es aquesto, mis doncellas,
 No me lo querais negare,
 Q' esta noche tanta gente
 Por el palacio siento andare?
 Decidme, ¿dó es el señor
 El mi tio Don Beltrane?
 ¿Si quizá dentro en mis tierras
 Roldan ha hecho algun male?—
 Las doncellas que lo oyeran
 Atal respuesta le hacen:
 —Lo que vos sentís, señora,
 No son nuevas de pesare,
 Es venido un caballero
 Propio como salvage,
 Muchos caballeros con él
 Gran acatamiento le hacen,
 Muy rica cena le guisa
 El buen Conde Don Beltrane.
 Unos dicen q'es mensagero
 Que viene de allende el mare,
 Otros q'es el Conde Dirlos,
 Nuestro señor naturale.
 Allá se ha encerrado,
 Que nadie no puede entrare;
 Segun ven el aparejo
 Creen todos q'es verdade.—
 La Condesa q' esto oyera
 De la cama fue á saltare:
 Apriesa demanda el vestido,
 Apriesa demanda el calzare:

Muchas damas y doncellas
 Empiezan de aguijare:
 A las puertas de los estudios
 Grandes golpes manda dare,
 Da voces á Don Beltran,
 Que dentro la manda entrare.
 No queria el Conde Dirlos
 Que la dejasen entrare.
 Don Beltran salió á la puerta,
 No cesando de hablare:
 —¿Q'es esto, señora prima?
 No tengais priesa tan grande,
 Que aún no sé bien las nuevas
 Q'el mensagero me trae,
 Porque es de tierras ajenas
 Y no le entiendo el language.—
 Mas la Condesa por esto
 No quiere sino entrare;
 Mensagero de su marido
 Ella lo quiere honrare.
 De la mano la entraba
 Ese Conde Don Beltrane:
 Desde ella estuvo dentro
 Al mensagero empieza mirare;
 Mas él mirarla no osaba
 No cesando sospirare,
 Y meneando la cabeza
 Los cabellos ponía á la face.
 Desde la Condesa viera
 Todos callar y no hablare,
 Con una voz muy humilde
 Empieza de razonare:
 —Por Dios vos ruego, mi tio,
 Por Dios vos quiero rogare,
 Pues que este mensagero
 Viene de tan luengas partes,
 Que si no terná dineros,
 Ni tuviere que gastare,
 Decidle si algo le falta
 No cese de demandare.

Pagarle hemos su gente,
 Darle hemos que gastare:
 Pues viene por mi señor,
 Yo no le puedo faltare
 A él y á todos los suyos,
 Aunque fuesen muchos mase.—
 Estas palabras hablando
 No cesaba de llorare.
 Mancilla hubo su marido
 Con amor que tiene grande:
 Pensando de consolarla
 Acordó de la abrazare,
 Y con los brazos abiertos
 Iba para la tomare.
 La Condesa espantada
 Púsose tras Don Beltrane:
 El Conde á grandes suspiros
 Comenzóle de hablare:
 —No huyades, la Condesa,
 Ni os queráis espantare,
 Que yo soy el Conde Dirlos
 Vuestro marido carnale:
 Estos son aquellos brazos
 En que solíades holgare.—
 Con las manos se aparta
 Los cabellos de la face:
 Conociólo la Condesa
 Entonces en el hablare;
 En sus brazos ella se echa
 No cesando de llorare.
 —¿Q' es aquesto, mi señor?
 ¿Quién os hizo ser salvage?
 No, no es este aquel gesto
 Que vos teníades antes:
 Quiten os aquestas armas,
 Otras luego os quieran dare,
 Traigan de aquellos vestidos
 Que solíades llevare.—
 Ya les paraban las mesas,
 Ya les daban á cenare,

Cuando empezó la Condesa
 A decir esto y á hablare:
 —Cierto parece, señor,
 Que lo hacemos muy male,
 Q' el Conde está ya en sus tierras
 Y ya está en la su heredade,
 Que no avisemos á aquellos
 Que su honra quieren mirare:
 No lo digo aun por Gayferos,
 Ni por su hermano Meriane,
 Sino por el esforzado
 Renaldos de Montalvane:
 Bien sabedes, señor tio,
 Cuánto se quiso mostrare,
 Siendo siempre con nosotros
 Contra el paladin Roldane.—
 Llamaron dos caballeros
 De aquellos mas principales,
 El uno envían á Gayferos,
 Otro al de Montalvane.
 Apriesa viene Gayferos,
 Apriesa y no de vagare:
 Desque vido la Condesa
 En brazos de aquel salvage,
 A ellos él se allega,
 Y empezóles de hablare.
 Desque el Conde lo vido
 Levantóse á abrazarle,
 Desque se han conocido
 Grande acatamiento se hacen.
 Ya puestas eran las mesas,
 Ya les daban á cenare,
 La Condesa lo servia
 Y estaba siempre delante.
 En esto llegó Renaldos,
 Renaldos de Montalvane,
 Y desque el Conde le vido
 Hubo un placer muy grande:
 Con una voz amorosa
 Le empezara de hablare:

—; O esforzado Conde Dirlos!
 Vuestra venida me place,
 Porque agora vuestros pleitos
 Mejor se podrán librare:
 Mas si yo fuera creido,
 Antes se habian de acabare,
 O no me halláredes vivo,
 O al paladin Don Roldane.—
 El Conde desde esto oyera
 Grandes mercedes le hace,
 Diciendo:—Juramento he hecho
 Sobre un libro misale
 De jamas quitar las armas
 Ni con la Condesa holgare,
 Hasta que haya cumplido
 Toda la su voluntad.—
 El concierto que ellos tienen
 Por mejor y naturale,
 Era que en el otro dia
 Se presente al Emperante
 El Conde, y vaya á palacio
 Por la mano le besare.
 Toda la noche pasaron
 Descansando en hablare,
 Y cuando vino el otro dia,
 A la hora del yantare,
 Cabalgára el Conde Dirlos:
 Muy lucidas armas trae,
 Y encima un collar de oro
 Y una ropa rozagante,
 Solo con cient caballeros,
 Que no quiere llevar mase:
 A la izquierda va Gayferos,
 A la drecha Don Beltrane,
 Y viénense á los palacios
 De Carlos el Emperante.
 Cuantos Grandes allí hallan
 Acatamiento le hacen
 Por honra de Don Gayferos
 Que era suya la ciudade.

Quando son á la gran sala
 Hallan allí al Emperante
 Asentado á la su mesa
 Que le daban á yantare.
 Con él está Oliveros,
 Con él está Don Roldane,
 Con él está Baldovinos
 Y Celinos el Infante,
 Con él los Grandes estan
 De Francia la naturale.
 En entrando por la sala
 Grande reverencia hacen,
 Y al Emperador saludan
 Los tres juntos á la pare.
 Desde Don Roldan los vido
 Presto se fue á levantare:
 Aprieta demanda á Celinos
 No cesando de hablare:
 —Cabalgad presto, Celinos,
 No esteis mas en la ciudade,
 Que quiero perder la vida
 (Si bien mirais las señales)
 Si aquel no es el Conde Dirlos
 Que viene como salvage:
 Yo quedaré por vos, primo,
 A lo que querrán demandare.—
 Ya cabalgaba Celinos,
 Y sale de la ciudade:
 Con él va gran gente d'armas
 Por haberlo de guardare.
 El Conde y Don Gayferos
 Lléganse al Emperante,
 La mano besar le quieren
 Y él no se la quiere dare;
 Mas está maravillado,
 Diciendo ¿quién podrá estare?
 El Conde que así lo vido
 Empezóle de hablare:
 —No se espante vuestra Alteza
 Que no es de maravillare,

Que quien dijo que era muerto,
 Mintió y no dijo verdade.
 Soy, señor, el Conde Dirlos,
 Vuestro servidor leale;
 Mas los malos caballeros
 Siempre presumen el male.—
 Conocídole han todos
 Entonces en el hablare.
 Levantóse el Emperador
 Y empezó de abrazarle,
 Y mandó salir á todos
 Y las puertas bien cerrare;
 Solo queda Oliveros
 Y el paladin Don Roldane,
 El Conde Dirlos y Gayferos,
 Y el buen viejo Don Beltrane.
 Asentóse el Emperador
 Y á todos manda posare,
 Entonces con voz humilde
 Le empezó así de hablare:
 —Esforzado Conde Dirlos,
 Vuestra venida me place,
 Aunque de vuestro enojo
 No es de tener pesare,
 Porque no hay cargo ninguno
 Ni vergüenza otro que tale,
 Que si casó la Condesa,
 No cierto á su voluntade,
 Sino á porfía mia
 Y á ruego de Don Roldane,
 Y con tantas condiciones
 Que sería largo de contare,
 Por do siempre ha mostrado
 Teneros amor muy grande.
 Si ha errado Celinos,
 Hizolo con mocidade,
 En escrebir que érades muerto,
 Pues que no era verdade;
 Mas por eso nunca quise
 A ella dejar tocare,

Ni aun á los desposorios
 A él no dejé estare;
 Mas por él fue presentado
 Ese paladin Roldane.
 Mas la culpa, Conde, es vuestra
 Y á vos os la debeis dare;
 Para ser vos tan discreto,
 Y de esforzado linage,
 Dejastes muger hermosa,
 Moza y de poca edade:
 Si de vista no la vias,
 De cartas la debíades visitare.
 Si supiera que á la partida
 Llevábades tan gran pesare,
 No os enviára yo, el Conde,
 Que otros pudiera enviare:
 Mas por ser buen caballero
 Solo á vos quise enviare.—
 El Conde de q' esto oyera
 Atal respuesta le hace:
 —Calle, calle vuestra Alteza,
 Buen señor, no diga tale,
 Que no cabe quejar de Celinos
 Por ser de tan poca edade,
 Y con tales caballeros
 Yo no me costumbro honrare.
 Por él está aquí Oliveros,
 Por él está Don Roldane,
 Que son buenos caballeros
 Y los tengo yo por tales.
 ;Consentir ellos tal carta!
 ;Consentir tan gran maldade!
 O me tenian en poco,
 O me tienen por cobarde,
 Pues creyeron que siendo vivo
 No se lo osaria demandare:
 Por eso suplico á vuestra Alteza
 Campo me quiera otorgare,
 Y pues por él pleito toman,
 Pueden el campo aceptare.

Si quieren uno por uno,
 O amos juntos á la pare;
 No perjudicando á los míos,
 Aunque haya hartos de linage,
 Que á esto y mucho mas q' esto
 Recaudo bastan á dare.
 Porque conozcan que sin parientes,
 Amigos no me han de faltare,
 Tomaré al esforzado
 Renaldos de Montalvane.—
 Don Roldan que esto oyera
 Con gran enojo y pesare
 (No por lo que el Conde dijo
 Que con razon lo veia estare)
 Mas en nombrarle Reynaldos,
 Vuelto se le ha la sangre,
 Porque ellos mal se quieren,
 Y por hacerle pesare
 Luego le dan por los ojos
 Renaldos de Montalvane.
 Movido de muy gran saña
 Luego habló así Don Roldane:
 —Soy contento, el Conde Dirlos,
 Y tomad este mi guante,
 Y agradeced que sois venido
 Tan presto sin mas tardare,
 Que á pesar de quien pesara
 Yo los hiciera casare,
 Sacando á Don Gayferos,
 Sobrino del Emperante.
 —Callede, dijo Gayferos,
 Roldan, no digais vos tale,
 Por ser soberbio y descortés
 Mal vos quieren los doce Pares,
 Que otros tan buenos como vos
 Defienden la otra parte,
 Y yo faltar no les puedo,
 Ni dejar pasar lo tale.
 Aunque mi primo es Celinos,
 Hijo de hermana de madre,

Bien sabeis que el Conde Dirlos
 Lo es de hermano de padre,
 Y por ser de padre hermano
 No le tengo de faltare,
 Porque no pase la vuestra
 En quereros ventajare.—
 Toma el guante el Conde Dirlos
 Y de la sala se sale,
 Tras él guia Don Gayferos,
 Y tras él va Don Beltrane.
 Triste está el Emperador,
 Haciendo llantos muy grandes,
 Viendo á Francia revuelta
 Y á todos los doce Pares.
 Desque Renaldos lo supo
 Hubo dello placer grande:
 Decia al Conde palabras,
 Mostrándole voluntad.
 —Esforzado Conde Dirlos,
 Lo que habeis hecho me place,
 Y muy mucho mas del campo
 Contra Oliveros y Roldane:
 Una cosa rogar quiero,
 No me la querais negare;
 Pues no es principal Oliveros,
 Ni menos es Don Roldane,
 Sin perjudicar vuestra honra
 Con cualquier podeis peleare:
 Tomad vos á Oliveros,
 Y dejadme á Don Roldane.—
 Pláceme, dijo el Conde,
 Renaldos, pues á vos place.—
 Desque supieron las nuevas
 Los grandes y principales
 Q'es venido el Conde Dirlos,
 Y que está ya en la ciudade,
 Vereis parientes y amigos
 Que grandes fiestas le hacen:
 Los que á Roldan mal quieren
 Al Conde Dirlos hacen parte,

Por lo qual toda la Francia
 En armas vereis estare:
 Mas si los doce quisieran
 Bien los podian paciguare;
 Mas ninguno por paz se pone,
 Todos hacen parcialidade,
 Sino el Arzobispo Turpin,
 Que es de Francia Cardenale,
 Sobrino del Emperador,
 En esfuerço principale,
 Que solo aquel se ponía
 Si los podia apaciguare;
 Mas ellos escuchar no quieren,
 Hanse mala voluntad:
 Vereis ir dueñas, doncellas
 A unos y á otros rogaré,
 Ni por ruegos ni por cosas
 No los pueden paciguare.
 Muestra mas saña que todos
 El esforzado Meriane,
 Hermano del Conde Dirlos
 Y hermano de Durandarte,
 (Aunque por diferencias
 No se solian hablare)
 De que sabe lo que ha dicho
 En el palacio reale,
 Que si el Conde mas tardara
 El casamiento hiciera pasare
 A pesar de todos ellos
 Y á pesar de Don Beltrane.
 Por esto cartas envía
 Con palabras de pesare,
 Que aquello que él ha dicho
 No lo basta hacer verdade,
 Que aunque el Conde no viniera
 Había quien lo demandare.
 El Emperador que lo supo
 Muy grandes llantos hace:
 Por pérdida dan á Francia
 Y á toda la cristiandade:

Dicen que alguna de las partes
 Con moros se irá á ayuntare.
 Triste iba y pensativo,
 No cesando el sospirare;
 Mas los buenos consejeros
 Aprovechan á la necesidad:
 Consejan al Emperador
 Para remedio tomare,
 Mande tocar las trompetas
 Y á todos mande juntare,
 Y al que luego no viniere
 Por traidor lo mande dare;
 Que le quitará las tierras
 Y mandará desterrare;
 Mas como leales son
 Todos juntado se hane.
 El Emperador en medio dellos
 Llorando empezó de hablare:
 — Esforzados caballeros,
 ¡O primos míos carnales!
 Entre vosotros no hay diferencia
 Si no la quereis buscare:
 Todos sois muy esforzados,
 Todos, primos, de linage,
 Mirad que habeis de morir
 Y que á Dios haceis pesare,
 No solo en perder á vosotros,
 Mas toda la cristiandade.
 Rogar os quiero una cosa
 (Y no os queráis enojare)
 Que sin mis leyes de Francia
 Campo no se puede dare.
 Del campo no soy contento,
 Ni á mí cierto me place,
 Porque yo no veo causa
 Por que lo haya de dare,
 Ni hay vergüenza, ni injuria
 Que á ninguno se pueda dare,
 Ni al Conde han enojado
 Oliyeros ni Roldane,

Ni el Conde á ellos menos
 Por que se hayan de matare.
 De ayudar á sus amigos
 Ya es la usanza tale:
 Si Celinos ha errado
 Con amor y mocedad,
 No ha tocado á la Condesa,
 Ni ha hecho tanto male
 Que dello merezca muerte,
 Ni se la deben de dare.
 Ya sabemos que el Conde Dirlos
 Es esforzado y de linage,
 Y de los grandes señores
 Que en Francia comen pane,
 Que quien enojare á él
 Él le basta á enojare,
 Aunque fuese el mejor caballero
 Que en el mundo se hallare:
 Mas porque sea escarmiento
 A otros hombres de linage,
 Que ninguno sea osado
 Ni pueda hacer otro tale
 Si estimára su honra
 En esto no osára entrare,
 Que mengüemos á Celinos
 Por villano, y no de linage;
 Que en el número de los doce
 No se haya de contare,
 Nicuando el Conde fuere en cortes
 Celinos no pueda estare,
 Ni do fuere la Condesa
 Él no pueda habitare;
 Y esta honra, el Conde Dirlos,
 Para siempre os la darane.—
 Don Roldan cuando esto oyera
 Presto tal respuesta hace:
 —Mas quiero perder la vida
 Que tal haya de pasare.—
 El Conde Dirlos que lo oyera
 Presto se fue á levantare,

Y con una voz muy alta
 Empezara de hablare:
 —Pues requiéroos, Don Roldan,
 Por mí y el de Montalvane,
 Que de hoy en los tres dias
 En campo hayais de estare;
 Si no, á vos y á Oliveros
 Daros hemos por cobardes.
 —Pláceme, dijo Roldan,
 Y aun si quisiéredes antes,—
 Vereis llantos en palacio
 Que al cielo quieren llegare,
 Dueñas y grandes señoras,
 Casadas y por casare,
 A pies de maridos é hijos
 Las vereis arrodillare.
 Gayferos fue el primero
 Que ha mancilla de su madre,
 Asimesmo Don Beltran
 De su hermana carnale,
 Don Roldan de la su esposa
 Que tan tristes llantos hace.
 Retíranse entonces todos
 Para irse aposentare,
 Los valedores hablando
 A voz alta y sin parare:
 —Mejor será, caballeros,
 A todos apaciguare;
 Pues no hay afrenta ninguna,
 Todo se haya de dejare.—
 Entonces dijo Roldan
 Q'es contento y que le place,
 Con aquesta condicion,
 Y esto se quiere otorgare:
 Que Celinos es mochacho
 De quinze años y no mase,
 Y no es para las armas,
 Ni aun para peleare:
 Que hasta veinte y cinco años,
 Y hasta en aquella edade,

Que en número de los doce
 No se haya de contare,
 Ni en la mesa redonda
 Menos pueda comer pane:
 Do fuere el Conde y Condesa
 Celinos no pueda estare:
 Cuando fuere de veinte años
 O puesto en mejor edade,
 Si estimare la su honra
 Que lo pueda demandare,
 Y que entonces por las armas
 Todos defiendan su parte,
 Porque no diga Celinos
 Que era de menor edade. —
 Todos fueron muy contentos,
 Y á ambas partes les place.
 Entonces el Emperador
 Todos los hace abrazare,
 Todos quedan muy contentos,
 Todos quedan muy iguales.
 Otro dia el Emperador
 Muy real sala les hace:
 A damas y caballeros
 Convidalos á yantare.
 El Conde se afeita las barbas,

Los cabellos otro tale,
 La Condesa en las fiestas
 Sale muy rica y triunfante.
 Los mestrasalas que servian
 De parte del Emperante,
 Es uno el Don Roldan
 Y el otro el de Montalvane,
 Por dar mas avinenteza
 Que hubiesen de hablare.
 Cuando ya hubieron yantado,
 Antes de bailar ni danzare,
 Se levantó el Conde Dirlos
 Delante todos los Grandes,
 Y al Emperador entregó
 De las villas y lugares
 Las llaves y lo ganado
 Del Rey moro Aliarde;
 Por lo cual el Emperador
 Dello le dá muy gran parte,
 Y él á sus caballeros
 Grandes mercedes les hace.
 Los doce tenian en mucho
 La gran victoria que trae.
 De allí quedó con gran honra
 Y mayor prosperidade.

Id. 1.º del Marqués de Mantua y Valdovinos. (Anónimo). (1)

De Mantua salió el Marqués
 Danes Urgel el leale,
 Allá va á buscar la caza
 A las orillas del mare.
 Con él van sus cazadores
 Con aves para volare,

Con él van los sus monteros
 Con perros para cazare,
 Con él van sus caballeros
 Para haberlo de guardare.
 Por la ribera del Pó
 La caza buscando vane.

(1) Aunque Pellicer dice en las notas del Quijote que este romance impreso en Alcalá en 1598 es de Gerónimo Treviño, yo creo que este fue, cuando mas, un editor que corrigió y modificó el antiguo. Ni á fines del siglo XVI, ni aun acaso en el siglo XIV, usaban los portos los consonantes forzados que en este romance y otros muchos se usan.

El tiempo era caluroso,
 Vispera era de Sant Juane.
 Métese en una arboleda
 Para fresco tomare,
 Al derredor de una fuente
 A todos mandó asentare.
 Viandas aparejadas
 Traen, y procuran yantare.
 Desque hubieron yantado
 Comenzaron de hablare
 Solamente de la caza
 Como se ha de ordenare.
 Al pie estaban de una breña
 Que junto á la fuente estae.
 Oyeron un gran ruido
 Entre las ramas sonare:
 Todos estuvieron quedos
 Por ver qué cosa serae:
 Por las mas espesas matas
 Ven un ciervo asomare.
 De sed venia fatigado,
 Al agua se iba á lanzare;
 Los monteros á gran priesa
 Los perros van á soltare:
 Sueltan lebreles, sabuesos
 Para le haber de tomare.
 El ciervo que los sintió
 Al monte se vuelve á entrare:
 Caballeros y monteros
 Comienzan de cabalgare,
 Siguiéndole iban el rastro
 Con gana de le alcanzare:
 Cada uno va corriendo
 Sin uno á otro esperar.
 El que traia buen caballo
 Corria mas por le atajare:
 Apártanse unos de otros
 Sin al Marqués aguardare.
 El ciervo era muy ligero,
 Mucho se fue adelantare,

Al ladrido de los perros
 Los mas siguiendo le vane.
 El monte era muy espeso,
 Todos perdido se hane.
 El sol se queria poner,
 La noche queria cerrare,
 Cuando el buen Marqués de
 Mantua
 Solo se fuera á hallare
 En un bosque tan espeso
 Que no podia caminar.
 Andando á un cabo y á otro
 Mucho alejado se hae,
 Tantas vueltas iba dando
 Que no sabe donde estae.
 La noche era muy oscura,
 Comenzó recio á tronare,
 El cielo estaba nublado,
 No cesa de relampagueare.
 El Marqués que así se vido
 Su bocina fue á tomare,
 A sus monteros llamando,
 Tres veces la fue á tocare:
 Los monteros eran lejos,
 Por demas era el sonare,
 El caballo iba cansado
 De por las breñas saltare,
 A cada paso caia,
 No se podia meneare.
 El Marqués muy enojado
 La rienda le fue á soltare,
 Por do el caballo queria
 Lo dejaba caminar:
 El caballo era de casta,
 Esfuerzo fuera á tomare.
 Diez millas ha caminado
 Sin un momento parare;
 No va camino derecho,
 Mas por do podia andare.
 Caminando todavía

Un camino va á topare,
 Siguiendo por el camino
 Va á dar en un pinare,
 Por él anduvo una pieza
 Sin poder dél se apartare.
 Pensó reposar allí
 O adelante pasare;
 Mas por buscar á los suyos
 Adelante quiere andare.
 Del pinar salió muy presto,
 Por un valle fuera á entrare,
 Cuando oyó dar un gran grito
 Temeroso y de pesare,
 Sin saber que de hombre fuese,
 O de qué pudiese estare,
 (Solo gran dolor mostraba,
 Otro no pudo notare).
 De que se turbó el Marqués
 Todo espeluzado se hae;
 Mas aunque viejo de dias
 Empiézase de esforzare.
 Por su camino delante
 Empieza de caminar:
 A pie va que no á caballo,
 El caballo va á dejare
 Porque estaba muy cansado,
 Y no podia bien andare.
 En un prado que allí estaba
 Allí le fuera á dejare.
 Cuando llegó á un rio,
 En medio de un arenale
 Vido un caballero muerto,
 Comenzóle de mirare:
 Armado estaba de guerra
 A guisa de pelear,
 Los brazos tenia cortados,

Las piernas otro que tale,
 Y mas adelante un poco
 Una voz sintió hablare:
 — ¡O Santa María Señora,
 No me quieras olvidare!
 A ti encomiendo mi alma,
 Plégate de la guardare,
 En este trago de muerte
 Esfuerzo me quieras dare,
 Pues á los tristes consuelas
 Quieras á mí consolare,
 Y al tu precioso Hijo
 Por mí te plega rogare
 Que perdone mis pecados,
 Mi alma quiera salvar.—
 Cuando aquesto oyó el Marqués
 Luego se fuera apartare,
 Revolvióse el manto al brazo,
 La espada fuera á sacare:
 Apartado del camino
 Por el monte fuera á entrare,
 Hacia do sintió la voz
 Empieza de caminar.
 Las ramas iba cortando (1)
 Para la vuelta acertare,
 A todas partes miraba
 Por ver qué cosa serae;
 El camino por do iba
 Cubierto de sangre estae.
 Vinole grande congoja,
 Todo se fue á demudare,
 Que el espíritu le daba
 Sobresalto de pesare.
 De donde la voz oyera
 Muy cerca fuera á llegare:
 Al pie de unos altos robles

(1) *Acaso de aquí tomó Cervantes la idea de lo que hizo Sancho cuando se apartó de D. Quijote en Sierra Morena para poder á su vuelta hallar el camino de encontrarle. Quijote, part. I. cap. 25.*

Vido un caballero estare
 Armado de todas armas
 Sin estoque ni puñale.
 Tendido estaba en el suelo,
 No cesa de se quejare,
 Las lástimas que decia
 Al Marqués hacen llorare:
 Por entender lo que dice
 Acordó de se acercare.
 Atento estaba escuchando
 Sin bullir ni menearse.
 Lo que decia el caballero
 Razon es de lo contare.
 —¿Dónde estás, señora mia (1),
 Que no te pena mi male?
 De mis pequeñas heridas
 Compasion solias tomare,
 Agora de las de muerte
 No tienes ningun pesare.
 No te doy culpa, señora,
 Que descanso en el hablare,
 Mi dolor, que es muy sobrado,
 Me hace desatinare.
 Tú no sabes de mi mal
 Ni de mi angustia mortale,
 Yo te pedí la licencia
 Para mi muerte buscare;
 Pues yo la hallé, señora,
 A nadie debo culpare,
 Cuanto mas á ti, mi bien,
 Que no me la querias dare;

Mas cuando mas no podiste,
 Bien sentí tu gran pesare
 En la fé de tu querer,
 Segun te vi demostrare.
 Esposa mia y señora,
 No cures de me esperare,
 Hasta el dia del juicio
 No nos podemos juntare.
 Si viviendo me quisiste
 Al morir lo has de mostrare,
 No en hacer grandes extremos
 Mas por el alma rogare.
 ¡O mi primo Montesinos,
 Infante Don Meriane!
 Deshecha es la compañia
 En que soliamos andare.
 Ya no espereis mas de verme,
 No os cumple ya mas buscare,
 Que en balde trabajareis
 Pues no me podreis hallare.
 ¡O esforzado Don Renaldos,
 O buen paladin Roldane,
 O valiente Don Urgel,
 O Don Ricardo Normante,
 O Marqués Don Oliveros,
 O Durandarte el galane,
 O Archiduque Don Estolfo,
 O gran Duque de Milane!
 ¿Dónde sois todos vosotros?
 ¿No venis á me ayudare?
 ¡O Emperador Carlo Magno,

(1) *Este pasage pone Cervantes en boca de Don Quijote (part. I. cap. 5), pero sin duda de una leccion mas moderna, como puede inferirse de su language, y dice:*

¿Dónde estás, señora mia,
 Que no te duele mi mal?
 O no lo sabes, señora,
 O eres falsa y desleal.

Mi buen señor naturale,
 Si supieses tú mi muerte
 Cómo la harías vengare!
 Aunque me mató tu hijo
 Justicia quieras guardare,
 Pues me mató á traicion
 Viniéndole acômpañare.
 ¡O Príncipe Don Carloto!
 ¿Qué ira tan desigual
 Te movió sobre tal caso
 A quererme así matare
 Rogándome que viniese
 Contigo por te guardare?
 ¡O desventurado yo
 Cómo venia sin cuidare
 Que tan alto caballero
 Pudiese hacer tal maldade!
 Pensando venir á caza
 Mi muerte vine á cazare.
 No me pesa del morir
 Pues es cosa naturale,
 Mas por morir como muero
 Sin merecer ningun male,
 Y en tal parte donde nunca
 La mi muerte se sabrae.
 ¡O alto Dios poderoso,
 Justiciero y de verdade!
 Sobre mi muerte inocente
 Justicia quieras mostrare:
 Desta ánima pecadora
 Quieras haber piedad.
 ¡O triste Reina mi madre!
 Dios te quiera consolare,
 Que ya es quebrado el espejo
 En que te solias mirare.
 Siempre de mí recelabas

Recibir algun pesare,
 Agora de aquí adelante
 No te cumple recelare.
 En las justas y torneos
 Consejos me solias dare,
 Agora triste en la muerte
 Aun no me puedes hablare.
 ¡O noble Marqués de Mantua (1),
 Mi señor tio carnale!
 ¿Dónde estás que no oís
 Mi doloroso quejare?
 ¡Qué nueva tan dolorosa
 Os será y de gran pesare
 Cuando de mí no supierdes
 Ni me pudierdes hallare!
 Hecístesme heredero
 Por vuestro estado heredare,
 Mas vos lo habreis de ser mio
 Aunque sois de mas edade.
 ¡O mundo desventurado!
 Nadie debe en ti fiare,
 Al que mas subido tienes
 Mayor caida haces dare.—
 Estas palabras diciendo
 No cesa de sospirare
 Sospiros muy dolorosos
 Para el corazon quebrare.
 Turbado estaba el Marqués,
 No pudo mas escuchare,
 El corazon se le aprieta,
 La sangre vuelto se le hae.
 A los pies del caballero
 Junto se fue á llegare;
 Con la voz muy alterada
 Empezóle de hablare:
 —¿Qué mal teneis, caballero?

(1) Este verso y el que sigue tambien los pone Cervantes con letra mas moderna en el cap. 5. part. I. del Quijote.

¿Queredes me lo contare?
 ¿Teneis heridas de muerte
 O teneis otro algun male?—
 Cuando lo oyó el caballero
 La cabeza probó alzare,
 Pensó que era su escudero,
 Tal respuesta le fue á dare:
 —¿Qué dices, amigo mio?
 ¿Traes con quien me confesare?
 Que ya se me sale el alma,
 La vida quiero acabare:
 Del cuerpo no tengo pena,
 Que el alma querria salvare.—
 Luego le entendió el Marqués
 Por otro le fue á tomare:
 Respondióle muy turbado
 Que apenas pudo hablare:
 —Yo no soy vuestro criado,
 Nunca comí vuestro pane,
 Antes soy un caballero
 Que por aquí acerté á pasare:
 Vuestras voces dolorosas
 Aquí me han hecho llegare
 A saber qué mal teneis
 O de qué es vuestro penare.
 Pues que caballero sois
 Querades vos esforzare,
 Que para esto es este mundo
 Para bien y mal pasare.
 Decidme, señor, quién sois
 Y de qué es vuestro male,
 Que si remediarse puede
 Yo os prometo de ayudare:
 No dudeis, buen caballero,
 De decirme la verdade.—
 Tornára en sí Baldovinos,
 Respuesta le fue á dare:
 —Muchas mercedes, señor,
 Por la buena voluntade;
 Mi mal es crudo y de muerte,

No se puede remediare.
 Veinte y dos heridas tengo
 Que cada una es mortale;
 El mayor dolor que siento
 Es morir en tal lugare,
 Do no se sabrá mi muerte
 Para poderse vengare,
 Porque me han muerto á traicion
 Sin merescer ningun male.
 A lo que habeis preguntado
 Por mi fé os digo verdade,
 Que á mí dicen Baldovinos,
 Que el Franco solian llamare:
 Hijo soy del Rey de Dacia,
 Hijo soy suyo carnale,
 Uno de los doce Pares
 Que á la mesa comen pane.
 La Reina Doña Ermelina
 Es mi madre naturale,
 El noble Marqués de Mantua
 Era mi tio carnale,
 Hermano era de mi padre
 Sin en nada discrepare:
 La linda Infanta Sevilla
 Es mi esposa sin dudare:
 Hame herido Carloto
 Su hijo del Emperante,
 Porque él requirió de amores
 A mi esposa con maldade:
 Porque no le dió su amor
 Él en mí se fue á vengare
 Pensando que por mi muerte
 Con ella habia de casare.
 Hame muerto á traicion
 Viniendo yo á le guardare,
 Porquel me rogó en París
 Le viniese acompañare
 A dar fin á una aventura
 En que se queria probare.
 Quien quier que seais, caballero,

La nueva os plega llevar
 De mi desastrada muerte
 A París esa ciudade,
 Y si hácia París no fuerdes
 A Mantua la ireis á dare,
 Q'el trabajo que ende habreis
 Muy bien os lo pagarane,
 Y si no quisierdes paga
 Bien se os agradecerae. —
 Cuando aquesto oyó el Marqués
 La habla perdido hae,
 En el suelo dió consigo,
 La espada fue arrojaré,
 Las barbas de la su cara
 Empezólas de arrancare,
 Los sus cabellos muy canos
 Comiénzalos de mesare.
 A cabo de una gran pieza
 En pie se fue á levantare,
 Allegóse al caballero
 Por las armas le quitare,
 Desde que le quitó el almete
 Comenzóle de mirare:
 Estaba en sangre bañado,
 Con la color muy mortale,
 Estaba desfigurado
 No lo podia figurare,
 No lo podia conocer
 En el gesto ni el hablare,
 Dudando estaba dudando
 Si era mentira ó verdade.
 Con un paño que traia
 La cara le fue á limpiare;
 Desde que le hubo limpiado
 Luego conocido lo hae.
 En la boca lo besaba
 No cesando de llorare,
 Las palabras que decia
 Dolor es de las contare,
 — ¡O sobrino Baldovinos,

Mi buen sobrino carnele!
 ¿Quién os trató de esta suerte?
 ¿Quién os trujo á tal lugare?
 ¿Quién es el que á vos mató
 Que á mí vivo fue á dejare?
 Mas valiera la mi muerte
 Que la vuestra en tal edade.
 ¿No me conoceis, sobrino?
 ¡Por Dios queraisme hablare!
 Yo soy el triste Marqués
 Que tio soliadés llamare,
 Yo soy el Marqués de Mantua
 Que debo de reventare
 Llorando la vuestra muerte
 Por con vida no quedare.
 ¡O desventurado viejo!
 ¿Quién me podrá conortare?
 Q'en pérdida tan crecida
 Mas dolor es consolare.
 Yo la muerte de mis hijos
 Con vos podria olvidaré,
 Agora, mi buen señor,
 De nuevo habré de llorare.
 A vos tenia por sobrino
 Para mi estado heredare,
 Agora por mi ventura
 Yo vos habré de enterrare.
 Sobrino, de aquí adelante
 Yo no quiero vivir mase:
 Ven, muerte, cuando quisieres,
 No te quieras retardare;
 Mas al que menos te teme
 Le huyes por mas penare.
 ¿Quién le llevará las nuevas
 Amargas de gran pesare
 A la triste madre vuestra?
 ¿Quién la podrá consolare?
 Siempre lo oí decir,
 Agora veo ser verdade,
 Que quien larga vida vive

Mucho mal ha de pasare:
 Por un placer muy pequeño
 Pesares ha de gustare.—
 Destas palabras y otras
 No cesaba de hablare
 Llorando de los sus ojos
 Sin poderse cõortare.
 Esforzóse Baldovinos
 Con el angustia mortale,
 Cuando conoció á su tio
 Alivio fuera á tomare:
 Tomóle entrambas las manos,
 Muy recio le fue apretare,
 Disimulando su pena
 Comenzó al Marqués á hablare.
 —No lloredes, señor tio,
 Por Dios no querais llorare,
 Que me dais doblada pena
 Y al alma haceis penare;
 Mas lo que yo os encomiendo
 Es por mí querais rogare,
 Y no me desampareis
 En este esquivo lugare,
 Hasta que yo haya espirado,
 No me querades dejare:
 Encomiándoos á mi madre
 Vos la querais consolare,
 Que bien creo que mi muerte
 Su vida habrá de acabare;
 Encomiándoos á mi esposa
 Por ella querais mirare;
 El mayor dolor que siento
 Es no le poder hablare.—
 Ellos estando en aquesto
 Su escudero fue á llegare:
 Un ermitaño traia
 Que en el bosque fue á hallare,
 Hombre de muy santa vida
 Del orden sacerdotale.
 Cuando llegó el ermitaño

El alba queria quebrare;
 Esforzando á Baldovinos
 Comenzóle amonestare
 Que olvidando aqueste mundo
 De Dios se quiera acordare.
 Aparte se fue el Marqués
 Por dalles mejor lugare,
 El escudero á otra parte
 Tambien se fuera apartare:
 El Marqués de quebrantado
 Gran sueño le fue á tomare.
 Confesóse Baldovinos
 A toda su voluntade.
 Estando en su confesion,
 Ya que queria acabare,
 Las angustias de la muerte
 Comienzan de le aquejare:
 Con el dolor que sentia
 Una gran voz fuera á dare:
 Llama á su tio el Marqués,
 Comenzó así de hablare:
 —A Dios, á Dios, mi buen tio,
 A Dios os querais quedare,
 Que yo me voy de este mundo
 Para la mi cuenta dare:
 Lo que os ruego y encomiendo
 No lo querais olvidare:
 Dadme vuestra bendicion,
 La mano para besare.—
 Luego perdiera el sentido,
 Luego perdiera el hablare,
 Los dientes se le cerraron,
 Los ojos vuelto se le hane.
 Recordó luego el Marqués,
 A él se fuera á llegare,
 Muchas veces lo bendice
 No cesando de llorare.
 Absolvióle el ermitaño,
 Por él comienza á rezare,
 Y á cabo de poco rato

Baldovinos fue á espirare.
 El Marqués de verlo así
 Amortescido se hae,
 Consuélalo el ermitaño,
 Muchos egemplos le dae:
 El Marqués como discreto
 Acuerdo fuera á tomare,
 Pues remediar no se puede,
 A haberse de conortare.
 Lo que hacia el escudero
 Lástima era de mirare,
 Rascuñaba la su cara,
 Sus ropas rasgado hae,
 Sus barbas y sus cabellos
 Por tierra los va á lanzare.
 A cabo de una gran pieza,
 Que ambos cansados estane,
 El Marqués al ermitaño
 Comienza de preguntare:
 —Pídoos por Dios, padre honrado,
 Respuesta me queráis dare:
 ¿Dónde estamos, ó en qué reino,
 En qué señorío ó lugare?
 ¿Cómo se llama esta tierra?
 ¿Cuya es, y á qué mandare?—
 El ermitaño responde:
 —Pláceme de voluntade:
 Debeis de saber, señor,
 Que esta tierra sin poblare
 Otro tiempo fue poblada,
 Despoblóse por gran male,
 Por batallas muy crueles
 Que hubo en la cristiandade:
 A esta llaman la Floresta
 Sin ventura y de pesare,
 Porque nunca caballero
 En ella acaeció entrare
 Que saliese sin gran daño
 O desastre desiguale.
 Esta tierra es del Marqués

De Mantua, la gran ciudade,
 Hasta Mantua son cien millas
 Sin poblado ni lugare,
 Sino sola una ermita
 Que á seis millas de aquí estae,
 Donde yo hago mi vida
 Por del mundo me apartare:
 El mas cercano poblado
 A veinte millas estae,
 Es una villa cercada
 Del ducado de Milane:
 Ved lo que quereis, señor,
 En que yo os pueda ayudare,
 Que por servicio de Dios
 Lo haré de voluntade,
 Y por vuestro acatamiento,
 Y por hacer caridade.—
 El Marqués que aquesto oyera
 Comenzóle de rogare
 Que no recibiese pena
 De con el cuerpo quedare,
 Mientras él y el escudero
 El caballo van buscare
 Que allí cerca habia dejado
 En un prado á descansare.
 Plúgole al ermitaño
 Allí haberlos de esperare:
 El Marqués y el escudero
 El caballo van buscare,
 Por el camino do iban
 Comenzóle á preguntare:
 —Dígame, buen escudero,
 Si Dios te quiera guardare,
 ¿Qué venia tu señor
 Por esta tierra buscare,
 Y por qué causa lo han muerto,
 Y quién le fuera á matare?—
 Respondióle el escudero,
 Tal respuesta le fue á dare:
 —Por la fé que debo á Dios

Yo no lo puedo pensare,
 Porque no lo sé, señor;
 Lo que ví os quiero contare.
 Estando dentro en París
 En cortes del Emperante
 El Príncipe Don Carloto
 A mi señor envió á llamare;
 Estuvieron en secreto
 Todo el dia en su hablare,
 Cuando la noche cerró
 Ambos se fueron armare.
 Cabalgaron á caballo,
 Salieron de la ciudade
 Armados de todas armas
 A guisa de peleare;
 Yo salí con Baldovino
 Y con Don Carloto un page:
 Ayer hubo quince dias
 Salimos de la ciudade.
 Luego cuando aquí llegamos
 A este bosque de pesare,
 Mi señor y Don Carloto
 Mandaron nos esperare:
 Solos se entraron los dos
 Por aquel espeso valle;
 El page estaba cansado,
 Gran sueño le fue á tomare,
 Yo pensando en Baldovinos
 No podia reposare.
 Apartéme del camino,
 En un arbol fuí á pujare,
 A todas partes miraba
 Cuando los veria tornare.
 A cabo de un grande rato
 Caballo oí relinchare,
 Ví venir tres caballeros,
 Mi señor no ví tornare:
 Venian bañados en sangre,
 Luego ví mala señale;
 El uno era Don Carloto,

Los dos no pude notare;
 Con grande miedo que tenia
 No les osé preguntare
 Dó quedaba Baldovinos,
 Dó le fueran á dejare:
 Mas abajéme del arbol,
 Entré por aquel pinare;
 Desque los ví trasponer
 Yo comencé de buscare
 A mi señor Baldovinos,
 Mas no lo podia hallare:
 El rastro de los caballos
 No dejaba de mirare.
 A la entrada de un llano,
 Al pasar de un arenale,
 Ví huella de otro caballo,
 La cual me pareció male;
 Ví mucha sangre por tierra,
 De que me fuí á espantare,
 En la orilla del rio
 El caballo fuí á hallare,
 Mas adelante no mucho
 A Baldovinos ví estare,
 Boca abajo estaba en tierra
 (Ya casi queria espirare)
 Todo cubierto de sangre
 Que apenas podia hablare.
 Levantáralo de tierra,
 Comencéle de limpiare,
 Por señas me demandó
 Confesor fuese á buscare.
 Esto es, noble señor,
 Lo que sé deste gran male.—
 En estas cosas hablando
 El caballo van topare,
 Cabalgó en él el Marqués,
 Y á las ancas le fue á tomare,
 A do quedó el ermitaño
 Presto tornado se hane.
 Desque hablaron un rato

Acuerdo van á tomare
 Que se fuesen á la ermita,
 Y el cuerpo allá lo llevare.
 Pónenlo encima el caballo,
 Nadie quiso cabalgare,
 El ermitaño los guía,
 Comienzan de caminar,
 Llevan vía de la ermita
 Aprisa y no de vagare.
 Desde allá hubieron llegado
 Van el cuerpo desarmare,
 Quince lanzadas tenia,
 Cada una era mortale,
 Que de la menor de todas
 Ninguno podría escapare.
 Cuando así lo vió el Marqués
 Traspasóse de pesare,
 Y á cabo de una gran pieza
 Un gran suspiro fue á dare.
 Entró dentro en la Capilla,
 De rodillas se fue á hincare,
 Puso la mano en un ara
 Que estaba sobre el altare,
 Y en los pies de un Crucifijo
 Jurando, empezó de hablare:
 — Juro por Dios poderoso (1),
 Por Santa María su madre,
 Y al santo Sacramento
 Que aquí suelen celebrare,
 De nunca peinar mis canas,
 Ni las mis barbas cortare,
 De no vestir otras ropas
 Ni renovar mi calzare,
 De no entrar en poblado,
 Ni las armas me quitare
 (Sino fuere una hora
 Para mi cuerpo limpiare),

De no comer en manteles,
 Ni á mesa me asentare,
 Hasta matar á Carloto
 Por justicia ó pelear,
 O morir en la demanda
 Manteniendo la verdade,
 Y si justicia me niega
 Sobre esta tan gran maldade,
 De con mi estado y persona
 Contra Francia guerrear,
 Y manteniendo la guerra
 Morir ó vencer sin pare;
 Y por este juramento
 Prometo de no enterrare
 El cuerpo de Baldovinos
 Hasta su muerte vengare. —
 De que aquesto hubo jurado
 Mostró no sentir pesare;
 Rogando está al ermitaño
 Que le quisiese ayudare
 Para llevar aquel cuerpo
 Al mas cercano lugare.
 El ermitaño piadoso
 Su bestia le fue á dejare,
 Amortajaron el cuerpo,
 En ella lo van á posare,
 Con armas de Baldovinos
 El Marqués se fue á armare:
 Cabalgára en su caballo,
 Comienza de caminar.
 Camino van de la villa
 Que arriba oistes nombrare,
 Con él iba el ermitaño
 Por el camino mostrare.
 Antes que á la villa lleguen
 Una abadía van hallare
 De la Orden de san Bernardo

(1) *Este es el juramento que recuerda Cervantes en el cap. 10. part. I. del Quijote.*

Que en una montaña estae,
 A la bajada de un puerto
 Y á la entrada de un lugare.
 Allá se fue el Marqués
 Y allí acordó quedare
 Por estar mas encubierto
 Y el cuerpo en guarda dejare,
 Hasta habelle un atahud
 Y habelle de embalsamare.
 Al ermitaño rogaba
 Dineros quiera tomare,
 Desde que dineros no quiso
 Sus ricas joyas le dae:
 No quiso ninguna cosa,
 Su bestia fue á demandare,
 Despidióse del Marqués,
 A Dios le fue á encomendare:
 Despues de ser despedido
 Para su ermita se vae;
 Por el camino do vuelve

A muchos topado hae
 Que al Marqués iban buscando,
 Llorando por le hallare.
 Muchos por él preguntaban,
 Las señales ciertas dane,
 Por los señas que le dieron
 Él conocido lo hae,
 Y á todos les respondia:
 —Yo os digo cierto verdade,
 Que un hombre de tales señas,
 Que no sé quién es ni quale,
 Dos dias ha que le acompaño
 Sin saber adónde vae:
 Dejélo en un abadía
 Que dicen de Flores valle,
 Con un caballero muerto
 Que acaso fuera á hallare:
 Si allá quereis ir, señores,
 Hallaréislo de verdade.

Id. 2.º del mismo. (Anónimo).

De Mantua salen á priesa
 Sin tardanza ni vagare
 Ese noble Conde Dirlos,
 Visorey de allende mare,
 Con el Duque de Sanson,
 De Picardia naturale:
 Camino van de París,
 Aunque ninguno lo sabe,
 Q'el Marqués Danes Urgel
 Los envia con message
 A ese alto Emperador
 Que estaba en París la grande.
 Llegados son á París
 Sin mucho tiempo tardare.
 Caballeros son de estima,
 De grande estado y linage,
 De los doce que á la mesa
 Redonda comian pane.

Los Grandes que lo supieron
 Salen por los compañare.
 Cuando entraron en París
 Vanse al palacio reale,
 Preguntan por el Emperador
 Para habelle de hablare:
 De que lo supo Don Carlos
 Luego los mandó entrare,
 Desde que son delante dél
 Las rodillas van hincare,
 Demandáronle las manos,
 Mas no se las quiso dare;
 Mandólos alzar de tierra,
 Comenzóles preguntare:
 —¿De dónde venides, Duque?
 ¿De qué parte ó qué lugare?
 ¿Dónde habeis estado, Conde?
 ¿Venís de allende la mare?—

Respondieron ambos juntos,
 Presto tal respuesta dane:
 — En Francia habemos estado,
 En Mantua esa ciudade,
 Con el Marqués Danes Urgel
 Por le haber de acompañare;
 La embajada que traemos,
 Señor, queraisla escuchare:
 Mandad salir todos fuera,
 No quede sino Roldane,
 Que despues siendo contento,
 Bien se podrá publicare.—
 Todos se salieron luego
 De la Cámara reale,
 Todos cuatro quedan solos,
 Las puertas mandan cerrare.
 De rodillas por el suelo
 El Conde comenzó á hablare:
 — ¡O muy alto Emperador,
 Sacra real magestade!
 Tu vasallo soy, señor,
 Y de Francia naturale;
 Pues vengo por mensagero
 Licencia me manda dare
 Para decir mi embajada,
 Si no recibes pesare.—
 Respondió el Emperador
 Sin el semblante mudare:
 — Decid, Conde, qué quereis,
 Pues no os cumple recelare:
 Bien sabeis q'el mensagero
 Licencia tiene de hablare:
 Al amigo y enemigo
 Siempre se debe escuchare,
 Por amistad al amigo,
 Y al otro por se avisare.—
 Levantóse luego el Conde,
 Una carta fue á mostrare,
 La cual era de creencia,
 Dióla en manos de Roldane:

Comenzó de hacer su habla
 Con discreto razonare.
 — Creyendo hacer mas servicio
 A tu sacra magestade,
 Acepté, señor, el cargo
 De este mensage esplicare,
 Porque sin pasion ninguna
 La verdad podré contare,
 Segun que vengo informado
 Sin añadir ni quitare.
 La embajada que yo traigo
 Es justicia demandare
 Del Infante Don Carloto,
 Tu propio hijo carnale.
 Dicen que él mató sin culpa
 A Baldovinos el Infante,
 Hijo del buen Rey de Dacia,
 Tu vasallo naturale;
 Y matóle con aleve,
 Con engaño y falsedade,
 Rogándole que se fuese
 Con él á le acompañare.
 Por casarse con su esposa
 Dicen que le fue á matare:
 De este delito se quejan
 Muchos hombres de linage,
 Que son parientes del muerto,
 Y se sienten de tal male.
 El Marqués Danes Urgel
 Se muestra mas principale
 Por ser tio de Baldovinos,
 Hermano del Rey su padre.
 Demas de ser su pariente,
 Tiene muy mayor pesare
 Porque lo halló herido,
 Casi á punto de espirare,
 En un bosque muy esquivo,
 Apartado de lugare.
 Él mismo le contó el caso,
 A él se fue encomendare,

En sus brazos espiró,
 Razon es no le olvidare,
 Y ese Maestro de Rodas
 Urgel de la fuerza grande,
 Que es primo del Marqués,
 Tio tambien del Infante,
 Y ese Duque de Baviera
 Don Naimo el singulare,
 Abuelo de Baldovinos,
 Padre carnal de su madre,
 Y ese Rey de Sansueña,
 Tu vasallo naturale,
 Padre de la Infanta Sevilla
 Que cristiana fue á tornare
 Por amor de Baldovinos
 Para con él se casare,
 Y otros muchos caballeros
 Tambien se van á quejare,
 Los unos por parentesco,
 Los otros por amistad:
 Sobre todos esa Reina
 Doña Ermelina su madre;
 Tus naturales y estraños
 Tambien te envian á suplicare,
 Que si tu hijo los mata
 ¿Quién los ha de defensare?
 Si no mantienes justicia
 Dejarán su naturale
 Y se partirán de Francia
 A otros reinos á morare.
 El caso es abominable
 Y terrible de contare,
 Y si tal cosa es, señor,
 Bien lo debes castigare.
 Acuérdate de Trajano
 En la justicia guardare,
 Que no dejó sin castigo
 Su único hijo carnale;
 Aunque perdonó la parte,
 Él no quiso perdonare.

Si niegas, señor, justicia,
 Mucho te podrán culpares,
 Que tal caso como este
 No es para dejar pasare.
 Mira bien, señor, en ello,
 Respuesta nos manda dare.—
 Turbóse el Emperador,
 Que apenas pudo hablare:
 La mano tenia en la barba,
 Muy pensativo ademase.
 A cabo de una gran pieza
 Tal respuesta le fue á dare:
 —Si lo que habeis dicho, Conde,
 Se puede hacer verdade,
 Mas quisiera que mi hijo
 Fuera el muerto sin dudare.
 El morir es una cosa
 Que á todos es naturale,
 La memoria queda viva
 Del que muere sin fealdade;
 Del que vive deshonorado
 Se debe tener pesare,
 Porque así viviendo muere
 Olvidado de bondade.
 Decilde, Conde, al Marqués
 Y á cuantos con él estane
 Que el pesar que desto tengo
 No lo puedo demostrare:
 Mas yo daré tal ejemplo
 En esta muerte vengare,
 Que la pena del delito
 Sobrepuje á la maldade,
 Porque todos se escarmienten
 Cuantos lo oyeren nombrare.
 Vengan á pedir justicia,
 Que yo la haré guardare
 Como es costumbre de Francia
 Usada de antigua edade:
 Si buena verdad trujeren
 En mi corte se verae;

Do mi persona estuviere
 La justicia será iguale
 Así al pobre como al rico,
 Así al chico como al grande,
 Y tambien al estrangero
 Como al propio naturale.
 Mas quiero dejar memoria
 De grande riguridade,
 Que dejar sin dar castigo
 Al que comete maldade,
 Aunque sea mi propio hijo
 Que me tenia de heredare.—
 Cuando esto oyó el Conde
 Las manos le fue á besare;
 Alabando su respuesta,
 El Duque comenzó hablare:
 —Siempre, señor, confiamos
 De tu ínclita bondade
 Que por mantener justicia
 Tal respuesta habias de dare:
 Mas porque el caso requiere
 En sí mesmo gravidade,
 Y por ser cosa de hijo
 Tú no lo debes juzgare,
 El Marqués Danes Urgel
 Te envia á suplicare
 Que porque él tiene jurado
 De en poblado nunca entrare
 Hasta que alcance derecho
 De Carloto el Infante,
 Y él mismo tiene de ser
 El que lo ha de acusare,
 Que no quieras ser presente
 Para haber de sentenciare;
 Mas que nombres caballeros
 Que puedan detérminare,
 Segun costumbre de Francia,
 Entre hombres de linage,
 Y que los que señaláredes
 Para este caso mirare,

Sean caballeros de estado
 De tu Consejo imperiale,
 Y que hagan juramento
 De administrar la verdate,
 Y tu magestad provea
 De señalar un lugare
 En el campo sin poblado
 A do se haya de juzgare
 Para oir ambas las partes
 Hasta ejecucion finale.
 Porque el Marqués trae gentes
 Para se haber de guardare
 De quien algo le quisiere
 Y le hubiere de enojare,
 Y sus parientes y amigos
 Vienen por le acompañare,
 Y entre ellos viene Renaldos,
 El señor de Montalvane,
 El cual está puesto en bandos
 Con su sobrino Roldane:
 Porque no sabe el Marqués
 Si recibirás pesare,
 No quiere venir con gentes
 Sin saber tu voluntade,
 Pues viene á pedir justicia
 Y no para guerreare;
 Pide, señor, le asegures
 Y á cuantos con él vernane,
 Mientras que el pleito durare
 Seguro les mandes dare
 Para venida y estada,
 Y despues para tornare,
 No porque él tema á ninguno,
 Ni haya de quien se recelare,
 Mas por cumplir lo que debe
 A tú sacra magestade:
 Desta manera, señor,
 Él vendrá sin detardare,
 Que ya es partido de Mantua,
 No cesa de caminar.

Don Renaldos le aposenta
 Sin hacer daño ni male,
 En tierras de señorios
 Todos recaudo le dane,
 Pagando de sus dineros
 Lo acostumbrado pagare.
 Para pasar por tus tierras
 Licencia les manda dare,
 Y todos los bastimentos
 Que hubieren necesidad,
 Pagando lo que valiere
 No se les deben negare.—
 Al Emperador le plugo,
 Todo lo fue así otorgare:
 —El Marqués venga seguro
 Y cuantos con él vernaen,
 Venga siquiera de guerra,
 O como le placerae:
 Yo lo tomo so mi amparo,
 So mi corona reale.
 Porque mas seguro venga
 Este mi anillo tomade,
 Todo lo que yo os prometo
 Siempre hallareis verdade:
 La licencia que pedís
 Soy contento de os la dare,
 Ordenaldo á vuestra guisa,
 Que así lo quiero firmare.—
 Sacó un anillo de oro
 Con el sello imperiale,
 El Duque le tomó luego,
 Las manos le fue á besare.
 Del Emperador se despiden,
 A sus posadas se vane:
 Don Roldan quedó enojado,
 Mas no lo quiso mostrare.
 Luego se supo en la corte
 Todo lo que fue á pasare,
 La embajada que traian,
 Lo que venian á demandare.

Mucho pesó á Don Carloto,
 Quiérello disimulare;
 Fuese al Emperador
 A haberse de desculpare;
 Mas nunca lo quiso oír
 Sino en Consejo reale.
 La audiencia que le dió
 Fue mandarlo aprisionare
 Hasta ser determinada
 Por su corte la verdade.
 Preso ya y puesto á recaudo,
 En guarda lo fuera dare
 A Don Renaldos de Belanda,
 Que Ayuelos suelen llamare,
 Gran Condestable de Francia,
 Y en cortes gran Senescalc.
 Mucho pesaba á los Grandes
 Que le tenían amistad,
 Sobre todos le pesaba
 A ese paladin Roldane.
 Todos buscaban maneras
 Para le haber de soltare,
 Mas nunca el Emperador
 A alguno quiso escuchare:
 Cuanto mas por él le ruegan,
 Tanto mas lo hace guardare.
 Cada dia entra en consejo,
 Las leyes hacia mirare
 Quien tal crimen cometia
 Qué pena le habia de dare.
 Estando en esto las cosas
 El Marqués fuera á llegare
 A tres millas de París
 A vista de la ciudade,
 No quiso pasar delante,
 Mandó asentar su reale,
 Aposentóle Renaldos
 Ribera de un rio caudale,
 Do mejor le pareció
 Y mas seguro lugare,

Y él adelante pasó
 Una milla ó poco mase.
 Armaron luego su tienda,
 Su bandera mandó alzare,
 La gente de la ciudad
 Todos iban á mirare
 El gran campo del Marqués,
 Su concierto singular,
 La diversidad de gentes,
 La orden q'el Marqués trae:
 Muchos grandes y señores
 Al Marqués iban á hablare
 Por probar algun concierto
 Y saber su voluntad.
 Él estabase en su tienda,
 En aquel estado grande,
 Armado de todas armas
 Y descubierta la face,
 El atahud allí delante
 Por mas dolor demostrare,
 La madre de Baldovinos
 Y su esposa allí á la pare
 De aquella forma y manera
 Que arriba oistes nombrare.
 Los que venian á la tienda
 Para el Marqués visitare,
 De que le veian armado
 Y de aquella forma estare,
 Habian dél compasion,
 Llegaban por le hablare.
 Recebíanlos muy bien,
 Cabe él los hacia sentare,
 El caso como pasara
 A todos iba á contare.
 Cuando algo le rogaban
 Mostraba mucho pesare;
 Rogaba con cortesía
 Le quisiesen perdonare
 Por no poder complacerlos
 Como era su voluntad,

Porque él se habia quitado
 Sobre esto la libertade;
 El juramento que hizo
 A todos hacia mostrare,
 Porque no tuviesen causa
 Sobre ello de importunare.
 Los Grandes que allí venian
 No le querian fatigare,
 Ni querian sobre tal caso
 El su dolor renovare.
 Volvíanse para París
 Pensativos ademase,
 Diciendo tener razon
 El Marqués de se vengare
 De un tan grave delito,
 Y havello bien castigare.
 Cuando el Emperador supo
 Que el Marqués fuera á llegare,
 Mandó llamar al Consejo
 En su palacio imperiale.
 Mandó cuando fueron juntos
 Los embajadores llamare:
 La embajada que trajeron
 Tornasen á recontare.
 Levantóse el Conde Dirlos
 Comenzóla de esplicare.
 De que la hubo acabado
 Tornóse luego á sentare.
 Todos se maravillaban
 De oir tan gran maldade,
 Por amor del Emperador
 Todos recibian pesare,
 Mirábanse unos á otros,
 A todos parecia male.
 Antes que hablase ninguno
 El Emperador fue hablare:
 — Lo que aquí pide el Marqués
 Por primero y principale
 Es que yo le nombre jueces
 Para esto determinare:

Por ser caso de Carloto
 Presente no quiero estare,
 Para mejor señalarlos
 Yo les daré potestade
 Que administren la justicia
 En su conciencia y verdate. —
 A todos está mirando,
 Y empiézales de hablare:
 — Los jueces que yo le nombro
 Para justicia guardare
 El uno es Dardin Dardeña,
 Que Delfin suelen llamare,
 De tres estados de Francia,
 El primero en consejare:
 El otro el Conde de Flandes,
 Don Alberto el singularre,
 Uno de los tres estados,
 Y primero en el mandare:
 Otro el Duque de Borgoña,
 Primero estado en juzgare,
 Riguroso y justiciero,
 En mis reinos principale:
 El otro el Duque Don Carlos,
 Mi Sargento generale:
 Otro el Duque de Borbon,
 Mi cuñado Don Grimalte:
 El otro el Conde de Foy,
 Y el buen viejo Don Beltrane:
 Otro sea Don Reynero
 Llamado Duque de Aste,
 Y el Conde Don Galalon
 De Alemaña principale:
 Otro el Duque Bibiano
 De Agramonte naturale,
 Asistente de mi corte
 Para los pleitos juzgare:
 Otro el Duque de Saboya,
 Que venturas fue á buscare,
 Y en las mas partes del mundo
 Trances ha visto pasare:

Otro el Duque de Ferrara,
 Esa nombrada ciudade,
 Don Arnao el gran Bastardo,
 Así se hace intitulare:
 Otro sea Don Guarinos,
 Almirante de la mare,
 De todas flotas y armadas
 Sobre todos Generale.
 Y nombro por Presidente
 Para en mi lugar estare
 Don Renaldos de Belanda,
 De Francia gran Condestable:
 Para ello le doy mi cetro,
 Poder soluto en mandare.
 Todos estos juntos puedan
 Absolver y sentenciare
 Esto que pide el Marqués
 Como se debe juzgare,
 Si por prueba de testigos
 O trance de pelearre.
 Yo les doy mi comision
 Con poder y facultade,
 Que la sentencia que dieren
 La puedan ejecutarre,
 Segun costumbre de Francia,
 Por su propia autoridade,
 Dando la pena y castigo
 A quien la hubieren de dare,
 Así por via de justicia,
 Como por en campo entrarre,
 Al cual puedan ser presentes,
 Y en mi nombre asegurare
 Al Marqués Danes Urgel
 Y á cuantos con él estane,
 Mas que á mi persona propia
 Nadie pueda demandare. —
 Así como aquí lo dijo
 A todos los va á mandare,
 So pena de ser traidor
 Quien lo osare quebrantarre.

Sentencia dada contra Don Carloto. (Anónimo).

En el nombre de Jesus
 Que todo el mundo ha formado,
 Y de la Virgen su madre,
 Que de niño lo ha criado:
 Nosotros Dardin Dardeña,
 Delfin en Francia llamado;
 Don Alberto y Don Reynero,
 De tres estados nombrado,
 El Conde de Flandes viejo,
 Consejero delegado,
 Con el Duque de Borgoña,
 El primero en el juzgado,
 Con el buen Duque Don Carlos,
 El regente, el sargentado,
 Con el Duque de Borbon
 Don Grimalte, fiel cuñado
 Del muy alto Emperador,
 Con la su hermana casado;
 El buen viejo Don Beltrane
 Con el Conde de Foyxano,
 Y el Conde Don Galalon
 Con el Duque de Bibiano,
 Con el Duque de Saboya,
 Que venturas ha buscado,
 Con el Duque de Ferrara
 Don Arnao, el gran Bastardo,
 El Almirante Guarinos,
 En los mares estimado;
 Don Renaldos de Belanda,
 Condestable diputado
 En el lugar y mandar
 Del sumo Emperador Carlo:
 Todos juntos en consejo
 Y acuerdo deliberado,
 Vista la requisicion
 Q'el buen Marqués nos ha dado,
 Vista tambien la demanda
 Q'el mesmo ha procesado,

Vistas todas las respuestas
 Que Don Carloto ha enviado,
 El proceso todo entero
 Con gran fé desaminado,
 Lo que venia de justicia
 Y de derecho mirado,
 Ni al uno por el otro
 El derecho no quitado,
 Teniendo á Dios en la piensa
 Y en los ojos presentado;
 Visto que claro parece
 Por lo que se ha alegado,
 Que segun la ley divina
 Quien mata ha de ser matado,
 Con cuchillo ó sin cuchillo
 A tal acto ejercitado;
 Y visto que traicion
 Don Carloto ha intentado
 En matar á Baldovinos
 En un bosque despoblado,
 Segun que claro se muestra
 Por la confesion que ha dado
 Don Carloto á la demanda
 Q'el Marqués ha presentado;
 Visto que punto por punto
 El delito ha confesado
 Por la pena del tormento,
 Aunque lo habia negado;
 Y visto que nada obsta
 Q'el le haya sojuzgado
 A la Real audiencia,
 Pues que le han perdonado:
 Lo que viene de justicia,
 Nada otro no mirado,
 Por esta nuestra sentencia
 Cada cual bien informado
 Del hecho de la verdad,
 Segun que se ha confesado,

Condenamos á Carloto:
 Primero, á ser arrastrado
 Por el campo y por la arena
 Por un rocin mal domado:
 Despues de lo cual queremos
 Que sea descabezado
 En un alto cadahalso,
 Do pueda ser bien mirado
 De fuera de la ciudad
 Por donde será llevado;
 Despues de lo cual cumplido,
 Y a questo ser acabado,
 Le corten manos y pies
 Porque quede mas pagado,
 Y despues de a questo hecho
 Que sea descuartizado:
 Lo cual cumplido queremos
 Sea un edificio obrado
 De piedra muy bien labrada
 Y de canto bien picado,
 Que sea en lo venidero
 Memoria de lo pasado
 Del caso de Baldovinos
 Y de cómo fue vengado. —
 Don Carloto temeroso,
 Aunque era muy esforzado,
 Tremecióse cuando oyó
 Lo que se ha publicado.
 Esforzóse cuanto pudo,
 Una pluma ha demandado;
 Diéronle tinta y papel,
 Una carta ha ordenado;
 Con un page que allí estaba
 A Don Roldan la ha enviado.
 Nadie sabe lo que envia,
 Para vello se ha apartado
 Don Roldan, leyó la carta,
 Todo se ha alterado:
 Él de cierto bien quisiera
 Dar remedio en lo rogado.

Doloroso y pensativo
 Un poco tiempo ha quedado,
 Duda si debe hacer
 Lo que le fue suplicado,
 O si deba dar desvío
 A lo que le es recitado:
 Hallóse puesto en gran duda,
 En gran estrecho y cuidado;
 El amor dice que haga,
 El temor teme el mandado
 Dese sumo Emperador
 Que al Marqués ha asegurado:
 Mas al fin quiere la sangre
 Perder por la sangre estado.
 Delibera hacer respuesta
 Que no esté atemorizado,
 Que con parientes y amigos
 El saldrá al campo armado
 Con el deseo de perder
 La vida, ó ser remediado.
 Sin que gran rato pasase
 Fue Don Carloto informado
 De lo que ordena Roldan,
 De lo que fue algo gozado:
 Quiérello disimular,
 Mas no pudo ser celado.
 Allégase el Condestable,
 Y el papel le ha tomado:
 Leído que fue el papel,
 Por París se ha divulgado
 Que Don Roldan hace gente
 Y que ejército ha juntado.
 El Emperador lo sabe,
 Al Marqués ha avisado,
 Manda poner á Carloto
 Apercebido recaudo.
 Pregonan por la ciudad
 De que nadie sea osado,
 So pena perder la vida,
 De al otro dia ir armado.

A Roldan envió á decir
 Que solo no sea osado
 De mas estar en París
 Hasta un año pasado,
 So pena de ser traidor
 Y por traidor publicado.
 El Marqués q'el caso siente
 A Reynaldos ha enviado
 Que á otro dia amaneciendo
 Sea sin falta llegado
 A las puertas de París
 Con tres mil hombres d'estado;
 De caballo lleve mil,
 Y que no sea mudado
 Hasta tanto que Carloto
 En medio será tomado,
 Y en el cadahalso sea puesto
 Para que fue sentenciado,
 Y que á cualquiera que venga
 Defienda lo encomendado.

Otro dia de mañana
 Todo así fue acabado.
 Ya sacaban á Carloto
 Con fierros muy bien ferrado,
 Los pregoneros delante
 Su gran maldad publicando:
 Cuando fueron á la puerta
 Don Reynaldos lo ha tomado,
 Y en medio toda su gente
 Lo ha bien aposentado.
 Cuando estan en el lugar
 Do ha sido sentenciado,
 Delante toda París
 Fue todo ejecutado,
 Segun que por la sentencia
 Fue proveido y mandado.
 Así murió Don Carloto,
 Quedando alevosado,
 Y Baldovinos viviendo,
 Aunque murió, muy honrado.

Id. 3.º del mismo. (Anónimo).

Nuño Vero, Nuño Vero,
 Buen caballero probado,
 Hinquedes la lanza en tierra
 Y arrendedes el caballo;
 Preguntaros he por nuevas
 De Baldovinos el Franco.
 — Aquesas nuevas, señora,
 Yo bien las diré de grado.
 Esta noche á media noche
 Entramos en cabalgada,
 Y los muchos á los pocos
 Lleváronnos de arrancada;
 Hirieron á Baldovinos
 De una mala lanzada;
 La lanza tenia dentro,
 De fuera le tiembla el asta:

Su tio el Emperador
 A penitencia le daba,
 O esta noche morirá,
 O de buena madrugada.
 Si te pluguiese, Sevilla,
 Fueses tú mi enamorada:
 Amédemes, mi señora,
 Que en ello perdereis nada.
 — Nuño Vero, Nuño Vero,
 Mal caballero probado,
 Yo te pregunto por nuevas,
 Tú respóndemes al contrario,
 Que aquesta noche pasada
 Conmigo durmiera el Franco,
 Él me diera una sortija,
 Yo le dí un pendon labrado.

Id. 4.º del mismo. (Anónimo).

Sobre el cuerpo desangrado
 De su esposo Baldovino,
 A quien mató alevemente
 De un Rey justo un traidor hijo,
 La bella Infanta Sevilla
 Con lágrimas y suspiros
 Baña el rostro, azota al aire,
 Llorando al muerto, y mueve al vivo.
 Ya le besa, ya le abraza,
 Y entre el uno y otro oficio,
 Pidiendo venganza al Rey,
 Dijo al Rey, y al cielo dijo:
Castigo, castigo,
Dé la muerte á Carloto su amor
mismo.

Y pues es razon que paguen
 Los cómplices del delito,
 Si dicen que yo lo fui,
 Estrénese en mí el cuchillo.
 Quiero ser actor y reo,
 Orden nueva de juicio,
 Pida el alma como esposa
 Al cuerpo como enemigo:
 No piense Carloto, no,
 Que por ser muger me libro,
 Que trocaré por su muerte
 La muerte del Paladino.
Castigo, castigo,
Dé la muerte á Carloto su amor
mismo.

Id. 5.º del mismo. (Anónimo).

Grande estruendo de campanas
 Por todo París habia,
 Su doloroso sonido
 Las piedras entristecia
 Por muerte de un caballero,
 Baldovinos se decia,
 Uno era de los doce,
 Y de Reyes descendia.
 Ya lo llevan á enterrar
 Con gran pompa en demasía.
 Grandes mortajas y lutos,
 Mucha gente le seguia.
 El gran número de hachas
 Vence la lumbre del dia,
 Cien pages cabe la tumba
 Que le lleva compañía;
 Muchos Duques, muchos Condes,
 Muy grande caballería.
 Cantándole va responsos
 Infinita clerecía;

El gran Cardenal de Ostia
 Por presbítero venia,
 El Arzobispo de Milan
 De Diácono servia,
 Por Subdiácono de ellos
 El Obispo de Aux venia.
 Allá en San Juan de Letran
 El aparato se hacia
 De una rica sepultura
 Que á las del mundo escedia.
 Toda era de piedra jaspe
 Y hermosa mazonería,
 Y unas columnas de marmol
 En donde se sostenia.
 Hechas pues ya las obsequias
 Como á él pertenecia,
 Cíñenle estoque dorado
 De muy gran precio y valía;
 Métenle yelmo muy rico
 De infinita pedrería;

En hábito militar,
Y armado por esta vía
Lo meten en el sepulcro,

Como usarse solia;
Quedando el cuerpo con fama,
Con gloria el alma subia.

Id. 1.º del Conde Claros de Montalvan. (Anónimo).

Media noche era por hilo (1),
Los gallos querian cantar,
Conde Claros por amores
No podia reposar:
Cuando muy grandes sospiros
Que el amor le hacia dar
Porque amor de Claraniña
No le deja sosegar;
Cuando vino la mañana
Que queria alborear
Salto diera de la cama
Que parece un gavilan.
Voces da por el palacio
Y empezára de llamar:
— Levantaos, mi camarero,
Dadme vestir y calzar.—
Presto estaba el camarero
Para habérselo de dar.
Diérale calzas de grana,
Borceguís de cordoban,
Diérale jubon de seda
Aforrado en zarzanan,
Diérale un manto muy rico
Que no se puede apreciar,
Trescientas piedras preciosas
Al rededor del collar,
Tráele un rico caballo
Que en la corte no hay su par,
Que la silla con el freno
Bien valia una ciudad,

Con trescientos cascabeles
Al rededor del petral;
Los ciento eran de oro,
Y los ciento de metal,
Y los ciento son de plata
Por los sonos concordar.
Íbase para el palacio,
Para el palacio real,
Y á la Infanta Claraniña
Allí la fuera á hablar:
Trescientas damas con ella
La iban á acompañar.
Tan linda va Claraniña,
Que á todos hace penar.
Conde Claros que la vido
Luego va á descabalgár,
De rodillas en el suelo
Le comenzó de hablar:
— Mantenga Dios á tu Alteza.
— Conde Claros, bien vengais.—
Las palabras que prosigue
Eran para enamorar.
— Conde Claros, Conde Claros,
El señor de Montalvan,
¡Cómo habeis hermoso cuerpo
Para con moros lidiar! —
Respondiera el Conde Claros,
Tal respuesta le fue á dar:
— Mejor le tengo, señora,
Para con damas holgar.

(1) Así empieza el cap. 9. part. II. del Quijote. Para empezarlo sin duda tuvo presente Cervantes el primer verso de este romance.

Si yo os tuviera esta noche,
 Mi señora, á mi mandar,
 Querria la otra mañana
 Con cient moros pelear,
 Y si á todos no venciese
 Que me mandasen matar.
 —Callede, Conde, callédes,
 Y no os querais alabar:
 El que quiere servir damas
 Así lo suele hablar,
 Y al entrar en las batallas
 Bien se saben escusar.
 —Si no lo creets, señora,
 Por las obras se verá:
 Siete años son pasados
 Que os empezé de amar,
 Que de noche yo no duermo,
 Ni de día puedo holgar.
 —Siempre os preciastes, Conde,
 De las damas os burlar:
 Mas déjame ir á los baños,
 A los baños á bañar,
 Cuando yo sea bañada
 Estoy á vuestro mandar.—
 Respondiérale el buen Conde,
 Tal respuesta le fue á dar:
 —Bien sabedes vos, señora,
 Que soy cazador real;
 Caza que tengo en la mano
 Nunca la puedo dejar.—
 Tomárala por la mano,
 Y para un vergel se van,
 A la sombra de un ciprés
 Y debajo de un rosal

 Mas fortuna que es adversa
 A placeres y á pesar

Trujo allí un cazador,
 Que no debia pasar,
 Detras de una podenca,
 Que rabia debia matar.
 Vido estar al Conde Claros
 Con la Infanta á lindo holgar:
 El Conde cuando lo vido
 Empezóle de llamar.
 —Ven acá tú, el cazador,
 Y Dios te guarde de mal:
 De todo lo que has visto
 Que nos guardes poridad;
 Daréte mil marcos de oro,
 Y si mas quisieres, mas;
 Casarte he con una doncella
 Que era mi prima carnal;
 Darte he en arras y en dote
 La villa de Montalvan,
 De otra parte la Infanta
 Mucho mas te puede dar.—
 El cazador sin ventura
 No les quiso escuchar,
 Vase para los palacios
 Adonde el buen Rey está.
 —Manténgate Dios, el Rey,
 Y á tu corona real:
 Una nueva yo te traigo
 Dolorosa y de pesar:
 No te cumple traer corona
 Ni en caballo cabalgar;
 La corona de la cabeza
 Bien te la puedes quitar,
 Si tal deshonra como esta
 La hubieses de comportar,
 Que he hallado la Infanta
 Con Claros de Montalvan,
 Besándola y abrazándola
 En vuestro huerto real.

El Rey con muy grande enojo
Mandó al cazador matar,
Porque habia sido osado
De tales nuevas llevar.
Mandó llegar alguaciles
Aprieta, no de vagar:
Mandó armar quinientos hom-
bres

Que lo hayan de acompañar
Para que prendan al Conde
Y le hayan de tomar,
Y mandó cerrar las puertas,
Las puertas de la ciudad.
A las puertas de palacio
Allá le fueron á hallar:
Preso llevan al buen Conde
Con mucha riguridad,
Unos grillos á los pies
Que bien pesan un quintal;
Las esposas á las manos,
Que era dolor de mirar,
Una cadena á su cuello
Que de hierro era el collar;
Cabálganle en una mula
Por mas deshonra le dar:
Metiéronle en una torre
De muy gran escuridad:
Las llaves de la prision
El Rey las quiso llevar,
Porque sin licencia suya
Nadie le pudiese hablar.
Por él rogaban los Grandes
Cuantos en la corte estan,
Por él rogaba Oliveros,
Por él rogaba Roldan,

Y ruegan los doce Pares
De Francia la natural;
Y las monjas de Sant'Ana
Con las de la Trinidad (1)
Llevaban un Crucifijo
Para el Rey poder rogar:
Con ellás va el Arzobispo
Y un Perlado y Cardenal,
Mas el Rey con grande enojo
A nadie quiso escuchar,
Antes de muy enojado
Sus Grandes mandó llamar:
Cuando ya los tuvo juntos
Empezóles de hablar:
— Amigos é hijos míos,
A lo que os hice llamar,
Ya sabeis que el Conde Claros,
El señor de Montalvan,
De niño yo le he criado
Hasta ponello en edad,
Y le he guardado su tierra,
Que su padre le fue á dar,
El que morir no debiera,
Reynaldos de Montalvan,
Y por havello mas grande,
De lo mio le quise dar.
Hícele Gobernador
De mi reino natural:
Él por darme galardón
Mirad en qué fue á tocar,
Que quiso forzar la Infanta,
Hija mia natural.
Hombre que lo tal comete
¿Qué sentencia le han de dar?—
Todos dicen á una voz

(1) He aquí un anacronismo: Carlo Magno floreció en el siglo VIII y IX, y la religion Trinitaria se fundó en el primer año del siglo XIII.

Que lo hayan de degollar;
 Y así la sentencia dada
 El buen Rey la fue á firmar.
 L'Arzobispo q' esto viera
 Al buen Rey fue á hablar,
 Pidiéndole por merced
 Licencia le quiera dar
 Para ir á ver al Conde
 Y su muerte denunciar.
 —Pláceme, dijo el buen Rey,
 Pláceme de voluntad,
 Mas con esta condicion,
 Que solo habeis de andar
 Con aqueste pagecico
 Que le va á acompañar.—
 Cuando vido estar al Conde
 En su prision y pesar,
 Las palabras que le dice
 Dolor eran de escuchar.
 —Pésame de vos, el Conde (1),
 Cuanto me puede pesar,
 Que los yerros por amores

Dignos son de perdonar.
 La desastrada caída
 De vuestra suerte y ventura,
 Y la nueva á mí venida,
 Sabed que hace mi vida
 Mas triste que la tristura;
 De forma que no sé donde
 Pueda yo placer cobrar;
 Y como á vos no se esconde,
 De vos me pesa, buen Conde,
 Porque así os quieren matar.
 Los como vos esforzados,
 Para las adversidades
 Han de estar aparejados,
 Tanto á sufrir los cuidados,
 Como las prosperidades;
 Pues el primero no fuistes
 Vencido por bien amar,
 No temais angustias tristes,
 Que los yerros que hecistes
 Dignos son de perdonar.
 Por vos he rogado al Rey,

(1) *De casi todos los romances antiguos históricos hay algunos trozos que ó por mejor hechos, ó por mas populares, han servido de tema para hacer otros y para las glosas de los poetas. A este trozo del presente romance ha servido de tema otro mucho mas antiguo, quizá del siglo XIV, que se halla inserto en el Cancionero general, impreso en folio en Valencia el año 1511, y dice así:*

*Pésame de vos, el Conde,
 Porque así os quieren matar,
 Porque el yerro que ficiste
 Non fue mucho de culpar,
 Que los yerros por amores
 Dignos son de perdonar.
 Supliqué por vos al Rey
 Que os mandase delibrar,
 Mas el Rey con grande enojo
 Non me quisiera escuchar,
 Que la sentencia ya dada
 No se podia revocar,
 Pues dormistes con la Infanta*

*Habiéndola de guardar.
 Mas os valiera, sobrino,
 De las damas non curar,
 Que quien mas face por ellas
 Tal espera de alcanzar,
 Que de muerto ó de perdido
 Ninguno puede escapar;
 Que firmeza de mugeres
 Non puede mucho durar.
 —Que tales palabras, tio,
 Non las puedo comportar,
 Quiero más morir por ellas
 Que vivir sin las mirar.*

Nunca me quiso escuchar,
 Antes ha dado sentencia
 Que os hayan de degollar;
 Yo os lo dije bien, sobrino,
 Que os dejásedes de amar,
 Que el que á las mugeres ama
 Atal galardón le dan,
 Que haya de morir por ellas
 Y en las cárceles penar.—
 Respondió presto el buen Conde
 Con esfuerzo singular:
 —Calledeis por Dios, mi tío,
 No me querais enojar,
 Quien no ama las mugeres
 No se puede hombre llamar;
 Mas la vida que yo tengo
 Por ellas quiero gastar.—
 Respondióle el pagecico,
 Tal respuesta le fue á dar:
 —Conde, bien aventurado
 Siempre os deben de llamar,
 Porque muerte tan honrada
 Por vos habia de pasar:
 Mas envidia he de vos, Conde (1),

Que mancilla ni pesar:
 Mas quisiera ser vos, Conde,
 Que el Rey que os manda matar,
 Porque muerte tan honrada
 Por mí hubiese de pasar.
 Llama yerro la fortuna
 Quien no la sabe gozar,
 Que la priesa del cadahalso
 Vos, Conde, la debeis dar;
 Si no es dada la sentencia
 Vos la debeis de firmar.—
 El Conde cuando esto oyera
 Tal respuesta le fue á dar:
 —Por Dios te ruego, page,
 En amor de caridad,
 Que vais á la Princesa
 De mi parte á le rogar,
 Que suplico á la su Alteza
 Que ella me salga á mirar,
 Que en la hora de mi muerte
 Yo la pueda contemplar,
 Que si mis ojos la ven
 Mi alma no ha de penar.—
 Ya se parte el pagecico,

(1) Desde este verso hasta el que dice Vos la debeis de firmar, sirvió de tema al de Lope de Sosa, autor posterior que floreció á principios del siglo XV, inserto en el Cancionero general, impreso en folio en Valencia el año 1511.

*Mas envidia he de vos, Conde,
 Que mancilla ni pesar,
 Porque muerte tan honrada
 Por vida se ha de tomar.
 Llama yerro á la fortuna
 Quien no la sabe juzgar:
 Sin ventura en tales yerros
 Acierta quien puede errar.
 Mas querria ser vos muerto,
 Que el Rey que os manda matar,
 Porque el muere en quedar vivo.
 No queriendoois perdonar.*

*No le demos esta gloria
 Pues no la supo ganar,
 Pues le era mayor victoria
 Que mandaros degollar.
 La priesa del cadahalso,
 Conde, vos la debeis dar,
 Porque tan alta sentencia
 No se hayn de revocar,
 Que en la vida está la muerte,
 Y en la muerte el descansar,
 Y en la causa está el consuelo
 Con que os habeis de alegrar.*

Ya se parte, ya se va,
 Llorando de los sus ojos
 Que queria reventar.
 Topára con la Princesa,
 Bien oireis lo que dirá:
 —Agora es tiempo, señora,
 Que hayais de remediar,
 Que á vuestro querido el Conde
 Lo llevan á degollar. —
 La Infanta que esto oyera
 En tierra muerta se cae;
 Damas, dueñas y doncellas
 No la pueden retornar,
 Hasta que llegó su aya
 La que la fue á criar.
 —¿Qué es aquesto, la Infanta?
 Aquesto ¿qué puede estar?
 —¡Ay de mí triste, mezquina!
 Que no sé qué puede estar,
 Que si al Conde me matan
 Yo habré de desesperar.
 —Saliédes vos, mi hija,
 Saliédeslo á quitar. —
 Ya se parte la Infanta,
 Ya se parte, ya se va:
 Fuese para el mercado
 Donde lo han de sacar:
 Vido estar el cadahalso
 En que lo han de degollar,
 Damas, dueñas y doncellas
 Que lo salen á mirar.
 Vió venir la gente d'armas
 Que lo traen á matar,
 Los pregoneros delante
 Por su yerro publicar:
 Con el poder de la gente
 Ella no podia pasar.
 —Apartaos, gente d'armas,
 Todos me haced lugar,
 Si no..... por vida del Rey

A todos mande matar. —
 La gente que la conoce
 Luego le hacen lugar,
 Hasta que llegó al Conde
 Y le empezara de hablar:
 —Esforzá, esforzá, el buen
 Conde,
 Y no querais desmayar,
 Que aunque yo pierda la vida
 La vuestra se ha de salvar. —
 El alguacil que esto oyera
 Comenzó de caminar;
 Váse para los palacios
 Adonde el buen Rey está.
 —Cabalgue la vuestra Alteza
 Aprieta, no de vagar,
 Que salida es la Infanta
 Para el Conde nos quitar:
 Los unos manda que maten,
 Y los otros aborcar:
 Si vuestra Alteza no acorre,
 Yo no puedo remediar. —
 El buen Rey de que esto oyera
 Comenzó de caminar,
 Y fuese para el mercado
 Adonde el Conde fue á hallar.
 —¿Qué es aquesto, la Infanta?
 Aquesto ¿qué puede estar?
 ¿La sentencia que yo he dado
 Vos la quereis revocar?
 Yo juro por mi corona,
 Por mi corona real,
 Que si heredero tuviese
 Que me hubiese de heredar,
 Que á vos y al Conde Claros
 Vivos os haria quemar.
 —Que vos me mateis, mi padre,
 Muy bien me podeis matar,
 Mas suplico á vuestra Alteza
 Que se quiera él acordar

De los servicios pasados
 De Reynaldos de Montalvan,
 Que murió en las batallas
 Por tu corona ensalzar:
 Por los servicios del padre
 Lo debes galardonar;
 Por mal querer de traidores
 Vos no le debéis matar,
 Que su muerte será causa
 Que me hayais de disfamar;
 Mas suplico á vuestra Alteza
 Que se quiera aconsejar,
 Que los Reyes con furor
 No deben de sentenciar,
 Porque el Conde es de linage
 Del reino mas principal,
 Porque él era de los doce
 Que á tu mesa comen pan,
 Sus amigos y parientes
 Todos te querrian mal:
 Revolveros han en guerra,
 Los reinos se perderán.—
 El buen Rey cuando esto oyera

Id. 2.º del Conde Claros. (Anónimo).

A caza va el Emperador
 A San Juan de la Montaña,
 Con él iba el Conde Claros
 Por le tener compañía.
 Contándole iba contando
 El menester que tenia.
 —No me lo digais, el Conde,
 Hasta despues la venida.
 —Mis armas tengo empeñadas
 Por mil marcos de oro y mas,
 Y otros tantos debo en Francia
 Sobre mi buena verdad.
 —Llámenme mi camarero
 De mi cámara real;

Comenzara á demandar.
 — Consejo os pido, los míos,
 Que me querais aconsejar.—
 Luego todos se apartaron
 Por su consejo tomar:
 El consejo que le dieron
 Que lo haya de perdonar
 Por quitar males y bregas,
 Y la Princesa afamar.
 Todos firman el perdon,
 El buen Rey lo fue á firmar;
 Tambien le aconsejaron,
 Fuéronle consejo á dar,
 Pues la Infanta queria al Conde
 Con él haya de casar.
 Ya desfierran al buen Conde,
 Ya le mandan desferrar,
 Descabalga de la mula
 El Arzobispo á desposar.
 Él tomólos de las manos,
 Así los hubo de juntar.
 Los enojos y pesares
 Placeres se han de tornar.

Dad mil marcos de oro al Conde
 Para sus armas quitar;
 Dad mil marcos de oro al Conde
 Para mantener verdad;
 Dadle otros tantos al Conde
 Para vestir y calzar;
 Dadle otros tantos al Conde
 Para las tablas jugar;
 Dadle otros tantos al Conde
 Para torneos armar;
 Dadle otros tantos al Conde
 Para con damas holgar.
 — Muchas mercedes, señor,
 Por esto y por mucho mas.

A la Infanta Claraniña
 Vos por muger me la dad.
 —Tarde acordastes, el Conde,
 Mandada la tengo ya.
 —Vos me la dareis, señor,
 Acabo que no querais,
 Porque preñada la tengo
 De los seis meses ó mas.—
 El Emperador que esto oyera
 Tomó de ello gran pesar,
 Vuelve riendas al caballo
 Y tornóse á la ciudad:
 Mandó llamar las parteras
 Para la Infanta mirar.
 Allí habló la partera,
 Bien oireis lo que dirá:
 —Preñada está la Infanta
 De los seis meses ó mas.—
 Mandóla prender su padre
 Y meter en escuridad,
 El agua hasta la cintura
 Porque pudriese la carne,

 Los caballeros de su casa
 Se la iban á mirar.
 —Pésanos de vos, señora,
 Cuanto nos puede pesar,
 Que de hoy en quince dias
 El Emperador os manda quemar.
 —No me pesa de mi muerte
 Porque es cosa natural,
 Pésame de la criatura,
 Porque es hijo de buen padre;
 Mas si hay aquí alguno
 Que haya comido mi pan,
 Que me llevase una carta
 A Don Claros Montalvan.—
 Allí habló un page suyo,
 Tal respuesta le fue á dar:

—Escribidla vos, señora,
 Que yo se la iré á llevar.—
 Ya las cartas son escritas,
 El page las va á llevar,
 Jornada de quince dias
 En ocho la fuera á andar.
 Llegado habia á los palacios
 Adonde el buen Conde está.
 —Bien vengais, el pagecico,
 De Francia la natural,
 ¿Pues qué nuevas me traeis
 De la Infanta? ¿cómo está?
 —Leed las cartas, señor,
 Que en ellas os lo dirá.—
 De que las hubo leido
 Tal respuesta le fue á dar:
 —Uno me da que la quemem,
 Otro me da que la maten.—
 Ya se partia el buen Conde,
 Ya se parte, ya se va,
 Jornada de quince dias
 En ocho la fuera á andar.
 Fuérase á un Monasterio
 Donde los frailes estan;
 Quitóse paños de seda,
 Vistió hábitos de fraile,
 Fuérase á los palacios
 De Carlos el Emperante.
 —Mercedes, señor, mercedes,
 Queráisinelas otorgar,
 Que á mi señora la Infanta
 Vos me dejéis confesar.—
 Ya lo llevaban al fraile
 A la Infanta á confesar.
 Él quando se vió con ella
 De amores le fue á hablar.
 —Tate, tate, dijo, fraile,
 Que á mí tú no has de llegar,
 Que nunca llegó á mi hombre
 Que fuese vivo en carne,

Sino solo aquel Don Claros,
 Don Claros de Montalvan,
 Que por mis grandes pecados
 Por él me quieren quemar.
 No doy nada por mi muerte
 Pues que es cosa natural,
 Pésame de la criatura
 Porque es hijo de buen padre.—
 Ya se iba el confesor
 Al Emperador á hablar:
 —Mercedes, señor, mercedes,
 Queráismelas otorgar,
 Que mi señora la Infanta
 Sin ningun pecado está.—

Id. del Conde Alarcos. (Anónimo).

Retraida está la Infanta,
 Bien así como solia,
 Viviendo muy descontenta
 De la vida que tenia,
 Viendo que ya se pasaba
 Toda la flor de su vida,
 Y que el Rey no la casaba,
 Ni tal cuidado tenia.
 Entre sí estaba pensando
 A quién se descubriria,
 Y acordó llamar al Rey
 Como otras veces solia,
 Por decirle su secreto
 Y la intencion que tenia.
 Vino el Rey siendo llamado,
 Que no tardó su venida:
 Vídola estar apartada,
 Sola está sin compañía,
 Su lindo gesto mostraba
 Ser mas triste que solia.
 Conociera luego el Rey
 El enojo que tenia.
 —¿Qué es aquesto, la Infanta?
 ¿Qué es aquesto, hija mia?

Allí habló el caballero
 Que con ella queria casar:
 —Mentides, fraile, mentides,
 Que no decís la verdad.—
 Desafíanse los dos,
 Al campo van á lidiar,
 Al apretar de las cinchas
 Conociólo el Emperante:
 Dijo que el fraile es Don Claros,
 Don Claros de Montalvan.
 Mató el fraile al caballero,
 La Infanta librado ha,
 En ancas de su caballo
 Consigo la fue á llevar.

Contadme vuestros enojos,
 No tomeis malenconía,
 Que sabiendo la verdad
 Todo se remediaria.
 —Menester será, buen Rey,
 Remediar la vida mia,
 Que á vos quedé encomendada
 De la madre que tenia.
 Con vergüenza os lo demando,
 No con gana que tenia,
 Que aquestos cuidados tales
 A vos, Rey, pertenecian.—
 Escuchada su demanda,
 El buen Rey la respondia:
 —Esa culpa, la Infanta,
 Vuestra era, que no mia,
 Que ya fuérades casada
 Con el Príncipe de Hungría;
 No quisistes escuchar
 La embajada que venia,
 Pues acá en las nuestras cortes,
 Hija, mal recaudo habia,
 Sino era el Conde Alarcos
 Que hijos y muger tenia.

—Convidaldo vos, el Rey, —
 Al Conde Alarcos un día,
 Y despues que hayais comido
 Decilde de parte mia,
 Decilde que se acuerde
 De la fé que dél tenia,
 La cual él me prometió,
 Que yo no se la pedia,
 De ser siempre mi marido
 Y yó que su muger sería.
 Yo fuí dello muy contenta
 Y que no me arrepentia.
 Si casó con la Condesa,
 Que mirára lo que hacia,
 Que por él no me casé
 Con el Principe de Hungría:
 Si casó con la Condesa
 Del es culpa, que no mia. —
 Perdiera el Rey en la oír
 El sentido que tenia,
 Mas despues en sí tornado
 Con enojo respondia:
 —No son estos los consejos
 Que vuestra madre os decia:
 Muy mal mirastes, Infanta, —
 Do estaba la honra mia.
 Si verdad es todo eso
 Vuestra honra ya es perdida:
 No podeis vos ser casada
 Mientras la Condesa viva.
 Si se hace el casamiento
 Por razon ó por justicia
 En el decir de las gentes
 Por mala sereis tenuta,
 Dadme vos, hija, consejo,
 Que el mio no bastaria,
 Que ya es muerta vuestra madre
 A quien consejo pedia.
 —Pues yo os lo daré, buen Rey,
 Deste poco que tenia:

Mate el Conde á la Condesa,
 Que nadie no lo sabria,
 Y eche fama que ella es muerta
 De un cierto mal que tenia,
 Y tratarse ha el casamiento
 Como cosa no sabida.
 Desta manera, buen Rey,
 Mi honra se guardaria. —
 De allí se salia el Rey
 No con placer que tenia;
 Lleno va de pensamientos
 Con la nueva que sabia;
 Vido estar al Conde Alarcos
 Entre muchos, que decia:
 —¿Qué aprovecha, caballeros,
 Amar y servir amiga,
 Siendo servicios perdidos
 Donde firmeza no habia?
 No pueden por mí decir
 Aquesto que yo decia,
 Que en el tiempo que serví
 Una que tanto queria,
 Si bien la quise entonces
 Agora mas la queria;
 Mas por mí pueden decir
Quien bien ama tarde olvidada. —
 Estas palabras diciendo
 Vido al buen Rey que venia,
 Y hablando con el Rey
 De entre todos se salia.
 Dijole el buen Rey al Conde
 Hablando con cortesía:
 —Convidaros quiero, Conde,
 Por mañana en aquel día
 Que querais comer conmigo
 Por tenerme compañía.
 —Que se haga de buen grado
 Lo que su Alteza decia:
 Beso sus manos reales
 Por la buena cortesía:

Detenerme he aquí mañana,
 Aunque estaba de partida,
 Que la Condesa me espera
 Según carta que me envía.—
 Otro día de mañana
 El Rey de misa salía,
 Luego se asentó á comer,
 No por gana que tenía,
 Sino por hablar al Conde
 Lo que hablarle quería.
 Allí fueron bien servidos
 Como á Rey pertenecía:
 Despues que hubieron comido,
 Toda la gente salida,
 Quedóse el Rey con el Conde—
 En la tabla do comia.
 Empezó el Rey de hablar
 La embajada que traía:
 —Unas nuevas traigo, Conde,
 Que dellas no me placia,
 Por las cuales yo me quejo
 De vuestra descortesía:
 Prometistes á la Infanta
 Lo que ella no os pedia,
 De siempre ser su marido,
 Y á ella que le placia.
 Si á otras cosas pasaste
 No entro en esa porfia.
 Otra cosa os digo, Conde,
 De que mas os pesaria:
 Que mateis á la Condesa
 Que así cumple á la honra mia:
 Echeis fama de que es muerta—
 De cierto mal que tenia,
 Y tratarse ha el casamiento
 Como cosa no sabida,
 Porque no sea deshonrada
 Hija que tanto queria.—
 Oidas estas razones
 El buen Conde respondia:

—No puedo negar, el Rey,
 Lo que la Infanta decia,
 Sino que es muy gran verdad
 Todo cuanto me pedia.
 Por miedo de vos, el Rey,
 No casé con quien debia,
 Ni pensé que vuestra Alteza
 En ello consentiria.
 De casar con la Infanta
 Yo, señor, bien casaria;
 Mas matar á la Condesa,
 Señor Rey, no lo haria,
 Porque no debe morir
 La que mal no merecia.
 —De morir tiene, buen Conde,
 Por salvar la honra mia,
 Pues no mirastes primero
 Lo que mirar se debia:
 Si no muere la Condesa
 A vos costará la vida.
 Por la honra de los Reyes
 Muchos sin culpa morian,
 Que muera pues la Condesa—
 No es mucha maravilla.
 —Yo la mataré, buen Rey,
 Mas no sea la culpa mia,
 Vos os avendreis con Dios
 En el fin de vuestra vida,
 Y prometo á vuestra Alteza,
 A fé de Caballería,
 Que me tengan por traidor:
 Si lo dicho no cumplia
 De matar á la Condesa
 Aunque mal no merecia.
 Buen Rey, si me dais licencia
 Luego yo me partiria.
 —Vayais con Dios, el buen
 Conde,
 Ordenad vuestra partida.—
 Llorando se parte el Conde,

Llorando sin alegría;
 Lloraba tambien el Conde —
 Por tres hijos que tenia,
 El uno era de teta,
 Que la Condesa lo cria,
 Que no queria mamar
 De tres amas que tenia
 Sino era de su madre
 Porque bien la conocia;
 Los otros eran pequeños,
 Poco sentido tenian.
 Antes que el Conde llegase
 Estas razones decia:
 —¿Quién podrá mirar, Condesa,
 Vuestra cara de alegría,
 Que saldreis á recibirme
 A la fin de vuestra vida?
 Yo soy el triste culpado,
 Esta culpa toda es mia. —
 En diciendo estas palabras
 Ya la Condesa salia,
 Que un page le habia dicho
 Como el Conde ya venia.
 Vido la Condesa al Conde
 La tristeza que tenia,
 Vióle los ojos llorosos
 Que hinchados los tenia
 De llorar por el camino
 Mirando el bien que perdia.
 Dijo la Condesa al Conde:
 —Bien vengais, bien de mi vida:
 ¿Qué habeis, el Conde Alarcos?
 ¿Por qué llorais, vida mia?
 Que venís tan demudado
 Que cierto no os conocia.
 No parece vuestra cara
 Ni el gesto que ser solia;
 Dadme parte del enojo
 Como dais de l'alegría.
 Decídmelo luego, Conde,

No mateis la vida mia,
 — Yo lo diré bien, Condesa,
 Cuando la hora sería.
 — Si no me lo decís, Conde,
 Cierto yo reventaria.
 — No me fatigueis, señora,
 Que no es la hora venida.
 Cenemos luego, Condesa,
 D'aqueso que en casa habia.
 — Aparejado está, Conde,
 Como otras veces solia. —
 Sentóse el Conde á la mesa,
 No cenaba ni podia,
 Con sus hijos al costado,
 Que muy mucho los queria.
 Echóse sobre los hombros,
 Hizo como que dormia,
 De lágrimas de sus ojos
 Toda la mesa cubria.
 Mirándolo la Condesa
 Que la causa no sabia,
 No le preguntaba nada,
 Que no osaba ni podia.
 Levantóse luego el Conde,
 Dijo que dormir queria;
 Dijo tambien la Condesa
 Que ella tambien dormiria;
 Mas entre ellos no habia sueño,
 Si la verdad se decia.
 Vanse el Conde y la Condesa
 A dormir donde solian:
 Dejan los niños de fuera,
 Que el Conde no los queria:
 Lleváronse el mas chiquito,
 El que la Condesa cria:
 El Conde cierra la puerta,
 Lo que hacer no solia.
 Empezó de hablar el Conde
 Con dolor y con mancilla:
 — ¡O desdichada Condesa, —

Grande fue la tu desdicha!
 —No soy desdichada, Conde,
 Por dichosa me tenia
 Solo en ser vuestra muger: —
 Esta fue gran dicha mia.
 —Si bien lo mirais, Condesa,
 Esa fue vuestra desdicha.
 Sabed que en tiempo pasado
 Yo amé á quien servia,
 La cual era la Infanta.
 Por desdicha vuestra y mia
 Prometí casar con ella,
 Y á ella que le placia
 Demándame por marido
 Por la fé que me tenia.
 Puédelo muy bien hacer
 Por razon y por justicia:
 Díjomelo el Rey su padre
 Porque della lo sabia.
 Otra cosa manda el Rey
 Que toca en el alma mia:
 Manda que murais, Condesa,
 A la fin de vuestra vida,
 Que no puede tener honra
 Siendo vos, Condesa, viva. —
 De q'esto oyó la Condesa
 Cayó en tierra mortecida:
 Mas despues en sí tornada
 Estas palabras decia:
 —Pagados son mis servicios,
 Conde, con que yo os servia:
 Si no me matais, el Conde,
 Yo bien os aconsejaria:
 Enviédesme á mis tierras
 Que mi padre me ternia;
 Yo criaré vuestros hijos
 Mejor que la que vernia,
 Y os mantendré castidad
 Como siempre os mantenia.
 —De morir habeis, Condesa,

Antes que amanezca el dia.
 —Bien parece, Conde Alarcos,
 Yo ser sola en esta vida,
 Porque tengo el padre viejo,
 Mi madre ya es fallecida,
 Y mataron á mi hermano
 El buen Conde Don García,
 Que el Rey lo mandó matar
 Por miedo que dél tenia.
 No me pesa de mi muerte,
 Porque yo morir tenia,
 Mas pésame de mis hijos
 Que pierden mi compañía:
 Hacémoslos venir, Conde,
 Y verán mi despedida.
 —No los vereis mas, Condesa,
 En dias de vuestra vida:
 Abrazad ese chiquito
 Que aq'este es el que os perdía.
 Pésame de vos, Condesa,
 Cuanto pesar me podia.
 No os puedo valer, señora,
 Que mas me va que la vida;
 Encomendaos á Dios
 Q'esto de hacerse tenia.
 —Dejéisme decir, buen Conde,
 Una oracion que sabia.
 —Decilda presto, Condesa,
 Antes que amanezca el dia.
 —Presto la habré dicho, Conde,
 No estaré un Ave María. —
 Afinojóse en la tierra
 Y esta oracion decia:
 «En las tus manos, Señor,
 »Encomiendo el alma mia:
 »No me juzgues mis pecados
 »Segun que yo merecia,
 »Mas segun tu gran piedad
 »Y la tu gracia infinita.»
 —Acabada es ya, buen Conde,

La oracion que yo sabia ;
 Encomiéndos esos hijos
 Que entre vos y mí habia,
 Y rogad á Dios por mí
 Mientras tuiésedes vida,
 Que á ello sois obligado
 Pues que sin culpa moria.
 Dédesme acá ese hijo
 Mamará por despedida.
 — No lo despertéis, Condesa,
 Dejaldo estar que dormia,
 Sino que os pido perdon
 Porque ya llegaba el dia.
 — A vos yo perdono, Conde,
 Por amor que vos tenia ;
 Mas yo no perdono al Rey,
 Ni á la Infanta su hija,
 Sino que queden citados
 Delante la alta Justicia,
 Que allá vayan á juicio
 Dentro de los treinta dias.—
 Estas palabras diciendo,
 El Conde se apercibia:
 Echóle por la garganta
 Una toca que tenia,
 Apretó con las dos manos
 Con la fuerza que podia,
 No le aljó la garganta

Id. 1.º del Conde Grimaltos y nacimiento de Montesinos. (Anónimo).

Muchas veces oí decir
 Y á los antiguos contar,
 Que ninguno por riqueza
 No se debe de ensalzar,
 Ni por pobreza que tenga
 Se debe menospreciar.
 Miren bien, tomando ejemplo,
 Do buenos suelen mirar,
 Como el Conde, á quien Grimaltos

Mientras que vida tenia.
 Cuando ya la vido el Conde
 Trespasada y fallecida,
 Desnudóle los vestidos
 Y las ropas que tenia,
 Echóla encima la cama,
 Cubrióla como solia,
 Desnudóse á su costado
 Obra de un Ave María,
 Levantóse dando voces
 A la gente que tenia:
 — Socorro, mis escuderos,
 Que la Condesa se fina.—
 Hallan la Condesa muerta
 Los que á socorrer venian.
 Así murió la Condesa
 Sin razon y sin justicia ;
 Mas tambien todos murieron
 Dentro de los treinta dias.
 Los doce dias pasados
 La Infanta ya se moria.
 El Rey á los veinte y cinco,
 El Conde al treinteno dia.
 Allá fueron á dar cuenta
 A la Justicia divina:
 Acá nos dé Dios su gracia
 Y allá la gloria cumplida.

En Francia suelen llamar,
 Llegó en las cortes del Rey
 Pequeño y de poca edad.
 Fue luego page del Rey
 Del mas secreto lugar,
 Porque él era muy discreto,
 Y de él se podia fiar,
 Y despues de algunos tiempos,
 Cuando mas entró en edad,

Le mandó ser camarero
 Y secretario real,
 Y despues le dió un condado
 Por mayor honra le dar,
 Y por darle mayor honra
 Y estado en Francia sin par
 Lo hizo Gobernador,
 Que el Reino pueda mandar.
 Por su virtud y nobleza
 Y grande esfuerzo sin par
 Le quiso tomar por hijo,
 Y con su hija le casar.
 Celebráronse las fiestas
 Con placer y sin pesar:
 Ya despues de algunos dias
 De sus honras y holgar
 El Rey le mandó al Conde
 Que le fuese á gobernar
 Y poner cobro en las tierras
 Que le fuera á encomendar.
 —Pláceme, dijera el Conde,
 Pues no se puede excusar. —
 Ya se ordena la partida,
 Y el Rey manda aparejar
 Sus caballeros y damas
 Para haber de acompañar.
 Ya se partia el buen Conde
 Con la Condesa á la par,
 Y caballeros y damas
 Que no le quieren dejar.
 Por la gran virtud del Conde
 No se pueden apartar,
 De París hasta Leon
 Le fueron acompañar.
 Vuélvense para París
 Despues de placer tomar,
 Las nuevas que dan al Rey
 Es descanso de escuchar,
 De como rige á Leon
 Y le tiene á su mandar,

Y el estado de su Alteza
 Como lo hacia acatar.
 De tales nuevas el Rey
 Gran placer fuera á tomar.
 No prosigo mas del Rey,
 Sino que lo deajo estar:
 Tornemos á Don Grimaltos
 Como empieza á gobernar,
 Bien querido de los Grandes,
 Sin la justicia negar,
 Trata á todos de tal suerte
 Que á ninguno da pesar.
 Cinco años él estuvo
 Sin al buen Rey ir á hablar,
 Ni del Conde á él ir quejas,
 Ni de sentencia apelar:
 Mas fortuna que es mudable
 Y no puede sosegar,
 Quiso serle tan contraria
 Por su estado le quitar.
 Fue el caso que Don Tomillas
 Quiso en traicion tocar:
 Revolióle con el Rey
 Por mas le escandalizar,
 Diciéndole que su yerno
 Se le quiere rebelar,
 Y que en villas y ciudades
 Sus armas hace pintar,
 Y por señor absoluto
 Él se manda intitular,
 Y en las villas y lugares
 Guarnicion quiere dejar.
 Cuando el Rey aquesto oyera
 Tuvo dello gran pesar,
 Pensando en las mercedes
 Que al Conde le fuera á dar.
 Solo por buenos servicios
 Le pusiera en tal lugar,
 Y despues por galardón
 Tal traicion le ordenar:

Él ha determinado
 De hacerle justiciar.
 Dejemos lo de la corte,
 Y al Conde quiero tornar.
 Que estando con la Condesa
 Una noche á bel folgar,
 Adurmiose el buen Conde,
 Recordara con pesar;
 Las palabras que decia
 Son de dolor y pesar:
 —¿Qué te hice, vil fortuna?
 ¿Por qué te quieres mudar
 Y quitarme de mi silla
 En que el Rey me fue á sentar?
 ¿Por falsedad de traidores
 Causarme tanto de mal!
 Que segun yo creo y pienso
 No lo puede otro causar.—
 A las voces que da el Conde
 Su muger fue á despertar,
 Recordó muy espantada
 De verle así hablar,
 Y hacer lo que no solia,
 Y de condicion mudar.
 —¿Qué habeis, mi señor el
 Conde?
 ¿En qué podeis vos pensar?
 —No pienso en otro, señora,
 Sino en cosa de pesar,
 Porque un triste y mal sueño
 Alterado me hace estar:
 Aunque en sueños no fíemos,
 No sé á qué parte lo echar,
 Que parecia muy cierto
 Que vi una águila volar:
 Siete halcones tras ella
 Mal aquejándola van,
 Y ella por guardarse de ellos
 Retrójose á mi ciudad;
 Encima de una alta torre

Allí se fuera á asentar,
 Por el pico echaba fuego,
 Por las alas alquitrán:
 El fuego que della sale
 La ciudad hace quemar,
 A mí quemaba las barbas,
 Y á vos quemaba el brial:
 Cierto tal sueño como este
 No puede ser sino mal.
 Esta es la causa, Condesa,
 Que me sentiste quejar.
 —Bien lo mereceis, buen Conde,
 Si de ello os viene algun mal,
 Que bien ha los cinco años
 Que en corte no os ven estar,
 Y sabeis vos bien, el Conde,
 Quien allí os quiere mal,
 Que es el traidor de Tomillas
 Que no suele reposar:
 Yo no lo tengo á mucho
 Que ordene alguna maldad;
 Mas, señor, si me creeis,
 Mañana antes de yantar
 Mandad hacer un pregon
 Por toda esa ciudad,
 Que vengan los caballeros
 Que estan á vuestro mandar,
 Y por todas vuestras tierras
 Tambien los mandeis llamar
 Que para cierta jornada
 Todos se hayan de juntar.
 Desque todos esten juntos
 Decirles heis la verdad,
 Que quereis ir á París
 Para con el Rey hablar,
 Y que se aperciban todos
 Para en tal caso os honrar.
 Segun dellos sois querido,
 Creo no os podrán faltar:
 Iros heis con todos ellos

A París esa ciudad,
 Besareis la mano al Rey
 Como la soleis besar,
 Y entonces sabreis, señor,
 Lo que él os quiere mandar,
 Que si enojo de vos tiene
 Luego os lo demostrará,
 Y viendo vuestra venida
 Bien se le podrá quitar.
 — Pláceme, dijo, señora,
 Vuestro consejo tomar. —
 Pártese el Conde Grimaltos
 A París esa ciudad,
 Con todos sus caballeros
 Y otros que él pudo juntar.
 Desque fue cerca París
 Bien quince millas ó mas,
 Mandó parar á su gente,
 Sus tiendas mandó armar,
 Hizo aposentar los suyos
 Cada cual en su lugar.
 Luego el Rey dél hubo cartas,
 Respuesta no quiso dar.
 Cuando el Conde aquesto vido
 En París se fue á entrar;
 Fuérase para el palacio
 Donde el Rey solia estar,
 Saludó á todos los Grandes,
 La mano al Rey fue á besar:
 El Rey de muy enojado
 Nunca se la quiso dar,
 Antes mas le amenazaba
 Por su muy sobrado osar
 Que habiendo hecho tal traicion
 En París osase entrar,
 Jurando que por su vida
 Se debia maravillar
 Cómo, visto lo presente,
 No lo hacía degollar,
 Y si no hubiera mirado

Su hija no deshonrar,
 Que antes que el dia pasara
 Lo hiciera justiciar:
 Mas por dar á él castigo
 Y á otros escarmentar
 Le mandó salir del Reino
 Y que en él no pueda estar.
 Plazo le dan de tres dias
 Para del Reino vaciar,
 Y el destierro es desta suerte:
 Que gente no ha de llevar,
 Caballeros ni criados
 No le hayan de acompañar,
 Ni lleve caballo ó mula
 En que pueda cabalgar,
 Moneda de plata y oro
 Deje, y aun la de metal.
 Cuando el Conde esto oyera
 Ved cuál podia estar;
 Con voz alta y rigurosa,
 Cercado de gran pesar,
 Como hombre desesperado
 Tal respuesta le fue á dar:
 — Por desterrarme tu Alteza
 Consiento en mi desterrar,
 Mas quien de mí tal ha dicho
 Miente y no dice verdad,
 Que nunca hice traicion,
 Ni pensé en maldad usar;
 Mas si Dios me da la vida
 Yo haré ver la verdad. —
 Ya se sale de palacio
 Con doloroso pesar,
 Fuese á casa de Oliveros,
 Y allí halló á Don Roldan.
 Contábales las palabras
 Que con el Rey fue á pasar;
 Despídiéndose está dellos
 Pues les dijo la verdad,
 Jurando que nunca en Francia

Lo verian asomar,
 Si no fuese castigado
 Quien tal cosa fue á ordenar.
 Ya se despedia dellos,
 Por París comienza á andar.
 Despidiéndose de todos
 Con quien solia conversar.
 Despidióse de Baldovinos
 Y del Romano Fincan,
 Y del Gaston Angeleros,
 Y del viejo Don Beltran,
 Y del Duque Don Estolfo,
 De Malgesí otro que tal,
 Y de aquel solo invencible
 Reynaldos de Montálvan.
 Ya se despide de todos
 Para su viage tomar.
 La Condesa fue avisada,
 No tardó en París entrar.
 Derecha fue para el Rey,
 Sin con el Conde hablar,
 Diciendo que de su Alteza
 Se quería maravillar,
 Como al buen Conde Grimaltos
 Lo quisiese así tratar,
 Que sus obras nunca han sido
 De tan mal galardonar,
 Y que suplica á su Alteza
 Que en ello mande mirar,
 Y si el Conde no es culpado —
 Que al traidor haga pagar
 Lo que el Conde merecia
 Si aquello fuese verdad,
 Y así será castigado
 Quien tal fue á ordenar.
 Cuando el Rey aquesto oyera
 Luego la mandó callar,
 Diciendo que si mas habla
 Como á él la ha de tratar,
 Y que le es muy escusado

Por el Conde le rogar,
 Pues quien por traidores ruega
 Traidor se pueda llamar.
 La Condesa q' esto oyera
 Llorando con gran pesar,
 Descendióse del palacio
 Para el Conde ir á buscar.
 Viéndose ya con el Conde
 Se llegó á lo abrazar;
 Lo que el uno y otro dicen
 Lástima era de escuchar:
 — ¿Este es el descanso, Conde,
 Que me habiades de dar?
 No pensé que mis placeres
 Tan poco habian de durar,
 Mas en ver que sin razon
 Por placer nos dan pesar,
 Quiero que cuando vais, Conde,
 Cuenta dello sepais dar.
 Yo os demando una merced,
 No me la querais negar,
 Porque cuando nos casamos
 Hartas me habiades de dar.
 Yo nunca las he habido,
 Aún las tengo de cobrar,
 Ahora es tiempo, buen Conde,
 De haberlas de demandar.
 — Escusado es, la Condesa,
 Eso ahora demandar,
 Porque jamas tuve cosa
 Fuera de vuestro mandar,
 Que cuanto vos demandeis
 Por mi fé de lo otorgar.
 — Es, señor, que donde fuéreis
 Con vos me hayais de llevar.
 — Por la fé que yo os he dado
 No se os puede negar;
 Mas de las penas que siento
 Esta es la mas principal,
 Porque perderme yo solo

Este perder es ganar,
 Y en perderos vos, señora,
 Es perder sin mas cobrar:
 Mas pues así lo quereis,
 No queramos dilatar.
 Mucho me pesa, Condesa,
 Porque no podais andar,
 Que siendo niña y preñada
 Podríades peligrar;
 Mas pues fortuna lo quiere
 Recibidlo sin pesar,
 Que los corazones fuertes
 Se muestran en tal lugar.—
 Tómanse mano por mano,
 Sálense de la ciudad,
 Con ellos sale Oliveros
 Y ese paladin Roldan,
 Tambien el Dardin Dardeña,
 Y ese Romano Fincan,
 Y ese Gaston Angeleros
 Y el fuerte Meridan:
 Con ellos va Don Reynaldos,
 Y Baldovinos el galan,
 Y ese Duque Don Estolfo,
 Y Malgesí otro que tal;
 Las dueñas y las doncellas
 Tambien con ellos se van:
 Cinco millas de París
 Los hubieron de dejar.
 El Conde y Condesa solos
 Tristes se habian de quedar:
 Cuando partirse tenian
 No se podian hablar.
 Llora el Conde y la Condesa
 Sin nadie les consolar,
 Porque no hay grande ni chico
 Que estuviese sin llorar.
 Pues las damas y doncellas
 Que allí hubieron de llegar
 Hacen llantos tan estraños,

Que no los oso contar,
 Porque mientras pienso en ellos
 Nunca me puedo alegrar.
 Mas el Conde y la Condesa
 Vanse sin nada hablar,
 Los otros caen en tierra
 Con la sobra del pesar,
 Otros crecen mas sus lloros
 Viendo cuán tristes se van.
 Dejo de los caballeros
 Que á París quieren tornar,
 Vuelvo al Conde y la Condesa
 Que van con gran soledad
 Por los yermos y asperezas
 Do gente no suele andar.
 Llegado el tercero dia,
 En un áspero boscage
 La Condesa de cansada
 Triste no podia andar.
 Rasgáronse sus servillas,
 No tiene ya que calzar,
 De la aspereza del monte
 Los pies no podia alzar,
 Do quiera que el pie ponía
 Bien quedaba la señal.
 Cuando el Conde aquesto vido
 Queriéndola consolar,
 Con gesto muy amoroso
 La comenzó de hablar:
 —No desmayedes, Condesa,
 Mi bien, querais esforzar,
 Que aquí está una fresca fuente
 Do el agua muy fria está:
 Reposaremos, Condesa,
 Y podremos refrescar.—
 La Condesa que esto oyera
 Algo el pasó fue á alargar,
 Y en llegando á la fuente
 Las rodillás fue á hincar.
 Dió gracias á Dios del cielo

Que la trujo en tal lugar,
 Diciendo: —Buen agua es esta
 Para quien tuviese pan.—
 Estando en estas razones
 El parto le fue á tomar,
 Y allí pariera un hijo
 Que es lástima de mirar
 La pobreza en que se hallan
 Sin poderse remediar.
 El Conde cuando vió el hijo
 Comenzóse de esforzar,
 Con el sayo que traía
 Al niño fue á cobijar;
 Tambien se quitó la capa
 Por á la madre abrigar;
 La Condesa tomó el niño
 Para darle de mamar.
 El Conde estaba pensando
 Qué remedio le buscar,
 Que pan ni vino no tienen,
 Ni cosa con que pasar.
 La Condesa con el parto
 No se puede levantar,
 Tomóla el Conde en los brazos
 Sin ella el niño dejar,
 Súbelos á una alta sierra
 Para mas lejos mirar.
 En unas breñas muy hondas
 Grande humo vió estar;
 Tomó su muger y hijo,
 Para allá les fue á llevar.
 Entrando en la espesura
 Luego al encuentro le sale
 Un virtuoso ermitaño
 De reverencia muy grande:
 El ermitaño que los vido
 Comenzóles de hablar:
 — ¡O válgame Dios del cielo!
 ¿Quién aquí os fue á aportar?
 Porque en tierra tan estraña

Gente no suele habitar,
 Sino yo que por penitencia
 Hago vida en este valle.—
 El Conde le respondió
 Con angustia y con pesar:
 — Por Dios te ruego, ermitaño,
 Que uses de caridad,
 Que despues habremos tiempo
 De como vengo á contar;
 Mas para esta triste dueña
 Dame que la pueda dar,
 Que tres dias con sus noches
 Ha que no ha comido pan,
 Que allá en esa fuente fria
 El parto le fue á tomar.—
 El ermitaño que esto oyera,
 Movido de gran piedad
 Llevóles para la ermita
 Do él solia habitar.
 Dióles del pan que tenia,
 Y agua, que vino no hay:
 Recobró algo la Condesa
 De su flaqueza muy grande.
 Allí le rogó el Conde
 Quiera el niño bautizar.
 — Pláceme, dijo, de grado,
 ¿Mas cómo le llamarán?
 — Como quisiéredes, padre,
 El nombre le podreis dar.
 — Pues nació en ásperos montes,
 Montesinos le dirán.—
 Pasando y viniendo dias,
 Todos vida santa hacen;
 Bien pasaron quinze años
 Que el Conde de allí no parte.
 Mucho trabajó el buen Conde
 En haberle de enseñar
 A su hijo Montesinos
 Todo el arte militar,
 La vida de caballero

Cómo la había de usar,
 Cómo ha de jugar las armas,
 Y qué honra ha de ganar,
 Cómo vengará el enojo
 Que al padre fueron á dar:
 Muéstrale en leer y escribir
 Lo que le puede enseñar,
 Muéstrale jugar á tablas
 Y cebar un gavilan.
 A veinte y cuatro de junio,
 Día era de San Juan,

Padre y hijo paseando
 De la ermita se van;
 Encima de una alta sierra
 Se suben á razonar.
 Cuando el Conde alto se vido
 Vido á París la ciudad.
 Tomó al hijo por la mano,
 Comenzóle de hablar,
 Con lágrimas y sollozos
 No deja de suspirar.

Id. 2.º de Montesinos. (Anónimo).

Cata Francia, Montesinos (1),
 Cata París la ciudad,
 Cata las aguas de Duero
 Do van á dar en la mar;
 Cata palacios del Rey,
 Cata los de Don Beltran,
 Y aquella que ves mas alta
 Y que está en mejor lugar
 Es la casa de Tomillas,
 Mi enemigo mortal.
 Por su lengua difamada
 Me mandó el Rey desterrar,
 Y he pasado á causa desto
 Mucha sed, calor y hambre,
 Trayendo los pies descalzos,
 Las uñas corriendo sangre.
 A la triste madre tuya
 Por testigo puedo dar,
 Que te parió en una fuente
 Sin tener en que te echar:
 Yo triste quité mi sayo

Para haber de cobijarte,
 Ella me dijo llorando
 Por te ver tan mal pasar:
 «Tomes este niño, Conde,
 » Y lléveslo á cristianar,
 » Llamédesle Montesinos,
 » Montesinos le llamad.»—
 Montesinos que lo oyera
 Los ojos volvió á su padre,
 Las rodillas por el suelo
 Empezóle de rogar
 Le quisiese dar licencia
 Que en París quiere pasar,
 Y tomar sueldo del Rey
 Si se lo quisiere dar,
 Por vengarse de Tomillas,
 Su enemigo mortal,
 Que si sueldo del Rey toma
 Todo se puede vengar.
 Ya que despedirse quieren
 A su padre fue á rogar—

(1) *Se ha tomado del Cancionero de Romances hasta el verso que dice Que á Tomillas va á buscar: y desde aquí de la Silva de varios romances, siendo esta parte parecida á la del De Mérida sale el Palmero.*

Que á la triste de su madre
 Él la quiera consolar,
 Y de su parte le diga
 Que á Tomillas va buscar.
 —Pláceme, dijera el Conde,
 Hijo, por te contentare.—
 Ya se parte Montesinos
 Para en París entrare,
 Y en entrando por las puertas
 Luego quiso preguntar
 Por los palacios del Rey
 Que se los quieran mostrar.
 Los que se lo oían decir
 Dél se empiezan á burlar;
 Viéndolo tan mal vestido
 Piensan que es loco ó truhan:
 En fin, muéstranle el palacio,
 Entró en la sala real,
 Halló que comia el Rey,
 Don Tomillas á la par.
 Mucha gente está en la sala,
 Por él no quieren mirar.
 Desde que hubieron ya comido
 Alxedrez van á jugar
 Solos el Rey y Tomillas
 Sin nadie á ellos hablar,
 Sino fuera Montesinos
 Que llegó á los mirar;
 Mas el falso Don Tomillas,
 En quien nunca hubo verdad,
 Jugára una treta falsa,
 Donde no pudo callar
 El noble de Montesinos,
 Y publica su maldad.
 Don Tomillas q'esto oyera,
 Con muy gran riguridad
 Levantando la su mano
 Un bofeton le fue á dar.
 Montesinos con ^{el} brazo
 El golpe le fue á tomar,

Y echando mano al tablero
 A Don Tomillas fue á dar
 Un tal golpe en la cabeza
 Que le hubo de matar.
 Murió el perverso dañado
 Sin valerle su maldad.
 Alborótanse los Grandes
 Cuantos en la sala estan:
 Prendieron á Montesinos
 Y queríanlo matar,
 Sino q'el Rey mandó á todos
 Que no le hiciesen mal,
 Porque él queria saber
 Quién le dió tan grande osar,
 Que no sin algun misterio
 El no osaria tal obrar.
 Cuando el Rey le interrogara
 Él dijera la verdad.
 —Sepa tu real Alteza
 Soy tu nieto natural,
 Hijo soy de vuestra hija
 La que hicísteis desterrar
 Con el Conde Don Grimaltos,
 Vuestro servidor leal,
 Y por falsa acusacion
 Le quisiste maltratar:
 Mas agora vuestra Alteza
 Puédesse dello informar;
 Q'el falso de Don Tomillas
 Sepan si dijo verdad,
 Y si pena yo merezco,
 Buen Rey, mándamela dar,
 Y tambien si no la tengo
 Mándedesme de soltar,
 Y al buen Conde y la Condesa
 Los mandeis ir á buscar
 Y los torneis á sus tierras
 Como solian estar.—
 Cuando el Rey aquesto oyera
 No quiso mas escuchar;

Aunque veía ser su nieto
 Quiso saber la verdad,
 Y supo que Don Tomillas
 Ordenó aquella maldad
 Por envidia que les tuvo
 Al ver su prosperidad.
 Cuando el Rey la verdad supo
 Al buen Conde hizo llamar:
 Gente de á pie y de á caballo
 Iban por le acompañar,
 Y damas por la Condesa
 Como solía llevar.
 Llegado junto á París
 Dentro no quería entrar,
 Porque cuando dél salieron
 Los dos fueron á jurar
 Que las puertas de París
 Nunca las vieran pasar.
 Cuando el Rey aquello supo
 Luego mandó derribar
 Un pedazo de la cerca
 Por do pudiesen pasar.

Sin quebrar el juramento
 Q'ellos fueron á jurar.
 Llévanlos á los palacios
 Con mucha solemnidad,
 Y hácenlos muy ricas fiestas
 Cuantos en la corte estan.
 Caballeros, dueñas, damas
 Les vienen á visitar,
 Y el Rey delante de todos
 Por mayor honra les dar,
 Les dijo que habia sabido
 Como era todo maldad
 Lo que dijo Don Tomillas
 Cuando lo hizo desterrar,
 Y porque sea mas creido
 Allí les tornó á firmar
 Todo lo que antes tenían
 Y el gobierno general,
 Y que despues de sus dias
 El reino haya d'heredar
 El noble de Montesinos,
 Y así lo mandó firmar.

Id. 3.º de Montesinos. (Anónimo).

En Castilla está un castillo
 Que se llama Rocafrida,
 Al castillo llaman Roca
 Y á la fuente llaman Frida.
 El pie tenia de oro
 Y almenas de plata fina;
 Entre almena y almena
 Está una piedra zafira;
 Tanto relumbra de noche
 Como el sol á medio dia.
 Dentro estaba una doncella
 Que llaman Rosafiorida:
 Siete Condes la demandan,
 Tres Duques de Lombardía,
 A todos los desdeñaba,

Tanta es su lozanía:
 Enamoróse de Montesinos
 De oidas, que no de vista.
 Una noche estando así
 Gritos da Rosafiorida:
 Oyérala un camarero,
 Que en su cámara dormia.
 —¿Qué es aquesto, mi señora?
 ¿Qué es esto, Rosafiorida?
 O tenedes mal de amores,
 O estais loca sandía.
 —Ni yo tengo mal de amores,
 Ni estoy loca sandía,
 Mas lleváseme estas cartas
 A Francia la bien guarnida,

Diésselas á Montesinos,
La cosa que mas queria.
Dile que me venga á ver
Para la pascua florida,
Daréle yo este mi cuerpo,
El mas lindo de Castilla,

Si no es el de mi hermana,
Que de fuego sea ardida.
Y si de mí mas quisiere
Yo mucho mas le daria,
Darle he siete castillos
Los mejores de Castilla.

Batalla de los franceses contra las aragoneses. (Anónimo).

Domingo era de ramos,
La pasion quieren decir,
Cuando moros y cristianos
Todos entran en la lid.
Ya desmayan los franceses (1),
Ya comienzan de huir,
; O cuán bien los esforzaba
Ese Roldan paladin!
— Vuelta, vuelta, los franceses,
Con corazon á la lid,
Mas vale morir por buenos
Que deshonorados vivir.—
Ya volvian los franceses
Con corazon á la lid,
A los encuentros primeros
Mataron sesenta mil.
Por las sierras de Altamira
Huyendo va el Rey Marsin,

Caballero en un cebra,
No por mengua de rocin.
La sangre que dél corria
Las yerbas hace teñir,
Las voces que iba dando
Al cielo quieren subir.
— Reniego de tí, Mahoma (2),
Y de cuanto hice por tí;
Hícete cuerpo de plata,
Pies y manos de un marfil,
Hícete casa de Meca
Donde adorasen en tí,
Y por mas te honrar, Mahoma,
Cabeza de oro te fiz.
Sesenta mil caballeros
A tí te los ofrescí,
Mi muger la Reina mora
Te ofreció otros treinta mil.

Id. del destierro de Roldan. (Anónimo). (3)

Dia era de Sant Jorge,
Dia de gran festividad,

Aquel dia por mas honor
Los doce se van á armar

(1) Desde este verso hizo Diego Zamora una trova, la cual dice: *Ya desmayan mis servicios.* Cancionero de Romances, folio 252.

(2) En el Cancionero de Romances fol. 246 hay una trova de amor hecha por Diego de Sant Pedro, que dice Reniego de tí, amor; y está tomada desde el indicado verso Reniego de tí, Mahoma.

(3) Al mismo asunto hay otro diferente, tan malo ó peor que este, en la Silva de varios romances, cuyo primer verso dice En Francia la noblecida.

Para ir con el Emperador
 Y haberlo de acompañar.
 Todos vinieron de grado
 Con un placer singular,
 Sino el bueno de Reynaldos
 Que se estaba en Montalvan,
 Y no se halló al presente
 En la tal festividad.
 Allí, todos los caballeros
 Por traidor le van reptar.
 Esto causó Galalon,
 Porque le queria mal,
 Revolvióle con el Emperador,
 Con los doce otro que tal.
 Mucho le pesó á Roldan
 De vello así maltratar,
 Fuese para el Emperador
 De priesa y no de vagar,
 Y con voz muy enojada
 Al Emperador fue á hablar:
 — Mucho me pesa, señor,
 Dello tengo gran pesar,
 Que á Reynaldos en ausencia
 Tan mal le quieran tratar,
 Y si tal cosa pasase
 La vida me ha de costar.—
 El Emperador con enojo
 Que habia de lo escuchar,
 Alzó la mano con saña,
 Un bofeton le fue á dar,
 Que otra vez no fuese osado
 Al Emperador así hablar.
 Mucho se enojó de aquesto
 El bueno de Don Roldan;
 Allí hizo juramento
 Encima de un altar
 En los dias que viviese
 En Francia jamas entrar,
 Hasta que de todos los doce
 Él se hubiese de vengar.

Ya se parte Don Roldan,
 Ya se parte, ya se va
 Solo con un pagedico
 Que le solia acompañar.
 Por sus jornadas contadas
 A España fuera llegar.
 Andando por su camino
 A su ventura buscar
 Encontró un moro valiente,
 Cerca estaba de la mar.
 Guarda era de una puente
 Que á nadie deja pasar,
 Sino que por fuerza ó grado
 Con él haya de pelear,
 Porque su señor el Rey
 Así se lo fue á mandar:
 Que hombre que viniese armado
 No lo dejase pasar,
 O que dejase las armas,
 O en el reino no ha de entrar.
 Don Roldan con gran enojo
 Que habia de lo escuchar,
 Hablóle muy mesurado,
 Tal respuesta le fue á dar:
 — Que antes las defenderia
 Que no habellas de dejar,
 Porque nadie fuese osado
 De las sus armas quitar,
 Que no le costase la vida
 Al menos menos costar.—
 Allí le hablara el moro,
 Bien oireis lo que dirá:
 — Pues lo quereis, caballero,
 Luego se haya de librar,
 Que ó vos dejareis las armas,
 O yo quedaré con mal.—
 Luego abajaron las lanzas,
 Fuéronse ambos á encontrar.
 A los primeros encuentros
 Las lanzas quebrado han:

Echan mano á las espadas
 De priesa y no de vagar:
 Tan fuertes golpes se daban
 Que era cosa de mirar:
 Alzó el moro su espada,
 A Don Roldan fue acertar
 Encima de la cabeza,
 Que lo hizo arrodillar:
 Don Roldan que aquesto vido
 Tal golpe le fuera á dar,
 Que de la grande herida
 Luego se fue á desmayar.
 —Di, moro, ¿qué has sentido?
 ¿Ya no curas de hablar?—
 —He sentido un acerito
 Por medio me fue á pasar.—
 Don Roldan le dijo luego,
 Bien oireis lo que dirá:
 —Que maldito fuese el hombre
 Que no sentia su mal.
 Cálzate ya esa espuela
 Que se te quiere quitar.—
 Abajóse á mirar la espuela,
 No se pudo levantar,
 Murió luego prestamente
 Sin mas un punto pasar.
 Quitóle luego las armas
 El bueno de Don Roldan,
 Tambien le quitó el vestido,
 Los suyos le fue á dejar,
 Un sayo de cuatro cuartos
 Con que solia caminar,
 Y con un su pagedico
 A Francia lo fue enviar,
 Armado y con sus vestidos
 Parecia Don Roldan:
 Dijole que lo llevase
 Adonde Doña Alda está,
 Y dijese que era su esposo,
 Que le hiciese enterrar.

De que el page fue llegado
 A París esa ciudad,
 Mostráraselo á Doña Alda
 Con gran angustia y pesar.
 Desque vido el cuerpo muerto
 Pensó que era Don Roldan;
 Los llantos que ella hacia
 Dolor eran de mirar:
 Por él lloraban los doce,
 El Emperador otro que tal,
 Llórale toda la corte,
 El comun en general.
 Arzobispos y Perlados,
 Cuantos en la corte estan,
 Con mucho pesar y tristeza
 Lo llevaron á enterrar.
 Don Roldan muy bien armado
 Con armas que fue á tomar,
 Fuérase para las tiendas
 Do el Rey moro suele estar.
 Era el Rey moro mancebo
 Ganoso de pelear:
 De los doce Pares de Francia
 Él se queria vengar.
 Recibióle con mucha honra,
 Allí amor le fue á mostrar,
 Pensando q'era el moro valiente
 Que los reinos solia guardar.
 Dijole como en la puente
 Habia muerto á Don Roldan.
 El Rey luego en aquel dia
 A Francia le fue á enviar,
 Dióle luego mucha gente,
 Hízole su Capitan
 Para ir á buscar los doce
 Y con ellos pelear.
 Ya se parte Don Roldan
 A París á la cercar:
 Los moros que van con él
 Pensaban en su pensar

Que era el moro valiente
 Que los reinos solia guardar.
 Envian luego mensageros
 A París esa ciudad,
 Que ya despues allegados,
 Asentado su real,
 Que presto y sin dilacion
 Se les diese la ciudad,
 O los doce salgan luego
 Si por armas se ha de librar.
 Respondió el Emperador,
 Bien oireis lo que dirá:
 —Que le placia de buen grado
 Los doce allá enviar. —
 Para un dia señalado
 Concertaron el pelear:
 Aquel dia salieron los doce
 Al campo para lidiar.
 Los caballos llevan holgados,
 No se hartan de relinchar,
 Con una furia muy grande
 En los moros se van lanzar.
 Hácese una batalla
 Muy cruel en la verdad;
 Mas los moros siendo muchos,
 Todos los fueron á cativar,
 Y tambien á Galalon
 Asímesmo otro que tal,
 Gran deshonra es de los doce
 En dejarse así tomar.
 Viendo esto el Emperador
 Desde su palacio real,
 Mandó llamar sus caballeros
 Para consejo tomar.
 —Ya sabeis que Don Reynaldos
 Es buen vasallo real,
 Y es uno de los doce,
 De lo bueno principal,
 Siempre miró por mi honra,
 Por mi corona imperial;

Pues los doce le han reptado,
 Yo le quiero perdonar.—
 Todos holgaron muy mucho
 De lo q'el Emperador fue hablar.
 Envian luego á Don Reynaldos
 A do estaba en Montalvan,
 Que viniese luego á París
 Para con el moro pelear,
 Que era cosa que cumplia
 A su alta Magestad,
 Y tambien porque en Francia
 No le hay mas singular.
 Ya se parte Don Reynaldos
 Donde los moros estan:
 Con aquel moro valiente
 Con él iba á pelear.
 Consigo lleva á Doña Alda
 La esposica de Roldan;
 Mas bien sabia Don Reynaldos,
 Bien sabia la verdad,
 Que aquel moro valiente
 Era su primo Roldan,
 Que un tio que tenia
 Le dijera la verdad;
 Por arte de nigromancia
 Así lo fuera á hallar,
 Que Don Roldan era venido,
 Y cómo estaba en el real,
 Y q'el cuerpo que trajeron
 Era un moro que fue á matar.
 Andando por sus jornadas
 Fueron al campo á llegar,
 Armóse luego Reynaldos
 Para con el moro pelear:
 A los primeros encuentros
 Los primos conocido se han.
 Conociéronse entrambos
 En el aire del pelear:
 Cuando iban á encontrarse
 Las lanzas desviado han,

Dejado han caer las armas,
 Al suelo las fueron á echar;
 Vanse con mucho amor
 El uno al otro á abrazar;
 Allí hubieron gran placer,
 Olvidado han el pesar.
 Mandó llamar á los moros,
 A todos hizo juntar
 Para dalles la razon
 De lo que queria hablar.
 — Vosotros teneis los doce,
 Yo los fuera á cativar;
 Yo no siento aquí ninguno
 Con quien haya de pelear,
 Sino es con este hombre solo,
 Pues vergüenza me será.—
 Don Roldan y Don Reynaldos
 Comienzan de pelear;
 Cuantos matan de los moros
 Maravilla es de mirar.
 Despues de muertos los moros,
 Y de todos los matar,

Fue Roldan á su esposica
 Con ella placer tomar.
 Cuando lo vido Doña Alda
 De placer queria llorar,
 Las alegrías que hacen
 No se podrian contar.
 Vanse luego á París
 Al Emperador consolar;
 Cuando el Emperador supo
 Que venia Don Roldan,
 Con toda la caballería
 Salió fuera la ciudad.
 — Bien vengais vos, mi sobrino,
 Bueno sea vuestro llegar:
 Gran placer tengo de veros
 Vivo y sano en verdad.—
 Grandes fiestas se hacian
 Que no se pueden contar:
 Allá iban todos los doce
 Que á la mesa comen pan:
 Todos tuvieron placer
 De la venida de Don Roldan.

Id. de Reynaldos y la Infanta Celidonia. (Anónimo).

Quando aquel claro lucero
 Sus rayos quiere enviar
 Esparcidos por la tierra
 Por cada parte y lugar;
 Quando los prados floridos
 Suaves olores dan,
 A mi preciado vergel
 Me fuí para dar lugar
 A la triste vida mia
 Y muy gran necesidad.
 Vide las rosas en flor
 Que querian ya granar,
 Hice una guirnalda dellas.
 No hallando á quien la dar,
 Por un bosque despoblado

Comencé de caminar,
 Y diera en una floresta
 Do nadie suele pasar.
 En el dulce mes de mayo
 Yo me fuí por descansar
 Por medio de una arboleda
 De ciprés y de rosal:
 Vide una huerta muy florida
 De jazmines y arrayan,
 Los cantos eran tan dulces
 Que me hicieron parar;
 Vi avecitas que por ellas
 No hacen sino volar,
 Papagayo y ruiñeñor
 Decian en su cantar:

«¿Dónde vas, el caballero?
 »Atras te quieras tornar:
 »Hombre que por aquí pasa
 »No puede vivo escapar.»
 Mirando esas avecitas,
 Su canto y armonizar,
 A sombra de un verde pino
 Me senté por descansar.
 Hiciera mi cabezera
 Encima de un arrayan,
 Los cuidados dos á dos
 Me cercaron sin parar.
 Con un suspiro muy fuerte
 Comencé de querellar:
 —¡O tú, noble Emperador,
 Mi gran señor natural,
 Mira cuán pobre y cuitado
 Me podrias acatar!
 Sé que de mi mal te place
 Aunque estoy á tu mandar:
 Acordásete debía
 Que te fuiste á enamorar
 De la Infanta Belisandra
 Hija del Rey Trasiomar.
 Por librarte á tí de pena
 Yo me puse á la cobrar
 Con el noble paladin,
 El esforzado Roldan.
 Hízonos por te servir
 Mercaderes por el mar;
 Yo la saqué de su tierra
 Y la puse á tu mandar.
 ¡O todos los doce Pares!
 ¡O Oliveros y Roldan!
 ¡O vos el noble Angeleros
 Y Angelinos el Infante!
 Ya no os acordais de mí,
 Ni he con que os pueda honrar.
 ¡O vos, Duque Don Estolfo,
 De Inglaterra Capitan!

¡O mis señores y amigos
 Cuán lejos os veo estar!—
 Tomóle tal pensamiento
 De se haber de desterrar
 En las tierras de los moros
 Por su ventura probar.
 Estando en este propuesto
 Se tornó á Montalvan:
 Sin despedirse de alguno
 Luego al momento se va.
 Por sus jornadas contadas
 A París llegado ha,
 A Roldan fue á rogar luego
 Que le quiera acompañar
 Que se va á unos torneos
 Que hacen allende del mar.
 Don Roldan que es codicioso
 De fama y honra ganar,
 Adereza su partida
 Sin en nada discrepar.
 En forma de peregrinos,
 Por los moros engañar,
 Andando por sus jornadas
 Muy cerca van á llegar:
 Jueves era aquel dia,
 La víspera de San Juan,
 Que un torneo es aplazado
 Por ser dia principal.
 Esa noche á una floresta
 Se fueron á descansar;
 Otro dia de mañana
 Clarines oyen sonar,
 Que sacan á la Princesa
 Por las fiestas mas honrar.
 Lleva encima la cabeza
 Una corona real,
 Sus cabellos esparcidos
 Que acrecientan su beldad.
 Ella estaba tan hermosa
 Que á todos hace turbar,

Muchas doncellas delante
 Todas dicen un cantar.
 Comenzó de hablar luego
 El esforzado Roldan:
 — ¡O Dios, y qué linda dama!
 En el mundo no hay su par:
 Sin ofender á Doña Alda
 Yo la quisiera gozar.—
 Reynaldos con turbacion
 De lo que dijo Roldan,
 Con el gesto demudado
 Le comenzó de hablar:
 —Primo, escusado os fuera
 De tal suerte blasonar,
 Porque Celidonia es mia,
 Yo la entiendo de ganar.
 Si no me sois enemigo,
 En ello no habeis de hablar.—
 Con gran enojo que tiene
 Se pone encima Bayarte,
 Va derecho para el campo
 Por los torneos ganar,
 Vido muchos caballeros
 Del caballo en tierra dar.
 Mira al mas valiente dellos,
 Que era el Rey Gargaray,
 Derrocando caballeros
 Cuantos topaba á lanzar.
 Por encima del arzon
 Al moro fue á derribar,
 Al moro y caballo en tierra:
 Y al caballo fue á picar,
 Derrocando á cuantos topa
 Y podia alcanzar.
 Raras maravillas hace
 Que espanto pone en mirar.
 En esto aquel gran Rey moro
 Tornó presto á lidiar.
 Ya se parte Don Reynaldos
 Otra vez por le encontrar;

Tan fuerte golpe le diera,
 Que otra vez lo fue á lanzar:
 Con el corage el Rey moro
 No tiene en nada su mal.
 Nadie justa con Reynaldos,
 Nadie le osa esperar:
 De los golpes que reciben
 Van huyendo sin parar.
 Ya Febo se declinaba
 Hácia el Océano mar,
 Cuando el gran Rey Agolandro
 Clarines mandó sonar
 Porque paren los torneos
 Y vayan á reposar
 Hasta en el dia siguiente
 Que los tiene de acabar.
 Reynaldos iba tan fuerte,
 Que espanto pone en mirar,
 Don Roldan que cerca estaba
 Viénele luego á abrazar.
 — ¿Qué es aquesto, primo mio?
 ¿Cómo andais sin aguardar?
 Tanto holgaba de veros,
 Que olvidaba el pelear,
 Viendo vuestra gran destreza
 Contra el gran Rey Gargaray.
 — Vos lo decís, señor mio,
 Que me quereis motejar:
 Vámonos, señor, al monte,
 Do solemos albergar,
 No nos conozcan los moros,
 No entremos en la ciudad.—
 El fuerte Rey que los vido
 Comenzólos de llamar:
 — O vos, fuertes peregrinos,
 ¿Dónde vos vais á holgar?
 — Señor, vámonos al monte,
 No teniendo que gastar,
 No nos quieren dar posada
 Por Dios ni por caridad:

Pasamos al gran Mahoma
 Por su templo visitar.
 —Señores, si vos pluguiese,
 Yo vos quiero aposentar.—
 Don Reynaldos habló luego:
 —Cúmplase vuestro mandar.—
 Hiciéronles dar posada
 En acertado lugar,
 Que el moro es acostumbrado
 A romeros albergar.
 Luego les vino mensage
 Que el Rey los envia á llamar:
 Díjoles que los caballeros
 Son Reynaldos y Roldan,
 Que su amigo Galalon
 Se lo enviaba á avisar.
 Todos se ponen en armas
 Para haberlos de matar;
 El buen Rey que aquesto vido
 Altas voces fue á dar:
 —¡Ah caballeros galanes
 De corte tan principal!
 Yo no soy de parecer
 Que así se hayan de tratar
 Los mejores caballeros
 De toda la cristiandad,
 Pues que yo les dí seguro
 Yo no les puedo faltar;
 Mas luego siendo de dia
 Os podeis todos armar,
 Y como gentiles hombres
 Con ellos en campo entrar.—
 Ya se partía el buen Rey,
 Y á los romeros se va.
 —¡O los nobles caballeros,
 Reynaldos y Don Roldan!
 Seades los bien venidos
 Los dos cristianos sin par.
 Sabed que Don Galalon
 Una carta fue á enviar

En que nos dice por ella
 Que veníades á matar
 Al noble Rey Agolandro,
 Y él nos hiciera llamar,
 Do se determinó luego
 De venir á vos matar,
 Si no por respeto mio,
 Que nunca les dí lugar;
 Mas sabed que en la mañana
 En batalla habeis de entrar
 Vos y el noble paladin
 Con cuantos allí vendrán:
 Y vos, señor Don Reynaldos,
 No os podeis escusar
 Que conmigo y cuatro Reyes
 En campo os habeis de hallar;
 Por ende esforzaos mucho.—
 Luego los fuera á abrazar.
 Don Reynaldos le responde:
 —Grande es, señor, tu bondad,
 Grandemente nos obligas
 Mas que podríais pensar.—
 El Rey se despidió dellos
 Y á su casa fue á cenar.
 Otro dia, el sol salido,
 El Rey los vino á llamar:
 Ya se ponen los arneses,
 Y el Rey los ayuda á armar,
 Y cuando armados los vido
 Comenzóles de hablar:
 —¡O los nobles caballeros!
 Querádesme perdonar,
 Porque en viéndoos armados
 Enemigo os soy mortal.—
 Dicho esto fuese luego
 Sin mas palabras hablar:
 Apréstanse los dos primos
 Y á la batalla se van.
 Bayarte que ve la gente
 Espanto pone en mirar,

Dando corcobos y empinos
 Comienza de relinchar.
 Tan fuerte va para ellos
 Que la tierra hace temblar.
 Reynaldos mira á los Reyes
 Con quien ha de pelear:
 Tambien mira á Celidonia
 Que en el cadahalso está.
 Tanto corage le crece
 Que comienza de hablar:
 —¡O vosotros los Romanos!
 Todos venid á ayudar
 A aquestos cinco Reyes
 Que conmigo han de justar;
 Porque en el dia de hoy
 Yo les quiero demostrar
 Las fuerzas que Dios me dió
 Por su santa Fé ensalzar.—
 Dá de espuelas al caballo,
 En el campo fue á entrar.
 Los Reyes que entrar lo ven
 Juntos lo van á encontrar
 De tal suerte, que las lanzas
 En piezas hacen volar:
 Mas Reynaldos con esfuerzo
 Encontró al Rey Gargaray
 De tal suerte, que la lanza
 Le pasó al espaldar.
 No le duraron los otros,
 Que á todos los fue á matar,
 Y quebrada la su lanza
 A Fisberta fue á sacar
 Haciendo mil maravillas.
 Por en el campo quedar,
 Hasta topar á su primo
 El buen paladin Roldan,
 Que llevaba un gran tropel
 De morisma á mal andar.
 Despues que juntos se vieron
 Muy gran contento se dan,

Con esfuerzo denodado
 Renuevan el pelear.
 Tantos matan de los moros,
 Que no hay cuenta ni par:
 El alarido es tan grande
 Que al cielo quiere llegar.
 Alzó los ojos Reynaldos
 A do el cadahalso está,
 Vido muchos caballeros
 A la Princesa guardar,
 Allegóse para ellos
 Con muy gran ferocidad,
 El estruendo que traia
 La tierra hace temblar,
 A la bella Celidonia
 Fue en su caballo á sentar:
 Arremete con denuedo
 Por la batalla dejar.
 Los moros que aquesto vieron
 No le osaban dañar
 Por no dar á la Princesa
 Ni le hacer algun mal.
 Con sollozos y gemidos
 Que al cielo quieren llegar,
 Lloran su gran perdicion,
 La muerte de Gargaray.
 La Princesa ya vencida
 Deste que no tiene par,
 Con una voz delicada
 Comenzóle de hablar:
 —¡O señor en qué peligro
 Os poneis en me llevar!
 Mas querria yo morir
 Que no vuestro peligrar.—
 Abrazándola muy fuerte
 En el rostro fue á besar;
 Por sus delicados ojos
 Lágrimas vieron saltar,
 Temiendo de lo perder,
 Viéndolo tanto aquejar,

Que su rostro de Reynaldos
 En agua hizo bañar.
 Vuélvese á consolarla
 Con amoroso hablar:
 — Esforzad, señora mia,
 No querades desmayar. —
 Ellos estando en aquesto
 Su hermano fuera á llegar;
 Dádola ha cruel herida,
 Su cuerpo le fue á pasar
 En los brazos de Reynaldos,
 Que su fin fuera á causar:
 Con voz ronca y muy plañida
 Comenzara de hablar:
 — ¡O amor mio y mi bien!
 De mí os querais acordar;
 Pues yo recibo la muerte
 No me querais olvidar,
 Sabiendo vos, amor mio,
 Que os iba yo á acompañar,
 Dejando yo al Rey mi padre
 Con tanto enojo y pesar.
 ¡O qué pena y qué pasion
 Llevo en aqueste pensar! —
 El rostro se le desmaya,
 La habla fuera á cesar,
 Con un suspiro muy fuerte
 Vieron su fin allegar.
 Don Reynaldos que esto viera
 El color perdido ha;
 Con voz triste y dolorosa
 Comenzóse á lamentar:
 — ¡Ay desdichado de mí!
 Ya no me quiero nombrar
 El esforzado Reynaldos,
 Ni él me quiero llamar.
 ¡O muerte! ¿por qué no vienes?
 No quiero vivo quedar.

¡O Celidonia, amor mio!
 ¿Dónde te iré yo á buscar?
 Yo fui de tí homicida,
 Yo solo te fui á matar:
 ¡O traidor, mal caballero!
 ¿Qué piensas aquí aguardar? —
 Vuélvese contra los moros
 Para en ellos se vengar,
 Puso en tierra á Celidonia
 Sintiendo mucho su mal;
 Va buscando al caballero
 Que le hizo tal pesar,
 Hiriendo y matando moros
 Cuantos podia topar.
 Hace tal matanza en ellos
 Que es cosa para espantar;
 Hasta topar su enemigo
 No deja de atropellar.
 Vídole andar en batalla
 Que parece un gavilan:
 Arremetió para él
 Con esfuerzo singular,
 Trabóle por los cabellos,
 Del caballo lo fue á echar,
 Atóle fuerte los pies,
 Y al suyo lo fue á pasar.
 Desde á su guisa lo tuvo
 Tornó presto á cabalgar,
 Va atropellando los moros
 Hasta su primo topar.
 Despues que juntos se vieron
 Comienzan de caminar
 Para la noble de Francia,
 Llevando muy gran pesar.
 La muerte de Celidonia
 No le deja consolar
 Hasta ver á Galalon
 Que tanto mal fue á causar.

Id. de la conquista de los reinos de Aliarde por Roldan y Reynaldos de Montalvan. (Anónimo).

Estábase Don Reynaldos
 En París esa ciudad
 Con su primo Malgesí,
 Que bien sabe adivinar.
 Estábase preguntando,
 Él le quería demandar:
 —Primo mio, primo mio,
 Primo mio natural,
 Mucho os ruego de mi parte
 Me lo querais otorgar,
 Pues que de nigromancia
 Es vuestro saber y alcanzar,
 Que me digais una cosa
 Que yo os quiero demandar:
 La mas linda muger del mundo
 ¿Dónde la podria hallar?
 —Pláceme, dijo su primo,
 Pláceme de voluntad. —
 Luego mandó á un espíritu
 Que dijese la verdad,
 O se la trajese delante
 Presto sin mas se tardar.
 Él, como era apremiado,
 Dijo luego su mandar,
 Que el Rey moro Aliarde
 Tenia hija de poca edad,
 Que en el mundo no habia otra
 Que fuese con ella igual:
 Este tiene el reino lejos,
 Tiénelo allende la mar,
 En tierras muy apartadas
 Que no eran de conquistar.
 Reynaldos de que esto supo
 No quiso mas aguardar;
 Pidió licencia al Emperador,
 Él se la fue luego á dar,

No se la diera de grado,
 Mas contra su voluntad,
 Que se queria ir á los reinos,
 Que estaban allende el mar,
 Del moro Rey Aliarde,
 Para con su hija hablar.
 Despidióse del Emperador,
 De los doce otro que tal.
 Ya se parte Don Reynaldos,
 Ya se parte, ya se va,
 Íbase para los reinos
 Que estan allende la mar:
 Con él iba un pagecico
 Que lo solia acompañar.
 Andando por sus jornadas
 Al reino fue á llegar:
 Fuérase para la villa
 Do el Rey moro suele estar:
 Hallólo en sus palacios,
 Que se queria armar,
 Porque así lo acostumbraba
 Por mas se asegurar,
 Y luego que hubo llegado
 El Rey le fue saludar:
 —¿De dónde es vuestra venida?
 ¿O cómo os soleis nombrar?
 —Señor, soy un caballero,
 De Francia es mi natural:
 Desterróme el Emperador,
 En Francia no puedo entrar,
 Por eso vengo á servir
 A tu Alteza real.
 —Pues que venís muy cansado
 De tan largo caminar,
 Reposad en mi palacio,
 Que podreis bien descansar.—

Don Reynaldos pidió un laud,
 Que lo sabia bien tocar:
 Ya comienza de tañer,
 Muy dulcemente á cantar,
 Que á todo hombre que lo oia
 Parecia celestial.
 Bien lo oia la Infanta,
 Y holgaba de lo escuchar:
 Desde que lo vió tan gracioso,
 De gracias muy singular,
 El amor que nunca cesa
 En ella fue aposentar.
 Tales fueron sus amores
 Que no los podia encelar;
 Amores de Don Reynaldos
 No la dejan reposar.
 Tambien se enamoró él de ella,
 ¡Tanta era su beldad!
 Enviólo á llamar la Infanta
 Que viniese á le hablar;
 Muy cortés y mesurado
 Las manos le fue á besar;
 La Infanta era discreta
 Y no se las quiso dar;
 Mas antes sus corazones
 Eran de conformidad,
 Que de verse el uno al otro
 Comienzan á desmayar:
 Desmayan los corazones
 Pero no la voluntad.
 Despues de ya recordados
 Comenzaron de llorar,
 El uno y otro decian
 Palabras de grande amar.
 —Por tus amores, señora,
 Vine de allende la mar,
 Por veniros á servir
 Dejára mi natural:
 He dejado yo mis tierras,
 Al Emperador quise dejar,

He dejado muchos amigos
 Que me solian honrar,
 He dejado á los doce,
 Dellos era principal.—
 Allí habla la Infanta,
 Bien oireis lo que dirá:
 —Pues por mí os desterrastes,
 Y acá os quisistes llegar,
 Tened confianza en mí
 Que lo entiendo bien pagar:
 Por eso, amigo mio,
 Comenzáos de alegrar;
 Mucho os ruego que esta noche
 No me querades faltar,
 Que vengais solo á mi cámara
 Adonde yo suelo estar,
 Porque allí solos entrambos
 Placer nos podamos dar.
 —Nunca quiera Dios, señora,
 Ni la santa Trinidad,
 Que yo tocase en la honra
 A la corona real,
 Pues me tiene vuestro padre
 Por caballero leal.—
 Respondióle la Infanta
 Enojada en le escuchar.
 —¿Lo que habeis vos de rogarme
 Os tengo yo de rogar?
 Pues yo os juro por mi ley,
 Por la ley de Mahomá,
 Que si no haceis lo que digo
 Que luego os mande matar.—
 Don Reynaldos con esfuerzo
 Tal respuesta le fue á dar:
 —Que le costase la vida,
 Mas no podia aventurar,
 Y que sin falta vernia
 Por hacer su voluntad.—
 Aquella noche siguiente
 Gran placer ambos se dan,

Otro día de mañana
 A su posada se va.
 No pasaron muchos días,
 Pocos fueron á pasar,
 Que el traidor de Galalon,
 Aquel traidor desleal,
 Envió cartas á Aliarde,
 Cartas para le avisar
 Como en su corte tenia
 Don Reynaldos de Montalvan,
 Que á otra cosa no habia ido
 Sino á lo deshonorar:
 Que guardase bien su hija
 No se la quisiese fiar,
 Que no fue por otra cosa
 Sino por amor tomar.
 El Rey que vidó las cartas
 Los suyos mandó llamar,
 Porque tomen á Reynaldos
 Y lo huyan de aprisionar.
 Tomólo gran gente d'armas,
 Por mas seguro tomar
 Écuaule en una prision
 De muy grande escuridad.
 Aconsejóse con los suyos,
 Tomó consejo real,
 Qué debian hacer al triste,
 O qué castigo le dar.
 Hallaron por sus derechos
 Por la razon natural,
 Pues habia sido traidor
 A la corona real,
 Que era digno de la muerte,
 Y se la hubiesen de dar.
 Todos firman la sentencia,
 El Rey la fue á firmar:
 La sentencia ya era dada
 Para hacello degollar.
 Allí estaba un pagecico
 Que la Infanta fue á criar,

Va corriendo á la Infanta
 De priesa y no de vagar:
 Sola estaba la Infanta,
 A nadie queria escuchar,
 Entra el page por la puerta,
 Comiénzale de hablar:
 — Por amor de vos, señora,
 Hoy se hace gran crueldad,
 Que á aquel caballero estraño
 Por vos lo quieren matar. —
 De lo que dijo el pagecico
 Ella tuvo gran pesar:
 Vase para los palacios
 Donde el Rey solia estar,
 Tal entraba por la puerta
 Que á todos queria matar.
 — ¿Q'es aquesto, señor padre?
 Aquesto ¿qué puede estar?
 Sin saber cierto las cosas
 ¿Al cabo quereis llegar?
 La sentencia que habeis dado
 Vos la querais revócar,
 Que si Don Reynaldos muere
 Primero á mí heis de matar,
 Pues la verdad no sabiendo
 Vos me quereis disfamar.
 Las cartas de Galalon,
 Las que él os quiso enviar,
 Son por volveros con él,
 Son para hacelle matar,
 Por envidia que dél tiene
 Por querer con vos estar,
 Que en París ni en toda Francia
 Nadie le puede igualar;
 Por eso os ruego, señor,
 La vida le querais dar.
 — Pláceme, respondió el Rey,
 Pláceme de voluntad;
 Mas con una condicion,
 Que en mis reinos no ha de estar. —

Allí luego la Infanta
 Las manos le fue á besar:
 Mándanle quitar los grillos
 Y de la prision sacar;
 Entonces luego el buen Rey
 Le mandara desterrar.
 Ya se parte de la corte
 Con dolor y gran pesar
 Por dejar á su señora,
 Y con ella no quedar.
 Maldecia su ventura,
 No cesaba de llorar,
 A sus jornadas contadas
 En Francia fue él á llegar,
 Íbase luego derecho
 A la villa de Montalvan.
 El Rey quedaba pensoso,
 A su hija queria casar,
 Mas no sabia con quién
 A su honra la pudiese dar.
 Envió cartas por el mundo,
 Todo el mundo en general,
 Que quien quisiese su reino
 Y con su hija casar,
 Que dentro de treinta dias
 Viniese á su corte real
 Para hacer un torneo
 Para mas honra ganar,
 Y el que mejor lo hiciese
 Con la Infanta haya casar.
 Don Reynaldos que esto supo
 Mucho se fue á alegrar,
 Porque si él allá se iba
 El campo entiende ganar.
 Luego pidió su caballo,
 Las armas otro que tal,
 Y mucho rogó á su primo,
 A su primo Don Roldan,
 Que se quisiese ir con él
 Por mayor honra llevar.

Ya se parte Don Reynaldos,
 Con él iba Don Roldan,
 Y por jornadas contadas
 Al reino llegado han.
 Sabido por Galalon
 Que á tierra de moros van,
 Luego envió un mensajero
 Para el Rey moro avisar,
 Que su criado Don Reynaldos
 Y su primo Don Roldan
 Eran idos á su reino
 Para habello de matar.
 Cuando el Rey supo tal nueva
 Dello se fue á maravillar:
 Envió á hombres d'armas
 Que los fuesen á buscar.
 Allí habló un caballero,
 Bien oireis lo que dirá:
 —Vergüenza es de tanta gente
 A dos solos ir á buscar:
 Dédesme licencia á mí,
 Que yo solo quiero andar.—
 Dijo el Rey que le placia
 De muy buena voluntad.
 Ya se partia aquel moro,
 Ya se va por los buscar;
 Vase para una posada
 Adonde él solia posar:
 En entrando por la puerta
 Con ellos fuera á encontrar:
 Conoció á Don Reynaldos
 Que con él solia holgar.
 —Pésame mucho de vosotros,
 En mí tengo gran pesar,
 Que el Rey sabe estais aquí,
 Haos mandado matar:
 Yo os ruego mucho, señores,
 Que me digais la verdad,
 Porque el Rey tenia cartas
 Que Galalon le fue á enviar

Avisándole de cierto
 Que le queríades matar.—
 Respondiera Don Reynaldos:
 —Nunca Dios quiera lo tal,
 El Rey no es mi enemigo,
 Ni yo lo queria mal;
 Mas hemos venido al campo
 Que el Rey mandó pregonar.—
 Mucho se holgó el moro
 De tal razon escuchar,
 Que viniesen en hora buena
 Para el campo á pelear.
 Otro dia de mañana
 Comiéznanse de aparejar,
 Y sálense luego al campo
 Donde habian de tornear.
 Mataron tantos de moros,
 Que no hay cuento ni par.
 Bien veía la Infanta
 A Reynaldos y á Don Roldan,
 Lloraba de los sus ojos
 Que no les podia ayudar.

Envióles un pagecico
 Que fuesen á la hablar,
 Que se lleguen al castillo
 Porque lo queria probar.
 Ellos rompiendo la gente
 Al castillo llegado han:
 La Infanta cuando los vido
 De allí se dejó colgar,
 Tomándola Don Reynaldos
 En su caballo á cabalgar.
 Mataron tantos de moros,
 No tienen cuento ni par;
 Por mas moros que vinieron
 No se la pueden quitar:
 A sus jornadas contadas
 A París fueron llegar.
 El Emperador cuando lo supo
 A recibírselos sale,
 Con él salen los doce Pares
 Y toda la corte real.
 Si hasta allí eran esforzados
 Despues eran mucho mas.

*Id. del desafio de Oliveros y Montesinos por los amores
 de Aliarda. (Anónimo). (1)*

En las salas de París,
 En el palacio sagrado
 Donde está el Emperador
 Con su imperial estado,
 Tambien estaban los doce
 Que á una mesa se han juntado,
 Obispos y Arzobispos
 Y un Patriarca honrado.
 Despues que hubieron comido
 Y las mesas se han alzado,

Ya se levanta la gente,
 Todos iban paseando
 Por una sala muy grande,
 Unos con otros hablando.
 Unos hablan de batallas,
 Que las han acostumbrado,
 Otros hablan de amores,
 Los que son enamorados.
 Montesinos y Oliveros
 Mal se quieren en celado,

(1) Con muchas variantes se halla tambien en la Floresta y en la Silva de varios romances.

Con palabras injuriosas
 Oliveros ha hablado.
 Las palabras fueron tales,
 Que desta suerte ha empezado:
 — Montesinos, Montesinos,
 ¿Cuánto ha que os he rogado
 Que de amores de Aliarda
 No tuviéredes cuidado,
 Que no sois para servirla,
 Ni para ser su criado?
 Si no por el Emperador
 Yo os hubiera castigado.—
 Montesinos que esto oyera
 Túvose por injuriado,
 La respuesta que le dió
 Fue como de hombre esforzado.
 — Buen caballero Oliveros,
 Mucho estoy maravillado,
 Siendo hombre de buen linage
 Siempre entre buenos criado,
 Que vos á mí deshonor
 Bien debia ser escusado;
 Que si tuviera yo espada
 Como vos teneis al lado,
 Las palabras que digistes
 Bien os hubieran costado.—
 Oliveros q' esto oyera
 En la espada puso mano:
 Fuese para Montesinos
 Como hombre muy airado.
 Montesinos no tiene armas,
 Decendióse del palacio,
 Los ojos puestos en el cielo
 Juramentos iba echando
 De nunca vestir loriga,
 Ni cabalgar en caballo,
 Ni comer pan en manteles,
 Ni nunca entrar en poblado,
 Y de no rapar sus barbas,
 Ni oír misas en sagrado,

Ni llamarse Montesinos,
 Hijo del Conde Grimaltos,
 Hasta que venga la mengua
 Que Oliveros le ha dado.
 En llegando á su posada
 Fue muy prontamente armado:
 Pone el yelmo en su cabeza,
 Vístese un arnés tranzado,
 Mandó sacar una lanza
 Que él tenia en apartado;
 Esta lanza era muy fuerte
 Y el hierro bien acerado.
 Ya es armado Montesinos,
 Ya cabalga en su caballo,
 Las cartas que tiene escritas
 A un page se las ha dado,
 Que las lleve á Oliveros
 Y se las diese en su mano,
 Y le diga que lo aguarda
 Montesinos en el campo,
 Armado de todas armas
 Y el caballo encubertado.
 Ya se parte el mensagero
 Con las cartas que le ha dado;
 En casa del Emperador
 A Oliveros ha hallado,
 Y con grande reverencia
 El page lo ha llamado.
 Oliveros, que es discreto
 Y hombre muy bien criado,
 Apartóse con el page
 En un lugar apartado;
 Preguntó lo que queria,
 O quién le habia enviado.
 El page cuando esto oyó
 Las cartas le hubo mostrado,
 Y Oliveros que las vido
 Dijo que él daría recaudo.
 Ya se parte el pagecico,
 Ya se sale del palacio:

El plazo que Montesinos
 A Oliveros hubo dado
 Fue cuatro horas de tiempo
 Que le aguardaria en el campo,
 Y si al plazo no viniese
 Que traidor sería llamado.
 El acudió de tal suerte,
 Que seis horas han pasado;
 Tanto aguardó Montesinos,
 Que ya estaba enojado.
 Mientras que en el campo anduvo
 A Oliveros esperando,
 Vió venir un caballero
 Que llamaban Don Reynaldos;
 De linage era su primo,
 Y en voluntad mas que hermano.
 Las palabras que le dijo
 Desta manera ha hablado:
 — Montesinos, Montesinos,
 ¿Qué haceis, mi primo hermano?
 Que segun del modo os veo
 Vos estais mal enojado.
 Alguno os desafió
 Y vos lo estais esperando,
 Porque no siento otra cosa
 Que os detuviese aquí armado.—
 Montesinos que esto oyera
 Tal respuesta le hubo dado:
 —La causa que así me halleis
 Yo os la contaré de grado:
 Un presente-hoy me trujeron,
 Y en él vino este caballo,
 Mas vos sabeis mi costumbre,
 Que si caballo me han dado,
 El primer dia que á mí viene
 Ha de ser muy bien probado:
 Yo por ver qué tal es este
 He subido en él armado.—
 Don Reynaldos que esto oyera
 Esta respuesta le ha dado:

— Montesinos, Montesinos,
 Vuestro hablar es escusado:
 Vos á mí no me negueis
 Por qué estais desafiado —
 Montesinos que esto vido
 Que lo sabia Don Reynaldos,
 Luego sin mas dilacion
 La verdad hubo contado.
 — Vos sabeis, mi señor primo,
 Que hoy dentro en el palacio
 Yo y vuestro primo Oliveros
 Andábamos paseando:
 De unas razones en otras
 Él me ha mal injuriado,
 Diciendo que de Aliarda
 Yo no tuviese cuidado,
 Que no era para servirla
 Ni para ser su criado,
 Que si mirado no hubiese
 Al gran Emperador Carlos,
 Por el enojo que le hice
 Ya me hubiera castigado.
 Yo le dije que hablaba
 Mal y muy desmesurado,
 Y él echó mano á la espada
 Y embrazóse de su manto.
 Yo hallándome sin armas
 Descendíme del palacio,
 Fuime para mi posada
 Muy triste y muy enojado,
 Armeme con estas armas
 Con que vos me hallais armado,
 Cartas envié á Oliveros
 Que le aguardaba en el campo,
 Cuatro horas le dí de tiempo
 Que le estaria esperando,
 Y si en esto no viniese
 Que traidor sería llamado.
 Pasadas son las cuatro horas,
 Otras dos habian pasado.—

Don Reynaldos que esto oyó
 Esta respuesta le ha dado:
 — Si quereis vos, Montesinos,
 Yo iré presto á llamarlo,
 Si no quiere oirlo de lengua,
 Decírselo he por las manos;
 Si él no quisiere venir
 Para vos y mí, sean cuatro.
 Ellos estando en esto
 Oliveros ha llegado,
 No como hombre de pelea,
 Sino como enamorado,
 Y viene muy gentil hombre,
 Mas tambien muy bien armado.
 En llegando á Montesinos
 Desta suerte le hubo hablado:
 — Montesinos, Montesinos,
 ¿Qué es esto, traidor malvado,
 Que la fé que tú me diste
 Hásmela muy mal guardado?
 Digistes que estarias solo,
 Y hállote acompañado. —
 Montesinos que esto oyó
 Tal respuesta presto ha dado:
 — Oliveros, Oliveros,
 De esto no esteis enojado,
 Que si compañía tengo
 Cierto vos lo habeis causado.
 Si viniérades á tiempo
 Al plazo que os habia dado,
 La compañía que tengo
 No la hubiérades hallado,
 Que por caso ó por desdicha
 El me halló aquí armado,
 Él me preguntó qué habia,
 Yo bien me hube escusado,
 Mas por importunacion
 Sabed que yo le he contado
 Lo que está entre vos y mí,
 Y lo que yo hube pasado:

Mas yo haré juramento
 Donde vos querais tomallo,
 Que por esta compañía
 No sereis perjudicado,
 Sino que él se irá á París
 Quedando nos en el campo.
 — Pláceme, dijo Oliveros,
 Desto que habeis hablado. —
 Reynaldos se entró en París
 Y ellos quedan en el campo.
 Íbanse de par en par,
 Y juntos lado con lado,
 Hasta llegar á la huerta
 Donde el campo se habia dado.
 Despues que dentro se vieron
 Montesinos ha hablado:
 — Ahora es tiempo, Oliveros,
 Que se vea el mas esforzado. —
 Vanse el uno para el otro,
 Recios encuentros se han dado,
 Los golpes han sido tales
 Que entrambos se han derribado:
 Media hora y mas estuvieron
 Que ninguno ha hablado.
 Ya despues que esto pasó
 El uno se ha levantado,
 Fuese para Oliveros,
 Desta suerte le ha hablado:
 — Buen caballero, no esteis
 Por tan poco desmayado,
 Echemos mano á las hachas,
 Pues las lanzas se han quebrado. —
 Oliveros que esto oyera
 Muy presto fue levantado:
 Danse tan terribles golpes
 Que presto se han desarmado,
 Las piezas de los arneses
 Vereis rodar por el campo.
 Oliveros que esto vido
 Desta suerte le ha hablado:

—Echá mano por la espada
 Pues que ya estais desarmado.—
 Montesinos que esto oyera
 Presto la espada ha sacado:
 Hiérense de tales golpes
 Que mal se han aparejado.
 Ellos estando en aquesto
 Un cazador ha llegado,
 Quiso poner entre ellos,
 Hanle mal amenazado
 Que si entre ellos se pone
 Que él será muy mal tratado.
 El cazador que esto oyera
 Para París ha marchado,
 Y á grandes voces decia
 Muy triste y acongojado:
 —¿Qué es de tí, el Emperador,
 Que hoy pierdes todo tu estado?
 Hoy entre los doce Pares
 Veo gran ruido armado,
 Y el imperio de París
 Todo escandalizado.—
 Oyólo el Emperador
 Donde estaba en el palacio,
 Mandó luego que le llamen
 Al que tal iba hablando.
 Ya es llegado el cazador
 Do está el Emperador Carlos,
 Y estas palabras le dice
 Con temor demasiado:
 —Señor, sepa vuestra Alteza
 Que hoy andando cazando
 En la huerta de Sant Dionis,
 Dentro en ella yo me he hallado
 A Montesinos y á Oliveros
 Que se habian desafiado:
 La sangre que dellos corria
 Tenia las yerbas del campo,
 Que si ellos ya no son muertos,
 Estarán muy mal tratados.—

El Emperador que esto oyera
 Muy presto hubo cabalgado
 Con todos los caballeros
 Los que allí hubo hallado.
 De Oliveros iba un primo,
 Y tambien iba un su hermano,
 Y el padre de Montesinos,
 Ese Conde Don Grimaltos.
 Cada uno tiene parientes,
 Y van escandalizados.
 El Emperador que esto vido
 Pregonar luego ha mandado
 Que de manos ni de lengua
 Ninguno sea osado
 De decir descortesía,
 Ni quision hayan buscado,
 Y quien quision revolviese
 Fuese luego degollado.
 Por miedo de aquel pregon
 Todo hombre va limitado.
 En allegando á la huerta
 El Emperador ha entrado:
 Por el rastro de la sangre
 Los caballeros ha hallado,
 El uno caido á una parte,
 Otro caido á otro lado.
 Llamó á sus caballeros
 Los que le han acompañado:
 Cuando la gente los vió
 Vereis hacer un gran llanto;
 Unos dicen *¡ay mi primo!*
 Otros dicen *¡ay mi hermano!*
 El Conde Grimaltos dice
¡Ay mi hijo mal logrado!
 Cuando el Emperador vido
 Su pueblo escandalizado,
 Mandó traer unas andas
 En que pudiesen llevarlos
 A aquellos dos caballeros
 Que se habian maltratado.—

Que los lleven á París
 Dentro del real palacio,
 Doctores y bachilleres
 Que viniesen á curarlos.
 Fue la voluntad divina
 Que á poco tiempo pasado
 Les hallan tal mejoría
 Que se han mucho remediado.
 Ya sanos los caballeros,
 Y Dios que les ha ayudado,
 Mandóles el Emperador
 Que amigos hayan quedado.
 Cásanlos con sendas damas

Las mas lindas del palacio,
 Y púsoles grandes penas
 Que ninguno sea osado
 De hablar con Aliarda
 Ni de ser su enamorado,
 Y quien esto quebrantase
 De la vida sea privado.
 Así quedaron amigos
 Y el imperio asesegado.
 Luego Aliarda casó
 Con un caballero honrado,
 Quedaron todos contentos
 Y aun el romance acabado.

Id. del destierro de Reynaldos y conquista de Trapisonda.
 (Anónimo).

Ya que estaba Don Reynaldos
 Fuertemente aprisionado,
 Para haberlo de sacar
 A luego ser ahorcado,
 Porque el gran Emperador
 Así lo habia mandado,
 Llegó el valiente Roldan
 De todas armas armado
 En el fuerte Briador
 Su poderoso caballo,
 Y la fuerte Durlindana
 Muy bien ceñida á su lado,
 La lanza como una entena,
 El fuerte escudo embrazado,
 Vestido de fuertes armas
 Y él con ellas encantado:
 Por la visera del yelmo
 Fuego venia lanzando;
 Retemblando va la lanza
 Como un junco muy delgado,
 Y á toda la hueste junta
 Fieramente amenazando:
 — Nadie en D. Reynaldos toque

Si quiere ser bien librado:
 Quien otra cosa hiciere
 El será tan bien pagado,
 Que todo el resto del mundo
 No le escape de mi mano,
 Sin quedar pedazos hecho,
 O muy bien escarmentado. —
 Serenos estaban todos
 Hasta ver en qué ha parado,
 Nadie no se removía
 Contra tan buen abogado.
 Allí el fuerte Don Roldan
 Junto á Carlos se ha llegado
 Diciendo de esta manera
 De encima de su caballo:
 — No es cosa de Emperador
 Lo que tienes ordenado;
 El caballero se viene
 De su voluntad y grado.
 ¿Cómo es aquesto, señor,
 Que así ha de ser tratado
 La flor de los caballeros
 Como claro está probado?

¿Cómo así tu propia sangre,
 Tan cercano emparentado
 Que manso como un cordero
 Ante tí se ha presentado,
 Sabiendo tu Magestad
 Que nadie hubiera bastado
 Ni el mundo todo junto
 A prendello ni matallo,
 Y mas agora, señor,
 Que estaba tan prosperado,
 Y pudiera correr tus tierras
 Y mas conquistar tu estado,
 Como otras veces solia
 Tenerte en París cercado
 Cuando tú, ni por tí nadie
 Le osaba salir al campo,
 Quieres tú quitar la vida
 A quien á tí te la ha dado?
 No una vez sino ciento
 De peligros te ha sacado,
 Poniéndose á la muerte
 Por acrecentar tu estado.
 ¿Y este pago le tenias
 Dí, señor, aparejado?
 Si á todos pagas así,
 ¿Tú serás harto afamado!
 ¿De excelente pagador
 Rica fama habrás ganado!—
 Respondió el Emperador
 Como mal aconsejado:
 —¿Oh cómo hablas, sobrino,
 Con rostro tan enojado!
 ¿No sabeis que este traidor
 Muchas veces ha robado?
 Por caminos y carreras
 Las gentes ha despojado:
 Ya muchos piden justicia
 De los que él ha salteado,
 Y si lo soltamos agora
 Volverá á lo regostado.—

Allí dijo Don Roldan:
 — Eso tú lo has causado;
 Diérasle tú en que viviera
 De cuanto te ha acrescentado,
 ¿Y por qué razon, señor,
 Jamas te has acordado?
 A otros menores que él,
 Y que menos te han honrado,
 Muy muchas villas y tierras
 De tu mano les has dado,
 Y aqueste que es el mejor
 Siempre fue de tí olvidado.
 ¿De qué habia de vivir
 Andando continuo armado?
 Con sus brazos vigorosos
 Muchas veces ha librado
 La cristiandad de peligro
 Del cruel pueblo pagano.
 Bien sabeis que ya los moros
 Todos dél estan temblando,
 Y que por su miedo dél
 Contigo se han concertado:
 Por estar seguros dél
 Las parias te han enviado,
 Y agora si ellos tuviesen
 El seguro de su mano,
 Yo sé bien que no tardasen
 En haberse levantado,
 Por donde la cristiandad
 Harto mal habria ganado.
 Digo que no es de perder
 En tus reinos tal vasallo;
 Tristes serán los cristianos
 Por tal brazo que han cobrado:
 Si lo perdiesen agora
 No volverán á cobrallo,
 Porque ya no vuelven todos
 Por su vida, honra, ni estado,
 Que hoy todo junto lo pierde,
 Si de Dios no es remediado.

¡O caballeros de Francia!
 Decí, ¿habeis olvidado
 De cuántas graves afrentas
 Renaldos os ha sacado?
 ¿Por qué agora consentís
 Ante vos ser tal tratado
 Vuestro fuerté Capitan,
 De todos primo ú hermano?
 No consienta nadie, no,
 Tan gran tuerto ser pasado,
 Que juro por Sant Dionis,
 Y al Eterno soberano,
 Que en lo tal yo no consienta
 Ni tal será ejecutado,
 O todo el mundo se guarde
 De mi espada y de mi mano;
 Que si tal se ejecutare
 Será de mí tan vengado,
 Que toda Francia lo llore
 Por no habello remediado.
 Tírense todos afuera,
 No sea nadie tan osado
 De querer luego estrenar
 Lo que yo tengo jurado.
 Sus de presto, Maganceses,
 Afuera, afuera, priado,
 No me pare mas ninguno,
 Buscad veredas temprano. —
 Viérades á Galalon
 Con su Maganza temblando,
 Y tanto, que él no quisiera
 Ser allí entonces hallado:
 Y tornando á Carlos luego,
 Prosiguiendo en su hablado,
 Dijo: — ¿Qué quieres, señor,
 Que persigues á Renaldos?
 Dí, ¿no sabes tú, señor,
 Y está muy claro probado
 Que lo mas que él tenia
 Haberlo á moros ganado?

Debríate ya bastar
 Que á perder lo has echado
 Destruyéndole una villa
 Sola que Dios le habia dado.
 Si la cabeza do sale
 Todo aquesto en que has andado
 Ella fuese ya cortada
 Quedaria sosegado
 Todo el tu gran imperio
 Que no te cantase gallo. —
 Respondió el Emperador
 Algun tanto ya amansado:
 — ¡O mi querido sobrino!
 No te tornes tan airado,
 Ni pases mas adelante
 Lo que llevas comenzado:
 Hágase como quisieres
 Y sea luego soltado;
 Mas con esta condicion,
 Que lo doy por desterrado
 Con gran pleito y homenaje
 Que ante mí haya jurado,
 Que solo y sin compañía
 A Jerusalem descalzo
 En hábito de romero
 Sea luego encaminado,
 Y que mas aquí no pare
 Del tercero dia pasado,
 Y jamas no torne en Francia
 Sin mi licencia y mandado;
 Y que su muger é hijo
 Acá se hayan quedado,
 Y su hermano tambien
 Todos á muy buen recaudo,
 Porque si él algo hiciere
 En ellos seré vengado.
 Lo cual así se cumplió,
 Segun de suso es contado,
 Que luego al tercero dia
 Reynaldos se ha aparejado

De esclavina y de bordon
 Y una maleta á su lado,
 Para echar las limosnas
 Que por Dios le hubiesen dado.
 Vistió una gruesa camisa
 Como penitente armado,
 Llorando de los sus ojos
 Con corazon traspasado,
 Despidiéndose en la corte
 De cuantos lo han amado.
 Y á todos los doce Pares
 Mucho les ha encomendado
 Que por su muger é hijitos
 Por ellos hayan mirado,
 Y tambien por sus hermanos
 Que en prision los ha dejado,
 Diciendo que por ventura
 Jamas sería tornado,
 Mas quizá en algun tiempo
 Les sería bien pagado
 A todos los que miraren
 Por las prendas que ha dejado.
 Sus lágrimas eran tantas
 Que á todos han convidado
 A quebrar sus corazones
 De verlo tan lastimado.
 Ya se va nuestro romero
 Del todo desconsolado:
 De toda la cristiandad
 Iba ya desamparado,
 Aunque él por muchas veces
 La habia bien abrigado,
 Defendiéndola de moros
 Con corazon esforzado.
 Capitan de los cristianos
 Por el mundo era llamado,
 Tal fuerza contra paganos
 Por jamas se ha hallado:
 Mas al cabo de tres dias
 Que así desnudo y descalzo

Caminaba con paciencia
 Con su bordon en la mano,
 Y con espesos gemidos
 Y suspiros que iba dando,
 Don Roldan fue en pos de él
 En su ligero caballo,
 Y alcanzólo á una montaña
 Saliendo por un atajo.
 De que Renaldos lo vido
 A mal lo hubo tomado,
 Mas el leal Don Roldan
 Otro llevaba pensado,
 Pues le dijo luego así
 Al momento y en llegando:
 — ¡O flor de caballería!
 ¿Dónde vas tan desmayado?
 ¿Qué es de tus caballerías?
 ¿Dónde las has ya dejado?
 ¿Qué es de las tus fuertes armas?
 ¿Qué es de tu fuerte caballo?
 Ves aquí tu buena espada,
 Cata aquí do te la traigo,
 Torna, torna, señor primo,
 Que yo haré sea alzado
 El destierro al cual tú fuiste
 Tan á tuerto sentenciado.
 No me tengan por Roldan
 Si no fuere así acabado,
 Que yo sacaré del mundo
 A quien quisiere estorballo,
 Porque tan buen caballero
 No sea en Francia faltado,
 Que mas vales tú que todos
 Cuantos allá han quedado.—
 Mas por mas que le rogó
 Nada le fue otorgado,
 Ni jamas volvió con él
 A lo que le era rogado
 Por no dejar su camino
 A cumplir lo que ha jurado,

Que entre buenos caballeros,
 Así es acóstumbrado
 De perder antes la vida
 Que no hacer quebrantado
 El homenaje que hacen
 Donde les es demandado.
 Mas tomó su rica espada
 Que Roldan le había llevado
 Para llevarla secreta
 Debajo su pobre hato,
 Por si algo le viniese
 Que tenga de que echar mano.
 Así los dos se despiden
 Harto gimiendo y llorando,
 Que peor les fue el partir
 Que no morir peleando:
 Mas aquel noble guerrero
 Mucho se va encomendando
 Al muy alto Jesucristo,
 Por el cual él fue guiado
 A las tierras del gran Can,
 Que fue muy maravillado
 Que tan alto caballero
 Ante él fuera llegado
 Tan descalzo y tan desnudo,
 Tan hambriento y fatigado.
 Mas como quiera que fuesen
 En el tiempo ya pasado
 Ambos hermanos en armas
 Gran fiesta le ha ordenado,
 Y despues que le contó
 Todo su hecho pasado,
 El gran Can le respondió:
 —¡O mi buen señor y hermano!
 Pídeme lo que quisieres
 Para volver contra Carlos:
 Ves aquí do tengo junto
 Nuestro gran poder pagano,
 Que no hay cosa que no hagan
 Por mi servicio y mandado;

Irán conmigo y contigo
 Para hacerte bien vengado,
 Y segun, señor, tú eres
 En armas tan estimado,
 Con este tan gran poder
 Que de acá hayas llevado
 Muy de presto podrás ser
 En cristianos coronado,
 A pesar de quien pesare
 Sin poder ser estorbado,
 Que mas pertenece á tí
 Que no aquel falso de Carlos,
 Pues tan mal ha conocido
 Cuanto le has administrado.
 —No lo mande Dios del cielo,
 Le respondé Don Reynaldos,
 Que yo quiebre el homenaje,
 Pues en Francia hube jurado
 Que yo ni otro por mí
 No vuelva contra cristianos.—
 Vista ya su voluntad
 El gran Can fue acordado
 Por complacer á Renaldos
 Y subirlo en alto estado,
 Que sería bueno ir
 Con treinta mil de á caballo
 Sobre aquel Emperador
 De Trapisonda nombrado,
 Que muy mucho mal hacia
 A todos sus comarcanos,
 Usurpándoles las tierras
 Por fuerza, que no de grado.
 Reynaldos que tal oyó
 Presto fue aparejado
 No de esclavina y bordon,
 Ni menos maleta al lado,
 Mas de buen caballo y armas
 En lo que era acostumbrado.
 Tomando los treinta mil
 Tales mañas se ha dado,

Como aquel que en ellas era
 Maestro bien afamado.
 Halló al Emperador
 Que tenia puesto campo
 Sobre una gran ciudad
 Cien mil y mas de caballo:
 Pegó con ellos de noche
 Al mejor sueño tomando,
 Recordólos de tal suerte
 Que pocos han escapado;
 Porque el triste campo estaba
 Durmiendo, tan descuidado,
 Que cuando el alba rompió
 Los mas se han abajado
 Con su señor al infierno
 Que los estaba esperando,
 Salvo aquellos que se dieron
 A merced de Don Renaldos.
 Por ende muy presto fue
 Emperador coronado,
 Sojuzgando muchos Reyes
 Y señores de alto grado,
 De lo cual luego escribió
 A su enemigo Carlo Magno.

Con riquísimos presentes
 Mensajes le ha despachado
 Pidiendo le dé merced
 Que allá le haya enviado
 Alguna gente cristiana,
 Que allí no hay mas de un cris-
 tiano,
 Que es el mesmo Don Renaldos
 El valiente y esforzado,
 Y noble en toda virtud,
 Hermoso y muy agraciado.
 Mas tal odio le tenia
 El ya dicho Carlo Magno,
 Que en lugar de socorrer
 A la hora ha pregonado
 Que no vaya nadie allá
 So pena de su mandado,
 Ni tampoco le enviasen
 La muger, hijos y hermanos;
 Mas Roma y Constantinopla
 Le enviaron tal recaudo,
 Que sin ir nadie de Francia
 Cristianos le han sobrado.

Id. del moro Calaynos. (Anónimo).

Ya cabalga Calaynos (1)
 A las sombras de una oliva,
 El pie tiene en el estribo,
 Cabalga de gallardía.
 Mirando estaba á Sansueña,
 El arrabal con la villa,
 Por ver si veria algun moro
 A quien preguntar podria.
 Venia por los palacios
 La linda Infanta Sevilla;

Vido estar un moro viejo
 Que á ella guardar solia.
 Calaynos que le vido
 Llegado á él se habia,
 Las palabras que le dijo
 Con amor y cortesía:
 — Por Alá te ruego, moro,
 Así te alargue la vida,
 Que me muestres los palacios
 Donde mi vida vivia,

(1) *Sancho Panza cita este romance en el cap. 9 del Quijote.*

De quien triste soy cativo,
 Y por quien pena tenia,
 Que cierto por sus amores
 Creo yo perder la vida;
 Mas si por ella la pierdo
 No se llamará perdida,
 Que quien muere por tal dama
 Aunque muerto tiene vida.
 Mas porque me entiendas, moro,
 Por quien preguntado habia
 Es la mas hermosa dama
 De toda la Morería,
 Sepas que á ella la llaman
 La grande Infanta Sevilla. —
 Las razones que pasaban
 Sevilla bien las oía:
 Púsose á una ventana
 Muy hermosa á maravilla,
 Con muy ricos atavíos,
 Los mejores que tenia.
 Ella era tan hermosa,
 Otra su par no la habia.
 Calaynos que la vido
 Desta suerte le decia:
 — Cartas te traigo, señora,
 De un señor á quien servia,
 Creo que es el Rey tu padre
 Porque Almanzor se decia:
 Descendé de la ventana
 Sabrás la mensagería. —
 Sevilla cuando lo oyera
 Presto de allí descendia:
 Apeóse Calaynos,
 Gran reverencia le hacia.
 La dama cuando esto vido
 Tal pregunta le hacia:
 — ¿Quién sois vos el caballero
 Que mi padre acá os envia?
 — Calaynos soy, señora,
 Calaynos de Arabia,

Señor de los Montes Claros,
 De Constantina la llana,
 Y de las tierras del Turco
 Yo gran tributo llevaba,
 Y el Preste Juan de las Indias
 Siempre parias me enviaba,
 Y el Soldan de Babilonia
 A mi mandar siempre estaba;
 Reyes y Príncipes moros
 Siempre señor me llamaban,
 Sino es el Rey vuestro padre
 Que yo á su mandato estaba,
 No porque le he menester,
 Mas por nuevas que me daba
 Que tenia una hija
 A quien Sevilla llamaban,
 Que era mas linda muger
 Que cuantas moras se hallan:
 Por vos le serví cinco años
 Sin sueldo ni sin soldada,
 Él á mí no me la dió
 Ni yo se la demandaba.
 Por tus amores, Sevilla,
 Pasé yo la mar salada,
 Porque he de perder la vida
 O has de ser mi enamorada. —
 Cuando Sevilla esto oyera
 Esta respuesta le daba:
 — Calaynos, Calaynos,
 De aqueso yo no sé nada,
 Que siete añas me criaron,
 Seis moras y una cristiana.
 Las moras me daban leche,
 La otra me aconsejaba;
 Segun eran los consejos
 Bien mostraba ser cristiana.
 Dírame muy buen consejo,
 Y aun bien se me acordaba:
 Que jamas yo prometiese
 Ser de alguno enamorada,

Hasta que primero hubiese
 Algun buen dote ó arras.—
 Calaynos que esto oyera
 Esta respuesta le daba:
 —Bien podeis pedir, señora,
 Que no se os negará nada:
 Si quereis castillos fuertes,
 Ciudades en tierra llana,
 O si quereis plata ú oro
 O moneda amonedada.—
 Sevilla cuando lo oyó,
 Como no los estimaba,
 Respondióle: si queria
 Tenella por namorada,
 Que vaya dentro á París,
 Que en medio de Francia estaba,
 Y le traiga tres cabezas
 Cuales ella demandaba,
 Y que si aquesto hiciese
 Sería su enamorada.
 Calaynos cuando oyó
 Lo que ella le demandaba
 Respondióle muy alegre,
 Aunque él se maravillaba
 Dejar villas y castillos
 Y los dones que le daba,
 Por pedirle tres cabezas
 Que no le costarán nada:
 Dijo que las señalase
 O diga cómo se llaman,
 Luego la Infanta Sevilla
 Se las empezó á nombrar,
 La una es de Oliveros,
 La otra de Don Roldan,
 La otra del esforzado
 Reynaldos de Montalvan.
 Ya señalados los hombres
 A quien habia de buscar,
 Despidese Calaynos
 Con su muy cortés hablar:

—Deme la mano tu Alteza,
 Que se la quiero besar,
 Y la fé y prometimiento
 De conmigo te casar.
 Cuando traiga las cabezas
 Que quisiste demandar.
 —Pláceme, dijo, de grado
 Y de buena voluntad.—
 Allí se toman las manos,
 La fé se hubieron de dar
 Q'el uno ni aun el otro
 No se pudiesen casar
 Hasta q'el buen Calaynos
 De allá hubiese de tornar,
 Y que si otra cosa fuese
 La enviaria á avisar.
 Ya se parte Calaynos,
 Ya se parte, ya se va:
 Hace broslar sus pendones
 Y en todos una señal;
 Cubiertos de ricas lunas,
 Teñidas en sangre van.
 En camino es Calaynos
 A los franceses buscar:
 Andando jornadas ciertas
 A París llegado ha.
 En la guardia de París,
 Cabe San Juan de Letran,
 Allí levantó su seña
 Y empezara de hablar:
 —Tañan luego esas trompetas
 Como quien va á cabalgar,
 Porque me sientan los doce
 Que dentro en París estan.—
 El Emperador aquel dia
 Habia salido á cazar:
 Con él iba Oliveros,
 Con él iba Don Roldan,
 Con él iba el esforzado
 Reynaldos de Montalvan,

Tambien el Dardin Dardenã
 Y el buen viejo Don Beltran,
 Y ese Gaston y Don Carlos
 Con el Romano Fincan.
 Tambien iba Baldovinos
 Y Urgel en fuerzas sin par,
 Y tambien iba Guarinos
 Almirante de la mar.
 El Emperador entre ellos
 Empezara de hablar:
 — Escuchad, mis caballeros,
 Que tañen á cabalgar. —
 Ellos estando escuchando
 Vieron un moro pasar,
 Armado va á la morisca,
 Empiézanle de llamar,
 Y ya que es llegado el moro
 Do el Emperador está,
 El Emperador que lo vido
 Empezóle á preguntar:
 — Dí, ¿dónde vas tú, el moro?
 ¿Cómo en Francia osaste entrar?
 ¿Grande osadía tuviste
 De hasta París te llegar! —
 El moro cuando esto oyó
 Tal respuesta le fue á dar:
 — Vo á buscar al Emperante
 De Francia la natural,
 Que le traigo una embajada
 De un moro muy principal,
 A quien sirvo de trompeta
 Y tengo por Capitan. —
 El Emperador que esto oyó
 Luego le fue á demandar
 Dijese lo que queria,
 Y por qué á él iba á buscar;
 Que él es el Emperador Carlos
 De Francia la natural.
 El moro cuando lo supo
 Empezóle de hablar:

— Señor, sepa tu Alteza
 Y tu corona imperial,
 Que ese moro Calaynos,
 Mi señor, me envia acá,
 Desafiando á tu Alteza
 Y á todos los doce Pares
 Que salgan lanza por lanza
 Para con él pelear.
 Señor, veis aquí su seña,
 Donde los ha de aguardar:
 Perdóneme vuesa Alteza
 Que respuesta le vo á dar. —
 Cuando fue partido el moro
 El Emperador fue á hablar:
 — Cuando yo era mancebo,
 Que armas solia llevar,
 Nunca moro fue osado
 De en toda Francia asomar;
 Mas agora que soy viejo
 A París los veo llegar:
 No es amengua de mí solo
 Pues no puedo pelear,
 Mas es mengua de Oliveros,
 Y asimesmo de Roldan,
 Mengua de todos los doce
 Y de cuantos aquí estan.
 Por Dios á Roldan me llamen
 Porque vaya á pelear
 Con el moro de la enguardia
 Y lo haga de allí quitar:
 Que lo traiga muerto ó preso,
 Porque haya de acordar
 De cómo viene á París
 Para me desafiar. —
 Don Roldan cuando esto oyera
 Empiézale de hablar:
 — Escusado es ya, señor,
 De enviarme á pelear,
 Porque teneis caballeros
 A quien podeis enviar,

Que cuando son entre damas
 Bien se saben alabar
 Que aunque vengan dos mil moros
 Uno los esperará,
 Y al mirarse en la batalla
 Véolos volver atrás.—
 Todos los doce callaron
 Sino el de menor edad,
 Al que llaman Baldovinos,
 En el esfuerzo muy grande;
 Las palabras que dijera
 Eran de rigüidade.
 —Mucho estoy maravillado
 De vos, señor Don Roldan,
 Que, amengüeis todos los doce
 Vos que los debéis honrar:
 Si no fuérades mi tio
 Con vos me fuera á matar,
 Porque entre todos los doce
 Ninguno podeis nombrar
 Que lo que dice la boca
 No lo sepa hacer verdad.—
 Levantóse con enojo
 Ese paladin Roldan;
 Baldovinos q'esto viera
 Tambien se fue á levantar,
 Y el Emperador entre ellos
 Por el enojo quitar.
 Ellos en aquesto estando,
 Baldovinos fue á llamar
 A los mozos que traía,
 Por las armas fue á enviar.
 El Emperador q'esto vido
 Empezóle de rogar
 Que le hiciese un placer,
 Que no fuese á pelear,
 Porque el moro era esforzado
 Podría maltratar,
 Pues aunque ánimo tenia
 La fuerza podria faltar,

Siendo el moro diestro en armas
 Y vezado á pelear.
 Baldovinos q'esto oyó
 Empezóse á desviar
 Diciendo al Emperador
 Licencia le fuese á dar,
 Y que si él no se la diese
 Que él se la queria tomar.
 Cuando el Emperador vido
 Que no lo podia escusar,
 Cuando llegaron sus armas
 Él mesmo le ayudó á armar:
 Dióle licencia que fuese
 Con el moro á pelear.
 Ya se parte Baldovinos,
 Ya se parte, ya se va,
 Ya es llegado á la guardia
 Do Calaynos está.
 Calaynos que lo vido
 Empezóle así de hablar:
 —Bien vengais, el francesico,
 De Francia la natural,
 Si quereis vivir conmigo
 Por page os quiero tomar.—
 Baldovinos q'esto oyera
 Tal respuesta le fue á dar:
 —Calaynos, Calaynos,
 No debiades así hablar,
 Que antes que de aquí me vaya
 Yo os lo tengo de mostrar,
 Que aquí morireis primero
 Que por page me tomar.—
 Cuando el moro aquesto oyera
 Empezó así de hablar:
 —Tórnate, el francesico,
 A París esa ciudad,
 Que si esa porfía tienes
 Caro te habrá de costar,
 Porque quien entra en mis manos
 Nunca puede bien librar.—

Cuando el mancebo esto oyera
 Tornóle á porfiar
 Que se aparejase presto
 Que con él se ha de matar.
 Cuando el moro vió al mancebo
 De tal suerte porfiar,
 Díjole: — Vente, cristiano,
 Presto para me encontrar,
 Que antes que de aquí te vayas
 Conocerás la verdad,
 Que te fuera muy mejor
 Conmigo no pelear. —
 Vanse el uno para el otro
 Tan recio que es de espantar.
 A los primeros encuentros
 El mancebo en tierra está.
 El moro cuando esto vido
 Luego se fue á apear:
 Sacó un alfange muy rico
 Para habello de matar;
 Mas antes que lo firiese
 Le empezó de preguntar
 Quién ó cómo se llamaba,
 Y si es de los doce Pares:
 El mancebo estando en esto
 Luego dijo la verdad,
 Que le llaman Baldovinos,
 Sobrino de Don Roldan.
 Cuando el moro tal oyó
 Empezóle de hablar:
 — Por ser de tan pocos dias
 Y de esfuerzo singular
 Yo te quiero dar la vida
 Y no te quiero matar;
 Mas quíerote llevar preso
 Porque te venga á buscar
 Tu buen pariente Oliveros
 Y tu tio Don Roldan,
 Y ese otro muy esforzado
 Reynaldos de Montalvan,

Que por esos tres ha sido
 Mi venida á pelear. —
 Don Roldan allá do estaba
 No hace sino sospirar,
 Viendo q'el moro ha vencido
 A Baldovinos Infante.
 Sin mas hablar con ninguno
 Don Roldan luego se parte,
 Y vase para la guardia
 Para aquel moro matar.
 El moro cuando lo vido
 Empezóle á preguntar
 Quién es ó cómo se llama,
 Si era de los doce Pares.
 Don Roldan cuando esto oyó
 Respondiérale muy mal:
 — Esa razon, perro moro,
 Tú no me la has de tomar,
 Porque á ese á quien tú tienes
 Yo te lo haré soltar:
 Presto aparéjate, moro,
 Y empieza de pelear. —
 Vanse el uno para el otro
 Con un esfuerzõ muy grande:
 Danse tan recios encuentros
 Que el moro caido hac.
 Roldan q'el moro vió en tierra
 Luego se fue á apear:
 Tomó al moro por la barba,
 Empezóle de hablar:
 — Dime tú, traidor de moro,
 No me lo quieras negar,
 ¿Cómo tú fuiste osado
 De en toda Francia parar,
 Ni al buen viejo Emperador
 Ni á los doce desafiar?
 ¿Cuál diablo te engañó
 Cerca de París llegar? —
 El moro cuando esto oyera
 Tal respuesta le fue á dar:

—Tengo una cativa mora,
 Señora de gran linage,
 Requerila yo de amores,
 Y ella me fue á demandar
 Que le diese tres cabezas
 De París esa ciudad,
 Que si estas yo le llevo
 Conmigo habia de casar;
 La una es la de Oliveros,
 La otra de Don Roldan,
 La otra del esforzado
 Reynaldos de Montalvan.—
 Don Roldan cuando esto oyera
 Así empezó de hablar:
 —Muger que tal te pedia
 Cierto te queria mal,
 Porque esas no son cabezas
 Que tú las puedes cortar.—
 Mas porque fuese castigo,

Y otro se haya de guardar
 De desafiar los doce,
 Ni venir á los buscar,
 Echó mano á un estoque
 Para el moro matar.
 La cabeza de los hombros
 Luego se la fue á cortar,
 Llevóla al Emperador
 Y fuésela á presentar.
 Los doce cuando esto vieron
 Toman placer singular
 En ver así muerto al moro
 Y por tal mengua le dar.
 Tambien trajo á Baldovinos
 Q'el mismo lo fue á soltar.
 Así murió Calaynos
 En Francia la natural
 Por manos del esforzado
 El buen paladin Roldan.

Id. 1.º de Don Gayferos. (Anónimo).

Estábase la Condesa
 En el su estrado asentada,
 Tisericas de oro en mano
 Su hijo afeitando estaba.
 Palabras le está diciendo,
 Palabras de gran pesar,
 Las palabras tales eran
 Que al niño hacen llorar.
 —Dios te dé barbas en rostro
 Y te haga barragane,
 Dete Dios ventura en armas
 Como al paladin Roldane,
 Porque vengases, mi hijo,
 La muerte de vuestro padre:
 Matáronlo á traicion
 Por casar con vuestra madre.
 Ricas bodas me hicieron
 En las cuales Dios no ha parte,

Ricos paños me cortaron,
 La Reina no los ha tales.—
 Magüera pequeño el niño
 Bien entendido lo hae.
 Allí respondió Don Gayferos,
 Bien oireis lo que dirae:
 —Ruégolo así á Dios del cielo
 Y á Santa María su madre.—
 Oido lo habia el Conde
 En los palacios do estae:
 —Calles, calles, la Condesa,
 Boca mala sin verdade,
 Que yo no matara el Conde,
 Ni lo hiciera matare;
 Mas tus palabras, Condesa,
 El niño las pagarae.—
 Mandó llamar escuderos,
 Criados son de su padre,

Para que lleven al niño,
 Que lo lleven á matare. (1)
 La muerte que él les dijera
 Mancilla es de la escuchare:
 —Córtenle el pie del estribo,
 La mano del gavilane,
 Sáquente ambos los ojos
 Por mas seguro andare,
 Y el dedo y el corazon
 Traédmelo por señale. —
 Ya lo llevan á Gayferos,
 Ya lo llevan á matare;
 Hablaban los escuderos
 Con mancilla que dél hane.
 — ¡Oh válasme Dios del cielo
 Y Santa María su madre!
 Si á este niño matamos
 ¿Qué galardón nos darane? —
 Ellos en aquesto estando,
 No sabiendo qué harane,
 Vieron venir una perrita
 De la Condesa su madre.
 Allí habló el uno dellos,
 Bien oireis lo que dirae:
 — Matemos esta perrita
 Por nuestra seguridade,
 Saquémosle el corazon
 Y llevémoslo á Galvane,
 Cortemos el dedo al chico
 Por llevar mejor señale. —
 Ya tomaban á Gayferos
 Para el dedo le cortare:
 — Venid acá vos, Gayferos,
 Y querednós escuchare;
 Vos idos de aquesta tierra
 Y en ella no parezcáis mase. —

Ya le daban entre señas
 El camino que harae:
 — Iros heis de tierra en tierra
 A do vuestro tío estae. —
 Gayferos desconsolado
 Por ese mundo se vae,
 Los escuderos se volvieron
 Para do estaba Galvane.
 Danle el dedo y corazon,
 Y dicen que muerto lo hane.
 La Condesa q'esto oyera
 Empezara á gritos dare,
 Lloraba de los sus ojos
 Que queria reventare.
 Dejemos á la Condesa
 Que muy grande llanto hace,
 Y digamos de Gayferos
 Del camino por do vae,
 Que de dia ni de noche
 No hace sino caminar
 Hasta que llegó á la tierra
 Adonde su tío estae.
 Dícele de esta manera,
 Y empezóle de hablare:
 — Manténgaos Dios, el mi tío.
 — Mi sobrino, bien vengais:
 ¿Qué buena venida es esta?
 Vos me la querais contare.
 — La venida que yo vengo
 Triste es y con pesare,
 Que Galvan con grande enojo
 Mandado me habia matare:
 Mas lo que os ruego, mi tío,
 Y lo que os vengo á rogare,
 Vamos á vengar la muerte
 De vuestro hermano mi padre:

(1) *En la vida de Genoveva, Condesa de Bravante, hay una escena parecida en todo á la que sigue.*

Matáronlo á traicion
 Por casar con la mi madre. —
 — Sosegaos, el mi sobrino,
 Vos os querais sosegare,
 Que la muerte de mi hermano

Id. 2.º del mismo. (Anónimo).

Vámonos, dijo, mi tio,
 A París esa ciudade
 En figura de romeros
 No nos conozca Galvane,
 Que si Galvan nos conoce
 Mandaríanos matare:
 Encima ropas de seda
 Vistamos las de sayale,
 Llevemos nuestras espadas
 Por mas seguros andare,
 Llevemos sendos bordones
 Por la gente asegurare. —
 Ya se parten los romeros,
 Ya se parten, ya se vane,
 De noche por los caminos,
 De dia por los jarales.
 Andando por sus jornadas
 A París llegado hane,
 Las puertas hallan cerradas,
 No hallan por donde entrare;
 Siete vueltas la rodean
 Por ver si podrán entrare,
 Y al cabo de las ocho
 Un postigo van á hallare.
 Ellos que se vieron dentro
 Empiezan á demandare,
 No preguntan por meson,
 Ni menos por hospitale,
 Preguntan por los palacios
 Donde la Condesa estae,
 Y á las puertas del palacio
 Allí van á demandare.

Bien la iremos á vengare. —
 Ellos así se estuvieron
 Dos años y aun mase,
 Hasta que dijo Gayferos
 Y empezara de hablare:

Vieron estar la Condesa,
 Y empezaron de hablare:
 — Dios te salve, la Condesa.
 — Los romeros, bien vengades.
 — Mandédesnos dar limosna
 Por honor de caridade.
 — Con Dios vades, los romeros,
 Que no os puedo nada dare,
 Q'el Conde me habia mandado
 A romeros no albergare.
 — Dadnos limosna, señora,
 Q'el Conde no lo sabrae;
 Así la den á Gayferos
 En la tierra donde estae. —
 Así como oyó Gayferos
 Comenzó de sospirare:
 Mandábales dar del viuo,
 Mandábales dar del pane.
 Ellos en aquesto estando
 El Conde llegado hae:
 — ¿Q'es aquesto, la Condesa?
 Aquesto ¿qué puede estare?
 ¿No os tenia yo mandado
 A romeros no albergare? —
 Dijo, y alzara su mano,
 Puñada le fuera á dare,
 Que sus dientes menudicos
 En tierra los fuera á echare.
 Allí hablaran los romeros,
 Y empezáronle de hablare:
 — Por hacer bien la Condesa
 Cierto no merece male.

—Callede vos, los romeros,
 No hayades vuestra parte.—
 Alzó Gayferos su espada,
 Un golpe le fue á dare
 Que la cabeza de sus hombros
 A tierra la fuera á echare.
 Allí habló la Condesa
 Llorando con gran pesare:
 —¿Quién érades, los romeros,
 Que al Conde fuistes matare?—
 Allí respondió el romero,
 Tal respuesta le fue á dare:
 —Yo soy Gayferos, señora,

Vuestro hijo naturale.
 —Aquesto no puede ser,
 Ni era cosa de verdade,
 Q'el dedo y el corazon
 Yo los tengo por señale.
 —El corazon que vos teneis
 En persona no fue á estare,
 El dedo bien es aqueste,
 Aquí lo vereis faltare.—
 La Condesa q'esto oyera
 Comenzóle de abrazare:
 La tristeza que tenia
 En placer se fue á tornare.

Id. 3.º del mismo. (Anónimo).

No con los dados se gana
 Ni con las tablas el crédito,
 Ni arrojando leves cañas
 Reputacion entre buenos:
 No con bizarras libreas,
 Ni con mugeriles juegos,
 Ni con empresas, ni cifras
 Recamadas de oro y negro:
 No con vanas esperanzas,
 Ni con vestidos soberbios,
 Ni con guantes olorosos,
 Medallas ni camafeos:
 Con arnés, espada y lanza
 Como buenos combatiendo
 Cuando se ofrece ocasion
 Se ilustran los caballeros.
 Mejor fuera que entre moros
 Esos azares del juego
 Como son acá en París,
 Fueran en Sansueña encuentro;
 Y esas plumas y medallas
 Que llevais en el sombrero
 Harto mejor parecieran
 En la cimera del yelmo;

Y en lugar de aquesa ropa
 De martas y terciopelo,
 Un fino arnés de Milan
 Estuviera mas honesto.
 Mal parece que en París
 Sustenteis vos los torneos,
 Sabiendo que vuestro honor
 Teneis en Sansueña preso.
 Vuestro honor es vuestra esposa,
 Si hay honor en vuestro pecho
 Debe de ser vuestra sangre
 El rescate de su cuerpo.
 Conviértanse ya las tablas,
 Los dados y pasatiempos
 En pensamientos honrados,
 Dejad bajos pensamientos:
 Dejad cañas, tomad lanzas,
 Dejad seda, vestí azero:
 Sean vuestros juegos armas,
 Vuestras galas sean trofeos:
 Gallarda empresa es la honra,
 No querais mas alto premio,
 Pues donde aquesta se estima
 No hay empresa de mas precio.

No por ser hijo de un Rey
 Y de un Emperador yerno
 Pretendais que sois ilustre,
 Si no lo son vuestros hechos.
 Aquel es honrado y noble
 Que tiene honrados respetos,
 Que en altos pechos se crian
 Los mas honrados intentos.
 Porque yo sea bien nacido
 No cumplo con lo que debo,
 Si en los negocios de honra
 Doy con obras mal ejemplo.
 Si como teneis las causas
 Tuvierades los efectos,
 No estuviera vuestra esposa
 En Sansueña ha tanto tiempo;
 Que cuando no os obligara
 El conyugal sacramento,
 Obligáraos ser muger
 Si fuérais buen caballero.

No lo sois, pues que no haceis
 El debido cumplimiento,
 Siendo vos á quien mas toca
 Como esposo y como deudo;
 Que cuando esta obligacion
 No se hallara de por medio,
 Ella estuviera ya libre
 O yo por librarla muerto.
 Si no os correis con ser mozo
 De lo que yo con ser viejo,
 Correos de ver vuestra honra
 Andar en corrillos necios.
 Considerad que es muger,
 Cautiva, ausente y con zelos;
 No quiero deciros mas,
 Miraldo pues sois discreto.—
 Esto dijo Carlo Magno
 A su sobrino Gayferos,
 Que estaba jugando tablas
 Con el valiente Oliveros.

Id. 4.º del mismo. (Anónimo). (1)

Asentado está Gayferos
 En el palacio reale,
 Asentado está al tablero
 Para las tablas jugare.
 Los dados tiene en la mano
 Que los quiere arrojare,
 Cuando entró por la sala
 Don Carlos el Emperante:
 De que así jugar lo vido
 Empezóle de mirare;
 Hablándole está hablando

Palabras de gran pesare:
 — Si así fuédes, Gayferos,
 Para las armas tomare,
 Como sois para los dados
 Y para tablas jugare,
 Vuestra esposa tienen moros,
 Iríadesla á buscare:
 Pésame á mí por ello
 Porque es mi hija carnale.
 De muchos fue demandada,
 Y á nadie quiso tomare:

(1) *Este romance, aunque se halla en el Cancionero de Romances, y con muchas variantes en la Floresta de varios, lo he trasladado de un manuscrito muy antiguo que tengo á la vista, y contiene la historia que Maese Pedro recitaba enseñando el retablo que consigo conducia. Quijote, part. II. cap. 26.*

Pues con vos casó por amores,
 Amores la han de sacare;
 Si con otro fuera casada
 No estuviera en catividade.—
 Gayferos cuando esto vido,
 Movido de gran pesare
 Levantóse del tablero
 No queriendo mas jugare,
 Y tomáralo en las manos
 Para haberlo de arrojar,
 Si no por quien con él juega
 Que era hombre de linage:
 Jugaba con él Guarinos,
 Almirante de la mare.
 Voces da por el palacio
 Que al cielo quieren llegare,
 Preguntando va, preguntando
 Por su tio Don Roldane.
 Halláralo en el patin,
 Que queria cabalgare,
 Con él era Oliveros
 Y Durandarte el galane,
 Con él muchos caballeros
 De los de los doce Pares.
 Gayferos desde que lo vido
 Empezóle de hablare:
 — Por Dios os ruego, mi tio,
 Por Dios os quiero rogare
 Vuestras armas y caballo
 Vos me lo querais prestare,
 Que mi tio el Emperante
 Tan mal me quiso tratare,
 Diciendo que soy para juego
 Y no para armas tomare.
 Bien lo sabeis vos, mi tio,
 Bien sabeis vos la verdate,
 Que pues busqué á mi esposa
 Culpa no me deben dare.
 Tres años anduve triste
 Por los montes y los valles

Comiendo la carne cruda,
 Bebiendo la roja sangre,
 Trayendo los pies descalzos,
 Las uñas corriendo sangre.—
 Nunca yo hallarla pude
 En cuanto pude buscare,
 Ahora sé que está en Sansueña,
 En Sansueña esa ciudade.
 Sabeis que estoy sin caballo,
 Sin armas otro que tale,
 Que las tiene Montesinos,
 Que es ido á festejare
 Allá á los reinos de Hungría
 Para torneos armare,
 Y yo sin caballo y armas
 Mal la podré libertare;
 Por esto os ruego, mi tio,
 Las vuestras me querais dare.—
 Don Roldan de que esto oyó
 Tal respuesta le fue á dare:
 — Callad, sobrino Gayferos,
 No querades hablar tale,
 Siete años vuestra esposa
 Ha que está en captividade;
 Siempre os he visto con armas
 Y caballo otro que tale,
 Agora que no las teneis
 La quereis ir á buscare.
 Sacramento tengo hecho
 Allá en Sant Juan de Letrane
 A ninguno prestar armas
 No me las hagan cobardes:
 Mi caballo está bien vezado,
 No lo querria mal vezare.—
 Gayferos que esto oyó
 La espada fuera á sacare;
 Con una voz muy sañosa
 Empezara de hablare:
 — Bien parece, Don Roldan,
 Siempre me quisiste male.

Si otro me lo dijera
 Mostrara si soy cobarde;
 Mas quien á mí ha injuriado
 No lo vais por mí á vengare;
 Si vos tio no me fuédeses
 Con vos querria pelear. —
 Los Grandes que allí se hallan
 Entre los dos puestos se hane;
 Hablado le ha Don Roldan,
 Empezóle de hablare:
 — Bien parece, Don Gayferos,
 Que sois de muy poca edade,
 Bien oistes un ejemplo,
 Que conoceis ser verdade,
 Que aquel que bien os quiere
 Ese os quiere castigare.
 Si fuérades mal caballero
 No os dijera yo esto tale,
 Mas porque sé que sois bueno
 Por eso os quise así hablare,
 Que mis armas y caballo
 A vos no se han de negare,
 Y si quereis compañia
 Yo os querria acompañare.
 — Mercedes, dijo Gayferos,
 De la buena voluntade;
 Solo me quiero ir, solo,
 Para haberla de sacare:
 Nunca me dirá ninguno
 Que me vido ser cobarde. —
 Luego mandó Don Roldan
 Sus armas aparejare;
 Él encubierta el caballo
 Por mejor lo encubertare,
 Él mesmo pone las armas
 Y le ayudaba á armare.
 Luego cabalgó Gayferos
 Con enojo y con pesare.
 Pésale á Don Roldan,
 Tambien á los doce Pares,

Y mas al Emperador
 De que solo le vió andare,
 Y desde que ya se salia
 Del gran palacio reale,
 Con una voz amorosa
 Llamáralo Don Roldane:
 — Esperá un poco, sobrino;
 Pues solo quereis andare,
 Dejédesme vuesa espada,
 La mia querais tomare,
 Y aunque vengán dos mil moros
 Nunca les volvais la haze:
 Al caballo dadle rienda
 Y haga á su voluntade,
 Que si él ve la suya
 Bien os sabrá ayudare,
 Y si ve demasía
 Della os sabrá sacare. —
 Ya le daba su espada
 Y toma la de Roldane,
 Da de espuelas al caballo,
 Sálese de la ciudade.
 Don Beltran desde que ir lo vido
 Empezóle de hablare:
 — Tornad acá, hijo Gayferos,
 Pues que me teneis por padre,
 Tan solamente que os vea
 La Condesa vuestra madre,
 Tomará con vos consuelo,
 Que tan tristes llantos hace,
 Y daraos caballeros
 Los que hayais necesidad.
 — Consoladla vos, mi tio,
 Vos la querais consolare,
 Acuérdesse que me perdió
 Chiquito y de poca edade,
 Haga cuenta que de entonces
 No me ha visto jamase,
 Que ya sabeis que en los doce
 Corren malas voluntades,

Y no dirán vuelvo por ruego,
 Mas que vuelvo por cobarde,
 Que yo no volveré en Francia
 Sin Melisendra tornare.—
 Don Beltran de que lo oyera
 Tan enojado hablare,
 Vuelve riendas al caballo
 Y entróse en la ciudade.
 Gayferos en tierra de moros
 Empieza de caminar,
 Jornada de quince dias
 En ocho la fue á andare.
 Por las sierras de Sansueña
 Gayferos mal airado vae,
 Las voces que iba dando
 Al cielo quieren llegare.
 Maldiciendo iba el vino,
 Maldiciendo iba el pane
 (El pan que comian los moros,
 Mas no de la cristiandade),
 Maldiciendo iba la dueña
 Que tan solo un hijo pare,
 (Si enemigos se lo matan
 No tiene quien lo vengare).
 Maldiciendo iba al caballero
 Que cabalga sin un page
 (Si se le cae la espuela
 No tiene quien se la calce),
 Maldiciendo iba el arbol
 Que solo en el campo nasce,
 Que todas las aves del mundo
 En él van á quebrantare,
 Que de rama ni de hoja
 Al triste dejan gozare.
 Dando estas voces y otras
 A Sansueña fue á llegare:
 Viernes era, en aquel dia
 Los moros su fiesta hacen.
 El Rey iba á la mezquita
 Para la zala rezare

Con todos sus caballeros
 Cuantos él pudo llevare.
 Cuando allegó Gayferos
 A Sansueña esa ciudade
 Miraba si veria alguno
 A quien poder demandare:
 Vido un cativo cristiano
 Que andaba por los adarves;
 Desque lo vido Gayferos
 Empezóle de hablare:
 — Dios le salve, el cristiano,
 Y te torne en libertade:
 Nuevas que pedirte quiero
 No me las quieras negare.
 Tú que andas con los moros
 Dime si oiste hablare
 Si hay aquí alguna cristiana
 Que sea de alto linage.—
 El cativo que lo oyera
 Empezara de llorare:
 — Tantos tengo de mis duelos,
 De otros non puedo curare,
 Que todo el dia caballos
 Del Rey me hacen pensare,
 Y de noche en honda sima
 Me hacen aquí aprisionare.
 Bien sé que hay muchas cativas
 Cristianas de gran linage,
 Especialmente hay una
 Q'es de Francia naturale.
 El Rey Almanzor la trata
 Como á su hija carnale:
 Sé que muchos Reyes moros
 Con ella quieren casare:
 Por eso idos, caballero,
 Por esa calle adelante,
 Vereislas á las ventanas
 Del gran palacio reale.—
 Derecho se va á la plaza,
 A la plaza la mas grande.

Allí estaban los palacios
 Donde el Rey solia estare:
 Alzó los ojos en alto
 Por los palacios mirare,
 Vido estar á Melisendra
 En una ventana grande
 Con otras damas cristianas
 Q'estan en captividade.
 Melisendra que lo vido
 Empezara de llorare,
 No porque lo conociese
 En el gesto ni en el traje,
 Mas en verlo con armas blancas
 Acordóse de los Pares,
 Acordóse de los palacios
 Del Emperador su padre,
 De justas, galas, torneos
 Que por ella solian armare.
 Con voz triste y muy llorosa
 Le empezara de llamare:
 — Por Dios os ruego, caballero,
 Queráisos á mí llegare,
 Si sois cristiano ó moro
 No me lo queráis negare,
 Daros he unas encomiendas,
 Bien pagadas os serane:
 Caballero, si á Francia ides (1)
 Por Gayferos preguntade,
 Decidle que la su esposa
 Se le envia á encomendare,
 Que ya me parece tiempo
 Que la debía sacare.
 Si no me deja por miedo
 De con los moros pelear, e,
 Debe tener otros amores,
 De mí no lo dejan acordare:

Los ausentes por los presentes
 Ligeros son de olvidare.
 Aun le direis, caballero,
 Por darle mayor señale,
 Que sus justas y torneos
 Bien las supimos acae.
 Y si estas encomiendas
 No recibe con solaze,
 Daréislas á Oliveros,
 Daréislas á Don Roldane,
 Daréislas á mi señor
 El Emperador mi padre:
 Direis como está en Sansueña,
 En Sansueña esa ciudade,
 Que si presto no me sacan
 Mora me quieren tornare,
 Casarme han con el Rey moro
 Que está allende la mare,
 De siete Reyes de moros
 Reina me hacen coronare;
 Segun los Reyes me acuitan
 Mora me harán tornare;
 Mas amores de Gayferos
 No los puedo yo olvidare. —
 Gayferos que esto oyera
 Tal respuesta le fue á dare:
 — No lloreis vos, mi señora,
 No queráis así llorare,
 Porque esas encomiendas
 Vos mesma las podeis dare,
 Que á mí allá dentro en Francia
 Gayferos suelen nombrare.
 Soy el Infante Gayferos
 Señor de París la grande,
 Primo hermano de Oliveros,
 Sobrino de Don Roldane,

(1) *Este verso y el que sigue dice Maese Pedro, enseñando su retablo, en la part. II. cap. 26 del Quijote.*

Amores de Melisendra
 Son los que acá me traen.—
 Melisendra q'esto vido
 Conosciólo en el hablare,
 Tiróse de la ventana,
 La escalera fue á tomare,
 Salióse para la plaza
 Donde lo vido estare.
 Gayferos cuando la vido
 Presto la fue á tomare,
 Abrázala con sus brazos
 Para haberla de besare.
 Allí estaba un perro moro
 Por los cristianos guardare,
 Las voces daba tan altas
 Que al cielo quieren llegare.
 Al alarido del moro
 La ciudad mandan cerrare,
 Siete veces la rodean,
 No hallan por do escapare.
 Presto sale el Rey Almanzor
 De la mezquita rezare:
 Vereis tocar las trompetas
 Aprieta y no de vagare,
 Vereis armar caballeros
 Y en caballos cabalgare:
 Tantos se arman de los moros
 Que gran cosa es de mirare.
 Melisendra que lo vido
 En una priesa tan grande
 Con una voz delicada
 Le empezara de hablare:
 — Esforzado Don Gayferos,
 No querades desmayare,
 Que los buenos caballeros
 Son para necesidad:
 Si desta escapais, Gayferos,
 Harto teneis que contare.
 Ya quisiera Dios del cielo
 Y Santa María su madre

Fuese tal vuestro caballo
 Como el de Don Roldane.
 Muchas veces le oí decir
 En el palacio imperiale
 Que si se hallaba cercado
 De moros en algun lugare,
 Al caballo aprieta la cincha
 Y alojábale el petrale,
 Hincábale las espuelas
 Sin ninguna piedade:
 El caballo es esforzado,
 De otra parte va á saltare.—
 Gayferos de q'esto oyó
 Presto se fuera á apeare,
 Al caballo aprieta la cincha,
 Y alojábale el petrale,
 Sin poner pie en el estribo
 Encima fue á cabalgare,
 Y Melisendra á las ancas
 Que presto las fue tomare.
 El cuerpo le da y cintura
 Porque lo pueda abrazare:
 Al caballo hinca la espuela
 Sin ninguna piedade.
 Corriendo venian los moros
 Aprieta y no de vagare;
 Las grandes voces que daban
 Al caballo hacen saltare.
 Cuando fueron cerca los moros
 La rienda le fue alargare,
 El caballo era ligero,
 Púsolo de la otra parte.
 El Rey moro q'esto vido
 Mandó abrir la ciudad,
 Siete batallas de moros
 Todos de zaga le vane.
 Volviéndose iba Gayferos,
 No cesaba de mirare;
 De que vido que los moros
 Le empezaban de cercare

Volvióse á Melisendra,
 Empezóle de hablarse:
 —No os enojeis, mi señora,
 Seraos fuerza aquí apeare,
 Y en esta grande espesura
 Podeis, señora, aguardare,
 Que los moros son tan cerca,
 De fuerza nos han de alcanzare.
 Vos, señora, no traeis armas
 Para haber de pelear, e,
 Yo pues que las traigo buenas
 Quiérolas ejercitare.—
 Apeóse Melisendra
 No cesando de rezare,
 Las rodillas puso en tierra,
 Las manos fue á levantare,
 Los ojos puestos al cielo —
 No cesando de rezare:
 Sin que Gayferos volviese
 El caballo fue á aguijare.
 Cuando huía de los moros
 Parece no puede andare,
 Y cuando iba hácia ellos
 Iba con furor tan grande,
 Que del rigor que llevaba
 La tierra hacia temblare.
 Donde vido la morisma
 Entre ellos fuera á entrare:
 Si bien pelea Gayferos
 El caballo mucho mase;
 Tantos mata de los moros
 Que no hay cuento ni pare,
 De la sangre que salia
 El campo cubierto se hae.
 El Rey Almanzor q'esto vido
 Empezara de hablarse:
 —; Oh válesme tú, Alá!
 ¿Esto qué podia estare?
 Que tal fuerza de caballero
 En pocos se puede hallare:

Debe ser el encantado
 Ese paladin Roldane,
 O debe ser el esforzado
 Renaldos de Montalvane,
 O es Urgel de la Marcha
 Esforzado y singulare;
 No hay ninguno de los doce
 Que bastase hacer lo tale.—
 Gayferos que esto oyó
 Tal respuesta le fue á dare:
 —Calles, calles, el Rey moro,
 Calles, y no digas tale,
 Muchos otros hay en Francia
 Que tanto como estos valen;
 Yo no soy ninguno dellos,
 Mas yo me quiero nombrare:
 Soy el Infante Gayferos,
 Señor de París la grande,
 Primo hermano de Oliveros,
 Sobrino de Don Roldane.—
 El Rey Almanzor que lo oyera
 Con tal esfuerzo hablare,
 Con los mas moros que pudo
 Se entrara en la ciudade.
 Solo quedaba Gayferos,
 No halló con quien pelear,
 Volvió riendas al caballo
 Por Melisendra buscare:
 Melisendra que lo vido
 A recibir se lo sale;
 Vídole las armas blancas,
 Tintas en color de sangre.
 Con voz muy triste y llorosa
 Le empezó de preguntare:
 — Por Dios os ruego, Gayferos,
 Por Dios os quiero rogare,
 Si traeis alguna herida
 Queráismela vos mostrare,
 Que los moros eran tantos
 Quizá os habrán hecho male:—

Con las mangas de mi camisa
 Os la quiero yo apretare,
 Y con la mi rica toca
 Yo os las entiendo sanare.
 —Callede, dijo Gayferos,
 Infanta, no digais tale,
 Por mas que fueran los moros
 No me podian hacer male,
 Q'estas armas y caballo
 Son de mi tio Don Roldane;
 Caballero que las trujere
 No podia peligrare.
 Cabalgad presto, señora,
 Que no es tiempo de aquí estare,
 Antes que los moros tornen
 Los puertos hemos pasare. —
 Ya cabalga Melisendra
 En un caballo alazane,
 Razonando van de amores,
 De amores, que no de al,
 Ni de los moros han miedo,
 Ni dellos nada se dane:
 Con el placer de ambos juntos
 No cesan de caminar,
 De noche por los caminos,
 De dia por los jarales,
 Comiendo las yerbas verdes
 Y agua si pueden hallare,
 Hasta que entraron en Francia
 Y en tierra de cristiandade:
 Si hasta allí alegres fueron,
 Mucho mas de allí adelante.
 A la entrada de un monte,
 Y á la salida de un valle,
 Caballero de armas blancas
 De lejos vieron asomare:
 Gayferos desde lo vido
 La sangre vuelto se le hae,
 Diciendo á su señora:
 —Esto es mas de recelare,

Que aquel caballero que asoma
 Gran esfuerzo es el que trae;
 Que sea cristiano ó moro
 Fuerza será pelear:
 Apeaos vos, mi señora,
 Y vení de mí á la pare. —
 De la mano le traía
 No cesando de llorare.
 Lleganse los caballeros,
 Comienzan aparejare
 Las lanzas y los escudos
 En son de bien pelear.
 Los caballos ya de cerca
 Comienzan de relinchare;
 Mas conociólo Gayferos
 Y empezara de hablare:
 —Perded cuidado, señora,
 Y tornad á cabalgare,
 Que el caballo que allí viene
 Mio es en la verdade,
 Yo le dí mucha cebada
 Y mas le entiendo de dare;
 Las armas segun que veo
 Mias son otro que tale,
 Y aun aquel es Montesinos
 Que á mí me viene á buscare,
 Que cuando yo me partí
 No estaba en la ciudade. —
 Plugo mucho á Melisendra
 Que aquello fuese verdade.
 Ya que se van acercando
 Cuasi juntos á la pare
 Con voz alta y crecida
 Empiézanse de interrogare.
 Conóscense los dos primos
 Entonces en el hablare,
 Apeáronse á gran priesa,
 Muy grandes fiestas se hacen:
 De que hubieron hablado
 Tornaron á cabalgare:

Razonando van de amores,
 De otro no quieren hablare.
 Andando por sus jornadas
 En tierra de cristiandade,
 Cuantos caballeros hallan
 Todos los van compañare,
 Y dueñas á Melisendra,
 Doncellas otro que tale.
 Al cabo de pocos dias
 A París van á llegare:
 Siete leguas de la ciudad
 El Emperador les sale,
 Con él sale Oliveros,
 Con él sale Don Roldane,
 Con él el Infante Guarinos,
 Almirante de la mare,
 Con él sale Don Bermudez
 Y el buen viejo Don Beltrane,
 Con él muchos de los doce

Que á su mesa comen pane,
 Y con él iba Doña Alda,
 La esposaica de Roldane,
 Con él iba Julianesa,
 La hija del Rey Juliane;
 Dueñas, damas y doncellas
 Las mas altas de linage.
 El Emperador abraza su hija
 No cesando de llorare,
 Palabras que le decia
 Dolor eran de escuchare.
 Los doce á Don Gayferos
 Gran acatamiento le hacen,
 Tiénenlo por esforzado
 Mucho mas de allí adelante,
 Pues que sacó á su esposa
 De muy gran captividade:
 Las fiestas que le hacian
 No tienen cuento ni pare.

Id. 5.º del mismo. (Del Divino Miguel Sanchez). (1)

Oid, señor Don Gayferos,
 Lo que como amigo os hablo,
 Que los dones mas de estima
 Suelen ser consejos sanos.
 Dejad un poco las tablas,
 Escuchadme lo que entrambos,
 Yo aconsejar, vos hacer,
 Debemos como hijos-dalgo.
 Melisendra está en Sansueña, (2)
 Vos en París descuidado,
 Vos ausente, ella muger;
 Harto os he dicho, miraldo.
 Asegúraos su nobleza,

Mas no os asegura tanto,
 Que vence un presente gusto
 Mil nobles antepasados.
 De Carlos el Rey es hija,
 Mas es muger, y ha mas años
 La mudanza en las mugeres,
 Que no la nobleza en Carlos.
 Si enferma en la voluntad
 Morirán respetos altos,
 Que no basta sangre buena
 Si el corazon no está sano.
 Galanes moros la sirven,
 Y aunque moros, recelaldos,

(1) *Autor dramático de los mas famosos de principios del siglo XVII, de quien no nos queda otra comedia que la de La Guarda cuidadosa.*

(2) *Verso que cita Maese Pedro cuando estaba enseñando su retablo. Quijote, part. II. cap. 9.*

Que sin duda querrá un moro
 La que olvidaré un cristiano.
 Diferentes son las leyes,
 Mas no hay ley en pecho humano
 Cuando llega á ser el alma
 Idólatra de un cuidado.
 Las mugeres son espejo,
 Que viendo vuestro retrato,
 Si os descuidais y otro llega
 Hará con él otro tanto.
 Su confuso entendimiento
 Es codicioso letrado,
 Que hace leyes siempre al gusto

Del que llega á consultallo.
 Su memoria es mar revuelto
 Que luego que pasa el barco
 Si le buscais el camino
 No hallareis senda ni rastro.
 Su voluntad mesonera,
 Que aloja á los mas estraños,
 Y olvida al que del umbral
 De sacar acaba el paso.
 No quiero deciros mas,
 Con esto de mi amor salgo,
 Mas adviérteos mi lengua
 Vuestro amor y mis agravios.

Id. 6.º del mismo. (Anónimo).

El cuerpo preso en Sansueña
 Y en Paris cautiva el alma,
 Puesta siempre sobre el muro
 Porque está sobre él su casa,
 Vuelta en ojos Melisendra
 Y sus ojos vueltos agua,
 Mira de Francia el camino
 Y de Sansueña la playa,
 Y en ella vió un caballero
 Que junto á la cerca pasa.
 Hácele señas y viene,
 Que viene por quien le llama.
 — Si sois cristiano, le dice,
 O habeis de pasar á Francia,
 Preguntad por Don Gayferos,
 Y decid que á cuándo aguarda,
 Que harto mejor le estuviera
 Jugando acá por mí lanzas,
 Que no allá con pasageros

Jugando dados y cañas:
 Que si quiere que sea mora,
 Que otra cosa no me falta,
 Y amándole, no es posible
 Vivir un alma cristiana. —
 Tanto llora Melisendra
 Que las razones no acaba:
 Don Gayferos la responde,
 Alzándose la celada:
 — No es tiempo de desculparme,
 Señora, de mi tardanza,
 Pues el no tenella agora
 Nos es de mucha importancia. —
 Dícele que aguarde un poco,
 Y en menos de un poco baja;
 A ella en las ancas sube,
 Y él en la silla cabalga,
 Y á pesar de la morisma
 La puso dentro de Francia.

Id. 7.º del mismo. (Anónimo).

Cautiva, ausente y zelosa,
 De mil sospechas cercada,

Melisendra está en Sansueña
 Contemplando en sus desgracias,

El camino la consuela
 Que va de Sansueña á Francia,
 Pues por él su libertad
 Y á Don Gayferos aguarda;
 Y como el que aguarda tiene
 La vida puesta en balanza,
 Con lágrimas y suspiros
 Dice viendo que se tarda:

—*¡Cuitado del que aguarda,
 Pues es igual el esperar á brasas!*

No cansada de quererte,
 Mas de esperarte cansada,
 Vivo, ingrato Don Gayferos,
 De esperar desesperada.
 No me cansa el aguardarte,
 Aunque el no verte me cansa,
 Que aguardar á quien no viene
 Desesperacion se llama.

Si tú libre y en tu tierra
 Estás sujeto á mudanzas,
 Yo presa, muger y ausente
 Mas cerca estoy á las llamas.

*¡Cuitado del que aguarda,
 Pues es igual el esperar á brasas!*

Agravios me tienes hechos,
 Si me olvidaste sin causa,
 Pues con ella y con agravios
 Quien se venga nunca agravia.
 ¡Cuántos hay que por ausencia,
 No siendo ausencia forzada,
 Por vengar sus corazones
 Se olvidaron de su fama!

Pues yo presa y entre moros,
 De mi cristiano olvidada,
 Aunque olvide á quien me olvida
 No merezco ser culpada.
 Si en mi nobleza confías
 Has de tener confianza
 Que agraviará su nobleza
 Una muger agraviada.

*¡Cuitado del que aguarda,
 Pues es igual el esperar á brasas!*

Porque puede en las mugeres
 Mas una desconfianza
 Que la nobleza, Gayferos,
 Cuando tan poco la guardan;
 Pues considera, si sirves
 En París damas cristianas,
 Que, aunque moros, caballeros
 En Sansueña me regalan,
 Y que soy muger, y vivo
 Cautiva y desesperada,
 Y aunque soy hija de Carlos,
 Soy muger, y aquesto basta.

*¡Cuitado del que aguarda,
 Pues es igual el esperar á brasas!*

Y básteme haber perdido
 De libertad la esperanza
 Para olvidar por un moro
 Quien olvida á una cristiana.
 Bien sé yo que es liviandad,
 Y de liviandad se pasa,
 Pretender contra mi honor
 De mis agravios venganza;
 Porque donde se atraviesa
 Honor y nobleza tanta,
 No habrá sinrazon tan grande
 Que contra la razon valga.

*¡Cuitado del que aguarda,
 Pues es igual el esperar á brasas!*

Ni aun tampoco Dios permita
 Que aunque mas de tí apartada
 Se me olvide á mí jamas
 De lo que debo á mi alma;
 Que aunque muger, soy ilustre,
 Y en las tales jamas falta
 El valor en tiempo alguno,
 Si honra al valor acompaña:
 Y si ha faltado en alguna,
 Puede ser porque no alcanza

El ser natural, que es justo
Si hacen injusta mudanza.
*¡Cuitado del que aguarda,
Pues es igual el esperar á brasas!*

Mas tambien parece mal
Que esté en Sansueña encerrada,
Y que se esté Don Gayferos
En París jugando cañas,
Él libre, y ella cautiva,
Él querido, ella olvidada,
Ella llorando su ausencia,

Él en juegos y entre damas:
Mira pues que soy tu esposa,
Cuando no hubiera otra causa
Te obligaba el ser muger,
Y ser natural de Francia.—
Proseguir quiso y no pudo
Su razon, que por ser tanta
El grave dolor la incita
A llorar así sus ansias:
*¡Cuitado del que aguarda,
Pues es igual el esperar á brasas!*

Id. 8.º del mismo. (Anónimo).

Mil zelosas fantasías,
Que del esperar se engendran,
A Melisendra combaten
En la torre de Sansueña.
Mira el camino de Francia
Que la enoja y la consuela,
Porque en él ve sus agravios
Y de él su remedio espera.
Viendo que sus esperanzas,
Como fingidas, por fuerza
Se las lleva el presto viento,
Tambien sus quejas le entrega,
Diciendo: — Siendo, Gayferos,
No fingida la nobleza,
¿Cómo niega obligaciones,
Y cómo olvida promesas?
¿Cómo podré yo creer
Que me ha querido de veras
Quien en ausencia tan larga
Tiene tan larga paciencia?
Siendo vivo, es imposible
Si me quiere, se detenga,
Porque no hay inconveniente
Que voluntad no le venza.
Si acaso nueva memoria
Hace que la mia pierda,

En balde espero la paga
De mi fé y de tantas deudas,
Que un ingrato corazon
Mucho mas recibe y precia
Desden del que está presente,
Que del ausente firmeza.
¡Cuántas y cuántas se han visto
Hacer de mudables muestra
Por muestra de sus razones
Mas que por ser lisonjeras!
Y si agraviadas se mudan,
Harto desculpadas quedan,
Que el que ofende es quien agravia,
Y no agravia quien se venga.
Si se muestra descuidado
Por averiguar mis veras,
Hacer pruebas ofendiendo
Es peligrosa esperiencia.
¡Dichoso el que mira el bien
Sin estos lejos de ausencia,
Que hacen menores los gustos
Y mayores las ofensas!
A mil imaginaciones
Hago grande resistencia,
Con ver que es mejor quejarme

Que dar ocasion á quejas. —
Pasára mas adelante,
Pero con la mucha pena

Las lágrimas fueron tantas,
Que entorpecieron la lengua.

Id. 1.º de la historia de Durandarte, Belerma y Montesinos.
(Anónimo). (1)

Durandarte, Durandarte,
Buen caballero probado,
Yo te ruego que hablemos
En aquel tiempo pasado,
Y dime si se te acuerda
Cuando fuiste enamorado,
Cuando en galas é invenciones
Publicabas tu cuidado,
Cuando venciste á los moros
En campo por mí aplazado:
Agora, desconocido,

Dí, ¿por qué me has olvidado?
— Palabras son lisonjeras,
Señora, de vuestro grado,
Que si yo mudanza hice
Vos lo habeis todo causado,
Pues amásteis á Gayferos
Cuando yo fuí desterrado;
Que si amor quereis conmigo
Tenéislo muy mal pensado,
Que por no sufrir ultraje
Moriré desesperado.

Id. 2.º de los mismos. (Anónimo).

Por la parte donde vido
Mas sangrienta la batalla,
Se metia Montesinos
Lleno de angustia y de saña. —
Cuantos con la lanza encuentra
A tierra los derribaba,
La yegua tambien ayuda,
Que á muchos atropellaba.
Lugar le hacen como á toro
Por do quiera que pasaba:
Echó el ojo Montesinos,
Por todo el campo miraba,
Y vió un moro esforzado
Que mucho se aventajaba.
Un alfange trae el moro
Teñido en sangre de Francia:

Este es aquel Albenzayde
Que entre todos tiene fama,
Caballero en una yegua
Hermosa, rucia y manchada.
Como le vió Montesinos,
Encendido en ira y saña
Dió de espuelas á la yegua
Y en los pechos le encontrara,
Y fue tan recio el encuentro
Que á tierra lo derribaba.
Del gólpe que dió en el suelo
Hizo pedazos la lanza,
No le quedó á Montesinos
Sino un pedazo de asta:
Como se vió de tal suerte
Por todo el campo miraba,

(1) *Trova del de Afuera*, afuera, Rodrigo.

Vió la batalla rompida,
 Sus gentes desbaratadas,
 Y la flor de lis de oro
 Que los moros la arrastraban.
 No vé golpe de Oliveros,
 Ni oye ya al señor de Braña.

Cubierto de sangre y polvo
 Se salió de la batalla
 En busca de Durandarte
 Que de lejos divisaba,
 Que con heridas de muerte
 De la batalla escapaba.

Id. 3.º de los mismos. (Anónimo).

¡Oh Belerma! ¡oh Belerma!
 Por mi mal fuiste engendada,
 Que siete años te serví
 Sin de tí alcanzar nada.
 Agora que me querias
 Muero yo en esta batalla:
 No me pesa de mi muerte
 Aunque temprano me llama,
 Mas pésame que de verte
 Y de servirte dejaba.
 ¡Oh mi primo Montesinos! (1)
 Lo que agora yo os rogaba,
 Que cuando yo fuere muerto
 Y mi ánima arrancada,
 Vos lleveis mi corazon
 Adonde Belerma estaba,
 Y servidla de mi parte
 Como de vos yo esperaba,
 Y traedle mi memoria
 Dos veces cada semana,
 Y diréisle que se acuerde
 Cuán cara que me costaba,
 Y dadle todas mis tierras
 Las que yo señoreaba;
 Pues que yo á ella pierdo,
 Todo el bien con ella vaya.
 ¡Montesinos, Montesinos!

Mal me aqueja esta lanzada,
 El brazo traigo cansado
 Y la mano del espada:
 Traigo grandes las heridas,
 Mucha sangre derramada,
 Los extremos tengo frios,
 Y el corazon me desmaya,
 Que ojos que nos vieron ir
 Nunca nos verán en Francia.
 Abracéisme, Montesinos,
 Que ya se me sale el alma.
 De mis ojos ya no veo,
 La lengua tengo turbada;
 A vos doy todos mis cargos,
 En vos yo los traspasaba.
 —El Señor en quien creeis
 Él oiga vuestra palabra.—
 Muerto yace Durandarte
 Al pie de una alta montaña,
 Llorábalo Montesinos
 Que á su muerte se hallara:
 Quitándole está el almete,
 Desciñéndole el espada,
 Hácele la sepultura
 Con una pequeña daga.
 Sacábale el corazon,
 Como él se lo jurara,

(1) Con variantes se ponen algunos versos de estos en la part. II. cap. 23 del Quijote.

Para llevarlo á Belerma,	;Primo mio de mi alma!
Como allí se lo mandara.	;Espada nunca vencida!
Las palabras que le dice	;Esfuerzo do esfuerzo estaba!
De allá le salen del alma:	Quien á vos mató, mi primo,
—;Oh mi primo Durandarte!	No sé por qué me dejara.

Id. 4.º de los mismos. (Anónimo).

Por el rastro de la sangre	No le conoce el francés
Que Durandarte dejaba	Por mucho qué lo miraba,
Caminaba Montesinos	Porque le turban la vista
Por una áspera montaña:	Las cintas de la celada.
A la hora que camina,	Apeóse de la yegua
Aún no era bien de mañana,	Y desarmóle la cara,
Las campanas de París	Conoció al primo que quiso
Tocan la señal del alba.	Con la vida mas que al alma.
Como viene de la guerra	Fuéle á hacer compañía
Trae las armas destrozadas,	En las últimas palabras
Solo en la mano derecha	El herido habla al sano,
Trae un pedazo de lanza	Y el sano al herido abraza;
De hácia la parte del cuento,	Y por no hablarle llorando
Que el hierro allá lo dejaba	Detiene un poco la habla.
En el cuerpo de Albenzayde	Viéndole junto de sí
Un moro de muy gran fama.	Desta manera le habla:
Trae aquella el francés	—;Oh mi primo Montesinos!
Porque le sirva de vara	Mal nos fue en esta batalla,
Para hacer andar la yegua,	Pues murió en ella Roldan
Que la llevaba cansada:	El marido de Doña Alda,
Mirando iba la yerba	Cautivaron á Guarinos
Como estaba ensangrentada;	Capitan de nuestra escuadra,
Saltos le da el corazon	Heridas tengo de muerte
Y sospechas le da el alma	Que el corazon me traspasan.
Pensando si sería alguno	Lo que os encomiendo, primo,
De los amigos de Francia.	Lo postrero que os rogaba,
Confuso en esta sospecha	Que cuando yo sea muerto
Hácia un haya caminaba,	Y mi cuerpo esté sin alma,
Vió un caballero tendido	Me saqueis el corazón
Que parece que le llama;	Con esta pequeña daga,
Dale voces que se llegue	Y lo lleveis á Belerma,
Que el alma se le arrancaba.	La mi linda enamorada,

Y le direis de mi parte
 Que muero en esta batalla,
 Que quien muerto se le envía
 Vivo no se lo negara.
 Daréisle todas mis tierras

Cuantas yo señoreaba,
 Que los bienes del cautivo
 El señor los heredaba.—
 Estas palabras diciendo
 El alma se le arrancaba.

Id. 5.º de los mismos. (Anónimo).

Muerto yace Durandarte
 Debajo una verde haya,
 Con él está Montesinos,
 Que en la su muerte se halla.
 Haciéndole está la fosa
 Con una pequeña daga,
 Quitándole está el almete,
 Desciñéndole la espada;
 Por el costado siniestro
 El corazon le sacara.
 Así hablara con él
 Como cuando vivo estaba:
 —¡Corazon del mas valiente
 Que en Francia ceñía espada!
 Ahora sereis llevado
 Adonde Belerma estaba.—
 Envolvióle en un cendal,
 Y consigo lo llevaba.
 Entierra primero al primo,
 Con gran llanto lamentaba

La su tan temprana muerte
 Y su suerte desdichada.
 Torna á subir en la yegua
 Su cara en agua bañada,
 Pónese luego el almete
 Y muy recio le enlazaba.
 No quiere ser conocido
 Hasta hacer su embajada,
 Y presentarle á Belerma,
 Segun que se le encargara,
 El sangriento corazon
 Que á Durandarte sacara.
 Camina triste y penoso,
 Ninguna cosa le agrada,
 Por do quiere andar la yegua
 Por allí deja que vaya;
 Hasta que entró por París
 No sabe en qué parte estaba.
 Derecho va á los palacios
 Adonde Belerma estaba.

Id. 6.º de los mismos. (Anónimo).

En Francia estaba Belerma
 Alegre y regocijada,
 Hablando con sus doncellas
 Como otras veces usaba.
 Dice y afirma jurando
 Entre todas levantada,
 Que se juzga ciertamente
 La mas bien aventurada
 De las damas de su tiempo

Y cualquier edad pasada,
 Pues le sirve Durandarte,
 Galan muy digno de fama,
 Mas gallardo y gentil hombre
 Que cuantos ciñen espada.
 Mas temiendo no la arguyan
 Que habla de apasionada,
 Dice con rostro sereno
 Y con la voz fatigada:

—Nadie entienda q'esto digo
 Por estar enamorada,
 Que cierto que no le viendo,
 En viéndole lo juzgara:
 Nunca aviso y gentileza
 Tuvieron una posada
 Como aqueste que la tiene
 En lo mejor de mi alma.—
 Y diciendo estas razones
 Cayó en tierra desmayada,
 Mas volviendo en sí Belerma
 Desta manera hablaba:
 —¿Qué es aquesto, amigas mías?
 Algun mal se me acercaba,
 Que nunca mi corazon
 Aquestas muestras me daba,
 Sin que luego ciertamente
 Me acuda alguna desgracia.—
 Volvió sus ojos Belerma,
 Que mil perlas destilaban,
 Vió venir á Montesinos
 De la infelice batalla.
 Con el rostro mustio y triste,
 La color desemejada,
 Trae escrito en su semblante
 La nueva que reportaba:

Id. 7.º de los mismos. (Anónimo).

Sobre el corazon difunto
 Belerma estaba llorando
 Lágrimas de roja sangre,
 Que las de agua hicieron cabo.
 El cabello de oro fino
 De mesarle enherizado,
 Las manos hechas un ñudo,
 El cuerpo todo templado.
 Cuando vió aquel corazon,
 Estando en él contemplando,
 De nuevas gotas de sangre
 Estaba todo bañado.

Llegó donde está Belerma,
 De rodillas se postraba,
 Quiere hablar y no acierta,
 Y cuando acierta no osaba.
 Mas al fin con poco aliento
 Dice con la voz turbada:
 —Nuevas te traigo, señora,
 Que son de grande desgracia.
 —Primero que me las digas
 (La dama le replicaba)
 ¿Qué es de tu querido primo?
 ¿Dónde está? ¿cómo quedaba?
 —Muerto queda, mi señora,
 Debajo una verde haya:
 Veis aquí su corazon,
 Yo mismo se lo sacara,
 Porque al punto de la muerte
 La palabra me tomara,
 Porque vieses tú, señora,
 Cuánto dél eras tú amada,
 Y porque aves ningunas
 Indignas de tal vianda
 No comiesen corazon
 Donde estabas tú fijada,
 Al cual podrás hacer honra
 Que él en vida deseaba.

—;Corazon de mi señor
 Durandarte, muy preciado,
 En los amores dichoso
 Y en batallas desdichado!
 Quien os trajo ante mis ojos
 Tanta crueldad usando,
 No debia de saberlo.
 ;Corazon que estás clavado
 Con aqueste triste mio,
 Yo te pagaré llorando!—
 Así se quedó Belerma
 Vencida de un gran desmayo.

Id. 1.º de la batalla de Roncesvalles. (Anónimo).

Un gallardo paladin,
 Aunque invencible, vencido,
 De Francia quinto Delfin,
 Cercano al último fin
 Dice, hallándose rendido:
 — Cuando allá en Francia nos
 vimos
 Haciendo del mundo ultraje,
 Muchas promesas hicimos,
 Y entre otras cuando partimos
 Hicimos pleito homenaje
 De abatir el estandarte
 De Bernardo el castellano,
 Y asolar por toda parte
 Cuanto alcanzase la mano,
 Sin perdonar ni aun á Marte.
 Y porque memoria fuese
 Para los que den ultraje,
 Hicimos pleito homenaje
 Que el que en la guerra muriese
 Dentro en Francia se enterrase;

Pero por traicion guiados
 No fuimos apercebidos,
 Antes súbito asaltados
 Por leones desatados,
 Con quien batalla tuvimos.
 Fortuna favorecióles
 Hasta el fin y postrer trance,
 Y en todo victoria dióles;
 Mas como los españoles
 Prosiguieron el alcance,
 No pudimos resistir
 Al ímpetu de Bernardo,
 Porque en matar y herir
 Y franceses destruir
 No se nos mostraba tardo.
 Él con faz serena y leda,
 Y nos con pena y afane,
 Dijo: — España, cierra, cierra,
 Y así con la polvareda
 Perdimos á Don Beltrane.

Id. 2.º de la misma. (Anónimo). (1)

En los campos de Alventosa
 Mataron á Don Beltran,
 Nunca lo echaron menos
 Hasta los puertos pasar.
 Siete veces echan suertes
 Quién lo volverá á buscar,
 Todas siete le cupieron
 Al buen viejo de su padre,
 Las tres fueron por malicia,
 Y las cuatro con maldad.

Vuelve riendas al caballo,
 Y vuélveselo á buscar,
 De noche por el camino,
 De dia por el jaral;
 Por la matanza va el viejo,
 Por la matanza adelante,
 Los brazos lleva cansados
 De los muertos rodear:
 No hallaba al que buscaba,
 Ni menos la su señal.

(1) *Es al mismo asunto del que dice Cuando de Francia partimos, del Romancero general.*

Vido todos los franceses
 Y no vido á Don Beltran:
 Maldiciendo iba el vino (1),
 Maldiciendo iba el pan
 (El que comian los moros,
 Que no el de la cristiandad),
 Maldiciendo iba el arbol
 Que solo en el campo nasce,
 Que todas las aves del cielo
 Allí se vienen á asentar,
 Que de rama ni de hoja
 No lo dejaban gozar:
 Maldiciendo iba el caballero
 Que cabalgaba sin page,
 Si se le cae la lanza
 No tiene quien se la alce,
 Y si se le cae la espuela
 No tiene quien se la calce;
 Maldiciendo iba la muger
 Que tan solo un hijo pare,
 Si enemigos se lo matan
 No tiene quien lo vengar.
 A la entrada de un puerto,
 Saliendo de un arenal,
 Vido en esto estar un moro.
 Que velaba en un adarve;
 Hablóle en algarabía,
 Como aquel que bien la sabe:
 — Por Dios te ruego, el moro,
 Me digas una verdad,

Caballero de armas blancas
 Si lo viste acá pasar,
 Y si tú lo tienes preso
 A oro lo pesarán,
 Y si tú lo tienes muerto
 Désmelo para enterrar,
 Pues que el cuerpo sin el alma
 Solo un dinero no vale.
 — Ese caballero, amigo,
 Dime tú qué señas trae.
 — Blancas armas son las suyas
 Y el caballo es alazan,
 En el carrillo derecho.
 Él tenia una señal,
 Que siendo niño pequeño
 Se la hizo un gavilan.
 — Este caballero, amigo,
 Muerto está en aquel pradal,
 Las piernas tiene en el agua,
 Y el cuerpo en el arenal,
 Siete lanzadas tenia
 Desde el hombro al calcañal,
 Y otras tantas su caballo
 Desde la cincha al pretal.
 No le des culpa al caballo
 Que no se la puedes dar,
 Siete veces lo sacó
 Sin herida y sin señal,
 Y otras tantas lo volvió
 Con gana de pelear.

Id. 3.º de la misma. (Anónimo).

Quando de Francia partimos	Dentro en Francia se enterrase.
Hicimos pleito homenaje	Y como los españoles
Que el que en la guerra muriese	Prosiguieron el alcance,

(1) Desde aquí hasta No tiene quien lo vengar, es un trozo copiado en el que dice Asentado está Gayferos.

Con la mucha polvareda
 Perdimos á Don Beltrane:
 Siete veces echan suertes
 Sobre quién irá á buscalle,
 Todas siete le cupieron
 Al buen viejo de su padre.
 Las tres le caben por suerte,
 Las cuatro por gran maldade;
 Mas aunque no le cupieran
 Él no se podia quedare.
 Vuelve riendas al caballo
 Sin que nadie le acompañe,
 Y con el dolor que lleva
 Les dice razones tales:
 —Volved á Francia, franceses,
 Los que amais la vida infame,
 Que yo por solo mi hijo

Fuí con vosotros, cobardes.
 No me lleva el juramento
 Ni las suertes que falsastes,
 Que el amor y la venganza
 Bastaban para llevarme;
 Y pues él por el honor
 No se acordó de su padre,
 Yo quiero acordarme dél
 Y volver á Roncesvalles;
 Y si con vosotros pueden
 Juramentos y homenages,
 No penseis que con mi muerte
 Del peligro os escapastes,
 Echá desde luego suertes
 Sobre quién irá á buscarme;
 Que yo no voy por el muerto,
 Sino á morir ó vengalle.

Id. 4.º de la misma. (Anónimo).

Por muchas partes herido
 Sale el viejo Carlo Magno,
 Huyendo de los de España
 Porque le han desbaratado:
 Los once deja perdidos,
 Solo Roldan ha escapado,
 Que nunca ningun guerrero
 Llegó á su esfuerzo sobrado,
 Y no podia ser herido
 Ni su sangre derramado.
 Al pie estaba de una cruz
 Por el suelo arrodillado:
 Los ojos vueltos al cielo,
 Desta manera ha hablado:

—Animoso corazon,
 ¿Cómo te has acobardado
 En salir de Roncesvalles
 Sin ser muerto ó bien vengado?
 ¡Ay amigos y señores!
 ¿Cómo os estareis quejando
 Que os acompañe en la vida
 Y en la muerte os he dejado! —
 Estando en esta congoja
 Vió venir á Carlo Magno
 Triste, solo y sin corona,
 Con el rostro ensangrentado;
 Desdeque así lo hubo visto
 Cayó muerto el desdichado.

Id. 5.º de la misma. (Anónimo).

En París está Doña Alda
 La esposa de Don Roldan,
 Trescientas damas con ella

Para la acompañar:
 Todas visten un vestido,
 Todas calzan un calzar,

Todas comen á una mesa,
 Todas comían de un pan,
 Sino era sola Doña Alda,
 Que era la mayoral:
 Las ciento hilaban oro,
 Las ciento tegan cendal,
 Las ciento instrumentos tañen
 Para Doña Alda holgar.
 Al son de los instrumentos
 Doña Alda adormido se ha,
 Ensoñado habia un sueño,
 Un sueño de gran pesar.
 Recordó despavorida
 Y con un pavor muy grande,
 Los gritos daba tan grandes,
 Que se oían en la ciudad.
 Allí hablaron sus doncellas,
 Bien oireis lo que dirán:
 —¿Qué es aquesto, mi señora?
 ¿Quién es el que os hizo mal?
 —Un sueño soñé, doncellas,
 Que me ha dado gran pesar,
 Que me veía en un monte
 En un desierto lugar:
 Bajo los montes muy altos
 Un azor vide volar,

Tras dél viene una aguililla
 Que lo afincaba muy mal.
 El azor con grande cuita
 Metióse so mi brial,
 El aguililla con grande ira
 De allí lo iba á sacar,
 Con las nñas lo despluma,
 Con el pico lo deshace.—
 Allí habló su camarera,
 Bien oireis lo que dirá:
 —Aquese sueño, señora,
 Bien os lo entiendo soltar:
 El azor es vuestro esposo
 Que viene de allende el mar,
 El águila sedes vos,
 Con la cual ha de casar,
 Y aquel monte es la iglesia
 Donde os han de velar.
 —Si así es, mi camarera,
 Bien te lo entiendo pagar.—
 Otro dia de mañana
 Cartas de fuera le traen,
 Tintas venian de dentro,
 De fuera escritas con sangre,
 Que su Roldan era muerto
 En la caza de Roncesvalles.

Id. 6.º del mismo. (Anónimo). (1)

Mala la vísteis, franceses, (2)
 La caza de Roncesvalles,
 Don Carlos perdió la honra,
 Murieron los doce Pares,

Cativaron á Guarinos
 Almirante de las mares,
 Los siete Reyes de moros
 Fueron en su cativare.

(1) *Entre los de Bernardo del Carpio, que siguen á estos romances, hay tambien algunos que tratan de esta batalla y de la muerte de Roldan con los doce Pares.*

(2) Mala la hubisteis, franceses,
 En esa de Roncesvalles.

Así pone estos dos versos Cervantes en la part. II, cap. 9 del Quijote. Sin duda se modernizó así la lección del romance antiguo.

Siete veces echan suertes
 Cuál dellos lo ha de llevar,
 Todas siete le cupieron
 A Marlotes el Infante:
 Mas lo preciaba Marlotes
 Que Arabia con su ciudad.
 Dícele desta manera,
 Y empezóle de hablar:
 — Por Alá te ruego, Guarinos,
 Moro te quieras tornar,
 De los bienes deste mundo
 Yo te quiero dar asaz;
 Las dos hijas que yo tengo
 Ambas te las quiero dar,
 La una para el vestir,
 Para vestir y calzare,
 La otra para tu muger,
 Tu muger la naturale.
 Darte he en arras y dote
 Arabia con sus ciudades;
 Si mas quisieres, Guarinos,
 Mucho mas te quiero dare. —
 Allí hablara Guarinos,
 Bien oireis lo que dirá:
 — No lo mande Dios del cielo
 Ni Santa María su madre
 Que deje la fé de Cristo
 Por la de Mahoma tomar,
 Que esposaica tengo en Francia,
 Con ella entiendo casar. —
 Marlotes con gran enojo
 En cárceles lo manda echar
 Con esposas á las manos
 Porque pierda el pelear,
 El agua hasta la cintura
 Porque pierda el cabalgar,
 Siete quintales de fierro
 Desde el hombro al calcañal.
 En tres fiestas que hay en el año
 Le mandaba justiciar,

La una Pascua de mayo,
 La otra por Navidad,
 La otra Pascua de flores,
 Esa fiesta general.
 Vanse dias, vienen dias,
 Venido era el de San Juan,
 Donde cristianos y moros
 Hacen gran solemnidad.
 Los cristianos echan juncia
 Y los moros arrayan,
 Los judíos echan encas
 Por la fiesta mas honrar.
 Marlotes con alegría
 Un tablado mandó armar
 Ni mas chico ni mas grande
 Que al cielo quiere llegar.
 Los moros con alegría
 Empiézanle de tirar,
 Tira el uno, tira el otro,
 No llegan á la mitad:
 Marlotes muy enojado
 Un pregon mandara dar,
 Que los chicos no mamasen
 Ni los grandes coman pan
 Hasta que aquel tablado
 En tierra haya de estar.
 Oyó el estruendo Guarinos
 En las cárceles do está:
 — ¡Oh válasme Dios del cielo
 Y Santa María su madre!
 O casan hija del Rey,
 O la quieren desposar,
 O era venido el dia
 Que me suelen justiciar. —
 Oidolo ha el carcelero
 Que cerca se fue á hallar:
 — No casan hija de Rey,
 Ni la quieren desposar,
 Ni es venida la pascua
 Que te suelen azotar,

Mas era venido un dia,
 El cual llaman de San Juan,
 Cuando los que están contentos
 Con placer comen su pan.
 Marlotes de gran placer
 Un tablado mandó armar,
 El altura que tenia
 Al cielo quiere llegar;
 Hanle tirado los moros,
 No le pueden derribar,
 Y Marlotes de enojado
 Un pregon mandara dar,
 Que ninguno no comiese
 Hasta habello derribar.—
 Allí respondió Guarinos,
 Bien oireis qué fue á hablar:
 — Si vos me dais mi caballo
 En que solia cabalgar,
 Y me diésedes mis armas
 Las que yo solia armar,
 Aquellos tablados altos
 Yo los pienso derribar,
 Y si no los derribase
 Que me mandasen matar.—
 El carcelero q'esto oyera
 Comenzóle de hablar:
 — Siete años habia, siete
 Que estás en este lugar,
 Que no siento hombre del mundo
 Que un año pudiese estar,
 Y aun dices que tienes fuerzas
 Para el tablado derribar;
 Mas espera tú, Guarinos,
 Que yo lo ire á contar
 A Marlotes el Infante
 Por ver lo que me dirá.—
 Ya se parte el carcelero,
 Ya se parte, ya se va:
 Siendo cerca del tablado
 A Marlotes fue hablar:

— Unas nuevas os traia,
 Queráismelas escuchar;
 Sabed que aquel prisionero
 Aquesto dicho me ha,
 Si le diesen su caballo
 En que solia cabalgar,
 Y le diesen las sus armas
 Que él se solia armar,
 Que aquestos tablados altos
 El los entiende derribar.—
 Marlotes de q'esto oyera
 De allí lo mandó sacar;
 Por mirar si en caballo
 Él podria cabalgar,
 Mandó buscar su caballo,
 Y mandáraselo dar,
 Que siete años son pasados
 Que andaba llevando cal.
 Armáronlo de sus armas,
 Que bien mohosas estan.
 Marlotes desde lo vido
 Con reir y con burlar
 Dice que vaya al tablado
 Y lo quiera derribar.
 Guarinos con grande furia
 Un encuentro le fue á dar,
 Que más de la mitad dél
 En el suelo fue á echar.
 Los moros de q'esto vieron
 Todos le quieren matar,
 Guarinos como esforzado
 Comenzó de pelear
 Con los moros que eran tantos,
 Que el sol querian quitar.
 Peleara de tal suerte
 Que él se hubo de soltar,
 Y se fuera á la su tierra
 A Francia la natural:
 Grandes honras le hicieron
 Cuando le vieron llegar.

ROMANCES

DE BERNARDO DEL CARPIO.

1.º (Anónimo).

En los reinos de Leon
El Casto Alfonso reinaba,
Hermosa hermana tenia,
Doña Jimena se llama.
Enamorárase de ella
Ese Conde de Saldaña,
Mas no vivia engañado,
Porque la Infanta lo amaba.

Muchas veces fueron juntos,
Que nadie lo sospechaba,
De las veces que se vieron
La Infanta quedó preñada.
La Infanta parió á Bernardo,
Y luego monja se entraba;
Mandó el Rey prender al Conde
Y ponerle muy gran guarda.

Id. 2.º por Lorenzo de Sepúlveda.

El Conde Don Sancho Díaz
De Saldaña era llamado,
Casó con Doña Jimena,
Hermana de Alfonso el Casto:
Y no lo sabiendo el Rey
Ambos se habian desposado,
Y de su ayuntamiento
Nació Bernardo del Carpio.
Mucho pesó al Rey Alfonso,
Por el Conde habia enviado
A Saldaña donde estaba,
Para dél se hacer vengado.
El Conde vino á Leon
Do está el Rey aposentado,
Venido que fue á Leon
De venir le habia pesado,
Porque no saliera el Rey

A recibirlo y honrarlo.
A mala señal lo tuvo,
De sí se habia querellado
En no traer de su gente,
Aunque el Rey lo habia vedado.
Cuando el Rey supo q'el Conde
A Leon habia llegado,
Mandó á sus caballeros
Que lo prendan en entrando.
Venido que fuera el Conde
A besar al Rey la mano,
Luego fuera el Conde preso,
Al Rey habia preguntado:
— Señor, ¿en qué os ofendi?
¿Por qué soy tan mal tratado?
— Asaz hecistes, el Conde,
Que bien sé lo que ha pasado

Entre Jimena mi hermana
 Y vos, Conde, mal mirado;
 Pero yo os prometo y juro
 Que vos sereis castigado,
 Que en toda la vuestra vida
 De prision no sereis librado.
 Morireis dentro de ella
 En Luna aberrojado.
 — Mi señor, sois vos el Rey,

Respondió el Conde llorando,
 Hareis vos vuestro querer
 Contra mí vuestro vasallo.
 Por merced, señor, os pido
 Que tomedes á Bernardo,
 Que se cria en las Asturias,
 Q'es hijo de vuestro hermano.
 De mi pecado no ha culpa,
 Que yo soy el que he errado.

Id. 3.º (Anónimo).

Contándole estaba un dia
 Al valeroso Bernardo
 Elvira Sanchez su aya,
 Que de niño le ha criado:
 — Sabredes, fijo, sabredes
 Por lo que habeis preguntado,
 Que non sois bastardo, non,
 Como dijo Alfonso el Casto. —
 Bernardo replica: — Pues
 Algun padre me ha engendrado.
 — Padre fidalgo habeis, fijo,
 Fidalgo, que non villano.
 El Conde Don Sancho Diaz,
 Que en Saldaña es su condado,
 Os'hobo en Doña Jimena,
 En casa del Rey estando;
 Y como su hermana era,
 Por vengarse del agravio
 En el castillo de Luna
 Puso al Conde aprisionado,
 Y á vuestra madre tambien
 Reclusa y á buen recaudo,
 Porque aunque público, non
 Fue el matrimonio aclarado.
 Casáronse los dos solos,
 Por lo que non sois bastardo,
 Y para mas se vengar
 Y faceros mayor daño

Da sus reinos al francés,
 Faciéndoos desheredado;
 Por lo cual parece mal,
 Fijo, al mundo que tu brazo
 Consienta que esté el buen Conde
 Alligido, preso y cano.
 — La culpa teneis vos, madre,
 En habérmelo callado,
 Pues si lo hobiera sabido
 Ya le hobiera libertado.
 — Si todo este largo tiempo
 Que conmigo habeis estado
 Hemos callado el secreto
 Fue por temor del tirano.
 Fincad en esto, vos digo,
 Y notad que abaldonado
 Estais del vulgo parlero,
 Que ha entendido y sabe el caso. —
 Bernardo le dice: — Basta,
 Mi madre, ya lo fablado
 Para servir de acicate
 Al fijo del padre honrado. —
 Al cielo vuelve los ojos,
 Y en mil lágrimas bañando
 Su hermosa afrentada faz,
 Dice mordiendo los labios:
 — No se honren mis amigos
 De me llevar á su lado,

Y quede entre fieros moros
Preso, muerto ó mal llagado,
Y arrástrame mi troton
Fasta me facer pedazos,
Y cuando esté en mas aprieto

Se me canse el diestro brazo,
Que si por bien no me da
Alfonso á mi padre amado,
Que le tengo de seguir
Como á cruel y tirano.

Id. 4.º (Anónimo).

Bañando está las prisiones
Con lágrimas que derrama
El Conde Don Sancho Diaz,
Ese señor de Saldaña.
Y entre el llanto y soledad
Desta suerte se quejaba
De Don Bernardo su hijo,
Del Rey Alfonso y su hermana:
—Los años de mi prision
Tan aborrecida y larga,
Por momentos me lo dicen
Aquestas mis tristes canas.
Cuando entré en este castillo
Apenas entré con barbas,
Y agora por mis pecados
La veo crecida y blanca.
¿Qué descuido es este, hijo?
¿Cómo á voces no te llama
La sangre que tienes mia
A socorrer donde falta?

Sin duda que te detiene
La que de tu madre alcanzas,
Que por ser de la del Rey
Juzgarás mal de mi causa.
Todos tres sois mis contrarios,
Que á un desdichado no basta
Que sus contrarios lo sean,
Sino sus propias entrañas.
Todos los que aquí me tienen
Me cuentan de tus hazañas,
Si para tu padre no,
Dime ¿para quién las guardas?
Aquí estoy en estos hierros,
Y pues dellos no me sacas,
Mal padre debo de ser,
O tú mal hijo me faltas.
Perdóname si te ofendo,
Que descanso en las palabras,
Que yo como viejo lloro,
Y tú como ausente callas.

Id. 5.º (Anónimo).

En corte del Casto Alfonso
Bernardo á placer vivia,
Sin saber de la prision
En que su padre yacia.
A muchos pesaba della,
Mas nadie se lo decia,
Ca non osaba ninguno,
Que el Rey se lo defendia;
Y sobre todos pesaba

A dos deudos que tenia,
Uno era Vasco Melendez,
A quien la prision dolia,
Y el otro Suero Velazquez,
Que en el alma lo sentia.
Para descubrir el caso
En su puridad metian
A dos dueñas hijas-dalgo,
Que eran de muy gran valía,

Una era Urraca Sanchez,
 La otra dicen María,
 Meléndez era el renombre
 Que sobre nombre tenia.
 Con estas dueñas hablaron
 En gran puridad un dia,
 Diciendo: — Nos os rogamos,
 Señoras, por cortesía,
 Que le digais á Bernaldo
 Por cualquier manera ó via
 Como yace preso el Conde
 Su padre Don Sancho Diaz;
 Que trabaje de sacarlo,
 Si pudiere, en cualquier guisa,
 Que nos al Rey le juramos
 Que de nos no lo sabria. —
 Las dueñas cuando lo vieron
 A Bernaldo lo decian.
 Cuando Bernaldo lo supo
 Pesóle á gran demasia,
 Tanto que dentro en el cuerpo
 La sangre se le volvia.
 Yendo para su posada
 Muy grande llanto hacia;
 Vistióse paños de luto,
 Y delante el Rey se iba.
 El Rey cuando así lo vió
 Desta suerte le decia:
 — Bernaldo, ¿ por aventura
 Cobdicias la muerte mia? —
 Bernaldo dijo: — Señor,

Vuestra muerte no queria,
 Mas duéleme que está preso
 Mi padre gran tiempo habia.
 Señor, pidoos por merced,
 Pues que yo os lo merecia,
 Que me lo mandedes dar. —
 Empero el Rey con gran ira
 Le dijo: — Partíos de mí,
 Y no tengais osadia.
 De mas esto me decir,
 Ca sabed que os pesaria,
 Et yo juro y os prometo
 Que en cuantos dias yo viva
 Que de la prision no veades
 Fuera vuestro padre un dia. —
 Bernaldo con gran tristeza
 A questo al Rey respondia:
 — Señor, Rey sois, y haredes
 A vuestro querer y guisa;
 Empero yo ruego á Dios,
 Tambien á Santa María,
 Que él os meta en corazon
 Que lo soltedes aina,
 Ca yo nunca dejaré
 De serviros todavía. —
 Mas el Rey con todo esto
 Amábale en demasia,
 Y ansi se pagaba dél
 Tanto quanto mas le via,
 Por lo cual siempre Bernaldo
 Ser hijo del Rey creia.

Id. 6.º (Anónimo).

Con cartas y mensageros
 El Rey al Carpio envió,
 Bernaldo como es discreto
 De traicion se receló;

Las cartas echó en el suelo,
 Y al mensagero ansi habló:
 — Mensagero eres, amigo (1),
 Non mereceis culpa, non,

(1) *Este verso y el que sigue se ponen en la part. II. cap. 10 del Quijote.*

Mas al Rey que acá te envia
 Dígasle tú esta razon:
 Que no lo estimo yo á él,
 Ni aun á cuantos como él son,
 Mas por ver lo que me quiere
 Todavía allá iré yo. —
 Y mandó juntar los suyos,
 Desta suerte les habló:
 —Cuatrocientos sois los mios,
 Los que comedes mi pan,
 Los ciento irán al Carpio
 Para el Carpio guardar,
 Los ciento por los caminos
 Que á nadie dejen pasar,
 Doscientos ireis conmigo
 Para con el Rey hablar,
 Y si malo me aviniere,
 Lo peor será tornar. —
 Por sus jornadas contadas
 A la corte fue á llegar.
 —Dios os mantenga, buen Rey,
 Y á cuantos con vos estan.
 —Mal vengades vos, Bernaldo,
 Traidor, hijo del mal padre,
 Dite yo el Carpio en tenencia,
 Tú tómaslo de heredad.
 —Engañáisvos vos, el Rey,
 Et non decides verdad,
 Que si yo fuese traidor
 A vos os cabia en parte:
 Acordárseos debia
 De aquella del Encinal,
 Cuando gentes estrangeras

Allí os trataron tan mal,
 Que os mataron el caballo
 Y aun á vos querian matar.
 Bernaldo como traidor
 Dentre ellos vos fue á sacar,
 Allí me dísteis el Carpio
 De juro y de heredad;
 Prometísteme á mi padre,
 Non me guardaste verdad.
 —Prendedlo, mis caballeros,
 Que igualado se me ha.
 —Aquí, aquí, los mis doscientos,
 Los que comedes mi pan,
 Que hoy era venido el dia
 Que honra habemos de ganar. —
 El Rey de que aquesto viera
 Desta suerte fue á hablar:
 —¿Qué ha sido aquesto, Bernaldo,
 Que así enojado te has?
 ¿Lo que hombre dice de burla
 De veras vas á tomar?
 Yo te dó el Carpio, Bernaldo,
 De juro y de heredad.
 —Aquestas burlas, el Rey,
 No son burlas de burlar;
 Llamásteis de traidor,
 Traidor, hijo de mal padre,
 El Carpio yo no lo quiero,
 Bien lo podeis vos guardar,
 Que cuando yo lo quisiere
 Muy bien lo sabré ganar.

Id. 7.º de Lorenzo de Sepúlveda.

En Luna está preso el Conde
 Muy grandes dias habia,
 Bernaldo, que era su hijo,
 De su prision no sabia.

Halo defendido el Rey
 Que ninguno se lo diga,
 Súpolo de dos doncellas,
 Y fuera con maestria:

Mucho le pesó á Bernaldo,
 El corazón le dolía,
 Revolvióse la sangre;
 Con mucha malefconía
 Fuérase á su posada,
 Gran duelo es el que hacía,
 Las lágrimas de sus ojos
 Muchas van por sus megillas,
 Palabras de gran dolor
 Son aquestas que decía:
 —¡Ay Conde Don Sancho Diaz,
 Grande fue vuestra desdicha!
 Muy mayor es mi pesar,
 Padeceis por causa mía.
 Si de prision no vos quito,
 ¿Para qué quiero la vida?
 Morir quiero y no ser vivo
 Si no os veo y conocia;
 No lo sabia yo, el Conde,
 La vuestra prision esquiva,
 No os tenia yo por padre,
 Agora yo lo sabia,
 Mi padre cuidaba yo
 El Rey Alfonso sería.—
 Con muy crecido dolor
 Luto sobre sí cubria,
 Fuese para el Casto Alfonso,
 De rodillas se ponía:
 El Rey que vido á Bernaldo,
 Estas palabras decía:
 —¿Cobdiciades por ventura,

Bernaldo, la muerte mia?
 —Don Sancho Diaz de Saldaña
 En vuestra prision yacia,
 Siendo mi padre y señor
 Que tanto servido habia.
 Por merced os pido, Rey,
 Me lo deis en este dia,
 A mí poned en prision,
 Libraldo por causa mia.—
 Gran enojo cobró Alfonso
 De lo que le respondia;
 Dijole: —Partíos, Bernaldo,
 De aquesta presencia mia,
 No seais jamas osado
 De volver á tal porfia;
 Yo os juro que no veais
 Que vuestro padre se libra
 De la prision en que está
 En los días que yo viva.
 —Buen Rey, respondió Ber-
 naldo,
 Mal pagais quien os servia;
 Póngavos Dios corazón
 De hacer lo que os pedia,
 Que es de sacar á mi padre
 De la prision que tenia.
 De servir no os dejaré
 Mientras que tenga la vida,
 Y hasta que esté libertado
 Este luto yo traeria.

Id. 8.º (Anónimo).

Estando en paz y sosiego
 El buen Rey Alfonso el Casto,
 Que de lidiar con los moros
 Estaba muy fatigado,
 Nuevas le fueron venidas
 Que por la tierra le ha entrado

Un alto hombre de Francia,
 Que Don Bueso era llamado,
 Con gran hueste de franceses,
 Que la tierra le han entrado.
 El Rey fue luego sobr'él
 Con su sobrino Bernaldo,

Su batalla han en Osejo,
 Que es un lugar castellano,
 Muchas gentes ademas
 Murieron de cada cabo.
 Y estando unos con otros
 Crudamente peleando,
 Bernaldo y Don Bueso á dicha
 En uno se habian hallado:
 Bernaldo mató á Don Bueso
 Aunque era muy esforzado.
 Los franceses viendo esto
 Desampararon el campo:
 Pues la batalla vencida
 Y el campo todo robado,
 Bernaldo suplicó al Rey,
 Pues se lo tenia mandado,
 Que le soltase á su padre,
 Ca despues que fue avisado
 De como yacia en prision,
 Era siempre acostumbrado
 De en cada lid que venciese
 Al Rey le haber demandado;
 Y el Rey se lo prometia
 Siempre que andaba lidiando,
 Mas despues no se lo daba

Cuando en paz y sosegado;
 Como otras veces hacia
 Aquesta se le ha negado.
 Bernaldo con gran pesar
 No quiso ir mas á palacio,
 Antes sin servir al Rey
 Gran tiempo estuvo encerrado,
 Que á ningun cabo salia
 Ni cabalgaba á caballo,
 Ni mas de cosa del mundo
 Mostraba tener cuidado.
 Pena le daba el placer,
 De lo triste era pagado,
 Ya no curaba de fiestas,
 A que él era aficionado,
 Todo pesar y tristeza
 Le era á él muy gran descanso.
 De aquesto pesaba mucho
 A todos los hijos-dalgo,
 Que bien quisieran que el Rey
 Le hubiera á su padre dado,
 Pues tantas veces por él
 Era de muerte escapado,
 Sin perder jamas batalla
 Do con él hubiese entrado.

Id. 9.^o (Anónimo).

No cesando el Casto Alfonso
 De con los moros lidiar,
 Una muy gran hueste de ellos
 La tierra le van á entrar.
 Tantos eran de los moros
 Que era cosa de espantar,
 Los cuales muy esforzados,
 En ser tantos ademas,
 Hicieron de sí dos partes
 Y fuéronse así á ordenar.
 La una fue á Polvoreda,
 La otra fue á aquel lugar

Do el Rey Don Alfonso estaba,
 El cual sin lo recelar,
 Fue muy esforzadamente
 Contra ellos sin tardar.
 Dos partes de la su gente
 El Rey luego hecho ha,
 Con la una va Bernaldo,
 Con la otra el Rey se va.
 Bernaldo va contra aquellos
 Que á Polvoreda se van,
 Y con ellos fue á hallarse
 Donde su batalla han:

Tantos en el Val-de-Moro,
 Frontero de Portugal,
 Venció Bernaldo, y mató
 Tantos dellos ademas,
 Que querer hombre decillo
 Sería nunca acabar.
 El Rey Alfonso otrosi
 Con los otros fuera á dar
 Cerca del rio de Duero,
 Allí fueron á lidiar:

Tan bien se hubo el Rey con ellos,
 Tanto se fuera á esforzar,
 Que mató doce mil moros,
 Y fue tal la mortandad,
 Que los pocos que escaparon
 Llevaron bien que contar,
 Y muy rico y muy honrado
 El Rey se fue á tornar
 A su ciudad de Oviedo,
 Donde fuera á descansar.

Id. 10. (Anónimo).

Al Casto Rey Don Alfonso
 Está Bernardo pidiendo
 Con muy sentidas palabras
 Lo que no basta por ruego.
 — En el castillo de Luna
 Teneis á mi padre preso,
 Solo á vuestros ojos malo,
 Aunque á los de todos bueno.
 Cansadas son las paredes
 De guardar en tanto tiempo
 A un hombre que vieron mozo,
 Y ya le ven cano y viejo.
 Si ya sus culpas merecen
 Que sangre sea en descuento,
 Harta suya he derramado
 Y toda en servicio vuestro:
 Acordaos, señor, de cuando
 A Carlos distes el reino,
 Y vuestra real palabra
 Mis fidalgos la cumplieron;

Pues saliendo á la demanda
 Como buenos caballeros,
 La respuesta que dió Francia
 Vino escrita en nuestros pechos.
 Cuando las guerras civiles
 Que hubistes con los gallegos,
 Trugimos nuestras espadas
 Manchadas en sangre dellos.
 Y cuando con castellanos
 Tuvimos tambien reencuentros,
 Segun vinieron las almas
 Fue mucho venir los cuerpos.
 Hijo soy de vuestra hermana,
 Mirad, Rey, si os viene á cuento
 Darme legítimo padre
 Y no natural soltero.
 No quiero enojaros, Rey,
 Sino decir solo aquesto:
 Que mi padre está en prision,
 Y yo en la guerra sirviéndoos.

Id. 11. (Anónimo).

Andados treinta y seis años
 Del Rey Don Alfonso el Casto,
 En la era de ochocientos
 Y cincuenta y tres ha entrado

El número de esta cuenta;
 Y el Rey ya mas reposado,
 Haciendo en Leon sus cortes,
 Habiendo á ellas allegado

Los altos hombres del reino,
 Y los de mediano estado.
 Mientras las cortes se hacen
 El Rey hacer ha mandado
 Generales alegrías
 Con que á la corte ha alegrado,
 Corriendo cada dia toros
 Y bohordando tablados.
 Don Arias y Don Tibalte,
 Dos Condes de gran estado,
 Eran tristes ademas
 Cuando vieron que Bernaldo
 No entraba en aquellas fiestas,
 De lo cual les ha pesado,
 Porque no entrando él en ellas
 Les era gran menoscabo,
 Y eran menguadas las cortes
 No habiendo á ellas andado.
 Despues de haberse entre si
 Ambos á dos acordado,
 Suplicaron á la Reina
 Que le dijese á Bernaldo,
 Que por su amor cabalgase
 Y que lanzase al tablado.
 Holgando la Reina dello,
 A Bernaldo lo ha rogado,
 Diciéndole: —Yo os prometo
 Desde que al Rey haya hablado,
 Yo le pida á vuestro padre,
 Ca no me lo habrá negado. —
 Bernaldo cabalgó entonces
 Y fue á cumplir su mandado;
 Llegando delante el Rey

Con tanta furia ha tirado,
 Que forzándose en sus fuerzas
 El tablado ha quebrantado.
 El Rey de questo fue fecho
 Fuese á yantar al palacio.
 Don Tibalte y Arias Godos
 A la Reina han acordado
 Que cumpliese la merced
 Que á Bernaldo le ha mandado.
 La Reina fue luego al Rey,
 La cual así le ha hablado:
 —Yo os ruego mucho, señor,
 Que me deis, si os tiene en grado,
 Al Conde Don Sancho Diaz
 Que teneis aprisionado;
 Porque este es el primer don
 Que yo á vos he demandado.—
 El Rey cuando aquesto oyó
 Gran pesar hubo tomado,
 Y mostrando grande enojo,
 Esta respuesta ha dado:
 —Reina, yo no lo haré,
 No tomeis trabajo en vano,
 Ca no quiero quebrantar
 La jura que hube jurado.—
 La Reina quedó muy triste
 Cuando el Rey no se lo ha dado,
 Mas Bernaldo en gran manera
 Fue desto mal enojado,
 Acordando de irse al Rey
 A suplicarle de cabo
 Le diese á su padre el Conde,
 Y si no desafiallo.

Id. 12. (Anónimo).

A los pies arrodillado
 Del Casto Rey Don Alfonso,
 Pide Bernardo á su padre
 Muy humilde y muy quejoso.

—Poderoso Rey, le dice:
 Yo te confieso y conozco
 Que la ofensa de mi padre
 Te ha causado justo enojo;

Pero advierte, Casto Rey,
 Que te ofendió siendo mozo,
 Y qué en la dura prision
 Cubren ya canas su rostro.
 Ya es tiempo que le perdones,
 Pues con ser un yerro solo,
 Yo le he lavado con sangre
 Y él con agua de sus ojos;
 Y si la que tengo suya
 No te mueve, Rey Alfonso,

La mitad es de tu hermana
 A pesar del mundo todo.
 Considera mis servicios,
 Señor, que no son tan pocos
 Que medidos con la ofensa
 No estés menos riguroso.
 Tu Real palabra cumple,
 Y sino á Dios hago voto
 De tomar tanta venganza
 Que cause en tu reino asombro.

Id. 13. (Anónimo).

En gran pesar y tristeza
 Era el valiente Bernaldo,
 Por ver á su padre preso
 Y no poder libertallo.
 Vestidos paños de luto
 Y de sus ojos llorando,
 Se lo pidió de merced
 Al Rey Don Alfonso el Casto,
 El cual dar no se lo quiso,
 Mas por respuesta le ha dado:
 —Que de decirlo otra vez
 No fuese jamas osado,
 Ca si lo osase á hacer
 Con su padre haria echarlo.—
 Bernaldo cuando esto vido
 Al Rey así ha hablado:
 —Señor, por quanto os serví
 Ya debiérades soltallo,
 Bien acordárseos debía,
 Si no se os ha olvidado,
 De cómo yo os acorri
 Cuando os tenian cercado
 Los moros en Benavente,
 Andando en la lid lidiando,
 En la cual sabeis que os viste
 En muy peligroso estado
 Con la gente del Rey Ores

Que la tierra os habia entrado;
 Y vos digísteme entonces
 Que os pidiese yo á mi agrado
 Un don cualquiera que fuese
 Que de vos me sería dado:
 Yo pedíis á mi padre,
 Y por vos me fue otorgado.
 Otrosi cuando lidiásteis
 Con Alzaman el pagano,
 Que yacia sobre Zamora
 Teniendo cerco asentado,
 Bien sabeis lo que allí hice
 Para sacaros en salvo;
 Desde que la lid fue vencida
 Vuestra fé me hubiste dado
 De darme á mi padre el Conde
 Libre, suelto, vivo y sano.
 Y tambien cuando os tenian
 Cercado en el mismo grado
 Los moros cerca del rio
 Que d'Orbi era llamado,
 Y os daban muy grande priesa
 Que fuera escapar milagro,
 Y estando en horas de muerte
 Llegué yo por aquel cabo,
 Y bien sabeis lo que hice,
 Y cómo os hube librado.

Agora pues que me veo
 Ser de vos tan mal pagado,
 Que á mi padre no me dais,
 Habiéndomelo mandado,
 De vos me quito, y no quiero
 Ser ya mas vuestro vasallo.
 Y repto á todos aquellos
 Cuantos son de vuestro mando,
 Para que en cualquier lugar
 Que los hubiese hallado,
 Si mas pudiere que ellos
 Como enemigo tratellos.—
 Desto fue el Rey mas sañudo,
 Y le dijo así á Bernaldo:
 —Bernaldo, pues así es,
 Que salgades luego os mando
 Desde hoy en nueve dias
 De mi tierra y mi reinado.
 Procurad no os halle en ella;
 Porque cierto, si yo os hallo
 Despues que fuere cumplido
 El término señalado,
 Cierto yo os mandaré echar
 Donde vuestro padre ha estado.—

Id. 14. de Lorenzo de Sepúlveda.

No tiene heredero alguno
 Alfonso el Casto llamado,
 A Carlo Magno el de Francia
 Mensageros le ha enviado
 En secreto que viniese
 Contra moros á ayudarlo,
 Y que le daría á Leon,
 Que de Alfonso era reinado.
 Carlos que oyera el mensaje
 Luego se habia aparejado,
 Mucha gente trae consigo,
 Roldan qu'es muy estimado,
 Y otros muchos caballeros

Bernaldo entonces se fue
 Para Saldaña enojado,
 Y luego Vasco Melendez,
 Que en sangre le era llegado,
 Y tambien Suero Velazquez,
 Que era su deudo cercano,
 Y Don Nuño de Leon,
 Deudo otrosi de Bernaldo.
 Viendo que así se partia
 Y que del Rey iba airado,
 Despidiéronse del Rey
 Y besáronle la mano.
 Fuéronse para Saldaña,
 Con Bernaldo se han juntado.
 Bernaldo comenzó entonces
 A hacer gran mal y daño;
 Corrió la tierra de Leon,
 Hizo en ella gran estrago.
 Duraron aquestas guerras,
 Que hubo entre el Rey y Ber-
 naldo,
 Gran tiempo hasta que fue
 Muerto Alfonso aquel Rey Casto.

Que los Pares han llamado.
 Los ricos-hombres del reino
 De Alfonso se han querellado,
 Pidiéronle que revoque
 La palabra que habia dado;
 Si no echarlo han del reino,
 Y pondrán otro en su cabo,
 Que mas quieren morir libres
 Que mal andantes llamados.—
 No quieren ser de franceses
 Sujetos los castellanos:
 El que mas enojo tiene
 Era Bernardo del Carpio,

Que era sobrino del Rey,
 Caballero aventajado.
 Revocó Alfonso la manda,
 Aunque no fue de su grado.
 A Carlos mucho le pesa,
 Del Rey Casto es enojado,
 Porque mintió su palabra
 Mucho lo ha amenazado
 Que le quitará á Leon
 Y aun á todo su reinado.
 Bernardo está muy sañudo
 De lo que Carlos ha hablado.
 Apercíbense los Reyes

Con las gentes de su estado,
 Halláronse en Roncesvalles,
 Do muy recio han batallado,
 Mueren allí muchas gentes
 Franceses y castellanos.
 Venció el Rey Don Alfonso
 Por el esfuerzo sobrado
 De Bernardo su sobrino,
 Que era el mas señalado.
 Mató Bernardo por sí
 A Roldan el esforzado,
 Y á otros muchos Capitanes
 De Francia muy estimados.

Id. 15. (Anónimo).

Retirado en su palacio
 Está con sus ricos-homes
 Alfonso Rey de Castilla
 En Leon do está su corte;
 Y despues de haber propuesto
 Su intento y sus pretensiones
 A los de guerra y estado
 Que atentos le escuchan y oyen,
 En confuso conferir
 Se oye un susurro discorde,
 Que sala y palacio asorda
 La diversidad de voces.
 Unos dicen: "libertad
 Es bien que Castilla goze,
 Que harto tiempo ha sido esclava
 Del Profeta falso torpe,
 Si no es que nuestras miserias,
 Nuestras culpas y errores
 Nos tengan ya condenados
 A estrangeras sumisiones.
 Gobierne el Galo su tierra,
 No nos fatigue y enoje,
 Y estienda por otra parte
 Sus límites y mojones."

Otros dicen: "no es afrenta,
 Ni es bien que por tal se tome,
 Ampararse un reino de otro
 Con honradas condiciones."
 En estas dudas estaban,
 Cuando en confusos montones
 Por el inquieto palacio
 Cantidad de gente rompe,
 Gritando: "viva Castilla
 Y sus temidos leones,
 Viva el Casto Rey Alfonso,
 Con tal que esta voz no estorbe,
 Viva quien la reforzare,
 Y sino en nuestros estoques
 Ha de dejar hoy la vida
 Desde el pechero hasta el noble.
 Viva el famoso Bernardo,
 Libertador de los hombres,
 Que el infame yugo abate
 Y estrangeras opresiones."
 Bernardo en la delantera
 A todos silencio pone,
 Elijiendo de los suyos
 De los mas á cuento doce.

Entra donde estaba el Rey,
 Y dice: — Si el miedo torpe
 Hace tan bajos efectos,
 Como es bien que el mundo note,
 En la sangre ilustre y clara,
 Si es bien que sangre se nombre,
 De aquellos famosos godos
 De quien tembló todo el orbe,
 ¿Cómo á la parlera fama
 Quereis obligar pregone
 Vuestros valerosos hechos
 Sujetos á otras naciones?
 Primero el rigor del cielo
 Ardientes rayos arroje
 Sobre la allicta Castilla,
 Que nombre de esclavo tome.
 Eso no consentiré,

Que aunque el mundo se tras-
 torne,
 No ha de ser, ó han de morir
 A mis manos sus autores;
 Que muchas hay sin las mias
 Para este efecto concordés,
 Que es dulce la libertad,
 Y la esclavitud enorme. —
 Con esto dejó la sala
 Y del palacio salióse,
 Poniendo en orden sus gentes,
 Y dando en sus cosas orden.
 Visto por el Rey el caso
 Manda de nuevo se vote,
 De á do salió que Castilla
 Su libertad tenga y goce.

Id. 16. (Anónimo).

Con solos diez de los suyos
 Ante el Rey Bernardo llega,
 Con el sombrero en la mano
 Y acatada reverencia:
 Los demas hasta trescientos
 Hacia palacio enderezan,
 De dos en dos divididos
 Porque el caso no se entienda.
 — Mal venido seais, le dice,
 Alevoso, á mi presencia,
 Hijo de padres traidores
 Y engendrado entre cautelas,
 Que con el Carpio os alzaste
 Que dado os lo habia en tenen-
 cia;
 Mas fiad de mi palabra,
 Que de vos tomaré enmienda,
 Aunque no hay de que admirarse
 Si el traidor traidor engendra.
 No hay que procurar disculpa,

Pues ninguna teneis buena. —
 Bernardo que atento estaba
 Respondió con faz siniestra:
 — Mal os informaron, Rey,
 Y con relacion mal hecha,
 Que mi padre fue tan bueno,
 Que á la antigua estirpe vuestra
 En bondad no debia nada,
 Y esto es cosa manifiesta:
 Y en decir que fue traidor
 Miente quien lo dice ó piensa,
 De vuestra persona abajo,
 Que como á Rey os reserva:
 ¡Muy bien mis grandes servicios
 Con este nombre se premian!
 De los cuales fuera justo
 Que noticia se tuviera;
 Mas es propio del ingrato,
 Su propiedad, Rey, es esta,
 Olvidar el beneficio

Por negar la recompensa.
 Una os debiera obligar,
 Si de otra no se os acuerda,
 Cuando en la del Romeral
 En la dudosa contienda
 Os mataron el caballo,
 Quedando en notable afrenta,
 Y yo como soy traidor
 Os dí el mio con presteza,
 Sacándoos como sabeis
 De aquella mortal refriega.
 Por ello me prometiste
 Con razones halagüeñas
 De darme á mi padre libre,
 Sin lesion y sin ofensa;
 Pero mal vuestra palabra
 Cumplistes y Real promesa,
 Que para ser Rey, por cierto
 Teneis muy poca firmeza,
 Pues que murió en la prision
 Cual sabeis por pasion vuestra;
 Mas si yo fuera el que debo,
 Si el hijo que debo fuera,
 Su muerte hubiera vengado
 En cosas que os ofendiera:
 Pero yo la vengaré
 En algunas donde entienda
 Para mas os deservir
 Que notable daño os venga.
 —Prendelde, prendelde, dice,
 Mis caballeros, y muera
 El loco desacatado
 Que mi deshonra desea. —
 Prendelde, gritaba el Rey,
 Pero ninguno lo intenta,

Porque vieron que Bernardo
 El manto al brazo rodea,
 Poniendo mano á la espada,
 Diciendo: —Nadie se mueva,
 Que soy Bernardo, y mi espada
 A ninguno se sujeta,
 Y sabeis muy bien que corta,
 De que teneis esperiencia.—
 Los diez visto el duro trance
 A la contienda se aprestan,
 Meten mano á los estoques,
 Del hombro los mantos sueltan,
 Y á los lados de Bernardo
 Con feroz saña se aprietan,
 Avisando á los demas
 Con una acordada seña,
 Los cuales del fuerte alcázar
 Toman las herradas puertas,
 Diciendo: “viva Bernardo,
 Y quien le ofendiere muera.”
 Vista la resolucion
 Dijo el Rey con faz serena:
 —Lo que de burlas os dije
 ¿Tomado lo habeis de veras?
 —Burlando lo tomo, Rey,
 Bernardo le respondiera;
 Y de la sala se sale
 Haciéndole reverencia.
 Con él vuelven los trescientos
 Con bella y gallarda muestra,
 Y derribando los mantos
 Ricas armas manifiestan,
 De que el Rey quedó espantado
 Y su injuria con enmienda.

Id. 17. (Anónimo).

Desterró el Rey Alfonso
 A su sobrino Bernardo

Por poder cumplir la manda
 Que habia hecho á Carlo Magno;

Y porque si está en el reino
 Pudieran seguir su bando
 Aquellos que mas podian
 Y mas antiguos hidalgos.
 Sale á cumplir su destierro
 Solo con un hijo-dalgo,
 Y antes del Carpio salir
 Le dió una carta á un criado,
 Diciendo: — Dásela al Rey,
 Y dile que es de Bernardo,
 Y que no pienso volver
 Hasta que me haya probado
 Con aquel fuerte francés
 A quien él llamaba Orlando,
 Al cual no le ha de valer
 Traer el yelmo encantado
 Que le quitó al buen Cerbino
 Hallándole desarmado,
 Y le dió la muerte cruda,
 Diciendo le venció en campo.—
 Y por no pasar los puertos
 Hasta que fuese verano,
 Caminó hácia Granada,
 Tambien porque han pregonado
 Que hay unas reales justas
 Donde el premio será dado
 Al que mejor lo hiciere,
 Sea moro ó sea cristiano,
 Y por estar allí Muza
 De quien ha sido informado
 Que tiene la mejor lanza
 Que hay en el pagano bando,
 Y el que ha puesto en mas aprieto
 A todo el bando cristiano.
 Al fin allegó á Granada
 Aquel leonés honrado,
 Donde vió que iba á la plaza
 Muza el fuerte enamorado.
 Por las calles donde iba
 Va estos papeles echando,

*Zelos son los que me matan,
 Que amor no estará en su mano.*
 Así entró en la plaza Muza,
 Y todos en él mirando,
 No hay nadie que lo conozca
 Como viene disfrazado.
 Bernardo con gran desseo
 Por saber deste pagano
 Quién es, ó cómo se llama,
 Lo preguntó á un su criado.
 El moro sin curar dél
 Pasó adelante de largo,
 Y allegándose á Muza
 Le dijo: — Aquel cristiano
 Me ha preguntado quién eres,
 Y yo le he disimulado.—
 A Bernardo llegó Muza,
 Y muy pasito hablando,
 Le dijo: — ¿Quién eres tú
 Que por mí vas preguntando?
 Dime, si gustas, tu nombre,
 Y diréte el mio de grado,
 Y si batalla quisieres
 Salgamos los dos al campo.—
 Bernardo que vió del moro
 Aquel pecho tan gallardo,
 Le dijo: — Bernardo soy,
 Y el que nunca ha rehusado
 Batalla con ningun hombre
 Que ocasion me hubiese dado.—
 Muza le abraza y le dice,
 Casi de placer llorando:
 — Has de saber que yo soy
 El que mas ha procurado
 De tenerte por amigo,
 Aunque en las leyes contrarios;
 Y pues el cielo lo quiere
 Abrázame, amigo caro,
 Y de mí quiero te sirvas
 Como del menor criado.

Y si destó en algun tiempo
Me hallares en nada falto,
Quiero que el cielo me falte
Y cuanto Dios ha criado. —

Así se volvieron juntos,
Grande amistad profesando,
Para que Bernardo tenga
Lo que le es necesario.

Id. 18. (Anónimo).

Con tres mil y mas leoneses
Deja la ciudad Bernardo,
Que de la perdida Iberia
Fue milagroso restauro;
Aquella cuya muralla
Guarda y dilata en dos campos
El nombre y altas victorias
De aquel famoso Pelayo.
Los labradores arrojan
De las manos los arados,
Las hozes, los azadones,
Los pastores los cayados;
Los jóvenes se alborozan,
Aliéntanse los ancianos,
Los inútiles se animan,
Fíngense fuertes los flacos,
Todos á Bernardo acuden
Libertad apellidando,
Que el infame yugo temen
Con que los amaga el Galo.
“Libres, gritaban, nacimos,
Y á nuestro Rey soberano
Pagamos lo que debemos
Por el divino mandato.
No permita Dios, ni ordene
Que á los decretos de estraños
Obligemos nuestros hijos,
Gloria de nuestros pasados;
No estan tan flacos los pechos,
Ni tan sin vigor los brazos,
Ni tan sin sangre las venas,
Que consientan tal agravio:
¿El francés ha por ventura

Esta tierra conquistado?
¿Victoria sin sangre quiere?
No, mientras tengamos manos.
Podrá decir de leoneses
Que murieron peleando,
Pero no que se rindieron,
Que son al fin castellanos.
Si á la potencia Romana
Catorce años conquistaron
Los valientes numantinos
Con tan sangrientos estragos,
¿Por qué un reino, y de Leones,
Que en sangre Libia bañaron
Sus encarnizadas uñas,
Escucha medios tan bajos?
Déles el Rey sus haberes,
Mas no les dé sus vasallos,
Que en someter voluntades
No tienen los Reyes mando.”
Con esto Bernardo ordena
Sus escuadrones bizarros,
A quien desde una ventana
Mira Don Alfonso el Casto.
Como á su sangre le mira,
Que le es como sangre grato,
Su gallarda compostura
Y valor considerando.
Crece por puntos la gente,
De suerte que forma campo,
Despuéblase la ciudad
Y los pueblos comarcanos.
Marcha á la ciudad angusta,
Cuyos muros baña ufano.

El caudal famoso Ebro,
Del mundo tan celebrado,
Do el hijo del Zebedeo
Fundó el edificio raro
Que ciñe el Santo Pilar,

Estribo de nuestro amparo.
Allí Brabonel le aguarda
Con el Sarraceno bando,
Que al Rey Marsilio obedece
Contra el francés declarado.

Id. 19. (Anónimo).

Aguardando que amanezca,
Para conocer la entrada,
Estaba el fuerte Bernardo
En los mojones de Francia
Con trescientos compañeros,
Que es la costumbre que usaba,
Que diz bastan para mil
Cuando son hijos de España;
Y antes que ponga en efecto
El desco que llevaba,
A todos juntos les dice
De palabra estas palabras:
— Bien veis, leales amigos,
Los que sois de sangre hidalga,
Que esta empresa á que venimos
Es digna de buenas lanzas;
Si hay alguno entre vosotros
Que entienda allanar su lanza,
Vuélvase de este mojon
Antes que pise la raya,
Porque el que entrare una vez
La suya ha de ser muy cara,
Que cara ha de ser la cosa
Donde la honra se gana.
Bien sabeis que á un español

Le viene de berencia y casta
Hacer espaldas los pechos,
Y no pechos las espaldas;
Y sino guardad las mias,
Que solo aquesto me basta,
Porque mi lanza no teme
Toda Francia cara á cara;
Y aquel que no se atreviere
A mantener su palabra,
Mas vale faltarme aquí,
Que no conozcan sus faltas.—
Todos juntos le responden
Que no tema la batalla,
Que cada cual es Bernardo
Los que á Bernardo acompañan.
Cuando ya el sol por las cum-
bres
Dora las humildes plantas,
De la sarracena gente
Oyen grita y algazara:
Aperciben sus caballos,
Que ya lo estaban de armas,
Y en buena guisa de hidalgos
Para sus contrarios marchan.

Id. 20. (Anónimo).

Con los mejores de Asturias
Sale de Leon Bernardo,
Puestos á punto de guerra
A impedir á Francia el paso,

Que viene á usurpar el reino
A instancia de Alfonso el Casto,
Como si no hubiera en él
Quien mejor pueda heredallo,

Y á dos leguas de León
 Se paró en medio de un llano,
 Y levantando la voz
 Volvió de esta suerte á hablarlos:
 — Escuchadme, leoneses,
 Los que os apreciáis de hijos-dalgo,
 Y de ninguno se espera
 Hacer hecho de villano:
 A defender vuestro Rey
 Vais como buenos vasallos,
 Vuestra tierra y vuestras vidas
 Y las de vuestros hermanos.
 No consintáis que estrangeros
 Hoy vengan á sujetaros,
 Y mañana vuestros hijos
 Sean de Francia un pedazo,
 Y vuestras armas antiguas,
 El rico blason trocando,

Veáis de lises sembradas
 En lugar de leones bravos,
 Y el reino que ha tanto tiempo
 Vuestros abuelos ganaron,
 Por solo el temor de un día
 Vengan á mandallo estraños.
 Aquel que con tres franceses
 No combatiere en el campo,
 Quédese, y seamos menos,
 Aunque habemos de igualallos;
 Que yo y los que me siguieren
 Uno seremos á cuatro,
 Y cuando mas nos cupieren
 Para toda Francia vamos. —
 Esto acabando, arremete
 Con la furia del caballo,
 Diciendo: — Sigánme todos
 Los que fueren hijos-dalgo.

Id. 21. (Anónimo).

Inhumano Rey Alfonso,
 De tus tierras me despido,
 Porque no es Rey natural
 Rey ingrato á los servicios.
 A Francia quiero pasarme,
 Donde tienen cierto aviso
 Que quien honró tu León
 Honrará también sus lirios.
 Ya parece veo á Carlos
 Piadoso, aunque mi enemigo,
 Porque lo que te amparé
 No puedas gozar conmigo.
 Menospreciaste mi espada,
 Mas cuando en ella ó en pino
 Tremolén lunas de plata,
 Echarás de ver sus filos.
 Saldrá de mí tu León
 Menos soberbio y altivo,
 Las cuatro garras sin uñas,

Y la boca sin colmillos,
 No tan altiva la frente,
 Menos bravo el cuerpo erizo,
 Y la cabeza doliente
 Con la fiebre de mi olvido;
 Y si, lo que Dios no quiera,
 Lidiando entre sarracinos
 Te matasen el caballo,
 Acuérdate deste mio,
 Que un día en el Romeral
 Te libró de un gran peligro,
 Y en dar la muerte á mi padre
 Pagaste aquel beneficio.
 De peon te hice Rey,
 Y tú desagradecido,
 Como si fueras peon
 Cumpliste lo prometido:
 Mi noble padre mataste
 Sin pensar que su delito

Te dió el cetro y la corona
 Con hacerme tu sobrino.
 Mas te valió en Roncesvalles
 Contra tantos paladinos
 El retrato de mi padre,

Que te valieras tú mismo. —
 Esto le dijo Bernardo
 Al Rey de Leon su tío,
 Valiente siempre de manos,
 Y esta vez sola de pico.

Id. 22. (Anónimo).

Blasonando está el francés
 Contra el ejército Hispano,
 Por ver que cubre su gente
 Sierra, monte, campo y llano.
 Dice Roldan que ha de ver
 Si es tan valiente Bernardo
 Como lo pinta su España,
 Por leon feroz y bravo.
 Van estampando la arena
 Las tropas de los caballos
 Con tanto ser y destreza,
 Que apenas huellan el campo;
 Y contra el gran Bernardo
 A son de trompas y cajas

En buen orden van marchando:
 Van los doce de la fama
 Con el viejo Carlo Magno
 Haciendo alarde de reinos
 Que en poco tiempo han ganado.
 Los estandartes despliegan
 De flores de lis bordados,
 Diciendo que han de añadir
 Un castillo y un leon bravo:
 No piensan que hay en la tierra
 Quien las iguale en el campo,
 Y esperan que en Roncesvalles
 Darán fin á sus cuidados.

Id. 23. (Anónimo).

El invencible francés,
 Fuerte senador romano,
 Aquel que al bravo Agrican
 Le venció y tornó cristiano,
 Y ganó del fiero Almonte
 El rico cuerno preciado,
 Con que hizo desafíos
 Que al mundo puso en espanto;
 Aquel que en Abraca solo
 Venció todo un campo armado,
 Y nunca siendo vencido
 Venció las hadas y el hado,
 Cual suele mostrar mas luz
 La luz que se está acabando,
 Está en la guerra postrera,

Postrera fuerza mostrando.
 Y no le basta el orgullo,
 La buena espada y caballo,
 Que lo ha el señor de Brava
 Con el que nació en el Carpio:
 Porque despues de haber muerto
 A Dudon aquel dudado,
 Con el Marqués Oliveros,
 Y sus hijos negro y blanco,
 Viendo por sus manos hecho
 Dé sangre francesa un lago,
 Y que al fin de aquella empresa
 Estaba el Roldan gallardo,
 El gran sobrino de Alfonso
 Furioso busca al de Carlos;

Hállale en sangre teñido,
 Y le viene en ella bañado.
 Los mas bravos corazones
 Que humano pecho ha encerrado
 Juntos á batalla vienen
 Con fuerza y ánimo osado.
 Para verla se suspende

La del uno y otro campo,
 Entre la esperanza y miedo
 Los corazones temblando.
 El cielo que á Orlando espera,
 Fortuna que se ha cansado,
 Dan y quitan la victoria
 De un francés á un castellano.

Id. 24. de Lorenzo de Sepúlveda.

En Leon y las Asturias
 Alfonso el Magno reinaba,
 El tercero deste nombre
 De los que antes reinaban.
 En su corte está Bernaldo,
 Por fuerte se señalaba,
 Las rodillas en el suelo
 Al Magno Rey suplicaba
 Que á su buen padre librase
 De la prision en que estaba,
 Pues que se lo prometió
 Y jamas no se lo daba.
 No lo quiso el Rey hacer
 Lo que Bernaldo demanda,
 Bernaldo con gran enojo
 Del Rey se desnaturaba,
 Las tierras del Rey Alfonso
 Todas se las estragaba.
 Prendió muchos caballeros,
 Al Rey venciera en batalla;
 Los grandes de los sus reinos
 Al buen Rey le suplicaran
 Que dé á Bernaldo su padre,
 Don San Diaz de Saldaña;
 Porque Bernaldo los prende
 Y á muchos dellos mataba,
 Las tierras todas les corre,
 Dello gran mal se causaba.
 El Rey por bien de su reino
 Lo que piden aceptaba,

Si Bernaldo le da al Carpio,
 Castillo que edificara.
 Bernaldo tuvo por bien
 De dar lo que le demandan,
 El Rey cobrara el castillo,
 Por el buen Conde enviara
 A Luna castillo fuerte,
 Donde el Conde preso estaba.
 Don Tibalte y Arias Godos
 Al Conde muerto le hailaban.
 En baños al Conde meten,
 Su persona aderezaban,
 Honradamente lo traen
 Donde el Rey Alfonso estaba.
 Salió el Rey á recibirlo
 Con Bernaldo y su mesnada,
 Llegando cerca del Conde
 Bernaldo se adelantaba;
 Llegó al Conde su padre,
 Las sus manos le besaba:
 Cuando las vido estar frias
 Y la color demudada
 Y que no le respondia
 A lo que le preguntaba,
 Entendió que el Conde es muerto:
 Muy gran clamor levantaba,
 A grandes voces diciendo:
 —¡Ay buen Conde de Saldaña!
 En mal hora me engendraste,
 Pues que vivo no os cobraba:

De vuestra larga prision
Yo, buen señor, fui la causa;
No me llamen vuestro hijo,

Pues de veros no gozaba,
Sino muerto como estais,
Gran dolor es á mi alma.

Id. 25. (Anónimo).

Mal mis servicios pagaste,
Ingrato Rey Don Alfonso,
Sabiendo que tu defensa
Estaba toda en mis hombros.
Mi padre me prometiste,
Mas como Rey alevoso,
Sin ojos me lo entregaste
Porque le viesen mis ojos.
;Oh mal hayan mis servicios
Y aqueste brazo furioso,
Que con tan hidalgas obras
Ganó servicios tan cortos!
De hoy adelante he de ser
De tus contrarios socorro,
Porque premien los estraños
Las faltas de Reyes propios.
No de su muerte me pesa,
Pésame que dicen otros
Que si yo buen hijo fuera
No te guardara el decoro.
Ya maldigo el diestro brazo
Que por servir un Rey solo
Deja perecer su sangre
Porque le aborrezcan todos.
Por mí se podrá decir
Que han sido tiempos ociosos,

Pues con honrosas hazañas
Mi propio padre deshonro.
Bien puede decir que tiene
Hijo descuidado y mozo,
Si cautivo le he dejado
Por ser esclavo forzoso.
Cuando obligacion tuviste,
Con ser mi madre tu tronco,
Me trocaste la palabra,
¿Qué harás agora, Alfonso?
Nunca ella mi madre fuera,
Ni yo Bernardo, pues gozo
De sus yerros y mi agravio,
Que fueron dos malos gozos.
Si tus ofensas vengaste,
Desde agora, Rey, te informo
Que he de vengar mis ofensas,
Que no con Reyes me ahorro.—
Esto le dice Bernardo
Al Rey su tio, y dejólo
Con la palabra en la boca,
Y él se fue hecho un demonio
Para buscar su venganza
Entre cristianos y moros,
Que tiene muchos amigos,
Porque es amigo de todos.

Id. 26. (Anónimo).

Antes que barbas tuviese,
Rey Alfonso, me juraste
De darme á mi padre vivo,
Y nunca me das mi padre.
Cuando nació de tu hermana

(Que nunca fuera mi madre)
Le metiste en la prision,
Y aun dicen que meses antes.
Acuérdate, Alfonso Rey,
Ya que no dél, por mi parte,

Que es tu hermana sangre tuya,
 Y que es mi padre mi sangre.
 Si yerros fueron los suyos,
 Bien de hierros le cargaste,
 Que los que son por amor
 Alcanzan perdon de balde:
 Prometido me lo tienes,
 No de tu palabra faltes,
 Que no es oficio de Reyes
 Que de lo dicho se estrañen.
 A tu cargo es la justicia
 Y á mi cargo el libertarle,
 Pero si yo soy mal hijo
 No debo, Rey, de culparte.
 Todos mis amigos dicen
 Que soy guerrero cobarde,
 Sabiendo que padre tengo
 Y que no conozco padre.
 Despues que espada me ciño
 La he puesto por tí en mil lances,
 Y cuanto mas la egercito

Menos mercedes me haces:
 Si de mi padre te estrañas,
 No es justo della te estrañes,
 Que algun galardón merece
 Quien buenos servicios hace:
 Si en premio dello merezco
 El premio que el mundo sabe,
 Tiempo es ya que me le des,
 Buen Rey, ó me desengañes.
 — Callede vos, Don Bernardo,
 No temais que yo vos falte,
 Que la merced de los Reyes
 Si se cumple, nunca es tarde;
 Que antes que mañana oiga
 Misa en San Juan de Letrane
 Vereis vuestro padre libre
 De su persona y mi cárcel. —
 Cumplióle el Rey la palabra,
 Mas fue con engaño grande,
 Porque sacados los ojos
 Mandó que se le entregasen.

Id. 27. (Anónimo).

Las obsequias funerales
 Sobre el ya difunto cuerpo
 Celebra del padre suyo
 Bernardo con ojos tiernos.
 Hilo á hilo van bajando
 Las lágrimas hasta el centro,
 Que da temor el mirallo,
 Y pone temor el vello.
 — ¡Oh padre amado! le dice,
 ¿Cómo es posible que tengo
 Alma que os dé, y no la doy,
 Si es deuda de un hijo bueno?
 ¿Quién os pudo privar della,
 Y á mí la dejó en el pecho,
 Pues para ver tanta pena
 Tan solamente la sienten?

Ya lloro vuestra prision,
 Ya la libertad condeno,
 Que en prendas dejo la vida
 Por gloria de mis deseos.
 Si ya se vieron cumplidos,
 ¿Por qué con tanto tormento,
 Que diera por no gozallo
 La duda de merecellos?
 Prision de tan largos años,
 Libertad con tal esceso,
 ¿Cómo no la teme un Rey,
 Si está amenazando un reino?
 Mas no es posible que tenga
 Libre de temor el pecho
 Quien da ocasion á Bernardo
 Que lllore su padre muerto.

Pero en efecto es dolor
 Cualquiera golpe en el cuerpo,
 Que en cualquiera parte tiene
 El alma su sentimiento.
 No sé que lágrimas vierta
 En tanto desasosiego,
 Padre, que á vos den la vida,
 O á mí me la acaben presto:
 O estoy mas muerto que vivo,
 O de quien soy no me acuerdo,
 O huye de mí la sangre

Id. 28. (Anónimo).

Al pie de un túmulo negro
 Está Bernardo del Carpio,
 Hincadas ambas rodillas
 En medio de un templo santo.
 Acompañanle parientes,
 Caballeros é hijosdalgo,
 Por amistad ó por deudo
 Todos estan enlutados.
 Vienen á hacer las obsequias
 Del muerto Conde Don Sancho,
 Vertiendo lágrimas tiernas
 Del fuerte pecho acerado.
 Cubierto de triste luto,
 Y el corazon enlutado,
 Pero tan fuerte y robusto
 Como cuando sale armado.
 Un rato entre dientes habla,
 Y otro rato habla claro,
 Formando quejas al cielo
 Del Rey Don Alfonso el Casto,
 Que muerto le dió á su padre,
 Y vivo se le ha mandado.
 —Si el Rey falta en su palabra,

Que por vos me ha honrado un
 tiempo.

¡Oh casto Rey Don Alfonso!
 ¡Cómo publica este hecho
 Que no conoces de padre
 El dulce nombre que pierdo!—
 No pudo pasar de aquí,
 Que se le puso en el pecho
 Un lazo estrecho de amor
 Y de padre un lazo estrecho.

Dice, ¿qué hará un villano?
 Con tal sinrazon, Alfonso,
 Buen nombre á tu hermana has
 dado,
 Buen titulo á tu sobrino,
 Y buen pago á tu criado:
 Pero no pendé mi honra
 De tí, ni de aqueste agravio,
 Que este brazo y esta espada
 Me harán temido y honrado.—
 Y volviendo al padre muerto
 El valeroso Bernardo,
 Con varoniles suspiros,
 Colérico y demudado,
 Abriendo el negro capuz
 Hasta la punta de abajo,
 Sin advertir que le escuchan,
 Ni que está en lugar sagrado,
 Con una mano en la barba
 Y en la espada la otra mano,
 Dice furioso, impaciente,
 Con su Rey y padre hablan-
 do:

—Seguro puedes ir de la venganza,
 Amado padre, al espacioso cielo,

Que al acerado hierro de mi lanza,
 Que de sangre francesa tiñó el suelo,
 Y levantó de Alfonso la esperanza
 Hasta el celeste y estrellado velo,
 Ha de mostrar que no hay seguro estado,
 Siendo Bernardo vivo, y tú agraviado.

Uno soy solo, Alfonso, y castellano,
 Uno soy solo, y el que puede tanto
 Que deshizo el poder de Carlo Magno,
 Dejando á toda Francia en luto y llanto.
 Esta es la misma vencedora mano
 Que á tí te dió victoria, al mundo espanto;
 Y esta misma te hará, padre, vengado,
 Que Bernardo está vivo, y tú agraviado.

Id. 29. (Anónimo).

*Para tomar de su tío
 El Rey Alfonso venganza,
 Sale corriendo Bernardo
 Por las riberas de Arlanza.*

GLOSA.

Cual el furioso leon
 Que sale de su manida
 Buscando nueva ocasion
 Para probar su intencion,
 O dar el fin á su vida;
 Y cual caudaloso rio
 Que crece con gran pujanza,
 Lleno de cólera y brío,
*Para tomar de su tío
 El Rey Alfonso venganza,*

Sale el gallardo español
 Valiente y determinado;
 Porque el paternal amor,
 Y de su madre el dolor
 Le han puesto en aqueste estado;
 Y con paso nada tardo
 Empuña una gruesa lanza:
 Puesta en ella su esperanza,
*Sale corriendo Bernardo
 Por las riberas de Arlanza.*

ROMANCES

DE ASUNTOS

TOMADOS EN LOS POEMAS CABALLERESCOS ITALIANOS.

Zervino moribundo. (Anónimo).

Muerte, si te das tal priesa
En llevarme á mi Zervino
Por dar á entender al mundo
Tu supremo poderío,
No has buscado buen ejemplo,
Pues queda en su fama vivo,
Donde tu fiera guadaña
Probará en vano sus filos:
Y si pretendes mostrar
Que es amor, cual dicen, niño,
Y que el deshacer sus obras
Pende de solo tu arbitrio,
Mira que en las almas mora,
Y éstas tú no las has visto.
Si piensas que ha de quedar
La que me queda conmigo,
Seguiréle al alto cielo,
Seguiréle al hondo abismo,
Y hará iguales nuestras vidas
Esta mano y un cuchillo,
Que si propuse morir
Por guardar mi cuerpo limpio
Cuando le quiso violar
El infame vizcaino,
No con menos voluntad

Que por la mar le he seguido,
Le seguiré por las aguas
Del horrible lago Stigio.—
Zervin recogió el aliento
En los labios casi frios,
Y apenas la voz formando
Estas palabras le dijo:
—¡Oh castísima Isabela,
En cuya viudez confío
Hacer mayor resistencia,
Que con mi fama al olvido!
Mas precioso es el dolor
Que cabe dentro del juicio,
Que el que sus límites rompe
Y llega á ser desvarío.
Vivid, señora, vivid
Lo que Dios fuere servido,
Y no muera yo dos veces,
Si en vos, como decís, vivo.
Reservaos para suplir
Las faltas que yo he tenido,
Y no dejéis á otras manos
Este religioso oficio.
No pido yo sepultura,
Que escurezca las de Egipto,

Para mis huesos, que presto
Serán polvos, y no mios;
Un templo para mi nombre

Dentro en vuestro pecho pido,
Y no se diga *aquí yace*,
Sino *aquí vive Zervino*.

Olimpia y Vireno. (Anónimo).

De su querido Vireno
Ingratamente olvidada
La bella Olimpia se queja
Con mil suspiros del alma:
Y viendo cómo se parte
Rompiendo las raudas aguas,
A vueltas de los suspiros
Le dijo aquestas palabras:
—Aguarda, dulce enemigo,
No te apresures, aguarda,
Oye una muger, siquiera
Por ser muger, que esto basta:
¿Qué te he hecho que me abor-
reces?
Si es porque mi pecho te ama,
No tienes razon en eso,
Que amor con amor se paga;
Pero ya que no me quieres
Escucha mis tristes ansias,
Mas, mal escucharme puede
Una piedra dura helada.
Oye mis quejas, que al cielo
Y aqieste universal mapa
Pongo por fieles testigos
Para defender mi causa;
Mas ya que te muestras sordo,
Ellos oirán mis desgracias,
Si ya no estan conjurados
Contra mí, á quien mas no falta.
Sol, que desde el cuarto mobile
Muestras alegre tu cara,
Alumbrando el orbe todo,
Y haciendo crecer sus plantas;
Luna, que á la noche oscura

Con tus rayos vuelves clara;
Estrellas, que todo el cielo
Bordais de flores de plata;
Tierra, de los hombres madre,
De las mugeres madrastra,
Que no es mucho pues las crias
Tan tristes y desgraciadas.
Cielos, estrellas, sol, luna,
Elementos, piedras, plantas,
Rios, vientos, prados, flores,
Con las mas cosas criadas,
Mirad una desdichada
Que ama aborrecida ¡ay tal des-
gracia!
Vereis, si me mirais, en mí un
retrato
De una muger que adora á un
hombre ingrato.
Mugeres, que ya en el mundo
Lograis vuestras esperanzas
Casadas con gusto vuestro,
Y no como yo casadas;
Viudas, que el marido muerto,
Gozais de libertad tanta,
Aguardando ya otras bodas
Por dejar las tocas largas;
Doncellas, que sois servidas
De mil galanes que os aman
Pasando la juventud
En fiestas y en esperanzas;
Amadas, si hay en el mundo
Algunas que sean amadas,
Que como las aman hombres
No serán sino engañadas;

Aborrecidas, si algunas
 Hay, pero bien habrá hartas,
 Que es condicion de los hombres
 Poner en su amor mudanza;
 Ricas, las que de tesoros
 Gozais, y con vuestras galas
 Como los prados con flores
 Alegrais la tierra varia;
 Hermosas, á quien el cielo
 Ha dotado de mil gracias,
 Dándoos cristal en los pechos,
 Y en las megillas el nacar;
 Feas, que siendo graciosas
 Sois libres de las aljabas

Del niño ciego Cupido,
 Aunque no tan desdeñadas;
 Viudas, casadas, doncellas,
 Aborrecidas y amadas,
 Ricas, pobres, feas, hermosas,
 Nobles, humildes y bajas,
*Mirad una desdichada
 Que ama aborrecida ¡ay tal des-
 gracia!*
*Vereis, si me mirais, en mi un
 retrato
 De una muger que adora á un
 hombre ingrato.*

Rugero y Angélica. (Anónimo).

En una desierta isla,
 Tendida en la fria arena,
 A un duro tronco amarrada
 Está Angélica la bella.
 Unos corsarios la tienen
 Para manjar de una fiera
 Que habita en el mar furioso,
 Y tiene el sustento en tierra,
 Y solo de carne humana
 Su fiero cuerpo sustenta;
 Cuando el valiente Rugero
 Por aquella parte allega,
 El cual como así la vido
 No sabe si duerme ó sueña,
 Que está atónito de ver
 Tan acabada belleza.
 Estándola así mirando
 Un ruido grande suena,
 Y es que la bestia marina
 Viene á comer la doncella.
 Rugero trae un escudo
 Obrado por tal manera,
 Que quitándole un cendal

Su gran luz la vista ciega;
 Y porque su claridad
 A la doncella no empezca
 Sacó un anillo encantado
 De estraña virtud y fuerza,
 Que ningun encantamiento
 No le daña á quien le lleva.
 Púsosele así al momento
 En la mano blanca y bella,
 Y habiéndola desatado
 Del tronco donde está puesta,
 Se apercibe á la batalla
 Con la temerosa fiera.
 Angélica reconoce
 Que el anillo que la diera
 Era suyo, y le fue hurtado
 Por un ladron en su tierra;
 Y como la que bien sabe
 Su estraña virtud y fuerza,
 Mudó al momento el anillo
 Del dedo á la boca bella,
 Y luego desaparece
 Como á la boca le llega;

Y así se va por el campo
 Sin que Rugero la vea.
 Él saliendo con victoria
 De aquella lid tan sangrienta,
 Se vuelve muy descuidado

A buscar la dama bella;
 Y como reconoció
 El engaño en que cayera,
 A lamentar de su suerte
 Comienza desta manera:

—Ingrata dama, de traicion dechado,
 Que pagas con engaño manifiesto
 El favor que rendido te he prestado,
 Robando el rico anillo; lleva el resto,
 Lleva el escudo y el caballo alado,
 Llévame á mí tambien; pero tras esto
 Muestra la hermosa faz que aquí me escondes,
 Ingrata, que oyes dura y no respondes.

Sacripante y Angélica. (Anónimo).

Por una triste espesura
 En un monte muy subido,
 Vi venir un caballero
 De polvo y sangre teñido,
 Dando muy crueles voces
 Y con llanto dolorido.
 Con lágrimas riega el suelo
 Por lo que le ha sucedido,
 Que le quitaron á Angélica
 En un campo muy florido
 Dos caballeros cristianos
 Que en rastro del han venido:
 Y viéndose ya privado
 Del contento que ha tenido,
 Sin su Angélica y su bien
 Va loco por él camino.
 Desmayado marcha el moro
 Con diez lanzadas herido,

Pero no se espanta deso,
 Ni se daba por vencido,
 Que en llegando una verdura
 Del caballo ha descendido
 Para atarse las heridas,
 Que mucha sangre ha perdido,
 Y con el dolor que siente
 En el suelo se ha tendido,
 Y con voces dolorosas
 Triste, ansioso y alligido
 Maldecia su ventura
 Y el dia en que habia nacido,
 Pues no se podia vengar
 Deste mal que le ha venido.
 Estando en esta congoja,
 El gesto descolorido,
 Dando suspiros al aire,
 El alma se le ha salido.

1.º de *Angélica y Medoro*. (Anónimo). (1)

Envuelto en su roja sangre
 Medoro está desmayado,
 Que el enemigo furioso
 Por muerto le habia dejado,
 Y el ser leal á su Rey
 Le ha traído á tal estado,
 Los ojos vueltos al cielo,
 Y el cuerpo todo temblando,
 De color pálido el rostro
 Y el corazon traspasado,
 Lleno de heridas mortales
 Por un lado y otro lado;
 Pero al fin con flaco aliento
 Y el espíritu cansado,
 Dijo: — Rey y señor mio,
 Perdona que no te he dado
 La sepultura debida
 A cuerpo tan esforzado;
 Mas yo muero por cumplir
 Con lo que estaba obligado.
 De mi muerte no me pesa,
 Pues lo permitió mi hado,
 Pésame de no acabar

Lo que habia comenzado,
 Y de ver que no he podido
 Estando tan obligado,
 Cumplírseme este deseo,
 Pues muriera consolado.
 De todo perdona, Rey,
 Que pues no quiso mi hado
 Que estuviera á tus obsequias,
 Bien es muera desgraciado.—
 Y estando en esta congoja,
 Angélica que ha llegado,
 Que por caminos y sendas
 Huyendo andaba de Orlando,
 Reparó viendo á Medoro,
 Y el cuello y rostro mirando
 Sintió un no sé qué en el pecho
 Que el corazon le ha robado.
 Y así el corazon mas duro
 De los que el cielo ha criado
 Está rendido y medroso,
 Vencido y enamorado,
 Y con esta novedad
 Se siente todo abrasado.

2.º de *Angélica y Medoro*. (Anónimo).

Sobre la desierta arena
 Medoro triste yacía,
 Su cuerpo en sangre bañado,
 La cara toda teñida,
 Con tristes ansias diciendo:
 —Grande ha sido mi desdicha;
 Por ser leal á mi Rey
 Pierdo cuitado la vida.

No me pesa tanto de esto,
 Que muy bien está perdida,
 Como de ver que he quedado
 Muerto en esta arena fria.
 Aunque me coman las fieras
 En esta sola campiña,
 No habrá quien de mí se duela
 Ni me tenga compañía.

(1) Con este puede leerse el de Góngora que dice En un pastoral albergue &c., que se halla en la pág. 176 del *Romancero de romances doctrinales, amatorios &c.* que hemos publicado.

Sintieronme los cristianos
 Y lo pagó el alma mia.
 ; Oh si quisiese ya Febo
 Alumbrarme estas heridas! —
 Y hablando tristemente
 Con las ansias que sentia,
 Vido á Angélica la bella
 Que de su amor se rendia;
 Y como vió á su Medoro
 Tendido en la verde orilla,
 Movida de compasion
 Para él derecha se iba,
 Y del palafren se apea,
 Desta manera decia:
 —No temas, buen caballero,
 Pues pareces de alta guisa,
 Que á los casos de fortuna

El valor los resistia.—
 Por el campo anda buscando
 Si halla alguna medicina,
 Las yerbas que son mejores
 Entre las piedras molia;
 Ya se las pone al infante
 En las mayores heridas;
 Si el moro tiene dolor
 Ella no tiene alegría.
 Mirando estaba á Medoro
 Que mas que á sí lo queria:
 Súbelo en su palafren
 Y Angélica á pie camina,
 Sin sentir jamas cansancio
 Con su Medoro se iba, —
 Triunfando con gran contento
 De todo el reino de Hungría.

3.º de Angélica y Medoro. (Anónimo).

Regalando el tierno bello
 De la boca de Medoro,
 La bella Angélica estaba
 Sentada al tronco de un olmo.
 Los bellos ojos le mira
 Con los suyos piadosos,
 Y con sus hermosos labios
 Mide sus labios hermosos.
 ; Ay moro venturoso,
 Que á todo el mundo tienes en-
 vidioso!

Convaleciente del cuerpo
 Estaba el dichoso moro,
 Y tan enfermo del alma
 Que al cielo pide socorro.
 Enternecida á las quejas
 Angélica de Medoro,

Le cura con propia mano
 Y queda sano del todo.
 ; Ay moro venturoso,
 Que á todo el mundo tienes en-
 vidioso!

A las quejas y dulzuras
 Que los dos se dicen solos,
 Descubriéndolos el eco
 Orlando llegó furioso;
 Y viendo á su hiedra asida
 Del mas despreciado tronco,
 Pone mano á Durindana
 Lleno de zelos y enojo.
 ; Ay moro venturoso,
 Que á todo el mundo tienes en-
 vidioso!

—*Roldan, celoso de Angélica.* (Anónimo).

Entre los dulces testigos
De la gloria de Medoro,
Fuentes, árboles, jazmines,
De las ninfas bello coro,
Donde el moro bienandante
Gozó del dulce tesoro
De aquella bella hermosura
Enlazada en lazos de oro,
Está el valeroso Orlando
Vuelto una fuente de lloro,
Diciendo entre mil suspiros:
¡Ay felicísimo moro!
Dicele: — Fiero enemigo,
¿Qué es del sol por quien yo lloro?

Agora gozas la lumbre
Por quien en tinieblas moro:
Pues tienes rendida el alma
De aquella á quien yo adoro,
Yo te sacaré la tuya,
Si de este estado mejoro.
Bien sé que con tal venganza
El ser de Orlando desdoro,
Pero el amor me disculpa
Que á nadie guarda el decoro.—
Luego con rabiosa basca
Bramando cual bravo toro,
Se embravece contra sí
Aumentando mas su lloro.

Locura de Roldan por celos de Angélica. (Anónimo).

*Aquí gozaba Medoro
De su bella deseada,
A pesar del Paladino
Y de los moros de España.
Aquí sus hermosos brazos
Como hiedra que se enlaza
Ciñeron su cuello y pecho
Haciendo un cuerpo dos almas.*
Estas palabras de fuego
Escritas con una daga
En el mármol de una puerta
El Conde Orlando miraba.
Y apenas leyó el renglon
De las postreras palabras,
Cuando con voces de loco
Echó mano á Durindana,
Y dando sobre las letras
Una y otra cuchillada,
Con el encantado acero
Piedras y centellas saltan;
Que de palabras de amor

No solamente en las almas,
Que en las piedras entra el fuego
Y dellas sale la llama.
La columna deja entera
Como lo está su esperanza,
Que confiesa ser mas firme
Que no el valor de sus armas.
Entrando la casa adentro
Vió pintada en una cuadra
La amarilla y fiera muerte
Que á los pies de un niño estaba:
Conoció que era el Amor
En las flechas y el aljaba,
Y unas letras que salian
De las manos de una dama.
Lo que decian repite
Como quien no entiende nada,
Que en males que vienen ciertos
Es gloria engañar el alma.
Las letras dicen: *Medoro,*
El grande amor de tu esclava

*Ha de vencer á la muerte,
Que muerto vive quien ama.
No tiene el Conde paciencia,
Que alborotando la sala
Despedaza cuanto mira,*

De amor injusta venganza.
Lo que dice y lo que siente
Entiéndalo quien bien ama,
Si sabe el mal que son zelos,
Que llaman muerte de rabia.

Muerte de Agrican. (Anónimo).

Roja de sangre la espuela
De la hijada del caballo,
Rojo el petral y la cincha
Y el freno hecho pedazos,
Despedazado el escudo
Y el fuerte peto azerado,
Y hecha sierra la espada,
Sin vigor ni fuerza el brazo;
Abierta media cabeza
De un golpe de espada bravo,
Que no pudo resistillo
El fuerte yelmo encantado,
Junto á una pequeña fuente
Recostado en un peñasco
Estaba el fuerte Agrican
Para volverse cristiano.
Compañía tiene á solas
Quien le acompañó en el campo,

Cuando con armas iguales
De las suyas hizo estrago.
Allí le dió agua de fé
Aquella invencible mano
Que nunca se vió vencida
Jamás de ningun contrario.
Venía la noche oscura,
Y el claro sol eclipsado
Con agua y espesas nubes
Turbando los aires claros;
Y con temerosos truenos
En los valles resonando,
Cubría la negra tierra
Relámpagos, piedra y rayos,
Cuando el ya cristiano Rey
El espíritu ha dejado,
Dejándole el cuerpo frio
Al Paladin en los brazos.

Celos de Bradamante y Rugero. (Anónimo).

Suelta las riendas al llanto,
Celoso el pecho y airado,
La hermosa Bradamante
Llena de angustia y cuidado.
Llora de Ruger la ausencia
Pensando haberla olvidado;
Arranca un suspiro y otro
Que encendiera un pecho helado;
Mesa rus rubios cabellos
En que al amor ha enlazado,
Ganándole por despojos

Aljaba, flechas y arco.
Revuelve en el pensamiento
De vestir arnés tranzado,
Para buscar su Rugero,
A quien ya la palma ha dado.
—Qué es de tí? dó estás, Rugero?
¡Mi bien! ¡mi dulce cuidado!—
Marrano llámale en fé,
De razon y amores falto:
No puede acabar consigo
Que un amor tan arraigado

Se le volviese al revés
 De lo que siempre ha mostrado.
 — ¡Ay bellos ojos, luceros
 Que alumbraban mi cuidado!
 ¿Quién pudo tanto con vos
 Que á Bradamante heis dejado?
 Vuelve, vuelve, dulce prenda,
 Cumple el término aplazado
 Antes que la muerte horrenda
 Me prive de egecutallo.
 Pueda amor de tanto tiempo
 Mas que un hora de regalo,
 No dejes, Ruger, morir
 A quien el pecho has robado.
 Mueva tu amor á piedad
 Este rostro delicado,
 Que en lágrimas de sus ojos
 Le verás estar bañado.
 Quien hizo naturaleza,
 En todo tan estremado,
 No es bien que se diga dél
 Que la palabra ha falsado.—
 Llora, solloza y suspira,
 Llama siniestro á su hado,
 Envía al cielo sus quejas,
 A la fuente, rio y prado:
 Vuelve con doblada furia,
 Con furor único y raro
 Llama su dulce Rugero,
 “Ruger, vuelve,” y va á abrazallo.
 Anda aquí y allí rabiosa,
 Mil veces vuelve á llamarlo,
 Cuando el eco la responde
 Piensa que Ruger la ha hablado.
 — No soy Bradamante, dice,

De quien fuiste enamorado,
 No te escondas, no soy esta,
 Porque en tí me he trasformado.
 ¿Piensas que caminas solo?
 Caminas acompañado
 De mi triste corazón,
 Que en el tuyo se ha forjado.
 Vuelve esos ojos tan bellos,
 Verás mi pecho abrasado;
 No tardes, dichoso moro,
 Porque el tardarte es pesado;
 Aplica á este mal remedio,
 Mira cuán mal me ha tratado:
 Solo, Rugero, en tí está,
 Que en otro no hay remediallo.—
 Entre estas celosas quejas
 Vuelve y dice: — ¡Ah esforzado
 Pecho de la sangre ilustre
 De Claramonte y Mongrano,
 ¿Tan presto, dí, te olvidaste
 De quién eras, de tu estado?
 ¿Tan presto y tan sin respeto
 Desdeñas mi amor preciado?
 No llores mas, tente, basta,
 No allojes la rienda tanto:
 Toma tu lanza de oro,
 Salta en tu caballo alado.—
 Dijo, y con furiosa rabia
 En un retrete se ha entrado;
 Ármase el peto y la cofia,
 Espaldar y arnés tranzado,
 Y pártese Bradamante
 A buscar su enamorado,
 Revolviendo todo el mundo
 Sin vagar y sin descanso.

Bautismo de Rugero. (Anónimo).

En un caballo ruano
De huello y pisar airoso,
Fuerte, vistoso y galano,
Entra en París el famoso
Rugero á hacerse cristiano.
Y como el bravo guerrero
Se hubiese puesto aquel día
Bizarro en traje estrangero,
Toda la corte decia:
"¡Cuán gallardo entra Rugero!"
Entra el moro acompañado
Dese que Roldan se llama,
Con otros de grande estado:
Paladines de gran fama
Lleva Rugero á su lado:

Alegres y satisfechos,
Y sus personas honrando,
Van á palacio derechos,
Donde el Rey está aguardando.
Estaba con gran decoro
Don Carlos representando
Su magestad y tesoro,
A cuya persona hablando
De rodillas dijo el moro:
—Buen Carlos, dame la mano,
Que aunque no te lo he servido,
Yo soy Rugero el pagano,
Que á tus cortes he venido
Para volverme cristiano.

Rodamonte y Rugero. (Anónimo).

Rotas las sangrientas armas,
El cuerpo ya desangrado,
Despedazado el escudo,
Con el estoque quebrado,
Sale el fuerte Rodamonte
De vida y alma privado,
Por el vencedor Rugero
Que la victoria ha alcanzado.
Matólo porque á la mesa
Estando junto al Rey Carlos

Con la bella Bradamante
Con quien estaba casado,
Armado de negras armas,
Negro el escudo y caballo,
Aunque con la blanca espuma
Parece el freno argentado,
Y sin hacer reverencia
A la persona de Carlos,
El soberbio y perro moro
A Rugero así le ha hablado:

—Yo soy el Rey de Argel, traidor Rugero,
Que en este campo y cruel batalla
Probar tu gran traicion por muerte espero,
Que mal podrás, cristiano, ya negalla.
Y si por miedo tú y algun guerrero
Se quisiere ofrecer, quiero aceptalla;
Y por tener en mi verdad respeto,
Al campo tres de tí pido y aceto.

Batalla de Rugero y Rodamonte. (Anónimo.)

Rendidas armas y vida
 De Rodamonte el bravo,
 El victorioso Rugero
 Va entre el Rey Sobrino y Carlos.
 "Viva Ruger, Ruger viva,"
 Va la gente pregonando,
 Y entre el regocijo vienen
 Danés, Oliver y Orlando:
 Viene Astolfo y Ricardeto,
 Baldovinos y Ricardo,
 Y los dos tio y sobrino
 Malgesí y Don Reynaldos.
 Entre aquellos Paladines
 Que á Ruger sacan del campo
 ¡Cuán gallarda va Marfisa
 Con el cuerpo bien armado!
 Que aunque no dudó el suceso,
 Al fin como era su hermano,
 Sacó el cuerpo apercebido
 Y el alma puesta en cuidado.
 A los corredores sale
 Cuando entran en palacio
 La contenta Bradamante
 Vivas colores mudando.
 Adelántase de todos,
 Y á su Rugero mirando,
 Antes que llegue le abraza
 Los brazos al aire echando.
 Cuando los cuerpos se juntan
 Y se enlazan con los lazos,
 No se hablan, aunque quieren,
 Con el contento turbados.

Con los ojos se regalan
 Rostro con rostro juntando,
 Y sosegándose un poco
 Bradamante se ha esforzado,
 Y dícele: — Mi Rugero,
 Descanso de mi cuidado,
 En deuda me estais, señor,
 Del sobresalto pasado.
 Cuando en la batalla os via
 Con tan soberbio contrario,
 Temia de mi ventura
 Y fiaba en vuestro brazo.
 Dos mil vidas diera juntas
 Por ser el desafiado,
 Y en menos las estimara
 Que en vos el mas fácil daño.
 — Si Rodamonte supiera,
 Rugero la ha replicado,
 Que estábades en mi alma,
 No viniera tan osado.
 Con dos contrarios pelea
 Quien tiene conmigo campo,
 Y así llamarse pudiera
 Aquel sarracino á engaño.—
 No se dicen mas ternezas
 Porque no los han dejado,
 Que llega la Emperatriz
 Y por otra parte Carlos:
 Suenan dulces instrumentos,
 Y los Paladines Francos
 Juegan cañas y tornean
 En la plaza de palacio.

ROMANCES BURLESCOS

DE CABALLERÍA.

1.º (Anónimo).

—Durandarte, buen amigo,
Decid por vuestro descargo,
Ya que estais de vuestra vida
Dando los últimos pasos,
Si condenais á Belerma,
Viuda de vuestro regalo,
A perpetuos alquizeres,
O á vestir nuevos recamos.
Y porque os estais muriendo
Quiero hablar con vos mas claro:
Si mandais que se esté viuda
O que tome otro velado,
Que por los lirios que son
Del leon español pasto,
Que nadie corra por ella
Mientras yo tenga caballo. —
Durandarte dijo: —Primo,
Pues de este mundo me parto,
No quiero llevar al otro
Zelos, que allá los hay santos.
Belerma se case luego,
Y sus yerros ordinarios
Irán á cuenta del vivo,
Sin que lleguen al finado.

Puede llorarme tres dias;
Pero al fin ojos mojados,
Con una esponja de azucar
Es fácil cosa enjugallos.
¿De qué sirve que entapize
De negro todos sus cuartos,
Si la alcoba mas secreta
Sirve á sus horas de blanco?
Son las viudas deste tiempo
Altares por Todos Santos,
Con un portal para vivos
Y otro para los finados.
Son espadas en bordones,
Son naipes en breviario,
Y son juntos en un tomo
Celestina y siete salmos.
Lo que os ruego, mi buen primo,
Es que en habiendo espirado
Me saqueis el asadura
Y se la deis en un plato,
Y decidle que á mi cuenta
La cuelgue en sus garabatos,
Porque á vuelta de la suya
Se la coma el primer gato.

Señor Conde Don Roldan,
 Sea muy enhorabuena
 El dichoso desposorio
 Con vuestra Doña Alda bella.
 Es un toque el casamiento
 Do se conocen y prueban
 De paciencia y discrecion
 Los quilates y finezas.
 De aquí procede la vida
 Que es gloria si bien se acierta,
 O la de infierno impaciente
 Si por contrario se yerra.
 Setenta años habrá y mas
 Que en mi flor y edad primera
 Ese nuevo estado vuestro
 Sustenté en vida quieta:
 Si dais crédito á mis canas
 Por una larga esperiencia,
 Diréos en breves razones
 Qué hice con mi Condesa,
 Amé con moderacion
 Y en extremo regaléla,
 Siempre en público la honraba,
 Y en secreto aconsejéla:
 No mezclé veras con burlas,
 Mucho estimando las veras,
 Ni jamás la descubrí
 Los graves secretos dellas.
 Mostréme ser recatado,
 No dando celosas muestras;
 Sus menudencias dejaba,
 Dejóme en las cosas gruesas;
 Agasajé sus parientes,
 No tuvo en los míos molestia;

Dudé temas que reñía,
 Creí sus riñas sin temas;
 En ellas no la ataqué,
 Que si á la muger no dejan,
 Hallando contradiccion
 Mil historias se renuevan:
 En enojos fuí postrero,
 Primero en las paces era,
 Siempre á la puerta de casa
 Dejaba enfados de afuera.
 No le conté libertades,
 Honestidades contéla,
 Ninguna alabé de hermosa,
 Pero infinitas de buenas;
 Hice al fin que sus visitas
 Moderacion no escudieran,
 Y á quién, y cuándo, y por qué
 Con grande ocasion tuvieran.
 Al ir á advertirla mucho,
 Poco escuchéla á la vuelta,
 Adorné su mozo brío
 Con galas ricas y honestas;
 No fié prosperidades
 Aunque mucho fiaba della,
 Ni la dejé que sintiese
 Necesitada vergüenza.
 De otros mil modos usaba
 Conforme los tiempos eran,
 Con que yo viví seguro
 Y ella pasaba contenta.—
 Así al recién desposado
 En puridad aconseja
 El buen viejo Don Beltran,
 Y Don Roldan se lo aprueba.

ROMANCES TRADICIONALES

Y DE LAS CRÓNICAS

DE LOS REYES DE ESPAÑA.

Romance del REY BAMBA, de Lorenzo de Sepúlveda.

Esos nobles fuertes godos
Por su Rey alzan á Bamba,
Caballero mucho honrado
En linage y buena maña.
En Toledo esa ciudad
La corona le fue dada,
Juráronlo por su Rey
Todos los nobles de España:
Una abeja de su boca
Salió, y al cielo volaba,
Despues que fuera ungido
De su bondad señal daba;
Los sabios dicen será
España bien gobernada.
Un muy mal Conde de Nimes,
Ilderico se llamaba,
Alzóse con su condado,
A Bamba mucho pesaba,
Que robó sus ricos-hombres
Y á muchos dellos mataba.
Ayuntó el Rey muchas gentes,
Por Capitan señalaba
Un caballero de Grecia,
El cual Paulo se llamaba,
Que tambien hizo homenaje

Y serle leal juraba.
Paulo fue contra el traidor,
Y ambos gran traicion obraban;
Juntóse con Remismundo,
Ese Duque de Cantabria;
Alzan á Paulo por Rey
Porque dádivas les daba.
Rey que se vido ser Paulo
Al Rey Bamba guerreaba;
Bamba con sus caballeros
Dióle muy cruda batalla;
Mató muchos caballeros,
Toda su tierra cobraba.
En Narbona prendió á Paulo
Y á muchos de su mesnada:
Ante él vino el Arzobispo,
Por sus vidas suplicaba,
El Rey lo perdona á él solo,
Y en los demas razonaba
Que se viesse por su corte
Qué pena les sería dada.
Trujeron ante él á Paulo,
El cual escondido estaba
En una cueva so tierra;
Por los cabellos lo sacan.

El Rey al verlo ante sí
 —Conjúrote, bestia brava,
 Dijo: por mi Dios del cielo
 Me digas si hobiste causa
 Para alzarte contra mí. —
 Paulo luego replicaba:
 —Pues por Diós me conjuraste
 De verdad será mi habla:
 Mal de vos no recibí,
 Sino merced señalada,
 Siempre fui por vos honrado,
 A mí el diablo engañara,
 Que metió en mi corazon
 Hacer la traicion tamaña. —
 Luego traen el homenaje
 Y jura, que Paulo daba
 Cuando á Bamba alzan por Rey
 En Toledo la nombrada,
 Y el juramento que Paulo
 Tomara allí á su compañia,
 Que á él le tengan por su Rey
 Y no á ese noble Bamba.
 Pronunciara el Rey sentencia
 Contra Paulo y su mesnada:
 Que mueran por ser traidores
 Pues contra su Rey se alzaban.
 El Rey les guarda las vidas,
 Que dello palabra daba.
 Pártese para Toledo,
 Consigo á Paulo llevaba,
 Y antes que allá llegasen
 A Paulo en cruz tresquilaban
 Junto con sus compañeros,
 Y las barbas les rapaban.
 A todos sacan los ojos,
 De jerga los cobijaban,
 Cabálganlos en camellos,
 Paulo delante guiaba:
 De pez era una corona

Que en su cabeza llevaba;
 Los otros iban descalzos
 Con sogas á las gargantas.
 Ansi entraron por Toledo,
 Y todos los denostaban.
 Pusiera sobre las puertas
 Unas losas mucho claras,
 Con unas letras latinas
 Que decian: *El Rey Bamba*
Con el ayuda de Dios
A Toledo mejoraba,
Para acrecentar la honra
Y nobleza que ahí estaba.
 En las torres de la Iglesia
 Otras letras que ansi hablaban:
Vosotros, Santos de Dios,
Que en este lugar se honraban,
Salvad y honrad este pueblo
Pues en él gracias se os daban.
 El Rey á sus ricos-hombres
 Que en la guerra le aguardaran
 Dírales de sus haberes
 Que muy contentos quedaran.
 Enviólos á sus tierras,
 En Toledo el Rey fincaba,
 Hizo concilio en Toledo
 Con los Perlados de España.
 Confirmó sus privilegios
 Como de antes se guardaban,
 Dió renta á los Obispos,
 Hizo otras cosas muy santas.
 Muchos alárabes venció
 Que venian en armada,
 Metióse monge en Pampiega
 Do vivió vida muy santa.
 Muerto se llevó á Toledo,
 Y allí está en Santa Leocadia,
 Que el Rey Alfonso dezeno
 Fue el que allí lo trasladara.

Romances del REY RODRIGO. 1.º (Anónimo).

En la ciudad de Toledo
 Muy grandes fiestas hacia
 Ese Rey Godo Rodrigo
 Con su gran Caballería,
 Y mucha gente estrangera
 A la tal fiesta venia:
 Vienen Duques y Marqueses
 Y Reyes de gran valía.
 En España era entonces
 La flor de Caballería,
 La Duquesa de Loreyna
 A aquella corte venia,
 No para mirar los juegos,
 Sino á ver si hallaria
 Quien se combatá por ella
 Sobre un pleito que traía.
 Es el pleito desta suerte:
 Que ella un marido tenia
 Que la hacia heredera
 De toda su señoría,
 Si de su muerte en dos años
 Castidad le mantenía,
 Y lo contrario haciendo
 Que todo lo perderia.
 Lembrot, hermano del Duque,
 Con codicia que tenia
 De heredar el su ducado,
 Testigos falsos ponía
 Que acusen á la Duquesa
 Que con un varon dormía.
 Fuéronse al Emperador,
 Y cada uno decia
 De su razon y derecho
 Segun que mejor sabia.
 La razon que da Lembrot
 Desta manera decia:
 Que buscasse la Duquesa
 Dentro de un año y un día

Quien le combatiere á él
 Y á dos tios que tenia
 La contienda del ducado
 Sobre que era la porfía,
 Y que si Lembrot venciese
 Suyo el ducado sería,
 Si venciese la Duquesa
 Que firme le quedaria.
 Al Emperador aplace
 Lo que Lembrot proponia.
 Firmaron ambos á dos
 Todo así se trataria,
 Con tal que fuese obligado
 Lembrot y su compañía
 De aceptar la batalla
 Do ella señalaria.
 De allí se va la Duquesa,
 Ya muy triste en demasía,
 Porque en toda aquella corte
 Tres caballeros no habia
 Que osasen á combatirse
 Con los tres de la porfía:
 Así partió para España
 Y á Toledo se venia.
 Muy bien la recibe el Rey,
 Hácele gran cortesía,
 Cuando contó la Duquesa
 A qué fuera su venida.
 Ofreciósele Sacarus,
 Flor de la Caballería,
 Ofreciósele Almeric,
 Lo mesmo Agresés hacia,
 Todos buenos caballeros
 Que otros mejores no habia.
 Las fiestas se comenzaron,
 La Duquesa bien las via,
 ¡Cuán bien que mostraba en ellas
 Sacarus su gran valía!

Bien se cree la Duquesa
 Que por él libre sería.
 Las fiestas son acabadas,
 Luego la Duquesa envia
 A citar sus enemigos
 Que vengan á cierto día
 A combatirse en España
 Con quien por ella salia.
 El término no es cumplido
 Cuando ya Lembrot venia
 Con los dos tios consigo,
 ¡Oh cuán bien que parecia!
 Porque era grande de cuerpo,
 Gentil hombre en demasia.
 Señálanles la batalla,
 Señaláronles el día.
 Ya los meten en el campo
 Y mucha gente los mira,
 Partido les han el sol
 Porque no haya mejoría.
 Como todos fueron dentro,
 Una trompeta se oia,
 Corren unos para otros
 Con esfuerzo y valentía.
 Del encuentro de Sacarus
 Lembrot en tierra caia,
 Agresés y su contrario
 Ambos á tierra venian,
 Lo mesmo hace Almeric
 Y el contrario que tenia.
 Levántanse muy ligeros
 Sin punta de cobardía,
 Y como Sacarus vido
 Que apearse le cumplia,
 Diciende de su caballo
 Y contra Lembrot venia.
 Tantos se dan de los golpes
 Que gran espanto ponian;
 Pues los otros caballeros
 Tan sin duelo se herian,

Que á los que los miraban
 A gran compasion movian.
 Hora y media se combaten
 Sin conoscer mejoría;
 Mas como el sol era grande
 Gran trabajo les ponia:
 Apártanse por holgar,
 Que bien menester lo habian.
 Como hobieron descansado
 A la batalla volvian:
 Todos seis andan en campo,
 Que otra cosa no hacian
 Sino dar y recibir
 Fuertes golpes á porfía:
 Todos estan espantados
 De cómo durar podia
 Una tan fuerte batalla
 Sin sentirse mejoría.
 Tornaron á descansar
 Ya cerca de mediodía;
 Lembrot está mal herido,
 Mucha sangre dél salia,
 Entre sí estaba diciendo:
 —¡Válgame Santa María!
 Este hombre es infernal,
 Que destruirme queria,
 Porque si él humano fuese
 Mis golpes bien sentiria;
 Mas veo que cada hora
 Le recrece la osadía.—
 Ya embrazaba Sacarus
 Con vergüenza que tenia,
 Y vase contra Lembrot
 El cual bien lo recebia:
 La batalla que comienzan
 Nueva á todos parecia:
 Pues Almeric y Agresés
 ¡Cuán bien que se combatian!
 Tienen fuertes enemigos,
 Bien menester les hacia

Mostrar todo su ardimiento
 Por salir con su porfía.
 Sacarus muy enojado
 Que la ira le crecía,
 Tres golpes le dió á Lembrot,
 De manos dar le hacia;
 Mas Lembrot era ligero,
 Levantóse muy aína,
 Pero ya anda mirando
 Cómo se defendería.
 Almeric viendo á Sacarus
 Como á Lembrot mal traía,
 Pensó en su corazon
 Que retraido sería
 Si en el librar su batalla
 Él mucho se detenía.
 Agresés era mancebo,
 Ardimiento le crecía,
 Fue contra su enemigo
 Que cansado lo tenia,
 Y hízole dar de manos,
 Reciamente lo heria:
 Gran placer habian las damas.

Id. 2.º (Anónimo).

De lo que Agresés hacia.
 Sacarus muy enojado
 A Lembrot del yelmo tira,
 Las enlazaduras quiebra,
 La cara le descubria;
 Mas Lembrot que así se vido
 Con Sacarus remetia
 Pensando que por ser grande
 Que á lucha lo venceria,
 Y cogiéndolo debajo
 Que luego lo mataria;
 Mas Sacarus con su espada
 La cabeza le hendia.
 Los tios que aquesto vieron
 Como Lembrot muerto habia,
 Caen ambos en el suelo,
 Corazon les fallecia,
 Cortáronles las cabezas,
 En el campo las ponian.
 Luego preguntan al Rey
 Si mas que hacer habia,
 Dijo el Rey que bien estaba,
 Que nada les fallecia.

Don Rodrigo, Rey de España,
 Por la su corona honrar
 Un torneo en Toledo
 Ha mandado pregonar:
 Sesenta mil caballeros
 En él se han ido á juntar.
 Bastecido el gran torneo,
 Queriéndole comenzar
 Vino gente de Toledo
 Por le haber de suplicar
 Que á la antigua casa de Hércules
 Quisiese un candado echar
 Como sus antepasados
 Lo solian costumbrar.

El Rey no puso el candado,
 Mas todos los fue á quebrar,
 Pensando que gran tesoro
 Hércules debía dejar.
 Entrando dentro en la casa
 Nada otro fuera hallar
 Sino letras que decian:
*Rey has sido por tu mal,
 Que el Rey que esta casa abriere
 A España tiene quemar.*
 Un cofre de gran riqueza
 Hallaron dentro un pilar,
 Dentro dél nuevas banderas
 Con figuras de espantar;

Alárabes de caballo
 Sin poderse menear,
 Con espadas á los cuellos,
 Ballestas de bien tirar.
 Don Rodrigo pavoroso
 No curó de mas mirar.
 Vino un águila del cielo,
 La casa fuera quemar;
 Luego envia mucha gente

Para Africa conquistar:
 Veinte y cinco mil caballeros
 Dió al Conde Don Julian,
 Y pasándolos el Conde
 Corria fortuna en la mar:
 Perdió doscientos navios,
 Cien galeras de remar,
 Y toda la gente suya,
 Sino cuatro mil no mas.

Id. 3.º de Lorenzo de Sepúlveda.

De los nobilísimos godos
 Que en Castilla habian reinado,
 Rodrigo reinó el postrero
 De los Reyes que han pasado,
 En cuyo tiempo los moros
 Toda España habian ganado,
 Sino fuera las Asturias
 Que defendió Don Pelayo.
 En Toledo está Rodrigo:
 Al comienzo del reinado
 Vínole gran voluntad
 De ver lo que está cerrado
 En la torre que está allí
 Antigua de muchos años.
 En esta torre los Reyes
 Cada uno echó un canado,
 Porque lo ordenara ansi
 Hércules el afamado,
 Que ganó primero á España
 De Gerion gran tirano.
 Creyó el Rey que habia en la torre
 Grande tesoro guardado.
 La torre fue luego abierta,
 Y quitados los canados
 No hay en ella cosa alguna,
 Sola una caja han hallado.
 El Rey la mandara abrir,
 Un paño dentro se ha hallado

Con unas letras latinas
 Que dicen en castellano:
*Cuando aquestas cerraduras
 Que cierran estós canados
 Fueren abiertas, y visto
 Lo en el paño dibujado,
 España será perdida
 Y en ella todo asolado.
 Ganarála gente estraña
 Como aquí está figurado,
 Los rostros muy denegridos,
 Los brazos arremangados,
 Muchas colores vestidas,
 En las cabezas tocados:
 Alzadas traerán sus señas
 En caballos cabalgando,
 En sus manos largas lanzas,
 Con espadas en su lado.
 Alárabes se dirán
 Y de aquesta tierra estraños;
 Perderáse toda España,
 Que nada no habrá fincado.
 El Rey con sus ricos-hombres
 Todos se habian espantado
 Cuando vieron las figuras
 Y letras que hemos contado:
 Vuelven á cerrar la torre,
 Quedó el Rey muy angustiado.*

Id. 4.º (Anónimo).

De una torre de palacio
 Se salió por un postigo
 La Cava con sus doncellas
 Con gran gusto y regocijo.
 Metiéronse en un jardín
 Cerca de un famoso ombrío
 De jazmines y arrayanes,
 De pámpanos y racimos.
 Sentadas á la redonda,
 La Cava á todas las dijo
 Que se midiesen los brazos
 Con un liston amarillo.
 Midiéronse las doncellas,
 La Cava lo mismo hizo,
 Y en blancura y lo demás
 Grandes ventajas les hizo.
 Pensó la Cava estat sola;
 Pero la ventura quiso
 Que por una celosía
 Mirase el Rey Don Rodrigo.
 Puso la ocasion al fuego,
 Y sacóla cuando quiso,
 Y Amor batiendo las alas
 Abrasóle de improviso.

Fueron del jardín las damas
 Con la que habia rendido
 Al Rey con su hermosura,
 Con su donaire y su brío.
 Luego la llamó al retrete,
 Y estas palabras le dijo:
 —Sabrás, mi florida Cava,
 Que de ayer acá no vivo,
 Si me quieres dar remedio
 A pagártelo me obligo
 Con mi cetro y mi corona,
 Que á tus aras sacrifico.—
 Dicen que no respondió,
 Y que se enojó al principio,
 Pero al fin de aquesta plática
 Lo que mandaba se hizo.
 Florinda perdió su flor,
 El Rey quedó arrepentido,
 Y obligada toda España
 Por el gusto de Rodrigo.
 Si dicen quién de los dos
 La mayor culpa ha tenido,
 Digan los hombres *la Cava*,
 Y las mugeres *Rodrigo*.

Id. 5.º (Anónimo).

Por el jardín de las damas
 Se pasea el Rey Rodrigo,
 Por alargar la cadena
 A un pensamiento rendido.
 No le alegran de las fuentes
 La hermosura y artificio,
 Ni advierte la nueva rosa,
 Ni le alegra el blanco lirio.
 Despues que en confusos pasos
 Dió vuelta al alegre sitio,
 Arrimóse á un duro tronco

De un inútil roble antiguo.
 Junto á unas yerbas ingratas
 Al sol, al aire, al rocío,
 Tristes y amarillas flores,
 Y él mas flaco y amarillo,
 Con claros y humildes ojos,
 De un ardiente amor vencido,
 Dice: —De cuatro elementos
 Los tres combaten conmigo;
 El fuego tengo en mi pecho,
 El aire está en mis suspiros,

Toda el agua está en mis ojos,
 Autores de mi castigo:
 Quedándome solo el cuarto
 Que es en tierra convertido,
 Pues una dichosa muerte
 Vence todos enemigos.
 Entrégome en estas plantas,
 Cava, por poner olvido,
 Y ellas mismas me acrecientan
 La memoria y el peligro,
 Que viendo estas verdes ramas
 Veo el rostro peregrino
 De esos bellísimos ojos

Que son de mi pena olvido.
 La dureza deste tronco,
 Que agora es mi triste arrimo,
 Me muestra la dese pecho
 Donde amor no hizo tiro,
 Y no es bien que estas memorias
 Quiten el libre albedrío,
 Y me den las dulces plantas
 El mas emperrado alivio
 Que se dió al mas bajo cuerpo,
 Torpe, necio y mal nacido,
 Teniéndote, Cava, sola
 Por mi bien y paraíso.

Id. 6.^o (Anónimo). (1)

Revuelta en sudor y llanto,
 Desmelenado el cabello,
 El rostro blanco encendido
 De dolor, vergüenza y miedo;
 Las manos de un hombre asidas,
 Rey poderoso y mancebo,
 Una muger flaca y sola,
 Ausente del padre y deudos,
 Así le dice á Rodrigo
 Ya por voces, ya por ruegos,
 Como si ruegos y voces
 Valieran en tales tiempos.
 — No quieras, señor, le dice,
 Sol del español imperio,
 Escurecer con tus rayos
 La nube de mi deseo.
 La Cava soy de tu fuerza,
 Aunque al muro de mi pecho
 La barbacaña le falta,
 De todos es padre el cielo;
 Sirviéndoos la tiene el mio

Desde el primer bozo negro:
 Mancebo le distes cargos,
 Cargaisle de afrentas viejo:
 Con la sangre de mi honra
 No se tiña el honor vuestro,
 Mirad que eclipse de sangre
 En Reyes es mal agüero.
 Mientras él vierte la suya
 Defendiendo vuestros reinos,
 En otra batalla infame
 La suya estais ofendiendo:
 Temed, temed ofendelle,
 Que podrá vengarse un tiempo,
 Pues los nobles y soldados
 Vos sabeis si son soberbios;
 Y si ley, Dios, honra y padre
 No estorban vuestros deseos,
 Soy Cava, y seré principio
 De vuestros daños eternos.—
 Rodrigo que solo escucha
 Las voces de sus deseos,

(1) *Es igual al del Romancero general que dice: Envuelto en sudor y llanto.*

Forzóla y aborrecióla,
Del amor propios efectos.
Quedóse dando suspiros,

Porque al fin de tales hechos
Si con extremo se ama,
Se aborrece con extremo.

Id. 7.º (Anónimo).

¡Oh canas ignominiosas,
Dice el señor de Tarifa,
Provocadas á venganza,
Y de su Rey ofendidas!—
Cantidad esparce al viento
Cual hebras de plata lisa,
Que con rigurosa mano
De barba y cabeza quita;
Hiere el venerable rostro,
Donde dos fuentes se vian
Que con abundante vena
Hacen mayor su desdicha.
Ya mira ofendido al suelo,
Ya con altas manos mira
Al estrellado dosel,
Testigo de su fatiga.
—¡Oh mísera suerte! dice:
Afrentosa, egecutiva,
Villana sin esempcion,
Que á la nobleza aniquila:
¡Oh Rey inconsiderado,
Tan obediente á tu vista,
Cuan presto á mi deshonor
Y al de mi cuitada hija!
Déme la justa venganza
Quien de mi diestra limita.
El poder, que justo pide
Quien pide al cielo justicia:
No se espanten los que oyeren
Alguna cosa indebida,
Que Rey tirano y aleve
Vasallos traidores cria.
Vive el cielo, que ha de ser
De España total ruina

La torpeza de mi Rey
En mi sangre cometida.
Pagarán los inocentes
De su señor la malicia,
Que no aguarda menos reino
Do Rey tirano administra:
Que estos suelen ser verdugos,
Por disposicion divina,
Muchas veces de sus gentes,
Como fueron Mario y Sila.
Yo tomára, Dios lo sabe,
Si me fuera concedida,
De otra suerte esta venganza,
No tan atroz ni sanguina,
Mas no me será posible:
Entre el Libio por Tarifa,
Tale, robe, asuele y mate
En mi estado y tierras mismas.
Ya la suerte va rodando
Para siniestra ó propicia,
El dado va por la tabla,
No hay quien el correr le impida.
Vive Dios, que el torpe Rey
Por bien que le acuda y diga,
Que ha de dejar desta vez
La honra, el cetro y la vida.
¿No hay mas de hacer sinrazones
Y egecutar sus delicias,
Fiados con que en el suelo
Su maldad no se castiga?
¡Cielo, que enmiendas agravios
Con balanza justa y lisa,
Los deste agraviado viejo
Con piadosos ojos mira!—

Esto el Conde Don Julian
Leyendo un papel decia

Que recibió de la Cava,
Contándole sus desdichas.

Id. 8.º (Anónimo).

En Ceuta está Don Julian,
En Ceuta la bien nombrada:
Para las partes de aliende
Quiere enviar su embajada,
Moro viejo la escribia,
Y el Conde se la notaba:
Despues de haberla escripto,
Al moro luego matara.
Embajada es de dolor,
Dolor para toda España:
Las cartas van al Rey Moro,
En las cuales le juraba
Que si le daba aparejo
Le dará por suya España.
"España, España ¡ay de tí!
En el mundo tan nombrada,
La mejor de las partidas,
La mejor y mas ufana,
Donde nace el fino oro
Y la plata no faltada,
Dotada de hermosura,
Y en proezas estremada,
Por un perverso traidor
Toda eres abrasada,
Todas tus ricas ciudades
Con su gente tan galana

Las domeñan hoy los Moros
Por nuestra culpa malvada,
Sino fueran las Asturias
Por ser la tierra tan brava.
El triste Rey Don Rodrigo,
El que entonces te mandaba,
Viendo sus reinos perdidos
Sale á la campal batalla,
El cual en grave dolor
Ensaña su fuerza brava,
Mas tantos eran los moros
Que han vencido la batalla.
No parece el Rey Rodrigo,
Ni nadie sabe do estaba.
Maldito de tí, Don Oppas,
Traidor y de mala andanza,
En esta negra conseja
Uno á otro se ayudaba.
¡Oh dolor sobremanera!
¡Oh cosa nunca pensada!
Que por sola una doncella,
La cual Cava se llamaba,
Causen estos dos traidores
Que España sea domeñada,
Perdido el Rey y señor,
Sin nunca dél saber nada."

Id. 9.º (Anónimo).

De lo mas alto de un monte,
A quien Guadalete baña,
Mirando estaba Lisberto
La temerosa batalla.
Mira que los españoles
Y bravos godos desmayan,

No pudiendo resistir
La mahomética saña.
Dice con cansada voz
El Infante estas palabras,
Contemplando la ruina
De toda la gente hispana:

*¡Ay España, España,
Que culpa no mereces y te abrasas!*

¡Oh cruda causa
Y mas traidor Rodrigo,
Que por tu torpe amor fué tal castigo!

¡Ay dulce patria querida,
De tantos grados honrada
A costa de noble sangre
En su amparo derramada!

¡Ay madre honrada del mundo,
Y de un hijo deshonrada,
Que sin ser nada le hiciste
Rey para hacerte nada!
El ser le diste de Rey,
Y desconocido paga
Tan subido beneficio

Con deshonrar á la Cava,

¡Ay España, &c.

¡Oh traidor Conde Julian!

¿En qué te ofendió tu patria?

Di ¿por qué el pecado ageno

Lo haces su propia causa?

Si Rodrigo te ofendió,

Matárasle, y abrasaras

Su linage, sus parientes,

Su vida, su honor, su casa;

Mas en efecto un traidor

Ningunos respetos guarda

A patria, padre, ni Rey,

Si la traicion es pensada.

¡Ay España, España,

Que culpa no mereces y te abrasas!

Id. 10. (Anónimo).

Cuando las pintadas aves
Mudas estan, y la tierra
Atenta escucha los rios
Que al mar su tributo llevan;
Al escaso resplandor
De cualque luciente estrella,
Que en el medroso silencio
Tristemente centellea;
Teniendo por mas segura
Del trage humilde la muestra,
Que la acechada corona
Ni la envidiada riqueza;
Sin las insignias reales
De la magestad soberbia,
Que amor y temor de muerte
Junto á Guadalete dejan;
Bien diferente de aquel
Que antes entró en la pelea
Rico de joyas, que al Godo

Dió la victoriosa diestra;
Tintas en sangre las armas,
Suya alguna, y parte agena,
Por mil partes abolladas
Y rotas algunas piezas,
La cabeza sin almete,
La cara de polvo llena,
Imagen de su fortuna
Que en polvo la ve deshecha;
En Orelia su caballo
Tan cansado ya, que apenas
Mueve el presuroso aliento,
Y á veces la tierra besa,
Por los campos de Jerez
(Gelboe llorosa y nueva)
Huyendo va el Rey Rodrigo
Por montes, valles y sierras.
Tristes representaciones
Ante los ojos le vuelan,

Hiere el temeroso oído
 Confuso estruendo de guerra,
 No sabe dónde mirar,
 De todo teme y recela;
 Si al cielo, teme su furia
 Porque hizo al cielo ofensa;
 Si á la tierra, ya no es suya
 Que la que pisa es agena:
 Pues si dentro en sí mismo
 Con sus memorias se encierra,
 Mayor campo de batalla
 Dentro el alma le apareja,
 Y entre sollozo y suspiros
 Así el Rey godo se queja:
 —Desventurado Rodrigo,
 Si esto en otro tiempo hicieras,
 Y hubieras de tus deseos
 Al paso que ahora llevas,
 Y á los asaltos de amor
 No mostraras la flaqueza
 Tan indigna de hombre godo,
 Y mas de Rey que gobierna,
 Gozara su gloria España
 Y aquella fuerte defensa,
 Que ya por el suelo yace
 Y el color trueca á las yerbas.
 Amada enemiga mía,
 De España segunda Elena,
 ¡Oh si yo naciera ciego,
 O tú sin beldad nacieras!
 Pedernal fue tu hermosura,
 Y yo el eslabon y yesca
 Que las centellas cogí
 En que el mundo se arde y quema.
 Fuerza fue la que te hice,
 Mas tambien mirar debieras
 Que tu beldad poderosa
 Usó conmigo de fuerza.
 Eres mar tempestuoso

Y entendí que Cava eras;
 Mas lo uno y lo otro fuistes
 Pues que me acabas y anegas.
 Maldito sea el punto y hora
 Que al mundo me dió mi estrella,
 ¡Pechos que me dieron leche,
 Mejor sepulcro me dieran!
 Pagara á la tierra el censo,
 Y en su soledad durmiera
 Con los cónsules y reyes,
 O con los plebeyos della.
 Quitárale á la fortuna
 Carro en que triunfar pudiera,
 Y un Rodrigo para España
 Materia de tantas quejas.
 Traidor Conde Don Julian,
 Si uno solo es el que yerra,
 ¿Por qué tan injustamente
 Hiciste comun la pena?
 Matárasme á puñaladas,
 Pues pudiste y bien hicieras,
 Mas si el traidor es cobarde
 Jamas hace cosa buena.
 No ofendí yo al Africano,
 ¿Por qué Africano te venga?
 ¡Oh si este agudo puñal
 Rasgára tus falsas venas!—
 Mas iba á decir Rodrigo,
 Pero las palabras medias
 Las arrebató el enojo
 Y entre los dientes las quiebra.
 Cayó muerto su caballo,
 Y librando de las piernas,
 Hizo el arzon almohada
 Mientras huyen las tinieblas,
 Y diciendo: “A Dios, España,
 Que el bárbaro señorea,”
 Junto á su Orelia querido
 La luz enemiga espera.

Id. 11. (Anónimo).

Las huestes del Rey Rodrigo
 Desmayaban y huían
 Cuando en la octava batalla
 Sus enemigos vencían.
 Rodrigo deja sus tierras
 Y del real se salía.
 Solo va el desventurado
 Que no lleva compañía.
 El caballo de cansado,
 Ya mudar no se podía,
 Camina por donde quiere,
 Que no le estorba la vía.
 El Rey va tan desmayado
 Que sentido no tenía,
 Muerto va de sed y hambre
 Que de velle era mancilla,
 Y va tan tinto de sangre
 Que una brasa parecía;
 Las armas lleva abolladas,
 Que eran de sangre perdida;
 La espada lleva hecha sierra
 De los golpes que tenía;
 El almete de abollado
 En la cabeza se hundía,
 La cara llevaba hinchada
 Del trabajo que sufría.
 Subióse encima de un cerro
 El mas alto que veía:
 Desde allí mira su gente
 Como iba de vencida.

De allí mira sus banderas
 Y estandartes que tenía
 Como estan todos pisados
 Que la tierra los cubría.
 Mira por los Capitanes
 Que ninguno parecia,
 Mira el campo tinto en sangre
 La cual arroyos corria.
 Él triste de ver aquesto
 Gran mancilla en sí tenía;
 Llorando de los sus ojos
 Desta manera decia:
 —Ayer era Rey de España, (1)
 Hoy no lo soy de una villa;
 Ayer villas y castillos,
 Hoy ninguno poseía;
 Ayer tenía criados
 Y gente que me servía,
 Hoy no tengo una almena
 Que pueda decir que es mía.
 Desdichada fue la hora,
 Desdichado fue aquel día
 En que nací y heredé
 La tan grande señoría,
 Pues lo habia de perder
 Todo junto y en un día.
 ¡Oh muerte! ¿por qué no vienes
 Y llevas esta alma mía
 De aqueste cuerpo mezquino,
 Pues te se agradecería?

(1) De este trozo entresacó Cervantes tres versos que cita en la part.
 II. cap. 26 del Quijote, donde los acopla del modo siguiente:

Ayer era Rey de España,
 Y hoy no tengo una almena
 Que pueda decir que es mía.

Ya se sale de la priesa
 El Rey Rodrigo cansado;
 Pusíerase hácia una parte
 Por de allí mirar su campo;
 Ve que su gente se apoca,
 Y que ya va desmayando.
 Desque esto vido Rodrigo
 No pudo de mas mirallo,
 Porque bien ve que los suyos
 Ya no pueden soportallo.
 Volvió las riendas apriesa,
 Da de espuelas al caballo,
 Huyendo va á mas andar
 Por un dromedal abajo.
 Viólo huir Aliastras
 Un su Capitan honrado;
 Acordó seguir tras él,
 Pero no pudo él hallarlo.
 Desque vió que no le halla
 A Toledo hubo llegado,
 Donde quedara la corte,
 Y la Reina habia quedado.
 Pesábale por llevar
 De su Rey tan mal recaudo:
 En entrando por la puerta
 Comenzó á decir llorando:
 —Ya, señora, no sois Reina,
 Ya no teneis ningun mando,
 Porque en ocho batallas
 Perdiste todo el estado:
 Perdisteis el Rey Rodrigo
 El vuestro marido honrado,
 Porque le ví ir huyendo
 Muy malamente llagado,
 Y que á la hora de agora
 Será muerto ó cativado.—
 La Reina sin oír mas

Cayó tendida en su estrado.
 Despues de grandes cuatro horas
 En su sentido ha tornado:
 Mandó á Aliastras que cuente
 Todo como habia pasado.
 Aliastras se lo cuenta
 Que nada habia dejado:
 La Reina con gran congoja
 Dijo: — Ya lo he yo tragado,
 Porque le noche pasada
 Un mal sueño habia pasado,
 Y es que via el Rey Rodrigo
 Con el gesto muy airado,
 Con ojos vueltos en sangre
 Que iba muy apresurado
 Para ir á vengar la muerte
 Del desdichado Don Sancho,
 Y que volvia sangriento
 Y su cuerpo mal llagado,
 Y que se llegaba á mí
 Y me tiraba del brazo,
 Y decia estas palabras
 Muy fuertemente llorando:
 “Quédate á Dios, Reina triste,
 Quédate á Dios, que me parto,
 Los moros me han ya vencido,
 Los moros me han soyogado.
 No cures llorar mi muerte,
 No cures llorar tu estado,
 Procura de esconder
 Allá en lo mas apartado;
 Vete luego á las montañas
 De aquel reino Asturiano,
 Porque no hay otro remedio
 Si quieres quedar en salvo,
 Porque España y lo demas
 Todo está ya sujetado.”

Id. 13. de Sepúlveda.

Triste estaba Don Rodrigo,
 Desdichado se llamaba,
 Gimiendo estaba y llorando
 La gran pérdida de España,
 No solo porque la pierde,
 Mas porque dello fue causa,
 Porque dió bestial amor
 A esa maldita la Cava.
 Si al Rey d'aquesto le plugo
 A la Cava le pesaba,
 Mas su padre Don Julian
 Ha tomado la venganza.
 Él y su malvada hija,
 En Berbería se pasan
 Con el Obispo Don Oppas
 Que con él se concertaba.
 Hace trato con los moros,
 Venden la tierra cristiana,
 Entraron por Gibraltar
 Como quien entra en su casa.
 Ganan á Málaga y Ronda,
 Antequera con Granada,
 Toda Castilla la Vieja,
 Que ninguno lo estorbaba
 Sino el triste Rey Rodrigo
 Que hobo con ellos batalla,
 De donde salió vencido,
 Ya que la noche cerraba.
 Llamándose va cuitado,
 Su persona denostaba;
 Los ojos mirando al cielo
 Con gran pena lamentaba;
 Quéjase de su ventura,
 Desta suerte razonaba:
 — ¡Oh mal venturoso Rey,
 Postrer Godo que reinaba!
 Hoy pierdes tu tierra y reino,
 Fortuna lo trastornaba.

¡Oh Conde Don Julian!
 Maldita sea tu saña,
 Que gran crueldad has mostrado
 Contra la triste de España;
 Yo malo que obré el pecado
 Merecia haber la paga.
 Maldita sea la tu hija
 Que de tan gran mal fue causa,
 Mis ojos sean malditos
 Que su hermosura miraran,
 Que á no mirarla ellos
 Todo este mal se escusaba.
 ¡Oh gran Dios de cielo y tierra!
 Perdona esta mi alma:
 No mireis, justo Señor,
 Su pecado, pues pagaba
 El cuerpo que lo tal hizo,
 A ella haced librada.—
 Y con gemidos crecidos,
 Sus ojos tornados agua,
 Entrara por un jaral,
 Sus vestidos desnudaba.
 Perdióse el Rey Don Rodrigo,
 Que hasta agora no se halla.
 Los moros siguen victoria
 Hasta la peña Horadada:
 Hizoles cara Pelayo
 Ese Duque de Cantabria,
 Que con su sobrado esfuerzo
 De lo perdido ganaba,
 Con las gentes que han huido,
 A Esturias de Santillana.
 Dióle Dios muy gran victoria
 Que hasta Leon cobraba;
 Toman todos corazon
 Sobre la gente pagana.
 Otros Reyes sucedieron
 Que lo perdido ganaran,

Hasta el quinto Fernando
Que el Católico llamaran,

Que con su esfuerzo ganó
El buen reino de Granada.

Id. 14. (Anónimo).

Los vientos eran contrarios,
La luna era crecida,
Los peces daban gemidos
Por el tiempo que hacia,
Cuando el Rey Don Rodrigo
Junto á la Cava dormia,
Dentro de una rica tienda
De oro bien guarnecida.
Trescientas cuerdas de plata
La su tienda sostenian,
Dentro habia cien doncellas
Vestidas á maravilla;
Las cincuenta estan tañendo
Con muy estraña armonía,
Las cincuenta estan cantando
Con muy dulce melodía.
Allí hablara una doncella
Que Fortuna se decia:
—Si duermes, buen Rey Rodrigo,
Despierta por cortesía,
Y verás tus malos hados,
Tu peor postrimería,
Y verás tus gentes muertas
Y tu batalla rompida,
Y tus villas y ciudades
Destruidas en un día.
Castillos y fortalezas
Otro señor las regia,
Si me pides quién lo ha hecho
Yo muy bien te lo diria:
Ese Conde Don Julian
Por el amor de su hija,
Porque se la deshonoraste
Y mas della no tenia.
Juramento viene haciendo

Que te ha de costar la vida.—
Despertó muy enojado
Con aquella voz que oía,
Con cara triste y penosa
Desta suerte respondia:
—Mercedes á tí, Fortuna,
Desta tu mensagería.—
Estando en esto llegó
Uno que nuevas traía
Como el Conde Don Julian
Las tierras le destruía.
Aprieta pide el caballo
Y al encuentro le salia;
Los enemigos son tantos
Que esfuerzo no le valia,
Que Capitanes y gentes
Huía el que mas podia.
Rodrigo deja sus tierras
Y del real se salia:
Solo va el desventurado
Que no lleva compañía.
El caballo de cansado
Menearse no podia,
Camina por donde quiere
Que no le estorba la via.
El Rey va tan desmayado
Que sentido no tenia,
Muerto va de sed y hambre
Que de verle era mancilla.
Iba tan tinto de sangre
Que una brasa parecia,
Las armas lleva bolladas
Que eran de pedrería,
La espada era una sierra
De los golpes que tenia,

El almete de abollado
 La cabeza le hundia,
 La cara llevaba hinchada
 Del trabajo que sufría.
 Subió encima de un cerro
 El mas alto que allí había,
 De allí miraba su gente
 Como iba de vencida,
 De allí mira sus banderas
 Y estandartes que tenía
 Como están todos pisados
 Y la tierra los cubría.
 Mira por los Capitanes
 Que ninguno parecía,
 Mira el campo tinto en sangre,
 El cual arroyos corría.
 Él triste de ver aquesto
 Gran mancilla en sí tenía,
 Lloraba de los sus ojos,

Desta manera decía:
 —Ayer era Rey de España,
 Y hoy no lo soy de una villa;
 Ayer villas y castillos,
 Hoy ninguno poseía;
 Ayer tenía criados
 Y gente que me servía,
 No tengo ahora una almena
 Que pueda decir que es mía.
 Desdichada fue la hora,
 Desdichado fue aquel día
 En que nací y heredé
 Tan gran reino y señoría,
 Pues lo había de perder
 Todo junto y en un día.
 ¡Oh muerte! ¿por qué no vienes
 Y llevas esta alma mía
 De aqueste cuerpo mezquino,
 Pues se te agradecería?

Id. 15. (Anónimo).

Las armas y venas rotas,
 El estoque en sangre tinto,
 Huye vergonzosamente
 De la batalla Rodrigo.
 Ciégale el polvo los ojos,
 Y con temor del peligro
 Los pies y la razón pierden
 Juntamente los estribos.
 Al fin subió como pudo
 Sobre un cerrillo propincuo,
 Si de alguna suerte sube
 Quien de tan alto ha caído.
 Mira desde allí la sangre
 De aquellos godos antiguos
 Vertida en balde y mezclada
 Con la de infames morillos.
 Mira las cruces bermejas,
 Divisas del cristianismo,

Rendidas infamemente
 Al estandarte morisco.
 Esto contempla, y tras esto
 Sus dos ojos vueltos riscos,
 Conociéndose culpado
 Así razona consigo:
 —Justamente ordena el cielo
 Que pues á Dios hice guerra,
 Perdido el reino del suelo
 Solo para mi consuelo
 Tenga siete pies de tierra.
 Y si por vanos antojos
 Quebré la divina ley,
 Hoy me miren estos ojos
 Vasallo de mil enojos
 Habiéndome visto Rey.
 También porque mi castigo
 Igual á la culpa sea,

El reino da al enemigo,
 Porque siendo yo testigo,
 Él lo goze y yo lo vea.
 Y déjame solamente

Por mejor me deshonrar,
 Caballo que me consiente
 Huir vergonzosamente,
 Y estoque por me matar.

Id. 16. (Anónimo).

Volved los ojos, Rodrigo,
 Volvedlos á vuestra España,
 Mirad como os la destruyen
 Vuestros amores y Cava:
 Mirad la sangre que vierten
 Vuestras gentes en batalla,
 Castigo de la inocente
 Que fue por vos derramada.

*¡Ay España,
 Perdida por un gusto y por la
 Cava!*

La honra de los antiguos
 Por tantos siglos ganada,
 Vos solo por un momento
 Perdeis reino, cuerpo y alma.
 Acabóse vuestro bien
 Y vuestros males no acaban,
 Que el mal suele acabar honras
 Que acaban la vida y fama.

*¡Ay España,
 Perdida por un gusto y por la
 Cava!*

Id. 17. (Anónimo).

Despues que el Rey D. Rodrigo
 A España perdido habia
 Íbase desesperado
 Por donde mas le placia.
 Métese por las montañas
 Las mas espesas que via,
 Porque no le hallen los moros
 Que en su seguimiento iban.
 Topado ha con un pastor
 Que su ganado traia,
 Díjole: —Dime, buen hombre,
 Lo que preguntar queria
 Es si hay por aquí poblado
 O alguna casería
 Donde pueda descansar,
 Que gran fatiga traía. —
 El pastor respondió luego
 Que en balde la buscaria,
 Porque en todo aquel desierto

Solo una ermita habia,
 Adonde está un ermitaño
 Que hacia muy santa vida.
 El Rey fue alegre de esto
 Por allí acabar su vida.
 Pidió al hombre que le diese
 De comer si algo tenia:
 El pastor sacó un zurrón,
 Que siempre en él pan traía,
 Dióle dél y de un tasajo
 Que acaso allí echado habia.
 El pan era muy moreno,
 Al Rey muy mal le sabia,
 Las lágrimas se le salen,
 Detener no las podia,
 Acordándose en su tiempo
 Los manjares que comia.
 Despues que hubo descansado
 Por la ermita le pedia,

El pastor le enseñó luego
 Por donde no erraría.
 El Rey le dió una cadena
 Y un anillo que traía:
 Joyas son de gran valor
 Que el Rey en mucho tenía.
 Comenzando á caminar,
 Cuando el sol se retraía,
 A la ermita es ya llegado
 Que el pastor dicho le había.
 El dando gracias á Dios
 Luego á rezar se metía;
 Despues que hubo rezado
 Para el ermitaño se iba:
 Hombre es de autoridad
 Que bien se le parecia.
 Preguntóle el ermitaño
 Cómo allí fue su venida;
 El Rey, los ojos llorosos,
 Aquesto le respondia:
 —El desdichado Rodrigo
 Yo soy, que Rey ser solia:
 Vengo á hacer penitencia
 Contigo en tu compañía;
 No recibas pesadumbre
 Por Dios y Santa María. —
 El ermitaño se espanta,
 Por consolallo decia:
 —Vos cierto habeis elegido
 Camino cual convenia
 Para vuestra salvacion,
 Que Dios os perdonaria. —
 El ermitaño á Dios ruega
 Por si le revelaria
 La penitencia que diese

Al Rey que le convenia.
 Fuéle luego revelado
 De parte de Dios un dia,
 Que le meta en una tumba
 Con una culebra viva,
 Y esto tome en penitencia
 Por el mal que hecho habia.
 El ermitaño al Rey
 Muy alegre se volvia,
 Contóselo todo al Rey
 Como pasado le habia.
 El Rey desto muy gozoso
 Luego en obra lo ponía,
 Métese como Dios manda
 Para allí acabar su vida,
 Y el ermitaño muy santo
 Mirale al tercero dia.
 Dice: —¿Cómo os va, buen Rey?
 ¿Vaos bien con la compañía?
 —Hasta ahora no me ha tocado
 Porque Dios no lo queria,
 Ruega por mí, el ermitaño,
 Porque acabe bien mi vida. —
 El ermitaño lloraba,
 Gran compasion le tenia,
 Comenzóle á consolar
 Y esforzar cuanto podia.
 Despues vuelve el ermitaño
 A ver si ya muerto habia,
 Halla que estaba rezando
 Y que gemia y plañia.
 Preguntóle cómo estaba:
 —Dios es en ayuda mia,
 Respondió el buen Rey Rodrigo,
 La culebra me comia (1),

(1) *La leccion de Cervantes en estos versos es:*

Ya me comen, ya me comen

Por do mas pecado habia.

Cómeme ya por la parte
Que todo lo merecía,
Por donde fue el principio
De la mi muy gran desdicha.—

El ermitaño lo esfuerza,
El buen Rey allí moría.
Aquí acabó el Rey Rodrigo,
Al cielo derecho se iba.

Romance del REY DON PELAYO, por Sepúlveda.

Junto al rio Guadalete,
Que á Jerez era cercano,
Aquese Rey Don Rodrigo
Vencido queda en el campo.
Venciólo el moro Tarif;
Por el su triste pecado
Los moros ganan á España,
Toda la habian conquistado,
Hasta Asturias de Oviedo
Donde se huyó Don Pelayo.
A este alzaron por Rey
Los cristianos que han quedado.
Cercáronlo en una cueva
Mucha gente de paganos:
Alzaman llaman al moro
Que sobre ellos tiene el mando,
Con él vino el mal Obispo
Don Oppas, ese malvado.
Era cuñado del Conde
Que Don Julian es nombrado,
Padre era de la Cava
Que todo el mal ha causado.
Combaten recio la cueva
Con esfuerzo denodado;
Don Oppas se llegó á ella
En un mulo cabalgando.
Hablando está con el Rey
Palabras de gran halago,
Con razones engañosas
Le dijo:—Mira, Pelayo,
Bien sabes el gran poder
De los godos esforzados
Que conquistaron á España

Y en ella habian reinado,
Que nunca fueron vencidos
De bárbaros y romanos.
Por el gran juicio de Dios
Ya su esfuerzo es soterrado,
Quebrantado es su poder,
Muertos yacen en el campo.
Dime tú ¿qué te aprovecha
El esfuerzo que has mostrado,
Y encerrarte en esa cueva?
¿Dó piensas ser escapado?
¿Cuidas por ventura tú
Escapar de los paganos,
Y de ellos te rebelar
Y conseguir temerario
Lo que no pudo Rodrigo,
Aquese Rey afamado,
Con todos los nobles godos
Que los ves desbaratados?
Acuérdate que el su reino
Que en fuerzas fuera abondado,
Y por su sabiduría
De todo el mundo admirado,
Ya es perdido y destruido,
Y en no nada es ya tornado.
Pelayo, yo te aconsejo
La tu vida deseando,
Que te des luego á los moros
Con esos tus allegados:
Tú y ellos sereis muy ricos,
De riquezas abondados,
Sino morireis á espada,
No escapareis de sus manos.—

Don Pelayo cuando oyera
 Lo que Don Oppas á hablado,
 Recibió muy gran pesar,
 Y esta respuesta le ha dado:
 —Oppas, tú fuiste Arzobispo
 Y en letras bien enseñado;
 Bien sabes que tú y el Rey
 Vitiza, aquese tu hermano,
 Enseñastes mal á Dios
 Con vuestros grandes pecados,
 Junto con Don Julian
 Ese siervo del diablo.
 En saña vos lo metistes
 Por do vino el grande daño
 En la gente de los godos
 Varones tan esforzados.
 Y aunque esto dure algun tiempo
 Dios no nos habrá olvidado;
 Él á nos dará venganza
 Del que á él hobo cansado.
 Yo bien fio en su bondad
 Que será como lo hablo,
 Y esto me hace non temer
 Los moros que me han cercado,
 Cuanto mas que es mi abogada
 Virgen madre con sus Santos:
 Todos rogarán á Dios
 Nos libre deste quebranto.
 Yo creo con estos pocos
 De cobrar lo que es ganado
 A los fuertes nobles godos
 A quien se ha hecho el estrago,
 Que muchas mieses se erian
 Y multiplican de un grano. —
 Y acabando estas razones
 A la cueva se ha tornado.
 Todos los que estan con él
 Quedaron muy asombrados
 En ver que de tantos moros

Todos ellos son cercados.
 Todos de un corazon
 A Dios estaban rogando
 Que los ayudase y libre
 Y no mire á sus pecados.
 Cuando vido el mal Obispo
 Que no aprovecha lo hablado,
 Mandó á todos los moros
 Que combatan los cristianos,
 Que estan sin seso, medrosos,
 Y de bien desesperados,
 Que acometan con las armas
 Y que los hagan pedazos.
 Con muy grandes alaridos
 A la peña estan tirando
 Muchos onderos con piedras,
 Con ballestas y con dardos;
 Mas el gran poder de Dios
 Lidia por los encerrados,
 Ca las piedras y saetas
 Y dardos que habian tirado
 Vuélvense contra los moros,
 Muchos matan en el campo.
 Veinte mil eran los muertos,
 Sin otros muchos llagados.
 Los moros cuando esto vieron
 Todos estan asombrados,
 Pelayo alababa á Dios
 Por el miraglo pasado,
 Cobran todos corazon
 Contra los moros malvados,
 A unos matan, otros prenden,
 De ellos se han bien vengado.
 Muerto quedaba Alzaman,
 Preso Oppas el malvado:
 Por el monte de Anzona
 Huyen los que habian quedado;
 Cayera el monte con ellos,
 Debajo los ha tomado.

Romances del REY RAMIRO. 1.º (Anónimo).

En consulta estaba un día
 Con sus grandes y consejo
 El noble Rey Don Ramiro
 Varias cosas discurriendo,
 Cuando sin pedir licencia
 Se entró por la sala adentro
 Una gallarda doncella
 De amable y hermoso gesto
 Vestida toda de blanco,
 A quien el rubio cabello
 Bordaba de oro los hombros,
 A causa de venir suelto.
 Ponen los ojos en ella,
 Y poniéndolos en ellos
 Ella comenzó á hablar,
 Y ellos á darle silencio.
 —Perdóname, dice, Rey,
 Si tu consejo atropello,
 Aunque si te le dan malo,
 Antes soy digna de premio.
 No sé si de Rey cristiano
 Te dé nombre, porque entiendo
 Que con fingida apariencia
 Debes ser moro encubierto;
 Que quien da á los que lo son
 Las doncellas ciento á ciento,
 Si ya no es moro, á ellas
 Las soborna para serlo.
 Si por darle muerte oculta
 Vas desangrando tu reino,
 Por harto mejor tuviera
 De una vez pegarle fuego;
 O sino en tributo y parias
 Dieras hombres á lo menos,
 Que era dalles enemigos,

De quien vivieran con miedo.
 Pero si les das doncellas,
 Allá, en dejando de serlo,
 Nacerán de cada una
 Cinco ó seis contrarios nuestros.
 Mas bien acordado está
 Que tus hombres se esten que-
 dos,
 Porque puedan engendrar
 Hijas que paguen en feudo;
 Que solo para engendrallas
 Deben de tener sugeto
 De hombres, que en lo demas
 Yo por mugeres los tengo.
 Si te acobardan las guerras,
 Las mismas doncellas creo
 Que han de venírtela á dar
 Por el mal que las has hecho,
 Y sin duda vencerán
 Si lo ponen en efecto,
 Que ellas son mugeres hombres.
 Y hombres mugeres aquestos.—
 Alborotáronse algunos,
 Y el Rey corrido y suspenso
 Determinó de morir
 O libertar á su reino.
 Juntó su gente de guerra,
 Y prestándoles su esfuerzo
 El glorioso Santiago,
 Dió la batalla y vencieron.
 Quedó medroso Almanzor,
 Y el Rey con aqueste hecho
 Dió libertad á Castilla,
 Y á sí mesmo honroso premio.

De Leon y las Asturias
 Ramiro tiene el reinado.
 Esos moros de Bardulia
 Le enviaron su mandado,
 Que si paz quiere con ellos
 El tributo les sea dado
 Que les daba aqueise Rey,
 Mauregato era llamado.
 Cada año son cien doncellas,
 Las cincuenta hijas-dalgo,
 Para se casar con ellas
 Y tenellas á su mando.
 Gran pesar cobraba el Rey
 En oír el tal recado,
 Entró en tierra de los moros,
 Mucho los habia estragado.
 En Alvella ese lugar
 Muy gran lid habian trabado,
 Despartíeralos la noche
 En Clavijo ese collado.
 Los cristianos con fatiga
 A Dios estaban llamando,
 Llorando de los sus ojos,
 Muy grandes suspiros dando.
 Lo que le pedian era
 Que no los haya olvidado,
 Ni consienta que de moros
 Queden muertos en el campo;
 Ruéganle que los acorra
 Pues es su Dios soberano.
 Adurmióse el Rey Ramiro,
 Santiago le ha hablado,
 Dijole: — Rey, sabe cierto

Que cuando Dios por su mano
 Nos repartiéra las tierras
 Do fuésemos predicando,
 Solo España á mi la dió
 Que la tuviese á mi cargo.
 Defendella he de los moros,
 Favor soy de los cristianos;
 Despierta tú, Rey, no duermas,
 No dudes lo que te hablo,
 Que yo te vengo á ayudar
 Contra los moros paganos.
 Con una cruz colorada,
 Rey, me verás peleando,
 Señal blanca sobre mí
 Y tambien sobre el caballo.
 Confiésate tú, el Rey,
 Y tambien los tus vasallos,
 Herid de recio que los moros,
 Muertos quedarán en campo.
 Llamad el nombre de Dios
 Con el mio apellidando.—
 Despierto que fue el buen Rey,
 El sueño habia revelado;
 Hizo lo que le mandó
 Santiago el Apostol santo.
 Hirieron fuerte que los moros
 Del campo los han lanzado,
 Y tantos murieron dellos
 Que no pueden ser contados.
 De allí quedára en Castilla
 El invocar á Santiago
 Al tiempo de las batallas
 Que han habido los cristianos.

ROMANCES HISTÓRICOS

SUeltos

A VARIOS ASUNTOS.

Romance de los Infantes de Navarra, de Sepúlveda.

En Castilla y en Navarra
Don Sancho el mayor reinaba,
Muy guerrero es y valiente
Que á los moros quebrantaba.
Grandes batallas les vence,
Muchos dellos captivaba,
Sus reinos mantuvo en paz,
Ninguno se lo estorbaba,
Todos le tienen temor,
A todos los sojuzgaba.
El buen Rey tiene un caballo
Que mucho lo estimaba,
Muy crecido es y hermoso
Cumplido de buena maña,
Tanto, que yendo sobre él
Peligro no recelaba.
De Nájara partió el Rey,
Su caballo encomendaba
A la Reina su muger
Que lo tenga en buena guarda.
El Rey tenía dos hijos
Fernando y García se llaman;
El mayor que es Don García
A la Reina suplicaba

Que este caballo le diese,
En ello mucho afincaba:
Prometióselo la Reina
Que á este hijo mucho amaba.
Un caballero del Rey
A la Reina aconsejaba
Que no le diese el caballo
Que el Rey tanto preciaba,
Que su gracia iba á perder
Y la su ira cobraba.
La Reina con gran temor
La promesa revocaba.
Gran saña cobró García,
Della cobraba gran saña:
Fuese para el Rey su padre,
De su madre mal hablaba.
Dijo que es gran alevosa
Y que traición le armaba,
Y questo lo probaría:
Con su hermano lo probaba.
Creyó el Rey á Don García
Aquesto que le contaba;
Mandó prender á la Reina
En prision fuerte la echaba.

Para determinar esto
 A Córtes el Rey llamaba,
 En las Córtes determinan
 Que la Reina se haga salva,
 Y que diese un caballero
 Que haga por ella batalla
 Con los dos hijos del Rey,
 Y á no darlo sea quemada.
 En la córte no hay ninguno
 Que emprenda la tal hazaña,
 Porque son hijos del Rey
 Y bravos en la batalla.
 Don Ramiro que es bastardo
 Hecho en una barragana,
 Es caballero hermoso
 De quien mucho se fiaba.
 Fuese ante el Rey su padre
 Y grandes de su mesnada,
 Y dijole que lidiaria,
 Con ambos hará batalla
 Sobre traicion que á la Reina
 A tuerto le es levantada.
 El Rey recibió su gage,
 La batalla concertaba.
 García que el mal urdiera

Su pecado confesaba
 A un hombre religioso
 Que al buen Rey confesaba,
 El cual descubriera al Rey
 La falsedad atamaña.
 Don Sancho cuando lo supo
 Dello gran placer cobraba,
 Fuera donde está la Reina
 Y perdon le demandaba:
 Sacóla de la prision,
 Su gran bondad alababa,
 A Don Ramiro el bastardo
 La Reina mucho preciaba.
 Maldijo á sus dos hijos,
 Al bastardo lo loaba,
 El su reino de Aragon
 A Ramiro se lo daba.
 Recibió della la corona
 Y por Rey se intitulaba,
 Las gentes todas lo loan,
 Bendiciones le echaban
 Porque libró á la Reina
 De lo que fuera acusada
 Por sus dos hijos nombrados
 Y el bastardo la libraba.

Id. de la Condesa de Castilla, por Sepúlveda. (1)

Conde era de Castilla
 Don Sancho el muy esforzado,
 Hijo es de Garci Fernandez
 Que antes dél tuvo el condado,
 Nieto es de Fernan Gonzalez
 Que á Castilla ha libertado

De los Reyes de Leon
 De quien solia ser mandado.
 Viuda estaba la Condesa
 Madre del Conde Don Sancho,
 Quien por casar con un moro
 Gran traicion habia pensado.

(1) *Este asunto es el de la tragedia de la Condesa de Castilla que hizo el célebre y nunca bien ponderado Don Nicasio Alvarez Cienfuegos, uno de los mas grandes poetas que produjo en España el siglo XVIII. Murió prisionero en Francia victima de su patriotismo y fidelidad.*

Matar al Conde su hijo
 Con yerbas tiene acordado,
 Y despues de muerto el Conde
 Luego ella habria el Condado,
 Y siendo señora dél
 Al moro sería entregado,
 Y el moro sería señor
 De Condado tan honrado.
 Tomó yerbas la Condesa,
 Ya las está destemplando
 Para darlas á beber
 A queste Conde Don Sancho.
 De las yerbas no podia
 Hacerse el Conde librado:
 No quiso Dios se cumpliese
 Lo que ella tiene acordado,
 Que una criada suya
 A quien le fue revelado,
 Descubrió todo el secreto
 Y al Conde hizo avisado.
 Cuando vino la Condesa
 A obrar tan gran pecado
 Dió las yerbas al su hijo
 En el vino destemplado:

Id. de Doña Terea, hermana de Alfonso V., por Sepúlveda.

En los reinos de Leon
 El quinto Alfonso reinaba:
 Una hermana tiene el Rey,
 Doña Terea se llama.
 Audalla, Rey de Toledo,
 Por muger se la demanda,
 Y el Rey con muy mal consejo
 Lo que le pide otorgaba.
 Movióse el Rey á hacerlo
 Porque el moro le ayudaba
 Contra otros Reyes moros
 De quien él se recelaba.
 Mucho á la Infanta le pesa

Rogaba al Conde bebiese
 Del vino ques afamado,
 Mas él no lo quiso hacer,
 Y á su madre habia rogado
 Que dello primero beba
 Y él hará luego su mando.
 Rehúsalo la Condesa
 Su traicion disimulando,
 Respondió no tener gana
 Que la sed se le ha quitado.
 Mucho la importunó el Conde
 En ellò haga su grado,
 Y que del vino bebiese
 Le estaba importunando;
 Pero no aprovecha cosa,
 Que siempre lo habia escusado.
 El Conde le hizo por fuerza
 Beber el vino herbolado;
 Luego que lo hobo bebido
 Muerta en el suelo ha quedado.
 De allí quedó en Castilla
 Y se habia acostumbrado
 Beber mugeres primero
 Y luego los allegados.

En se ver tan denostada
 De la casar con un moro
 Siendo la Infanta cristiana.
 No aprovechan con el Rey
 Las lágrimas que lloraba,
 Ni los ruegos que le ruegan
 Para revocar la manda.
 El Rey la envió á Toledo
 Adonde Audalla estaba,
 Recibióla bien el moro,
 En la ver mucho se holgaba:
 Procuró haber su amor,
 Quiere gozar de la Infanta,

Ella con crecido enojo
 Aquesta razon hablaba.
 —Yo te digo que no llegues
 A mí porque soi cristiana
 Y tú, moro, de otra ley
 De la mia muy lejana;
 No quiero tu compañía,
 Tu vista á mí no agradaba,
 Si pones manos en mí
 Y de tí soy deshonrada,
 El angel de Jesucristo,
 A quien él me ha dado en guarda,
 Herirá ese tu cuerpo
 Con su muy tajante espada.—
 No se le dió nada al moro
 De lo que la Infanta hablaba,
 Cumplió en ella su querer,
 Dueña el moro la tornaba.

Dende á muy poco rato
 El angel de Dios lo llaga,
 Dióle grande enfermedad,
 Sobre el moro cae gran plaga.
 Cuidó el Rey ser della muerto,
 Y que de tal mal no escapa.
 Llamó á sus ricos-hombres
 Con la Infanta los enviaba
 A Leon do estaba Alfonso,
 Gran presente le llevaban
 De oro y piedras preciosas
 Que en gran valor estimaban.
 Llegados son á Leon,
 La Infanta monja se entraba,
 Do vivió sirviendo á Dios
 Honesta vida muy santa
 En aquese monasterio
 El que de las Huelgas llaman.

Id. eleccion del Rey Ramiro el Monge. (Anónimo).

Navarros y Aragoneses
 Grandes debates tenian
 Porque Rey les ha faltado
 Y muchos serlo querian.
 Préciáanse de ser leales
 Y en ello no consentian,
 Que no quieren tomar Rey
 Sino al que lo merecia,
 Y que fuese de la sangre
 Que de Reyes descendia.
 Monge era Don Ramiro,
 Santo y de muy buena vida,
 Hermano del Rey Alfonso,
 Que ya difunto yacia.
 Sácanlo del monasterio,
 Aunque á él no le placia,
 A Huesca lo habian llevado,
 Por Rey alzado lo habian.
 Fue venturoso en batallas,

Ninguna dellas perdia,
 Fue de los suyos amado,
 Con ellos su haber partia.
 En la batalla primera
 Que con los moros habia,
 Sus caballeros le armaron
 De fresca y fuerte loriga.
 Cabalgara en su caballo,
 El escudo le ponian
 En el su brazo siniestro,
 Y la espada sin vaina
 Le ponian en el derecho,
 Y los suyos le decian:
 —Las riendas tomad, Señor,
 Con aquesta mano misma
 Con que asides el escudo
 Y ferid en la morisma.—
 El Rey como sabe poco
 Luego allí les respondia:

—Con esa tengo el escudo,
Tenellas yo no podria,
Ponédmelas en la boca
Que sin embarazo iba.—
Los suyos hicieron luego
Aquello que el Rey pedia;

Id. al mismo asunto. (Anónimo).

Deo gracias, devotos Padres,
Dadnos al monge Ramiro,
Que su hermano el Rey Alfonso
Ha fallecido sin hijos.
Navarros y Aragoneses
Traen entre sí homecillo
Que si no es de Real sangre,
No quieren otro caudillo.
Cada cual pretende el reino,
Y á Dios hará mas servicio
En pacificar sus tierras,
Que en el ser Monge Benito.
El buen Ramiro se escusa,
Mas razon no le ha valido,
Que vence necesidad
Que de ley ha carecido.
Sácanlo del monasterio
Sin ser de nadie impedido,
Llévanlo á jurar á Huesca
Y por Rey lo han elegido.
Deseoso está el buen Rey
Por ejercitar su oficio

Id. de la Campana de Huesca. (Anónimo).

Don Ramiro de Aragon,
El Rey Monge que llamaban,
Caballeros de sus reinos
Asaz lo menospreciaban.
Qu'era muy sobrado manso
Y no sabidor en armas,

Ansí entrara en la batalla,
Muchos moros muerto habia:
Salió Rey muy esforzado,
Muchas tierras conqueria,
Dejado habia su reino
Y tornóse á su monjía.

De Capitan valeroso
Contra el morismo gentío.
Mandó juntar muchas faces
Y acompañales él mismo,
Pretendiendo en la batalla
Ser á todos preferido.
Al subir en el caballo,
Que la espada se ha ceñido,
Sacándola de la vaina,
De aquesta suerte habia dicho:
—Si la espada ha de envainarse
En sangre del enemigo,
Vaya desnuda en la mano,
No tenga tiempo perdido.
Rienda y escudo no pueden
Ser de una mano regidos,
Porque no tengan estorbos
Vayan por sí divididos.—
Tomó la rienda en la boca,
Y el escudo apercebido,
Metióse así en la batalla
Siendo de todos temido.

Por lo que no le obedecen,
Por lo que le desacatan.
Enviado ha un mensagero
Al Monge que lo criara,
A San Ponce de Tomeras
Donde el buen Abad moraba,

Porque él le diese consejo
 En la bajeza en que estaba.
 El mensagero se parte
 Y al Abad le da una carta:
 El Abad no le responde,
 En la huerta solo entraba;
 El mensagero con él
 Que respuesta le demanda.
 El Abad lo despachó
 Sin hablarle una palabra.
 La respuesta que le diera
 Fuera cifra bien cerrada,
 Que sacando allí un cuchillo
 Las ramas altas cortaba.
 Despedido el mensagero
 Mal contento se tornaba.
 Como fue llegado al Rey
 Le dijera estas palabras:
 —Mal recaudo os traigo, Rey,
 Quel Monge no vos preciaba,
 Ni me quiso dar respuesta,
 Creo que de vos burlaba;
 Entróse luego á una huerta
 En leyendo vuestra carta,
 Y afilando allí un cuchillo
 Las ramas emparejaba.—
 Oyendo aquestas razones
 El Rey las disimuló,
 Entendió bien la respuesta
 Y el consejo que le daba.

Hizo llamar á las Córtes
 A Córtes que celebraba.
 Dice que hacer queria
 Una solemne campana
 Que se oyese por el reino
 Y sonase en toda España.
 Viérades desto gran risa,
 Los grandes dello mofaban;
 En esta ciudad de Huesca
 Muchas gentes se juntaban.
 Llamó un dia á los señores
 Y en su cámara les habla,
 Y á sus hijos herederos
 Hizo quedar en la sala.
 En entrando todos ellos
 Viéronse entre gente de armas,
 Mandó cortar las cabezas
 A los que mas dél burlaban.
 Quince fueron sentenciados,
 A los otros perdonára;
 Mandó sacar las cabezas
 A los mozos de la sala;
 Díjoles qu'eran de sus padres
 Todas las que allí miraban,
 Porque le tenian en poco
 Y en su presencia burlaban:
 Que viesen aquel ejemplo
 Y ellos mojasen la barba.
 Así fue temido el Monge
 Con el son de esta campana.

Id. del pecho de los cinco maravedís. (Anónimo). (1)

En esa ciudad de Burgos
 En Córtes se habian juntado
 El Rey que venció las Navas
 Con todos los hijos-dalgo.

Habló con Don Diego el Rey,
 Con él se habia aconsejado,
 Que era señor de Vizcaya
 De todos el mas privado.

(1) *Es al mismo asunto del En Burgos está el buen Rey.*

—Consejedesme, Don Diego,
 Que estoy muy necesitado,
 Que con las guerras que he hecho
 Gran dinero me ha faltado.
 Querria llegarme á Cuenca,
 No tengo lo necesario,
 Si os pareciese, Don Diego,
 Por mí será demandado
 Que cinco maravedís
 Me peche cada hijo-dalgo.
 —Grave cosa me parece,
 Le respondiera el de Haro,
 Que querades vos, Señor,
 Al libre hacer tributario;
 Mas por lo mucho que os quiero
 De mí sereis ayudado,
 Porque yo soy principal,
 Y de mí os será pagado.—
 Siendo juntos en las Córtes
 El Rey se lo habia hablado,
 Levantado está Don Diego
 Como ya estaba acordado.
 —Justo es lo que pide el Rey,
 Por nadie le sea negado,
 Mis cinco maravedís
 Hélos aquí de buen grado.—
 Don Nuño, Conde de Lara,
 Mucho mal se habia enojado,
 Pospuesto todo temor
 Desta manera ha hablado:
 —Aquellos donde venimos
 Nunca tal pecho han pagado,
 Nos menos lo pagaremos
 Ni al Rey tal le será dado.
 El que quisiere pagarle
 Quede aquí como villano,
 Váyase luego tras mí
 El que fuere hijo-dalgo.—

Todos se salen tras él,
 De tres mil, tres han quedado,
 En el campo de la Clera
 Todos allí se han juntado.
 El pecho que el Rey demanda
 En las lanzas lo han atado,
 Envíanle á decir
 Que el tributo está llegado,
 Que envíe sus cogedores
 Y luego será pagado;
 Mas que si él va en persona
 No será desacatado,
 Pero que enviase aquellos
 De quien fuera aconsejado.
 Cuando aquesto oyera el Rey
 Y que solo se ha quedado,
 Volvióse para Don Diego,
 Consejo le ha demandado.
 Don Diego como sagaz
 Este consejo le ha dado:
 —Desterredesme, Señor,
 Como que yo lo he causado,
 Y así cobrareis la gracia
 De los vuestros hijos-dalgo.—
 Otorgó el Rey el consejo;
 A decir les ha enviado
 Que quien le dió tal consejo
 Será muy bien castigado,
 Que hidalgos de Castilla
 No son para haber pechado.
 Muy alegres fueron todos,
 Todo se hubo apaciguado,
 Desterraron á Don Diego
 Por lo que no habia pecado,
 Mas dende á pocos dias
 A Castilla fue tornado.
 El bien de la lealtad
 Por ningun precio es comprado.

Id. Amores de Alfonso VIII con Fermosa, por Sepúlveda.

Muerto era ese buen Rey
 Don Sancho el deseado:
 Gran llanto se hizo en Castilla,
 Que era de todos amado.
 Su hijo el octavo Alfonso
 Sus reinos habia heredado,
 Ese que venció en las Navas
 De Tolosa al Rey pagano,
 Ese Miramamolin
 De Marruecos tan nombrado.
 Aunque el Rey es muy pequeño,
 Los grandes de su reinado
 Allá en Ingalaterra
 Al Rey lo tienen casado
 Con hija de Don Enrique,
 Que della es Rey coronado.
 En Burgos se hacen las bodas,
 Muchas gentes se han juntado,
 Muy ricas fueron y honradas
 Por ser tal el desposado.
 El Rey con la su muger
 A Toledo habia llegado;
 Mas como amor es tan ciego
 Al Rey habia engañado.
 Pagóse de una judía,
 Della estaba enamorado:
 Fermosa habia por nombre,
 Cuádrale el nombre llamado.
 Olvidó el Rey á la Reina,
 Con aquella se ha encerrado.
 Siete años estaban juntos
 Que no se habian apartado,
 Y tanto la amaba el Rey
 Que á su reino habia olvidado.
 De sí mismo no se acuerda;
 Los suyos han acordado
 De poner recabdo en ello

En fecho tan feo y malo.
 Acuerdan de la matar
 Por ver su Señor cobrado,
 Porque lo tienen perdido
 Y les será bien contado.
 Fueron donde estaba el Rey
 Con la judía en su cabo:
 Los unos hablan con él,
 Los otros habian entrado
 Donde la judía estaba
 Sobre un muy rico estrado.
 Matáronla luego allí
 Y á los que han con ella hallado.
 El Rey que supo su muerte
 Triste estaba y muy cuitado:
 No sabia qué se hiciese,
 Que el amor demasiado
 Que tenia á la judía
 Lo ha de seso enagenado.
 Sus vasallos lo consuelan,
 A Illescas lo habian llevado.
 Estando el Rey una noche
 En la su cama acostado
 Cuidando en la judía
 Un angel le habia hablado.
 —¿Aún cuidas, le dijo, Alfonso,
 En el tu grave pecado?
 Dios de tí gran deservicio
 De tu maldad ha tomado;
 No fincará de tí hijo,
 Mas hija te habrá heredado.
 Procura de á Dios servir!
 Porque te haya perdonado.
 —Angel, respondió el Rey,
 Ante Dios sé mi abogado,
 Yo ya conozco mi culpa
 Y conozco haber errado.

Id. Muerte de los Carvajales. (Anónimo).

Válasme, nuestra Señora,
Cual dicen, de la Ribera,
Donde el buen Rey Don Fer-
nando

Tuvo la su cuarentena.
Desde el miércoles corvillo
Hasta el jueves de la Cena,
Que el Rey no se hizo la barba
Ni peinó la su cabeza.

Una silla era su cama,
Un canto por cabecera,
Los cuarenta pobres comen
Cada día á la su mesa.

De lo que á los pobres sobra
El Rey hace la su cena,
Con vara de oro en su mano
Bien hace servir la mesa.

Dícenle sus caballeros
Dónde irá á tener la fiesta:
— A Jaen, dice, señóres,
Con mi señora la Reina. —

Después que estuvo en Jaen
Y la fiesta hubo pasado,
Pártese para Alcaudete
Ese castillo nombrado:

El pie tiene en el estribo,
Que aun no se habia apeado, —
Cuando le daban querella
De dos hombres hijos-dalgo,

Y la querella le daban
Dos hombres como villanos.
Abarcas traen calzadas
Y aguijadas en las manos.

— Justicia, justicia, Rey,
Pues que somos tus vasallos, —
De Don Pedro Carvajal
Y Don Alfonso su hermano,

Que nos corren nuestras tierras

Y nos robaban el campo,
Y nos fuerzan las mugeres
A tuerto y desaguizado.

Comiánnos la cebada
Sin después querer pagallo,
Hacen otras desvergüenzas
Que vergüenza era contallo.

— Yo haré dello justicia,
Tornaos á vuestro ganado. —
Manda pregonar el Rey
Y por todo su reinado,

De cualquier que los hallase
Le daría buen hallazgo.
Hallólos el Almirante
Allá en Medina del Campo

Comprando muy ricas armas,
Jaezes para caballos.
— Presos, presos, caballeros,
Presos, presos, hijos-dalgo

— No por vos, el Almirante,
Si de otro no traéis mandado.
— Estad presos, caballeros,
Que del Rey traigo recaudo.

— Plácenos, el Almirante,
Por cumplir el su mandado. —
Por las sus jornadas ciertas
En Jaen habian entrado.

— Manténgate Dios, el Rey,
— Mal vengades, hijos-dalgo. —
Mándales cortar los pies,
Mándales cortar las manos,

Y mándalos despeñar
De aquella Peña de Martos.
Allí hablára el uno dellos
El menor y mas osado:

— ¿ Por qué lo haces, el Rey?
¿ Por qué haces tal mandado?
Querellámonos, el Rey,

Para ante Dios Soberano
Que dentro de treinta dias
Vais con nosotros á plazo,
Y ponemos por testigos
A San Pedro y á San Pablo,
Por escribano ponemos
Al Apostol Santiago.—
El Rey no mirando en ello
Hizo cumplir su mandado,
Por la falsa informacion

Que los villanos le han dado;
Y muertos los Carvajales
Que lo habian emplazado,
Antes de los treinta dias
Él se hallára muy malo:
Y desque fueron cumplidos,
En el postrer dia del plazo
Fue muerto dentro en Leon
Do la sentencia hubo dado.

Id. Un moro anuncia la libertad de España del yugo agareno.
(Anónimo).

Quando el Rey Fernando cuarto
Puso cerco á Gibraltar,
Y de morir ó tomalla
Juró en un libro misal;
Despues que le dió el asalto
Por la tierra y por la mar,
Y se le rindió á partido
El castillo y la ciudad,
Salió de ella un moro viejo,
Bien de cien años de edad,
Preguntando por el Rey
Para hablarle en puridad.
Fincó en tierra los hinojos,
Mándale el Rey levantar,
Desta suerte dijo el moro:
Bien oireis lo que dirá.
— Yo viví ledo en Sevilla
Por largos años en paz,
Quando el ínclito Fernando

Nos la vino á conquistar.
De allí me vine á Jerez
Donde á la saña Real
De Alfonso tu sabio abuelo
Resistir pudimos mal.
A Gibraltar elegí
Despues, Señor, por lugar
El mas fuerte que tenían
Los moros de aquende el mar,
Donde á tu fuerza y desdenes
Oponer es por demas.
Si la sigues con denuedo
Término estrecho la dan
Los límites de la tierra;
Tanto has de señorear.
Pon mientes en lo que digo,
Porque así acontecerá,
Que á un moro gran sabidor
Se lo oí profetizar.

Id. Prision del Duque de Arjona. (Anónimo).

En Arjona estaba el Duque
Y el buen Rey en Gibraltar,
Envióle un mensagero
Que le viniese á hablar.

Mal aventurado el Duque
Vino luego sin tardar,
Jornada de quince dias
En ocho la fuera á andar.

Hallaba las mesas puestas
 Y aparejado el yantar,
 Y desque hubieron comido
 Vanse á un jardin á holgar.
 Andándose paseando
 El Rey comenzó de hablar:
 —De vos, el Duque de Arjona,
 Grandes querellas me dan
 Que forzades las mugeres
 Casadas y por casar;
 Que les bebiades el vino
 Y les comiades el pan;
 Que les tomáis la cebada

Sin se la querer pagar.
 —Quien os lo dijo, buen Rey,
 No os dijera la verdad.
 —Llámasme mi camarero
 De mi cámara real,
 Que me trajese unas cartas
 Que en mi barjoleta estan.
 Védeslas aquí, el Duque,
 No me lo podeis negar.
 Preso, preso, caballeros,
 Preso de aquí lo llevad,
 Entregadlo al de Mendoza
 Ese mi Alcalde el leal.

Id. Muerte de Don Manrique de Lara: por Juan de Leyva.

A veinte y siete de Marzo,
 La media noche sería,
 En Barcelona la grande
 Muy grandes llantos habia.
 Los gritos llegan al cielo,
 La gente se amortecía
 Por Don Manrique de Lara
 Que deste mundo partia.
 Muerto lo traen á su tierra
 Donde vivo sucedia,
 Su bulto llevan cubierto
 De muy rica pedrería;
 Cercado de escudos de armas
 De real genealogía
 De aquellos altos linages
 Donde aquel señor venia.
 De los Manriques y Castros
 El mejor era que habia,
 De los Infantes de Lara
 Derechamente venia.
 Con él salen Arzobispos
 Con toda la clerecía,

Caballeros traen sus andas,
 Duques son su compañía,
 Llóralo el Rey y la Reina
 Como aquel que les dolia,
 Llóralo toda la córte
 Cada cual quien mas podia.
 Quedaron todas las damas
 Sin consuelo ni alegría,
 Cada uno de los galanes
 Con sus lágrimas decia,
El mejor de los mejores
Hoy nos deja en este dia:
 Hizo honra á los menores,
 A los grandes demasia,
 Parece al Duque su padre
 En toda caballería.
 Solo un consuelo le queda
 Y es el que mas él queria,
 Que aunque la vida muriese
 Su memoria quedaria.
 Parecióme Barcelona
 A Troya cuando se ardia.

Id. De la Duquesa de Güimarest. (Anónimo).

Quéjome de vos, el Rey,
 Por haber crédito dado
 Del buen Duque mi marido
 Lo que le fue levantado.
 Mandástemelo prender
 No siendo en nada culpado:
 Mal lo hecistes, Señor,
 Mal fuistes aconsejado,
 Que nunca os hizo aleve
 Para ser tan mal tratado,
 Antes os sirvió, mezquina,
 Poniendo por vos su estado.
 Siempre vino á vuestras córtés
 Por cumplir vuestro mandado.
 No lo hiciera, Señor,
 Si en algo os hubiera errado,
 Que gente y armas tenia
 Para darse á buen recaudo;
 Mas vino como inocente
 Que estaba de aquel pecado;
 Vos no mirando justicia
 Habéismelo degollado.
 No lloro tanto su muerte
 Como vello deshonrado

Con un pregon que decia
 Lo por él nunca pensado.
 Murió por culpas ajenas
 Injustamente juzgado,
 El ganó por ello gloria,
 Yo para siempre cuidado.
 Agora vivo en prisiones
 En que vos me habeis echado,
 Con una hija que tengo
 Que otro bien no me ha quedado,
 Que tres hijos que tenia
 Habéismelos apartado,
 El uno es muerto en Castilla,
 El otro desheredado,
 El otro tiene su ama,
 No espero verlo criado,
 Por el cual pueden decir
 Inocente desdichado.
 Y pido de vos enmienda,
 Rey, Señor, primo y hermano,
 A la Justicia de Dios
 De hecho tan mal mirado:
 Por verme á mí con venganza,
 Y á el sin culpa culpado.

Id. El Conde de Barcelona y la Emperatriz de Alemania. (Anónimo).

En el tiempo que reinaba
 Y en virtudes florecia
 Este Conde Don Ramon
 Flor de la caballería,
 En Barcelona la grande,
 Que por suya la tenia,
 Nuevas ciertas de dolor
 De un estrangero sabia
 Que allá en Alemania
 Grande llanto se hacia

Por la noble Emperatriz
 Que en virtud resplandecia,
 Que dos malos caballeros
 La acusan de alevosía
 Ante el gran Emperador
 Que mas que á sí la queria,
 Diciendo: —Sepa tu Alteza,
 Gran Señor, si te placia,
 Que nosotros hemos visto
 A la Emperatriz un dia

Holgar con su camarero
 No mirando que hacia
 Traicion á tí, Señor,
 Y á su gran genealogía. —
 L'Emperador muy turbado
 Desta suerte respondia:
 — Si es verdad, caballeros,
 Esa tan gran villanía,
 Yo haré un tal castigo
 Cual conviene á la honra mia. —
 Mandóla luego prender
 Y en prisiones la ponía,
 Hasta ser cumplido el plazo
 Que la ley le disponia.
 Búscanse dos caballeros
 Que defiendan la su vida
 Contra los acusadores,
 Que en el campo se veria
 La justicia cuya era
 Y á quién Dios favorecia.
 Pues sabido por el Conde
 La nueva tan dolorida,
 Determina de partir
 A librarla si podia
 Con no mas de un escudero
 De quien él mucho se fia.
 Andando por sus jornadas
 Sin parar noche ni dia,
 Llegado es á las córtes
 Que el Emperador tenia
 Para dar la gran sentencia
 De allí al tercero dia
 De quemar l' Emperatriz,
 Cosa de muy gran mancilla;
 Pues no habia caballero
 En tan gran caballería
 Que por una tal señora
 Quiera aventurar su vida,
 Por ser los acusadores
 De gran suerte y gran valía.

Pues el Conde ya llegado
 Preguntó si ser podria
 Hablar con la Emperatriz
 Por cosa que le cumplia.
 Supo que ninguno entraba
 Do estaba su señoría,
 Sino es su confesor
 Fraile de muy santa vida.
 Vase el Conde para él,
 Desta suerte le decia:
 — Padre, yo soy estrangero,
 De lejas tierras venia
 A librar, si Dios quisiese,
 O morir en tal porfia,
 A la gran Emperatriz
 Que sin culpa yo creia;
 Mas primero, si es posible,
 Gran descanso me sería
 Hablar con su Magestad
 Si esto hacerse podia.
 — Yo daré orden, Señor,
 El buen fraile respondia:
 Tomará vuestra merced
 Hábito que yo tenia,
 Y vestirse ha como fraile
 Y irá en mi compañía. —
 Ya se parte el buen Conde
 Con el fraile que lo guía.
 Llegados que fueron dentro
 En la carcel do yacia,
 Las rodillas por el suelo
 El buen Conde así decia:
 — Yo soy, muy alta Señora,
 De España la ennobiecida,
 Y de Barcelona Conde
 Ciudad de gran nombradía.
 Estando en la mia córte
 Con solaz y alegría,
 Por muy cierta nueva supe
 La congoja que tenia

Vuestra Real Magestad,
 De lo cual yo me dolia,
 Y por eso yo partí
 A poner por vos la vida.—
 La Emperatriz questo oyera
 De gozosa no cabia,
 Lágrimas de los sus ojos
 Por su linda faz vertia;
 Tomárale por las manos
 Desta suerte le decia:
 — Bien seais venido, Conde,
 Buena sea vuestra venida:
 Vuestra nobleza y valor,
 Vuestro esfuerzo y valentia
 Ya me hacen ser muy cierta
 Que mi honra librarian:
 Vuestra vida está segura,
 Pues que Dios bien lo sabia
 Que es falsa la acusacion
 Que contra mí se ponía.—
 Ya se despidió el buen Conde,
 Ya las manos le pedia
 Para haberlas de besar,
 Mas ella no consentia.
 Vase para su posada;
 Ya aquel plazo se cumplia,
 Armado de todas armas
 Bien á punto se ponía,
 Y él como era muy dispuesto
 ; Oh cuán bien que parecia!
 Su escudero iba con él
 Bien armado, que salia
 En un caballo morcillo
 Muy rijoso en demasía.
 Yendo por la grande plaza
 Con orgullo que traía,
 Encontró con un muchacho
 Que de vello era mancilla,
 En ver que luego murió
 Sin remedio de su vida.

L'escudero questo vido
 Con temor que en él habia,
 Comenzó luego á huir
 Cuanto el caballo podia;
 Y quedó el Conde solo,
 No de esfuerzo y valentia.
 Y como era valeroso
 No dejó de hacer su vía,
 Y puesto entre los jueces
 Dijo que él defenderia
 Ser maldad y traicion,
 Ser envidia y ser falsia
 La acusacion que le ponen
 A su alta Señoría;
 Y que salgan uno á uno
 Pues está sin compañía.
 Estas palabras diciendo
 Ya el acusador venia
 Con trompetas y atabales,
 Con estruendo y gallardía.
 Parten el sol los jueces,
 Cada cual tomó su vía,
 Arremeten los caballos,
 Gran encuentro se hacia;
 Del acusador la lanza
 En piezas volado habia
 Sin herir á Don Ramon
 Ni menearlo de la silla:
 Don Ramon á su contrario
 De tal encuentro lo heria,
 Que del caballo abajo
 Derribado lo habia.
 El Conde que así lo vido
 Del caballo descendia;
 Va para él con denuedo
 Donde le quitó la vida.
 El otro acusador
 Que vio tanta valentia
 En l'estraño caballero
 Gran temor en sí tenia,

Y viendo que falsamente
 El acusador hacia,
 Demandó misericordia
 Y al buen Conde se rendia.
 Don Ramon con gran nobleza
 Desta suerte respondia:
 —No soy parte, caballero,
 Para yo dáros la vida,
 Pedidla á su Magestad
 Que es quien dáros la podia.—
 Y preguntó á los jueces
 Si mas hacer se debía
 Por librar la Emperatriz
 De lo que se l'imponia:
 Respondieron que la honra
 Él ganada la tenia,
 Que en su libertad estaba
 De hacer lo que queria.
 Desde aquesto oyera el Conde
 Del palenque se salia:
 Vase para su posada,
 No reposa hora ni dia,
 Mas encima de su caballo
 Desarmado se salia.
 El camino de su tierra
 En breve pasado habia.
 Tornando al Emperador
 Grande fiesta se hacia;
 Sacaron la Emperatriz
 Con grandísima alegría,
 Con los juegos y las fiestas
 La ciudad toda se hundia.
 Todos iban muy galanes,
 Cada cual quien mas podia.
 L'Emperador muy contento
 Por el vencedor pedia
 Para hacerle aquella honra
 Que su bondad merecia:
 Desde supo que era ido
 Gran dolor en sí tenia:

A la Emperatriz pregunta
 Le responde por su vida
 Quién era su caballero
 Que tan bien la defendia.
 Respondiérale:— Señor,
 Yo jurado lo tenia
 No decir quien era él
 Dentro del tercero dia.—
 Mas despues de ser pasado
 Ante muchos lo decia,
 Como era el gran Conde
 Flor de la caballería,
 Y Señor de Cataluña
 Y de toda su valía.
 El Emperador que lo supo
 De contento no cabia
 Viendo que tan gran Señor
 De su honra se dolia.
 La Emperatriz determina,
 Y el Emperador lo queria,
 De partirse para España,
 Y así luego se partia
 Para ver su caballero
 A quien tanto ella debia.
 Con trescientos de á caballo
 Comenzó de hacer su via,
 Dos Cardenales con ella,
 Por tenerle compañía,
 Muchos Duques, muchos Condes
 Con muy gran caballería.
 El buen Conde que lo supo
 Gran aparato hacia,
 Y cerca de Barcelona
 A recibir la salia
 Acompañado de grandes
 De su grande señoría;
 Y una legua de camino,
 Y otros mas dicen que habia,
 Mandó poner grandes mesas
 De comer muy bastecidas.

Pues recibida que fue
 Con muy grande cortesía,
 Entraron en Barcelona,
 La cual estaba guarnida
 De muy ricos paramentos
 Y de gran tapicería.

Hacen justas y torneos,
 Y otras fiestas de alegría.
 Desta manera el buen Conde
 A la Emperatriz servia,
 Hasta que para su tierra
 De tornarse fue servida.



ROMANCES DE CARL LOS DOS FABR

23	Del Conde Juan
40	Del Rey de Navarra, Vitoriano y Catalán
62	Del Conde Enrique
70	Del Conde Enrique
72	Del Conde Enrique y Montañés
82	Del Rey Enrique
10	Del Rey Enrique
89	Del Rey Enrique y la Infanta Catalina
93	De la conquista del reino de Navarra por Enrique y la Infanta Catalina
99	Historia de Enrique y Montañés por amor de Catalina
107	Historia de los reyes y conquista de Trojes
108	Del Rey Enrique
116	Del Rey Enrique y Montañés
127	De Enrique, Enrique y Montañés
136	De la batalla de Montañés, de Enrique y Catalina
142	Romances del Rey Enrique por Catalina

ÍNDICE POR MATERIAS.

A dvertencia.	III
Discurso preliminar.	VII
ROMANCES CABALLERESCOS SUELTOS.	I

ROMANCES DE AMADÍS Y DE LA TABLA REDONDA.

<i>De Amadís</i>	20
<i>De Lanzarote del Lago</i>	21
<i>De Tristan de Leonís</i>	22

ROMANCES DE CARLO MAGNO Y LOS DOCE PARES.

<i>Del Conde Dirlos</i>	23
<i>Del Marqués de Mantua, Valdovinos y Carloto</i>	40
<i>Del Conde Claros</i>	62
<i>Del Conde Alarcos</i>	70
<i>Del Conde Grimaltos y Montesinos</i>	75
<i>Del Rey Marsilio</i>	85
<i>Del destierro de Roldan</i>	id.
<i>De Reynaldos y la Infanta Celidonia</i>	89
<i>De la conquista del reino de Aliarde por Roldan y Reynaldos</i>	95
<i>Desafío de Oliveros y Montesinos por amores de Aliarda</i>	99
<i>Destierro de Reynaldos y conquista de Trapisonda</i>	104
<i>Del Moro Calaynos</i>	109
<i>De Gayferos y Melisendra</i>	115
<i>De Durandarte, Belerma y Montesinos</i>	131
<i>De la batalla de Roncesvalles, de Doña Alda y Guarinos</i>	136
ROMANCES DE BERNARDO DEL CARPIO.	142

ROMANCES DE POEMAS CABALLERESCOS.

<i>De Zerbin moribundo.</i>	166
<i>De Olimpia y Vireno.</i>	167
<i>De Rugero y Angélica.</i>	168
<i>De Sacripante y Angélica.</i>	169
<i>De Angélica y Medoro.</i>	170
<i>De Roldan celoso.</i>	172
<i>De la locura de Roldan.</i>	id.
<i>De la muerte de Agrican.</i>	173
<i>De los celos de Bradamante.</i>	id.
<i>Del bautismo de Rugero.</i>	175
<i>Desafío de Rodamonte y Rugero.</i>	id.
<i>Batalla de ambos.</i>	176
ROMANCES BURLESCOS DE CABALLERIA.	177

ALGUNOS ROMANCES DE LAS CRÓNICAS DE ESPAÑA.

<i>Del Rey Bamba.</i>	179
<i>Del Rey Rodrigo.</i>	181
<i>Del Rey Don Pelayo.</i>	198
<i>Del Rey Don Ramiro, y el feudo de cien doncellas.</i>	200
<i>De los Infantes de Navarra.</i>	202
<i>De la Condesa de Castilla y sus amores con un Moro.</i>	203
<i>De Doña Terea, hermana de Alfonso V.</i>	204
<i>De la eleccion al trono de Aragon de Ramiro el Monge.</i>	205
<i>De la campana de Huesca, y castigo de los infanzones.</i>	206
<i>Del pecho pedido á los nobles por Alfonso VIII.</i>	207
<i>Amores de este Rey con Fermosa la judia.</i>	209
<i>Muerte de los Carvajales.</i>	210
<i>Del Moro que profetiza la libertad de España.</i>	211
<i>De la prision del Duque de Arjona.</i>	id.
<i>Muerte de Don Manrique de Lara.</i>	212
<i>De la Duquesa de Güimarest.</i>	213
<i>Del Conde de Barcelona y la Emperatriz de Alemania.</i>	id.

ÍNDICE ALFABÉTICO.

A.

A caza iban, á caza. <i>Cancionero de romances</i>	11
A cazar va el caballero. <i>Id.</i>	id.
A caza va el Emperador. <i>Id.</i>	68
Aguardando que amanezca. <i>Romancero general</i>	158
Al Casto Rey Don Alfonso. <i>Id.</i>	149
A los pies arrodillado. <i>Segunda parte de id. por Madrigal</i>	150
Al pie de un túmulo negro. <i>Romancero general</i>	164
Andados treinta y seis años. <i>Cancionero de romances</i>	149
Antes que barbas tuviese. <i>Romancero general</i>	162
Aquí gozaba Medoro. <i>Id.</i>	172
Arriba, canes, arriba. <i>Cancionero de romances</i>	3
Asentado está Gayferos. <i>Id.</i>	119
Atan alta va la luna. <i>Id.</i>	16
A veinte y siete de marzo. <i>Id.</i>	212

B.

Bañando está las prisiones. <i>Romancero general</i>	144
Blanca sois, señora mia. <i>Cancionero de romances</i>	13
Blasonando está el Francés. <i>Segunda parte del Romancero general por Madrigal</i>	160
Bodas hacian en Francia. <i>Cancionero de romances</i>	5

C.

Caballero de lejas tierras. <i>Floresta de Böhl. Tomo I.</i>	17
Cata Francia, Montesinos. <i>Cancionero de romances</i>	82
Cautiva, ausente y celosa. <i>Romancero general</i>	128
Compañero, compañero. <i>Cancionero de romances</i>	14
Con cartas y mensageros. <i>Id.</i>	145
Conde era de Castilla. <i>Romances de Sepúlveda</i>	203
Con los mejores de Asturias. <i>Romancero general</i>	158
Con solos diez de los suyos. <i>Id.</i>	154
Contándole estaba un día. <i>Id.</i>	143
Con tres mil y mas Leoneses. <i>Romancero general</i>	157
Cual el furioso leon. <i>Id.</i>	165
Cuando aquel claro lucero. <i>Floresta de varios romances</i>	89
Cuando de Francia partimos. <i>Romancero general</i>	137
Cuando el Rey Fernando cuarto. <i>Id.</i>	211
Cuando las pintadas aves. <i>Id.</i>	189

D.

De Francia partió la niña. <i>Cancionero de romances</i>	2
De Leon y las Asturias. <i>Romances de Sepúlveda</i>	201
De lo mas alto de un monte. <i>Segunda parte del Romancero general por Madrigal</i>	188
De los nobilísimos Godos. <i>Romances de Sepúlveda</i>	184
Del Soldan de Babilonia. <i>Cancionero de romances</i>	5
De Mantua salen apriesa. <i>Id.</i>	51
De Mantua salió el Marqués. <i>Id.</i>	40
De Mérida sale el Palmero. <i>Id.</i>	6
Deo gracias, devotos padres. <i>Romancero general</i>	206
Despues que el muy esforzado. <i>Cancionero de romances</i>	20
Despues que el Rey Don Rodrigo. <i>Id.</i>	196
Desterró el Rey Alfonso. <i>Romancero general</i>	155
De su querido Vireno. <i>Id.</i>	167
De una torre de palacio. <i>Id.</i>	185
Día era de Sant Jorge. <i>Cancionero de romances</i>	85
Domingo era de Ramos. <i>Id.</i>	id.
Don Ramiro de Aragon. <i>Romances de Sepúlveda</i>	206
Don Rodrigo, Rey de España. <i>Cancionero de romances</i>	183
Durandarte, buen amigo. <i>Romancero general</i>	177
Durandarte, Durandarte. <i>Cancionero de romances</i>	131

E.

El Conde Don Sancho Diaz. <i>Romances de Sepúlveda</i>	142
El cuerpo preso en Sansueña. <i>Romancero general</i>	128
El invencible Francés. <i>Id.</i>	160
En Arjona estaba el Duque. <i>Cancionero de romances</i>	211
En Castilla está un castillo. <i>Id.</i>	84
En Castilla y en Navarra. <i>Romances de Sepúlveda</i>	202
En Ceuta está Don Julian. <i>Cancionero de romances</i>	188
En consulta estaba un día. <i>Romancero general</i>	200
En córte del Casto Alfonso. <i>Cancionero de romances</i>	144
En el mes era de abril. <i>Id.</i>	4
En el nombre de Jesus. <i>Id.</i>	58
En el tiempo que reinaba. <i>Silva de varios romances</i>	213
En esa ciudad de Burgos. <i>Cancionero de romances</i>	207
En Francia estaba Belerma. <i>Floresta de varios romances</i>	134
En gran pesar y tristeza. <i>Cancionero de romances</i>	151
En la ciudad de Toledo. <i>Id.</i>	181
En la selva está Amadís. <i>Id.</i>	20
En las salas de París. <i>Id.</i>	99
En Leon y las Asturias. <i>Romances de Sepúlveda</i>	161
En los campos de Alventosa. <i>Cancionero de romances</i>	136
En los Reinos de Leon. <i>Id.</i>	142
En los Reinos de Leon. <i>Romances de Sepúlveda</i>	204
En los tiempos que me vi. <i>Floresta de Böhl, Tomo I.</i>	8

En Luna está preso el Conde. <i>Romances de Sepúlveda</i>	146
En París está Doña Alda. <i>Cancionero de romances</i>	138
Entre los dulces testigos. <i>Flor de varios y nuevos romances</i>	172
Envuelto en su roja sangre. <i>Romancero general</i>	170
En una desierta isla. <i>Id.</i>	168
En un caballo ruano. <i>Id.</i>	175
Ese Conde Cabreruelo. <i>Id.</i>	19
Esos nobles fuertes Godos. <i>Romances de Sepúlveda</i>	179
Estaba la linda Infanta. <i>Cancionero de romances</i>	3
Estábase Don Reynaldos. <i>Id.</i>	95
Estábase el Conde Dirlos. <i>Id.</i>	23
Estábase la Condesa. <i>Id.</i>	115
Estando en paz y sosiego. <i>Id.</i>	147

F.

Ferido está Don Tristan. <i>Cancionero de romances</i>	22
--	----

G.

Grande estruendo de campanas. <i>Floresta de varios romances</i>	61
Gritando va el caballero. <i>Cancionero de romances</i>	12

H.

Helo, helo por do viene. <i>Cancionero de romances</i>	9
--	---

I.

Inhumano Rey Alfonso. <i>Segunda parte del Romancero general por Madrigal</i>	159
---	-----

J.

Junto al río Guadalete. <i>Romances de Sepúlveda</i>	198
--	-----

L.

Las armas y venas rotas. <i>Segunda parte del Romancero general por Madrigal</i>	195
Las huestes del Rey Rodrigo. <i>Cancionero de romances</i>	191
Las obsequias funerales. <i>Segunda parte del Romancero general por Madrigal</i>	163
Los vientos eran contrarios. <i>Floresta de varios romances</i>	194

M.

Mala la visteis, Franceses. <i>Cancionero de romances</i>	139
Malas mañas habeis, tio. <i>Id.</i>	14
Mal mis servicios pagaste. <i>Romancero general</i>	162
Mandó el Rey prender Vergilios. <i>Cancionero de romances</i>	1
Mas envidia he de vos, Conde. <i>Id.</i>	66
Media noche era por hilo. <i>Id.</i>	62
Mil celosas fantasías. <i>Romancero general</i>	130
Mis arreos son las armas. <i>Cancionero de romances</i>	14
Moriana en un castillo. <i>Depping</i>	10

Muchas veces oí decir. <i>Silva de varios romances</i>	75
Muerte, si te das tal priesa. <i>Romancero general</i>	166
Muerto era ese buen Rey. <i>Romances de Sepúlveda</i>	209
Muerto yace Durandarte. <i>Floresta de varios romances</i>	134

N.

Navarros y Aragoneses. <i>Romances de Sepúlveda</i>	205
No cesando el Casto Alfonso. <i>Cancionero de romances</i>	148
No con los dados se gana. <i>Romancero general</i>	118
No tiene heredero alguno. <i>Romances de Sepúlveda</i>	152
Nunca fuera caballero. <i>Cancionero de romances</i>	22
Nuño Vero, Nuño Vero. <i>Id.</i>	60

O.

Oh Belerma, oh Belerma. <i>Cancionero de romances</i>	132
Oh canas iguominiosas. <i>Romancero general</i>	187
Oid, señor Don Gayferos. <i>Id.</i>	127
Oiga, oiga, buen soldado. <i>Tradicional</i>	18

P.

Pasébase el buen Conde. <i>Floresta de Böhl. Tomo I.</i>	17
Pésame de vos, el Conde. <i>Cancionero de romances</i>	65
Por el jardín de las Damas. <i>Romancero general</i>	185
Por el rastro de la sangre. <i>Floresta de varios romances</i>	133
Por la parte donde vido. <i>Id.</i>	131
Por muchas partes herido. <i>Flor de varios y nuevos romances</i>	138
Por una triste espesura. <i>Depping</i>	169

Q.

Quéjome de vos, el Rey. <i>Cancionero de romances</i>	213
¡Quién hubiese tal ventura. <i>Id.</i>	2

R.

Regalando el tierno bello. <i>Romancero general</i>	171
Rendidas armas y vida. <i>Id.</i>	176
Retirado en su palacio. <i>Id.</i>	153
Retraida está la Infanta. <i>Cancionero de romances</i>	70
Reuelta en sudor y llanto. <i>Segunda parte del Romancero general por Madrigal</i>	186
Roja de sangre la espuela. <i>Romancero general</i>	173
Rotas las sangrientas armas. <i>Flor de varios y nuevos romances</i> ...	175

S.

Señor Conde Don Roldan. <i>Romancero general</i>	178
Sobre el corazon difunto. <i>Floresta de varios romances</i>	135
Sobre el cuerpo desangrado. <i>Segunda parte del Romancero general por Madrigal</i>	61
Sobre la desierta arena. <i>Depping</i>	170
Suelta las riendas al llanto. <i>Flor de varios y nuevos romances</i>	173

T.

Tiempo es, el caballero. <i>Floresta de Böhl. Tomo I</i>	17
Tiempo es, el caballero. <i>Cancionero de romances</i>	16
Tres hijuelos habia el Rey. <i>Id.</i>	21
Triste estaba el caballero. <i>Id.</i>	15
Triste estaba el caballero. <i>Id.</i>	id.
Triste estaba Don Rodrigo. <i>Romances de Sepúlveda</i>	193

U.

Un gallardo Paladin. <i>Romancero general</i>	136
---	-----

V.

Válasme nuestra Señora. <i>Cancionero de romances</i>	210
Vámonos, dijo, mi tio. <i>Id.</i>	117
Volved los ojos, Rodrigo. <i>Depping</i>	196

Y.

Ya cabalga Calaynos. <i>Cancionero de romances</i>	109
Ya piensa Don Bernaldino. <i>Id.</i>	8
Ya se sale de la priesa. <i>Id.</i>	192
Ya que estaba Don Reynaldos. <i>Id.</i>	104

ERRATA NOTABLE.

Pag. XLI del Discurso, línea 22, dice José Llanos: léase *Jovellanos*.